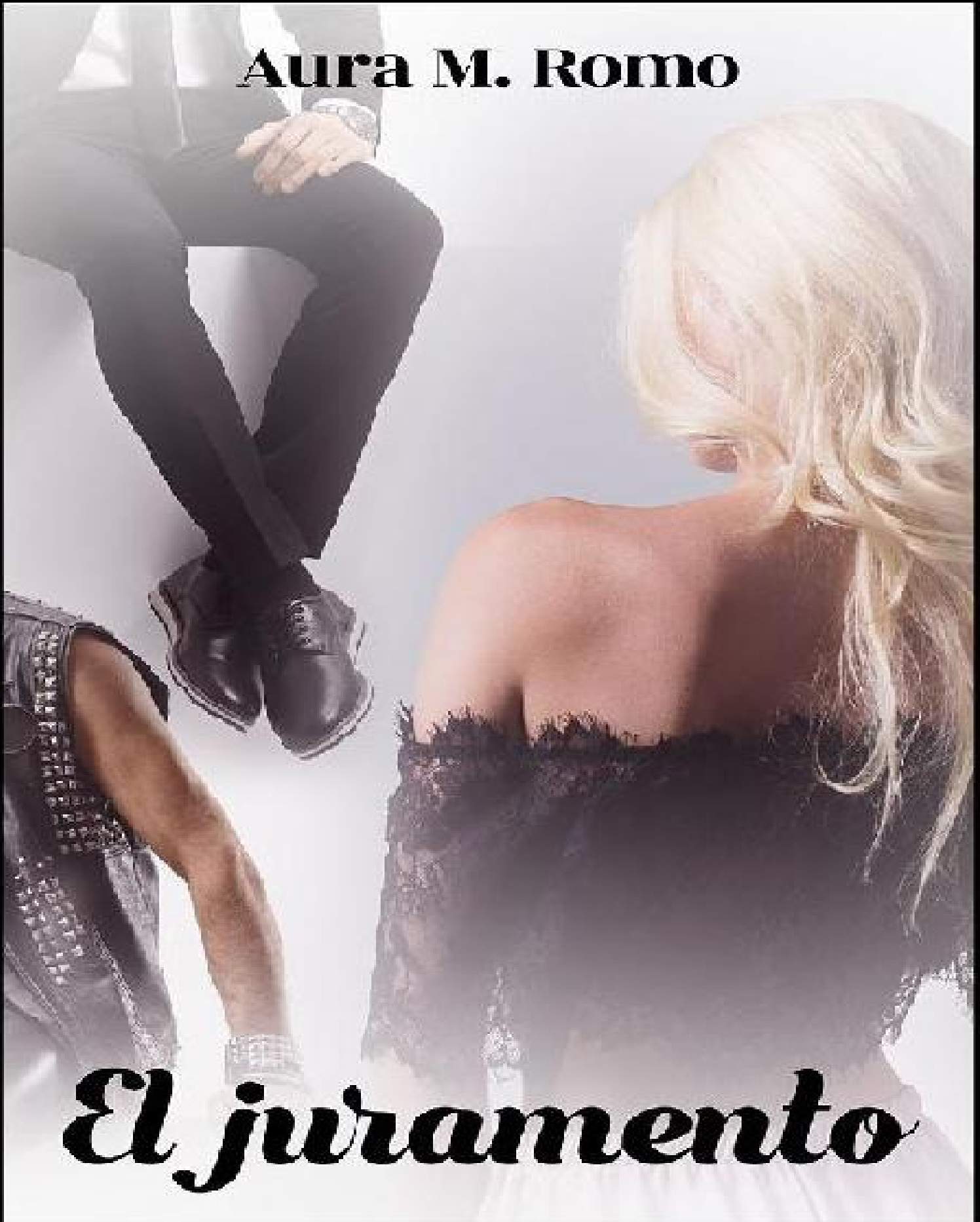


Selecta

Aura M. Romo

El juramento



El juramento

Aura M. Romo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mi abuelo Salvador: tú fuiste mi padre y
no hay un día que no te encuentre
en mis pensamientos
A mi madre: tú lo eres todo*

Los hermanos McCarthy

El 30 de julio de 1981, en Oxford, Inglaterra, Arabelle McCarthy, esposa de Darien Smith, la heredera de una cadena hotelera súper exclusiva alrededor del mundo, se encontraba en un hospital dando a luz. Su marido se había negado terminantemente a saber el sexo de los gemelos que su esposa tendría y estaba muy nervioso esperando que todo saliese bien. Al fin, una enfermera de nombre Mary salió a tranquilizar al gallardo joven.

-¿Señor Smith?

-¿Sí? -Darien volteó con anhelo hacia la enfermera, que sonriente le tenía una agradable noticia.

-¡Usted es padre de dos hermosos niños! ¡Dos saludables gemelos idénticos! Su esposa está bien, aunque algo cansada. Puede pasar a verla y los niños estarán en cuneros. En unos momentos se los llevarán a usted y a su esposa al cuarto.

-Soy... ¿Soy papá de dos niños? -Darien preguntó como si no lo creyera.

-¡Sí! ¡Y están preciosos! -añadió Mary-. Tienen cabello negro y, aunque están muy pequeños, creo no equivocarme al pensar que heredarán los hermosos ojos azules de su esposa y usted.

Darien no alcanzó a oír el último comentario de la enfermera y corrió al cuarto de Arabelle, que, cansada, sonreía.

-¿Ya lo sabes? Tenemos dos niñitos.

-¡Lo sé, amor! Me has hecho el hombre más feliz del mundo. ¿Ya has pensado cómo los llamaremos? -Darien besó levemente a su esposa en la nariz.

-Me dirás que estoy loca, pero al saber que son gemelos idénticos, pues pensé en que se llamen igual. -Arabelle sonrió con picardía.

-Arabelle, si se llaman igual, ¿cómo los vamos a distinguir?

-Bueno, podemos ponerles un segundo nombre para diferenciarlos, o un apodo diferente.

-Mmm... Sabes que yo vivo para complacerte. ¿Y cuál sería el nombre principal de nuestros hermosos y saludables hijos?

-Tú sabes cómo he querido que se llamen en caso de que fuesen niños. -Arabelle bajó la mirada apenada.

-¿Sigues insistiendo con el nombre de Aidan? -Darien puso los ojos en blanco.

-Sí. -Arabelle hizo un puchero y Darien sonrió-. Por favor, Darien. Cariño. Ese nombre siempre me ha gustado, concédeme llamar a mis dos hijos Aidan.

-Aidan Smith y Aidan Smith -Darien dijo en voz alta-. Suena bien. Pero insisto, ¿cómo los vamos a distinguir?

-Al que nació primero podríamos llamarlo Aidan Alexis McCarthy y al segundo, Aidan Alexander. ¿Qué te parece?

Darien iba a replicar, pero, justo en ese momento, la puerta de la habitación del hospital, que

más bien parecía una *suite*, se abrió. Alistair McCarthy hizo acto de aparición y Darien se sintió sumamente irritado. Nunca se había podido llevar bien con su suegro. Él era el dueño de la inmensa fortuna que su hija heredaría algún día y, eventualmente, sus nietos. Además, Alistair nunca había aprobado el noviazgo y matrimonio de Arabelle. Para Alistair, Darien Smith era un vil arribista. Nunca dejaría de ser ese medicucho de cuarta, porque no había de quinta, que había enamorado a su hija para escalar posiciones en sociedad y, finalmente, hacerse el mantenido de una familia riquísima como los McCarthy. Alistair ignoró totalmente a su yerno y corrió a besar y abrazar a su hija, que lo recibió con los brazos abiertos.

-¡Papito!

-¡Nena! ¡Has hecho a tu padre el abuelo más feliz del mundo! ¡Soy el orgulloso abuelo de dos saludables herederos de las empresas hoteleras McCarthy! ¡Arabelle, hija de mi alma!

-Estábamos discutiendo el nombre de mis hijos -terció Darien, lo que hizo que Alistair volteara dándose por aludido de la presencia de su yerno.

-¿Y bien, Darien? ¿Cómo se llamarán?

-Arabelle pretende que los gemelos se llamen igual.

-¿Cómo? -El millonario se sorprendió-. Pero, hijita...

-Pero ya sé cómo los diferenciaremos, papi. Tendrán un segundo nombre.

-Se van a llamar Aidan Alexis Smith y Aidan Alexander Smith -dijo Darien con orgullo tomando la mano de su esposa, pero Alistair lo interrumpió con una carcajada.

-Mi estimado Darien, no sé si se te olvida que cuando te casaste con mi hija firmaste un contrato prematrimonial y en ese contrato está estipulado que, dada la riqueza que mi hija va a heredar y el apellido que Arabelle aportó al matrimonio, mis nietos no van a llevar tu apellido. Levarán el de mi hija, el apellido McCarthy.

Darien soltó a Arabelle y saltó como un tigre.

-¿Qué? Alistair, usted no puede hacerme eso. ¡Son mis hijos! ¡Tienen que llevar mi apellido!

-Darien -Arabelle intervino-, lo que dice papá es cierto. Pensé que lo recordarías, pero los niños van a apellidarse McCarthy.

-¿Qué? ¡No! ¡Me rehúso! ¡Son mis hijos! ¿Y mis derechos de padre? -Darien gritó.

-Son tuyos, nadie te los está quitando, y más vale que bajes el tono, Smith. -Alistair le sonrió con un dejo de sarcasmo-. Pero desde que te casaste con mi hija te di a entender que aquí la que tendría las riendas era ella. Y, desde luego, yo velaría por que eso se cumpliera al pie de la letra. El apellido Smith no tiene ningún brillo. El McCarthy, en cambio, es el que todos reconocen. Punto final.

La discusión se vio interrumpida cuando dos enfermeras entraron llevando en brazos dos preciosos niños con cabello negro azabache. Alistair tomó presuroso a uno de los pequeñuelos y Arabelle tomó al otro.

-Mira, papá. Él será Aidan Alexis McCarthy. Fue el primero en nacer.

-Entonces yo tengo en mis brazos al pequeño Aidan Alexander McCarthy. Será un grande. Los

dos serán grandes herederos del apellido McCarthy.

Darien, furioso, salió de la habitación y, ya afuera, golpeó con un puño la pared. Aquello era una burla a su ego. Y como si estuviera escribiendo con sus palabras una profecía, susurró en voz baja:

-Algún día me las van a pagar. Me voy a cobrar esta afrenta. Esta humillación no se quedará así.

Las diferencias

Darien Smith tuvo que tragarse su humillación y su rabia por días, semanas, meses y años. Sus hijos, sus hermosos gemelos, empezaron a crecer y eran tan iguales como dos gotas de agua. Arabelle se sentía feliz, pero sufría al no poderlos reconocer. Aunque Darien rumiaba su coraje, no podía evitar sentir cariño por sus hijos, pero ese amor paternal se esfumaba en el momento en que Alistair, su suegro, llamaba a los bebés «sus pequeños McCarthy». Los años pasaron y pronto los gemelos cumplieron ocho años. Arabelle había preparado una fiesta en todo su esplendor para festejar a los pequeños y Darien estaba quejándose con su esposa.

-¿No te parece excesivo haber reservado todo un hotel de la cadena para que una bola de chiquillos y sus padres vengan a pasar tres días enteros a jugar con Aid y Aidan?

-Son nuestros hijos, amor. -Arabelle le acarició el rostro a su esposo y Darien bajó la mirada. ¿Es que no los quieres ver felices? Además, mi padre...

-¡Tu padre, tu padre! ¡Siempre tu padre! ¿Es que va a haber algún día en que no me menciones a tu padre? ¡Estoy harto, Arabelle! De haber sabido que casándome contigo iba a vender mi orgullo y mi dignidad a tu padre y a ti, tal vez nunca lo hubiera hecho.

-¡Darien! -Arabelle retrocedió avergonzada, herida y, en ese momento, entró al cuarto Aidan Alexander.

-¡Papá! No le hables así a mi mamá.

-¡Cállate, Alexander! ¡No te metas en asuntos de mayores! ¡Además, sabes que no me gusta que entres sin tocar!

-Pero, papá...

-¡Salte!

-¡No me voy a salir hasta que me digas que no le vas a volver a hablar así a mi mamá! -El pequeño Aidan Alexander se plantó enfrente de Darien y lo miró con sus ojos azul zafiro mientras que Arabelle tragaba saliva y lo reprendía.

-Alexander, por favor, hazle caso a tu padre y sal del cuarto, mi vida.

-¡No! ¡No quiero, mami! ¡Dile que no te hable así!

-Niñito malcriado, vas a ver. -Darien ya estaba avanzando hacia Aidan Alexander cuando el pequeño Aidan Alexis entró.

-Papi, ¿qué sucede? ¿Por qué estás molesto?

-Aquí tu hermano, que no respeta nada y que hace lo que le da la gana. -Darien miró con ira a Alexander y le abrió los brazos a Aidan Alexis, que corrió a abrazarlo.

-Ay, Aid -dijo Alexis a Alexander, que lo miró con recelo-. ¿Ahora qué hiciste?

-Papá le habló mal a mi mamá. Tú porque no estabas aquí, pero hubieras hecho lo mismo.

-¿Es cierto, papi? -Aidan Alexis miró con tristeza a Darien y este, con alevosía, mintió.

-Hijo, hijito, ¿me crees capaz de gritarle a tu mami, con lo mucho que la quiero?

-Sería eso muy feo. -Aidan Alexis bajó la mirada, pero Aidan Alexander lo miraba como si quisiera decirle a su hermano que su padre estaba mintiendo.

-Me crees, ¿verdad, Aidan Alexis? -Darien le dio un beso a su hijo mientras su gemelo se abrazaba a la pierna de su madre.

-Supongo que sí, papi. ¿Podemos salir del cuarto Aid y yo?

-Sí, váyanse porque, si no, no habrá regalos.

Los dos niños salieron y dejaron a sus padres solos, y Arabelle se enfrentó a Darien.

-¿Por qué gozas poniendo a los gemelos en contra? Darien, no lo hagas. Además, no creas que no he notado tu preferencia por Aidan Alexis.

-Qué bueno que lo notas -dijo Darien mientras se servía un vaso de *whisky*-. Aidan Alexander es demasiado apegado a tu padre y eso no me agrada. Contigo y con él ya tengo suficiente como para que uno de mis hijos salga idéntico a ustedes, de la misma calaña.

-Parece que me odieras -dijo Arabelle con dolor.

-No te odio, querida, pero tampoco te adoro como te adoraba antes. Y eso tenlo muy en claro.

-Entonces, divorciémonos -propuso la joven.

-¡Nunca! -Darien le gritó a Arabelle-. Demasiado tiempo he aguantado los desplantes de tu padre. Ahora permaneceremos unidos. Por nuestros hijos. Hagamos la fiesta de los gemelos en el hotel.

La fiesta había dado inicio y niños, chiquillas y payasos provocaban un gran alboroto alrededor de la piscina. Alistair había gastado una considerable suma en que hubiera grandes pasteles, carritos de palomitas, manzanas acarameladas, globos, todo lo que un niño pudiese desear. Arabelle estaba viendo todo y Darien se había encerrado en su *suite* alegando que no tenía humor de estar oyendo gritos de niños. Aidan Alexis estaba corriendo por todos lados, jugando fútbol americano, cuando, de pronto, Alistair no vio a Aidan Alexander. Intrigado, lo buscó con la mirada y, después de varios intentos, lo encontró sentado en un rincón con una paleta en las manos y la cabecita baja. Le fue fácil localizarlo puesto que Arabelle acostumbraba peinarlos con una coleta baja porque odiaba la idea de cortarles su hermoso cabello negro azabache. El anciano se le acercó.

-Hey, Aid, ¿qué haces aquí? ¡Es tu fiesta! ¿Por qué no vas a jugar fútbol americano con Alexis?

-No tengo ganas, abue.

-Vaya, vaya... Así que mi nieto no tiene ganas en el día de su cumpleaños. ¿Y por qué tu hermano sí?

-Porque a Aid Alexis mi papá sí lo quiere y a mí no.

-¿Por qué dices eso? -De pronto, la cara de Alistair se puso sumamente seria y le levantó la carita llorosa a Aidan Alexander.

-Mi papá Darien quiere más a Aid Alexis. Ya me di cuenta. Yo lo hago enojar y...

De pronto, unos gritos los hicieron mirar hacia la piscina. Alguien había caído y se estaba

ahogando. Alistair volteó y los salvavidas no estaban. Aidan Alexander corrió y se aterró de ver la camisa de fútbol americano de su hermano.

-¡Aid! ¡Aguanta!

El pequeño Aidan Alexander, sin medir el peligro, sin contar con que tenía ocho años solamente, se lanzó a la piscina para sacar a su gemelo, que ya se estaba hundiendo. A Aidan Alexis le daba terror el agua y Darien lo había complacido en no tener que tomar lecciones de natación mientras que a Aidan Alexander lo había obligado a pesar de sentir el mismo temor. Alexander agarró a su hermano y, con trabajo, lo sacó del agua, y Alistair lo ayudó.

-¡Aidan Alexis! ¡Alexis! ¿Estás bien?

-¡Hijito! -Arabelle se acercó asustadísima, llorando, en un ataque de histeria mientras todos observaban.

-¡Cof! ¡Cof! -Aidan Alexis tosió y se quitó el pelo de la cara mientras Arabelle lo secaba con una toalla y Alistair secaba a su vez a Aidan Alexander. Todo mundo preguntaba por el padre de los gemelos, pero Darien nunca apareció-. Estoy bien, mami. ¡Alexander! ¡Aid! ¡Me salvaste, hermano! ¡Mami, Alexander me salvó! ¡Él sí sabe nadar!

-¡Lo sé, hijito, lo sé! -Arabelle abrazó a Aidan Alexander y lo besó mientras Alistair les alborotaba el pelo a los dos gemelos.

-Eres todo un campeón, Aid. Por lo tanto, no te debe importar si tu padre te quiere o no. Yo te quiero, tu madre te quiere y tu hermano te adora. Y eso debe bastarte, ¿me entiendes, Aid?

-Sí, abue. -De pronto, Alexander se sintió mejor y abrazó a su hermano.

-¿Estás ya bien, Alexis?

-¡Sí, Aid! ¡Te quiero mucho, hermano!

-¡Y yo a ti, tonto!

-Vamos a que partan el pastel, mis amores. Mis dos estrellas. -dijo Arabelle sonriendo.

-¿Qué vas a pedir de deseo, Aidan Alexander? -le preguntó en un susurro su hermano.

-Que nunca me faltes, Aid. Que nunca me faltes.

La muerte de Alistair McCarthy

El tiempo continuó transcurriendo incesantemente. Los gemelos continuaron creciendo y las peleas entre Darien y su esposa Arabelle eran cada vez más evidentes. La cruda verdad era que ya no se soportaban, pero Darien se negaba a otorgar el divorcio. Sin embargo, actuaba delante de Alistair, su suegro, para no contravenirlo, puesto que sabía que el anciano cada vez se hacía más viejo y ya no podía defender tan vehementemente a su hija y a sus dos nietos, a los cuales adoraba. Darien suponía que, a la muerte de Alistair, podría ya hacer lo que quisiese. Tendría en sus manos a Arabelle y toda su fortuna, y podría manejar y administrar los bienes a través de sus hijos.

Aidan Alexis era la estrella de fútbol americano de la preparatoria Claremont, en Nueva York. Había entrado con excelentes notas y era asediado por todas las chicas. Ya se había formado un club de *fans* en su honor y destacaba en todo lo que tuviera que ver con educación física. Darien lo había apoyado para entrar en esa preparatoria puesto que era el consentido. Aidan Alexander, por su lado, era educado en casa por una institutriz llamada Alisha White, pagada por su abuelo y aprobada por su padre. Aunque su gemelo había pedido a Darien que Alexander también asistiera a la preparatoria Claremont, este se negó rotundamente, argumentando que los gemelos tenían que estar separados para que desarrollaran sus personalidades, aunque Darien lo había hecho para herir en el fondo a su hijo menor.

Alistair no había olvidado nunca la confesión que le hiciera Aidan Alexander en su cumpleaños número ocho, respecto a que su padre no lo quería, y por eso había contratado a Alisha White, que le daba clases en la mansión. Alexander, acostumbrado a verse relegado en cariño por su padre y ver la preferencia por su hermano, no protestó. Sabía que Alexis no tenía la culpa; además, adoraba a su hermano. Él prefería pasar las tardes encerrado en su cuarto, componiendo canciones y tocando su guitarra, regalo de su madre. Así, una tarde, Aidan Alexis entró en el cuarto de su hermano.

-¡Hey, Alexander! Ya deja esa guitarra y vamos a salir hoy en la noche. Quiero que me ayudes con una chica que me gusta. No sé cómo hacer para que me haga caso, ¡maldición!

-Y aquí vamos de nuevo, Aid. -Alexander dejó su guitarra a un lado y miró a su hermano arqueando una ceja-. Eres la estrella de la preparatoria Claremont, tienes un club de *fans* ¿y no sabes cómo llamar la atención de una chica?

-¡Es que no puedo creer que sea la única que no me hace caso, Aidan! -Alexis se acostó en la cama de su hermano y se tapó los ojos para suspirar-. ¡Es tan hermosa! ¡Tiene los ojos azules más hermosos que hayas visto!

-Ya, ya, no necesito detalles. -Alexander sonrió a su hermano-. Si yo fuera tú, no sé, le diría algo así como... «Cualquier otra chica estaría feliz de que me gustara porque soy un chico muy atractivo».

-¡Aidan! ¿Quieres que me mande a volar por soberbio?

-Bueno, bueno, ya... -Alexander sonrió.

-Es en serio. A ver, imagínate que estás enamorado de la chica más linda del planeta, del universo, ¿qué le dirías? ¿Mi vida? ¿Mi amor?

Aidan Alexander se quedó inmóvil por un momento y observó a través de la ventana. Cerró los ojos y se imaginó estar sumamente enamorado de alguien y ser correspondido, y de la nada brotó de sus labios una palabra.

-Princesa. Le diría «princesa». Mi dulce princesa.

-¡Genial! Me agrada. Voy a usar esa palabra con la chica que me gusta.

-¡Hey, Aid! Si funciona, te voy a cobrar regalías.

En esas estaban cuando Darien y Arabelle entraron al cuarto. Arabelle les sonrió a sus dos hijos y ambos corrieron a abrazarla. Darien, por su parte, miró con desagrado el cuarto de Alexander.

-¿Es que no puedes mantener en orden este cuarto, Aidan?

-Papá, lo tengo en orden, es solo que estaba ensayando unas partituras -contestó Alexander.

-¡Tú y esa tonta idea de estudiar música! Deberías de aprender algo de Aidan Alexis. Él sí tiene dirección, tiene metas.

-Papá, no regañes tanto a mi hermano -intervino Aidan Alexis.

-Hijos -Arabelle interrumpió la conversación-, necesitamos irnos inmediatamente a la casa del abuelo Alistair. Está muy grave. Creemos que ya no va a resistir mucho.

-¿Qué? -Alexander dio un paso hacia delante muy preocupado mientras Alexis abría los ojos desorbitadamente.

-Sí, hijo. Tenemos que prepararnos para lo peor. El infarto que le dio a tu abuelo, a su edad, sabíamos que tal vez ya no resistiría. -Arabelle de pronto se soltó a llorar y Aidan Alexis la abrazó.

-Tranquila, mami. Con suerte el abuelo la va a librar.

-¡Con suerte nos vamos a librar de él! -Darien no pudo evitar decir sus pensamientos en voz alta y Aidan Alexander se abalanzó con ira hacia su padre.

-¡Cállate, papá! ¡No vuelvas a decir eso! ¿Cómo se te ocurre decir eso enfrente de nosotros y de mamá? ¿Es que no tienes corazón?

-¡No te metas donde no te llaman! -Súbitamente, Darien, sin cariño alguno hacia el menor de los gemelos, le soltó una bofetada a Alexander, que lo hizo caer al piso. Arabelle, aterrada, corrió a auxiliar a su hijo mientras Alexis, totalmente atónito, recriminó a su padre.

-¡Papá! ¿Por qué le pegaste a Aid?

-¡Tú mismo viste cómo se me enfrentó, Aidan! ¡Y no le voy a tolerar a ningún hijo mío que me levante la voz! ¡Vamos! ¡Salimos para la casa de Alistair en diez minutos! ¡Y pobre de ti, Aidan Alexander, que me vuelvas a hablar así!

En cuanto llegaron a la casa de Alistair, los gemelos corrieron al lecho de su abuelo. Arabelle y Darien se quedaron rezagados y la mujer aprovechó el momento para enfrentarse a su marido.

-¿Quién demonios te crees que eres para haberte expresado así de mi padre y para haberle pegado a mi hijo? -Arabelle miró con ira a Darien, que la ignoraba-. ¡Mírame! ¡Ya sé que nuestro matrimonio es una farsa, pero no voy a permitir que le pegues a mi hijo! Durante todos estos años le has demostrado una preferencia inaudita a Aidan Alexis, yo no sé por qué, y prácticamente le demuestras desprecio a Aidan Alexander por el solo hecho de ser apegado a mí y a mi padre. ¡No te atrevas a volverlo a golpear o vas a tener que vértelas conmigo! ¿Me entendiste?

Darien tomó por el brazo a Arabelle y la llevó a un rincón oscuro donde ningún sirviente pudiera oírlos y, de pronto, sacó todo el odio que llevaba acumulando durante años y amenazó duramente a su esposa.

-Mira, ¡tú óyeme bien a mí! Si el demonio me hace el favor de que tu padre se muera, las cosas van a ser muy diferentes. Llevo años aguantando las humillaciones de tu padre y tuyas, que siempre me hicieron menos por no haber venido al matrimonio contigo en igualdad de condiciones. -Arabelle empezó a temblar-. En cuanto tu padre fallezca, planeo empezar a manejar el imperio hotelero.

-¡Ni muerta! Yo soy la heredera y mis hijos.

-Por eso me vas a firmar un poder y si no me lo firmas, me voy a encargar de hacerle la vida miserable a los gemelos.

-¡No te atreverías! -Arabelle negó con energía-. ¡Son tus hijos, sangre de tu sangre!

-¡Pero no llevan mi apellido! Llevan el maldito apellido McCarthy, no Smith, como debió haber sido. Y esa humillación me la tengo que cobrar. Llevo años esperando cobrármela. Así que me firmarás el poder. Y a través de Aidan Alexis, manejaré las cosas, por algo es mi preferido y lo tengo en la mejor preparatoria de Nueva York.

-¡Te olvidas de Aidan Alexander! Él tiene el cincuenta por ciento de todo y él tiene la fortaleza de enfrentarse a ti. Hoy me lo demostró. Mi hijo es incondicional a su abuelo y a mí.

-A ese maldito mocoso lo tendré en la mira, así sea amenazándolo con tu seguridad. Así que ya sabes. Estás advertida, esposa mía. Y ahora ve a despedirte de tu padre. ¡Que se termine de morir mi estimado suegro!

-Abue... Abue, somos nosotros, Aid y Aidan -dijo Alexander en voz bajita, tomando la mano del anciano, que estaba conectado al oxígeno. El anciano, al sentir el cálido contacto de sus nietos, abrió los ojos con dificultad.

-Mis queridos niños... Mis dos Aidan... Me apena tanto no poder vivir más para verlos ya casados, con sus esposas, con sus hijos.

-¡Nos verás! -dijo Aidan Alexis-. Hay una chica que me gusta mucho y necesito tus consejos para que tu sueño se haga realidad.

-Mi querido Alexis, es muy amable de tu parte querer darme fuerzas con tus sueños, pero mi tiempo está contado. -Aidan Alexis comenzó a llorar y Alistair usó sus fuerzas para levantarle la cara.

-Aidan Alexander... No... No llores, mi pequeña estrella.

-Abue, si tú te mueres, ¿qué va a ser de mí? -preguntó con angustia.

-Saldrás adelante. Tienes a tu hermano, tienes a tu madre. Su cariño debe bastarte.

-Y tiene a mi papá -agregó Alexis.

-No seas ingenuo, hijo mío. -Alistair miró a su nieto y lo acercó a él-. A veces, Aidan, lo eres demasiado y por eso necesito que me hagas una promesa antes de que yo muera. Tienes que prometerme que, pase lo que pase, vas a cuidar de tu hermano, aún en contra de los deseos de tu padre. ¿Me entiendes?

-¡Pero, abue!

-¡Promételo, Aidan Alexis! Tú hasta ahora has vivido los privilegios de ser el consentido de tu padre y yo he protegido a tu hermano. Pero si yo muero, tienes que luchar porque la igualdad entre tú y Alexander prevalezca, pase lo que pase.

-De acuerdo, abuelito, pero ya no te fatigues, no digas nada, aquí estamos contigo.

Arabelle, con cara llorosa, entró en ese instante. Quería cubrir en su rostro las huellas de espanto de la amenaza de su esposo.

-¡Papá! Por favor, no desfallezcas, no mueras. Aquí estamos tus nietos y yo. Te necesitamos, no mueras.

-Hija, Arabelle. Todo lo que tengo pasará a tus manos y a las de Aidan Alexis y Aidan Alexander. Protege a mis nietos con tu vida. Haz lo que tengas que hacer para que tengan una vida feliz. Para que mis dos Aidan McCarthy sean felices.

-¡Papá, por favor! -Arabelle casi suplicaba, como si con ello su padre pudiese entender lo que sus lágrimas gritaban por decirle.

-Aidan Alexis, sé la estrella que quiere conseguir a esa linda chica de la cual me platicaste, ¿de acuerdo?

-Sí, abuelo.

-Aidan Alexander, aguanta hijo, aguanta. Eres mi luchador, mi sobreviviente, al que creo capaz de todo.

-De todo, abuelo.

-Arabelle, hija, siempre fuiste mi perdición. Mi hija, mi predilecta, mi gran amor. Te amo hija, gracias por darme dos estrellitas fugaces que fueron la gran alegría de mi vida.

-¡Papá!

-¡Abuelo!

Demasiado tarde. Alistair ya no podía responder nada. Los ojos del anciano se habían cerrado y había exhalado su último suspiro.

El destino de cada estrella

Los funerales de Alistair McCarthy se llevaron a cabo inmediatamente. Los grandes empresarios acudieron de todas partes del mundo a rendirle el último homenaje al gran magnate hotelero. De los cinco continentes, los directivos de la corporación de los hoteles McCarthy acudieron a la última morada del anciano, que se fijó donde residía la familia desde hacía cinco años. En Nueva York, Estados Unidos.

Arabelle McCarthy estaba desolada y los gemelos estaban tan devastados que ni siquiera hablaban. Los tres estaban al lado del féretro y recibían con la cabeza baja las condolencias que les ofrecían mientras Darien Smith fingía un pesar que por dentro no sentía. Al contrario, se alegraba por dentro, tenía que cerrar los ojos para apagar la chispa de felicidad que sus ojos azules destellaban a cada instante al saberse ya dueño de la situación. Ahora, por fin, su suerte había cambiado. Solo tenía que esperar que cremaran el cadáver y depositaran las cenizas en el nicho que se había construido especialmente en la mansión McCarthy para poder anunciar a la familia sus maquiavélicos planes. Cuando todo hubo acabado y llegaron a la casa para disponerse a descansar, Darien ordenó: -Los quiero a todos en el despacho. En cinco minutos.

-Pero, Darien... -Arabelle, con la cara lavada, el rostro aún cubierto en lágrimas, volteó hacia su marido-. Dejemos lo que tenga que ser para mañana.

-Papá -Aidan Alexis, con la mirada infinitamente triste, se dirigió a su padre-, por favor, espera a mañana. Quiero estar solo, pensar en el abuelo.

Aidan Alexander no dijo nada. Su dolor era inmenso y no quería exponerse a que su padre le dijera algo. Darien miró a su esposa y a sus hijos, y elevó el tono de voz.

-¡Dije que en cinco minutos y no voy a repetirlo!

Alexis abrió los ojos desorbitadamente ante el mandato y miró a su gemelo, que solo se quedó mirando al piso. Arabelle, que ya había sido prevenida por Darien, corrió a su habitación llorando amargamente. Alexis no entendía nada.

-Aid, ¿qué fue eso?

-El principio del fin.

-¿Del fin de qué? -Alexis insistió y movió a Alexander, que lo miró con tristeza.

-¿No entiendes, hermano? ¿Estás ciego? Ahora que murió el abuelo las cosas van a cambiar. Más vale que vayamos al despacho.

Darien esperaba a su familia y en unos minutos, su esposa y los gemelos estaban sentados delante de él. Encendió uno de los puros que eran exclusivos para uso personal de Alistair y comenzó a hablar.

-Bien, ya que Alistair ha muerto, pues las cosas tienen que seguir adelante. Es un hecho que ahora yo tomaré el mando de la corporación hotelera.

-Se supone que mamá es la heredera universal del abuelo -se atrevió a decir Aidan Alexis.

-¡No me interrumpas cuando estoy hablando! -Darrien calló a su hijo y Alexis no supo qué hacer más que bajar la cabeza. Arabelle apretó los puños, presa de una furia incontrolable ante la amenaza previa de su marido, y se armó de valor.

-Mi hijo tiene razón, Darrien. Yo soy la que va a tomar el mando. No tú.

-Te equivocas, esposa mía. Yo lo tomaré. Tú, con los nervios destrozados por haber perdido a tu padre, no vas a estar en condiciones de poder manejar la empresa.

Aidan Alexander no pudo resistir más quedarse con la boca callada y se levantó de tu asiento.

-¿Y se puede saber, papá, que vas a saber tú de empresas si no eres más que un médico que nunca ha ejercido su carrera?

Tanto Arabelle como Alexis y Darrien se quedaron callados ante lo dicho por Aidan. Darrien tardó tan solo un minuto en reaccionar y se levantó y golpeó a su hijo en el estómago. Alexander cayó al piso quejándose del dolor y Arabelle corrió a su lado a socorrerlo.

-¡Hijo de perra, malnacido!

-¡Papá! ¡Contrólate! -Aidan Alexis se interpuso entre Darrien, su hermano y madre. Alexander se quejaba y Arabelle le gritó a su marido.

-¡No te atrevas a volver a tocar a mi hijo! ¿Quién te crees que eres?

-¡Tu marido! ¡Soy tu marido y, como te lo dije antes de que se muriera Alistair, voy a tomar el control de la empresa y, si no me das la firma con el poder para hacerlo, tus hijos la van a pagar!

-¡Papá! ¿Qué estás diciendo? -Alexis estaba completamente atónito y volteaba a ver a su padre, a su madre y a su hermano, que luchaba por levantarse del piso.

-¡Lo que oíste, Aidan! Y si quieres seguir siendo mi hijo, vas a tener que aceptar mis condiciones porque en lo que respecta a tu gemelo, este maldito dejó de ser mi hijo en cuanto se apegó al anciano que se acaba de morir y que espero que se esté achicharrando en el infierno.

-¡Papá!

Aidan Alexis estaba incrédulo. No podía creer que ese ente que tenía delante fuera su padre, el que lo había querido por tantos años, el que lo había apoyado para entrar a la preparatoria Claremont. ¿Acaso su propio padre estaba amenazando a su madre con maltratarlos a ellos si no le otorgaba el control de las empresas hoteleras?

-¿Quién eres, papá? Te desconozco.

-No, Alexis, ahora me empiezas a conocer. Y más te vale que me respetes como lo has hecho estos años o vas a desear no haber nacido igual que tu gemelo, este estúpido que se atrevió a desafiarme.

Aidan Alexander ya se había levantado y se dirigió a su hermano.

-¿Lo ves ahora, Aid? Te dije que este era el principio del fin.

-¡A mí hazme lo que quieras, Darrien! -Arabelle se interpuso y trató de defender a sus hijos como una fiera-. Haz de mí lo que quieras, pero déjalos a ellos en paz.

-No, querida, ellos son mi carta fuerte para que tú hagas lo que yo quiera. No soy tan estúpido

como para dejar en paz a la gallina de los huevos de oro.

-¡Papá! -Alexis estaba tan estupefacto que no sabía que hacer mientras su gemelo lo tomaba del brazo.

-Para empezar, esto es lo que vamos a hacer. -Darien se sentó-. Arabelle, mañana mismo mandaré traer al notario para que firmes la carta poder para que yo maneje el corporativo. Desde luego, dirás que lo haces con todo gusto y placer porque tú quieres reponerte de la pérdida de tu señor padre. Aidan Alexis, tú elegirás en la preparatoria Claremont las materias que te lleven a la universidad más prestigiosa de Administración de Empresas porque tú serás mi mano derecha. Llevarás el negocio conmigo.

-¿Qué? -Alexis brincó y se puso pálido como la cera-. ¡Papá, sabes perfectamente que odio, que detesto con todo mi ser las matemáticas, todo lo que tenga que ver con números! ¡No me hagas esto! ¡No quiero estudiar Administración! ¡Yo tenía pensado una carrera en el fútbol americano!

-Olvídalo. Vas a ser administrador de empresas. Punto final.

-¡Pero, papá!

-¡Y en lo que se refiere a ti, Aidan Alexander! ¡Se acabó tu educación en casa con Alisha White! ¡Se acabaron tus sueños de ser músico! ¡A partir de mañana me entregas esa maldita guitarra que te regaló tu madre y tú serás contador público para que ayudes a Aidan! ¡Y pobre, pobre de ti que te vea yo cerca de una guitarra otra vez!

Darien se giró en la silla para tomar un puro y Alexander dijo con voz clara.

-No. No lo haré.

-¿Qué? -Darien se volteó y miró con odio a su hijo-. ¿Qué demonios me acabas de contestar?

-Que no. No lo voy a hacer. Ni planeo dejar mi educación con la señorita Alisha ni dejaré mis sueños de ser músico ni voy a ser contador público. Ni te voy a entregar la guitarra que me regaló mamá.

-Hijo... -Arabelle se situó inmediatamente al lado de Alexander y Alexis también se puso al lado de su gemelo mientras el rostro de Darien se ponía rojo de ira.

-Maldito infeliz, siempre te he odiado. Nunca te he considerado mi hijo -escupió con desprecio.

-¡Darien!

-¡Papá!

Aidan Alexander se mantuvo erguido y le sostuvo la mirada a su padre. Esperó estoicamente a que Darien le soltara otro golpe. Temió por su madre y rápidamente se puso enfrente de ella para protegerla.

-A mi mamá no la toques.

-¿Y qué planeas hacer para impedirlo?

-Esto...

Y sin pensárselo, con todo el dolor acumulado de tantos años de saberse no querido, golpeó con fuerza a su propio padre. Darien recibió el golpe y un hilillo de sangre comenzó a brotarle de los labios.

-Siempre lo dije. Hijo de perra, malnacido.

-El hijo de perra malnacido eres tú, papá. -Aidan se quedó mirándolo mientras Arabelle y Alexis lo miraban estupefactos.

-¡Hijo!

-¡Hermano!

-¡En este mismo instante te largas de esta casa! ¡Te vas solamente con lo que traes puesto y te llevas contigo esa maldita guitarra que tanto adoras! -Darien gritó como poseído y Arabelle se lanzó a los brazos de su marido.

-¡No! ¡No! ¡Por favor, no! ¡Hazme lo que quieras, pero no corras a mi hijo! ¡No!

Darien, lleno de ira, abofeteó a Arabelle, que cayó también al piso llorando, y Aidan Alexis corrió a socorrer a su madre.

-¡Papá, tú estás loco! ¡No puedes hacer esto!

-¡Cállate a menos que quieras seguirle los pasos a tu asqueroso hermano! ¡Y tú, lárgate! ¡Tienes menos de diez minutos para largarte de esta casa y no volver jamás! ¡Nunca quiero volver a verte! ¡Tienes prohibido acercarte a esta casa, a tu hermano y a tu madre! ¡No eres nadie! ¿Oíste? ¡Nadie! ¡Lárgate para siempre, maldito malnacido!

Aidan Alexander miró a su madre y se dio media vuelta, pero Arabelle se paró y corrió a abrazar a su hijo.

-¡No! ¡No! ¡Aidan, mi niño! ¡No!

-¡Arabelle! -Darien gritó-. ¡Deja que se largue porque, si no dejas que se largue tu hijo, el que la va a pagar es el que te queda!

Aidan Alexis fue el que gritó en ese momento.

-¡Yo me voy con mi hermano!

-¡No! ¡Ni se te ocurra seguirme, Aid! -sentenció Alexander-. Si tú me sigues, ¿quién va a cuidar a mamá de este desgraciado?

-Pero ¿qué va a ser de ti? -Alexis empezó a llorar mientras abrazaba también a su madre que, deshecha, intentaba detener a Alexander.

-Me las arreglaré solo. Ya veré qué hago. Algún día, tal vez nos encontremos de nuevo. Cuida a mi mamá.

-¡Hijo, por favor, no! - Arabelle suplicó y Darien gritó todavía más.

-¿No escuchaste? ¡Lárgate de esta casa! ¡Pobre de ti si algún día te vuelvo a ver! ¡No eres ya nadie!

Aidan Alexander se desprendió de los brazos de su madre y la besó. Miró a su hermano, que también estaba llorando, y le dijo adiós con una mirada. Salió del despacho, corrió a su habitación, empacó lo más rápido que pudo las cosas más básicas en una mochila, cogió su guitarra y cuando bajó las escaleras, ya Darien tenía sujeta por un lado a una Arabelle llorosa y casi desfallecida de dolor y del otro a Aidan Alexis, que estaba más que dispuesto a seguir a su hermano. Aidan controló sus ganas de llorar.

-¡Hijito! ¡Por favor!

-Mamá, no llores. Te amo.

-Aid...

-De alguna u otra manera encontraré la forma de comunicarme contigo y hacerte saber dónde estoy. Somos gemelos, ¿recuerdas? Aguanta, Aid, protege a mamá y conquista a tu chica. Utiliza mi frase, prometo no cobrarte regalías, y... ¿Papá?

-¿Qué?

-No soy un don nadie. Soy Aidan McCarthy. Gracias a Dios que soy un McCarthy y no un Smith.
¡Un McCarthy!

-Termina de largarte.

Aidan Alexander caminó hacia la puerta, la abrió, se cuestionó si debía o no volver la vista atrás cuando oía el llanto de su madre y su hermano, pero decidió voltear para hacer una última cosa.

-Papá, una última palabra para ti.

-¿Cuál? -Darien lo miró a los ojos.

-Púdrete.

Y Aidan Alexander McCarthy se fue sin volver, ahora sí, la mirada atrás ni una sola vez.

La princesa

Alisha White estaba en su departamento cenando. Había pasado el día viendo televisión, ya que sabía que no iría a ver a su pupilo por lo ocurrido con la muerte de Alistair McCarthy. Lamentaba la muerte del magnate puesto que le caía bastante bien. Esperaba que pronto la llamaran para volver a ver a Aidan Alexander y poderle dar sus condolencias. Estaba a punto de terminar para ponerse a lavar los platos cuando oyó unos toquidos en la puerta. Miró el reloj de pared. Eran ya más de las once de la noche. ¿Quién podría ser? Se levantó extrañada de su silla y, cuando abrió la puerta, se quedó impresionada de ver a su pupilo con los ojos llorosos y mirándola con cara de desesperación.

-¿Aidan? ¡Por Dios! ¿Qué haces aquí a estas horas? ¡Pasa!

-Señorita Alisha. -Aidan entró y se sentía sumamente incómodo de recurrir a su profesora, pero no tenía ningún sitio a donde ir.

-¿Qué ocurrió? ¿Qué haces aquí? ¿Sabe tu madre que viniste a verme? -Alisha se dio cuenta de que su pupilo cargaba en la espalda una mochila y que traía en sus manos su guitarra.

-Señorita, yo... ¿Puede darme asilo, aunque sea por esta noche?

-Por supuesto, pero... -Alisha ayudó a Aidan a quitarse la mochila de la espalda y lo sentó con cariño en un sillón. -Aidan, ¿qué tienes? ¿Qué ocurre?

-¡Señorita Alisha! -Aidan no pudo más y se arrojó a los brazos de su profesora, que inmediatamente lo abrazó, y dejó que las lágrimas fluyeran. Alisha supo que algo andaba muy mal. Dejó que su pupilo se desahogara y, de pronto, Aidan levantó el rostro-. Discúlpeme, pero no sabía a dónde ir. ¡No tengo a dónde ir!

-¡Dime qué está pasando, Aidan! -urgió Alisha, ya alterada y dispuesta a ayudar al muchacho.

-Mi padre me ha corrido de la casa. Yo ya no soy un miembro de la familia McCarthy.

-¡Pero eso no puede ser! ¿Cómo se atrevió? -Alisha se indignó-. ¿Por qué?

-Porque me negué a hacer lo que él me pide. Él me exigía que ya no siguiera mi educación con usted, que no persiguiera mis sueños con la música, que estudiara otra cosa que yo odio y, aparte, si yo seguía en mi casa, sería peor para mi madre y para mi hermano. Y yo los amo demasiado para verlos sufrir por mi culpa. ¡Ayúdeme, señorita Alisha! ¡Ayúdeme, por favor!

Alisha guardó silencio por un momento. Ya sospechaba desde hacía mucho tiempo que Darien Smith le guardaba resentimiento a Aidan Alexander y que esa era la razón de que no lo hubiera mandado, como a su hermano gemelo, a la preparatoria Claremont y que, por ello, Alistair McCarthy la había contratado para asesorarlo en su educación. Pero aquello era inaudito. Era cruel. Era injusto. Sin dudar, tomó las manos del jovencito.

-No te preocupes, Aidan. Viniste al lugar correcto. Yo te ayudaré. No te preocupes por tu educación. Yo te seguiré enseñando.

-¡Pero ya no tengo dinero! -gritó desesperado el chico.

-No te preocupes de eso. Tu abuelo alguna vez me comentó que, si él faltaba, yo podría disponer de una cuenta a tu nombre. -Alisha se levantó, fue a su cuarto y trajo con ella una tarjeta de débito-. Mira, me la entregó cuando me contrató. Tu abuelo dijo que tú sabrías los cuatro números para retirar el dinero en cualquier cajero.

Aidan tomó la tarjeta en sus manos. Era una MasterCard negra. De pronto, se sintió como tonto. ¿Cómo iba a saber él los cuatro números para acceder a ese dinero? Entre aterrado y desesperado, le preguntó a su profesora:

-¿Fue lo único que le dijo mi abuelo cuando le entregó esta tarjeta?

-Dijo que mientras supieras el nombre de tu abuela, sabrías el número.

Aidan se puso a pensar. Nunca había conocido a su abuela, pero sabía que se llamaba Katy McCarthy. Katy... ¡Katy! Eso es. La C correspondía al tres. La A correspondía al uno. La T era veinte. Dos y cero eran dos. La Y era veinticinco. Dos y cinco eran siete. «3127». Ese era el NIP para acceder a la cuenta.

-¡Lo tengo! ¡Ya sé cuál es el número!

-Entonces tienes dinero. Tu abuelo no se olvidó de ti después de todo.

-¡Señorita Alisha! ¡No tiene idea de cómo le voy a agradecer esto! -Aidan abrazó a su profesora.

-No me lo agradezcas. Agradéceselo a tu abuelo. Y si quieres seguir tus estudios musicales, conozco perfectamente a las personas que te pueden ayudar.

-¿En serio?

-Sí. ¿Sabes quiénes son Beau Bennett y Caridee Trammell?

-¿La pianista de origen francés y la gran violinista de fama mundial?

-Las mismas.

-¡Cómo no conocerlas!

-Bien, son amigas mías. Íntimas amigas mías. Actualmente, están radicadas en Inglaterra, donde naciste tú. ¿Querías mudarte de regreso a donde naciste para estudiar bajo su tutela?

-¡Señorita Alisha! Eso sobrepasaría mis más grandes sueños.

-Ahora mismo están armando un grupo musical. Están buscando a un compositor de canciones. Quieren lanzar un grupo llamado Shining Stars. Hasta ahorita tienen a dos chicos. Uno se llama Leo, el otro Chad y la vocalista se llama Sophie, pero necesitan a alguien que ponga la magia en la música. ¿Quieres ser tú?

-¡Sí! -Aidan gritó con entusiasmo-. Con el dinero que me haya dejado mi abuelo, lléveme a Inglaterra con sus amigas y yo le pagaré mi educación. Mientras más lejos esté de mi familia, será mejor para ellos y mejor para mí. Pero antes de irme, necesito hacerle saber a mi hermano cómo comunicarse conmigo.

-No te preocupes, mañana iré a la mansión con el pretexto de ir a darte clase. Seguramente, tu padre me correrá, pero aprovecharé para decirle a tu hermano dónde encontrarte. ¿Tienes alguna palabra que solo tu hermano y tú conozcan?

-Princesa, solo él y yo sabemos qué significa.

-Bien, yo me encargo. No te preocupes. Tu vida ahora va a cambiar.

Aidan Alexis y Arabelle lloraron toda la noche en el cuarto de Aidan Alexander. Darien ni siquiera se inmutó. Él se fue a dormir y la pobre madre se desplomó sobre el colchón de su hijo recién perdido.

-Mi niño, ¡mi niño! ¿Cuándo te volveré a ver?

-¡Mamá! -Aidan sollozaba, pero intentaba consolar a su pobre madre-. ¿Por qué nunca me dijiste que papá era así? ¿Por qué me dejaste creer una mentira?

-Nunca pensé que las cosas fueran a llegar a este nivel, hijo. -Arabelle sollozaba y apretaba sobre su pecho el rostro lloroso de Alexis-. ¿Qué vamos a hacer sin tu hermano?

-Ahora yo tengo que hacer lo que él me pidió, mamá. Yo te voy a proteger porque, si no lo hago, de nada habrá servido su sacrificio. Ahora yo tendré que sacrificarme. Para salvarte a ti, mamá. No voy a permitir que mi padre te toque. Ahora que vi de lo que es capaz.

-¡Aid! No quiero perderte a ti también. ¡Júrame que no vas a seguir el camino de Alexander porque entonces sí voy a morirme de la angustia! Tengo dos hijos que amo y he perdido a uno por no poder deshacerme de ese infeliz que un día tomé por marido.

-¡Mamá! Jamás, ¡jamás te voy a dejar ni a desamparar! ¡Se lo prometí a Aid! Lo único malo es que tendré que sacrificar mis sueños, pero no me importa si es el precio que tengo que pagar por tu seguridad, mamita.

-¡Hijo! -Arabelle lo abrazó y ambos lloraron.

-¡Mamita! ¡Te voy a proteger en contra de papá! ¡Haré lo que sea para defenderte! ¡No me perderás! De alguna manera encontraré la forma de comunicarme con Aid y sabremos de él, ¡ya lo verás!

-Ojalá, hijo. -Arabelle se aferró al retrato de Aidan Alexander y lo apretó contra su pecho-. Ojalá. Mi niño... Mi pobre Aidan...

Justo como se lo había prometido a Aidan Alexander, Alisha White llegó al día siguiente a la mansión McCarthy con el pretexto de darle clase a su pupilo. Darien la recibió en el despacho con un sobre lleno de dinero que prácticamente le aventó en la cara con desdén.

-Aquí tiene su liquidación, señorita White.

-¿Se puede saber por qué, señor Smith?

-Simplemente, que no vamos a requerir más de sus servicios. Es todo lo que puedo decirle.

-¿Puedo despedirme de Aidan?

-Lo lamento, pero mi hijo no está en condiciones de recibir a nadie. Por la muerte de su abuelo, lo comprende ¿verdad?

-Sí, desde luego. -Alisha hizo un gesto de comprensión cuando por dentro sabía perfectamente que Darien Smith le estaba mintiendo.

-Siendo así, le agradezco sus atenciones con mi hijo.

-Me retiro, señor.

-Hasta luego.

Alisha salió y buscó con la mirada en todos lados y, mientras caminaba rumbo a la salida, tuvo la suerte de ver en el jardín a Aidan Alexis. Inmediatamente, corrió hacia él y le hizo una seña para que se acercara a ella y se cubrieron detrás de un árbol.

-¡Señorita Alisha! ¿Ya sabe que mi hermano no está aquí?

-Sí, ya lo sé, pero guarda silencio, esto lo tengo que hacer rápido antes de que tu padre vea que no me he ido todavía. Escucha con mucha atención. Tu hermano está conmigo. Está bien. Pero nos iremos a Inglaterra para que siga su educación. Tu abuelo le dejó dinero y lo va a utilizar para seguir estudiando y perseguir sus sueños en la música. Dile a tu madre que estará bien. Lo tomaré bajo mi tutela y las de mis amigas, Beau Bennett y Caridee Trammell. Dile a tu madre que estará en las mejores manos.

-Pero, señorita Alisha, si Aid se va, ¿cómo me pondré en contacto con él?

-Aidan me dijo que le escribas a un correo de Gmail. Escríbele a «princesa» con el año de su nacimiento. Me dijo que esa es la palabra con la que nadie sospechará nada.

-Princesa... ¡Sí! Aid es un genio. A él le deberé todo. ¡Gracias, señorita Alisha!

Y Alisha se fue de la mansión McCarthy.

A la semana siguiente, Aidan Alexis volvió a la preparatoria. Cambió todas sus materias para poder entrar a la carrera de Administración, tal como su padre quería. Todo lo hacía para que el sacrificio de su hermano no fuera en vano y para proteger a su madre. Cuando estaba en la dirección, de pronto vio el cabello rubio de la muchacha que le quitaba el sueño. Se quedó como un tonto observándola y vio cómo se le cayeron los libros. Inmediatamente corrió a ayudarla y, cuando intentó levantar el mismo libro que ella, los dos se golpearon en la frente y cayeron.

-¡Ouch! ¡Eso me dolió!

-¡A mí también! ¡Te crees mucho por considerarte el nuevo galán de la escuela! -La muchacha levantó la mirada y se encontró con la de Aidan, que le sonrió. Recordando su última conversación con su hermano, le dijo:

-La mayoría de las mujeres se alegraría de que las ayudara a recoger sus libros y toparse conmigo.

-¿Y eso por qué? -le preguntó la rubia.

-Porque soy un hombre muy atractivo.

Alexandria Sumner se lo quedó mirando y, de pronto, se empezó a reír. Aidan también lo hizo, y recogió el libro y se lo entregó.

-Tal vez sea mejor si empezamos de nuevo. Mi nombre es Aidan McCarthy. ¿Y tú eres?

-Alexandria Sumner. Pero yo ya sabía tu nombre. Todas las chicas de la escuela se mueren por tí.

-Tal vez, pero yo solo tengo ojos para una y esa una apenas me miró hoy.

-Seguro que usas esa frase con todas.

-No, es la primera vez que la uso. ¿Sabes que me encanta la manera en que te peinas?

-¿En serio? -Alexandria arqueó la ceja incrédula.

-¡Te lo juro! Tu peinado demuestra que eres una chica muy original. Que logres imitar un *mohawk* sin estar rapada dice mucho de ti. Oye, princesa, ¿tienes novio?

-¿Qué? -Alexandria sonrió y se acercó más a Aidan-. ¿Cómo me llamaste?

-Princesa. Te acabo de llamar princesa porque eres una dulce princesa. ¿Te molesta que te llame así?

Alexandria sonrió sintiéndose halagada y negó con la cabeza.

-No.

-¿No qué?

-No y no. No me molesta que me llames princesa y no, no tengo novio -dijo la rubia sonrojándose.

-Genial. Entonces, eso significa que tengo una oportunidad.

La historia de Aidan Alexis

Tres años pasaron desde que Aidan se había encontrado con Alexandria Sumner en la preparatoria Claremont y le había preguntado si tenía novio. Alexandria era una chica algo atolondrada pero sumamente noble, que vivía con sus padres y tenía un hermano pequeño de nombre Cory.

Aidan se había dado cuenta de que Alexandria adoraba las malteadas de chocolate, los dulces y que, terminando las clases, se iba directamente a Central Park a caminar. Aidan comenzó a seguirla y cierto día, Alexandria, sintiéndose perseguida por el muchacho más guapo de toda la preparatoria, le siguió el juego y pasaron toda la tarde platicando. Aidan le invitó al menos tres malteadas y después, la acompañó a su casa. Fue cuando Alexandria se dio cuenta que Aidan no tenía nada de pedante como ella creía. Era bastante agradable y lo pudo comprobar cuando se lo presentó a su hermano. Cory inmediatamente lo tomó como un amigo y lo invitó a jugar con su consola, cosa que Aidan aceptó encantado y pasaron una tarde sumamente divertida. Pronto, eso se convirtió en rutina y Aidan la acompañaba todos los días a su casa ante la mirada envidiosa de todas las chicas del colegio. Al fin, Alexandria le preguntó: -Hey, Aidan, ¿por qué te fijas en mí, vienes a mi casa, sales conmigo y me acompañas a Central Park? Antes te la pasabas practicando fútbol americano. No es que me moleste, al contrario, pero...

-Es que ya me salí del club -dijo Aidan con algo de pena en su voz-. Y prefiero pasar las tardes contigo, princesa, me divierte estar contigo. Me la paso genial a tu lado y mientras tú no me corras. -De pronto, Aidan puso cara de espanto y se detuvo y la miró a la cara-. ¿O es que ya te fastidié?

-¡No! -Alexandria negó con energía-. ¡No para nada! Es solo que, tal vez, ya me estoy acostumbrando demasiado a tu compañía, aun cuando todas las chicas del colegio me ven con ojos de odio.

-¿Y a ti te importa eso, princesa? -Aidan le acarició el rostro con cariño.

-Pues, la verdad, ya no.

-Y si... -Aidan se armó de valor. Estaban en pleno Central Park y el pelinegro se llenó de toda la audacia de la que era capaz y tomó el rostro de Alexandria entre sus manos y la besó. Cerró los ojos, se dejó llevar y besó a la chica con la que llevaba soñando tanto tiempo, y la rubia por un momento no supo qué hacer. Se quedó inmóvil, pero Aidan le tomó la mano y la puso alrededor de su cuello y, de pronto, Alexandria le correspondió y se dio cuenta de que le estaban dando el mejor beso de toda su vida. Se aferró a Aidan y con los árboles y hojas que caían y la brisa que soplaba como testigos, de pronto, Aidan acarició la nariz de Alexandria para dar por terminada esa caricia de ensueño y ella abrió los ojos para encontrarse con los de él. El pelinegro se mordió los labios, pero dejando cualquier timidez al lado le preguntó:- Princesa, ¿y si de plano me dejo

de hacer el tonto y te pregunto si quieres ser mi novia?

-¿Eh? -Alexandria todavía no se reponía de aquel beso y se tocó los labios, pero Aidan siguió hablando.

-Alexandria, princesa, yo sé que tal vez a lo mejor te parece precipitado, pero te lo juro que, en cuanto termine la universidad, te secuestraré.

-¿Qué? -Alexandria estaba atónita y aturdida todavía.

-Y no solo eso. -Aidan seguía hablando y sostenía con un amor infinito las manos de la rubia-. Es que quiero que comprendas que, desde que te vi, me enamoré de ti y, antes de que acabemos la prepa y tenga que ir a Harvard a estudiar Administración como lo quiere mi padre, solamente quería decirte lo que siento, ya que dentro de poco dejaré de ser tu compañero Aidan Mc Carthy. Y es que, cuando estoy a tu lado, tengo ganas de reír, de gritar, de cantar. Si me hubieses oído el otro día en mi cuarto cantando canciones de Adele como un enamorado tonto y tú me dices que no correspondes a mis sentimientos, yo...

-¡Aidan! -Alexandria gritó y el pelinegro se quedó mudo. Y fue cuando ella se acercó y lo besó dulcemente en los labios y le dijo casi en un susurro-: ¿Podrías callarte tantito para poder decirte que sí?

-¿Que sí qué? -Aidan era ahora el que tenía cara de tonto.

-Que sí quiero ser tu novia.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! -Aidan casi aulló de júbilo y abrazó a Alexandria hasta cargarla y dar vueltas con ella mientras ambos caían en el pasto, y la besó muchas veces en la cara y en la boca mientras la muchacha se reía.

-¡Aidan, eres un exagerado!

-¡Princesa! ¡Me has hecho el hombre más feliz del mundo! ¿Tienes idea de cuánto te amo?

-¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo esperando que me pidieras ser tu novia?

-¿Me lo juras? -Aidan mordió con cariño la mano de Alexandria.

-Te quiero. -La rubia lo besó en la mejilla-. No sé cómo pasó. Me caías como hígado, pero te quiero.

-Te amo, princesa. Te amo, ahora y siempre, para siempre.

En esos tres años, la relación de Aidan Alexis McCarthy y Alexandria Sumner se había hecho fuertísima e inquebrantable. A pesar de que Aidan tenía que vérselas con el horario de la universidad, siempre buscaba las horas para visitar a su novia. Darien, al ver que su hijo había aceptado sus condiciones de ser administrador y no le había dado problemas y que al parecer no se había contactado con su gemelo, le había dado carta libre para su noviazgo con Alexandria, por lo que Aidan podía respirar tranquilo en ese aspecto. Sin embargo, solo las horas al lado de su princesa eran buenas. El resto, eran un caos. Odiaba Harvard con toda su alma. No soportaba las matemáticas, los números. Pero tenía que metérselos a fuerzas. No podía llegar a casa con una mala calificación. Y, por otro lado, estaba su madre.

Desde la partida de su gemelo, Aidan Alexander, Arabelle era un fantasma en su propia casa.

Prácticamente no hablaba más que con Aidan Alexis y parecía haber envejecido diez años. Se rehusaba a salir y Darien se presentaba con ella a cada rato en sus aposentos a hacerla firmar cartas o cheques relacionados con el corporativo hotelero. Aidan temía que su madre fuera a volverse loca. A veces, la encontraba llorando en el antiguo cuarto de su hermano, que por órdenes de su padre no había sido limpiado ni tocado. Era un cuarto fantasma. Y era peor ver a su madre acostada en el colchón de su gemelo o verla llorar sobre las camisetas de su hermano. Varias veces intentó comunicarse con Alexander a través del correo que la señorita Alisha le había dado, pero la respuesta de Aidan era la misma.

Para: Aidan Alexis McCarthy

De: Aidan McCarthy

Asunto: ...

Es mejor que no te comuniques conmigo. Cuida bien a mamá. Ella es la única que importa. Te quiero, Aid. No te expongas a que papá sepa que intentas comunicarte conmigo. No pierdas todo por mí. Piensa en mamá. Y nunca me menciones.

Aidan Alexis ya no sabía qué hacer. Transcurrieron otros años más y se tituló como Licenciado en Administración en Harvard. Darien le regaló un flamante auto deportivo y lo felicitó, llamándolo «mi único hijo». Pero Aidan sintió que aquello había sido una bofetada. Alexandria lo besó muchas veces y lo acompañó a recibir su título, y su madre se esmeró en volver a ser la hermosa mujer elegante que siempre se había caracterizado en ser, para homenajearlo en una fiesta en su honor que Darien había hecho invitando a los gerentes de la corporación. Aidan se sentía abatido, triste... ¿Qué caso tenía haber terminado una carrera que para él valía un cacahuate? ¿Qué caso tenía tener a su lado a la mujer que amaba y adoraba si le faltaba su otra mitad? ¿Dónde estaba Aidan Alexander?

-Amor, ¿qué tienes? -Alexandria se acercó a Aidan, mientras bailaban en la fiesta, al verlo tan decaído-. Pareciera que no tuvieras razones para festejar.

-No es eso, princesa.

-Por cierto, tu madre se ve preciosa. Yo quisiera ser así de bonita, como ella.

-Que mi mamá me perdone, pero tú lo eres más, princesa. -Aidan cortó la conversación con un beso discreto y comprobó con una mirada que su padre no estuviera molestando a su madre. Su vida desde hacía años era esa. Estar cuidando que Darien no maltratara a su madre. Y mientras él hiciera lo que su padre le pedía, su mamá estaba a salvo.

-Eres tan exagerado. De hecho, tu papá también es apuesto. -Alexandria apuntó cuando vio que Darien la miraba con cierto descaro. Aidan lo notó y se puso molesto, pero intentó no hacer caso-. Oye, amor, ¿por qué, si tienes unos padres tan apuestos, nada más te tuvieron a ti? ¿Por qué eres hijo único?

Aidan de pronto se detuvo y Alexandria se quedó sin saber qué hacer. El pelinegro se dio cuenta de que, sin querer, su princesa le había dado donde más le dolía, pero la tomó por la cintura de nuevo y siguieron bailando. Aidan contestó rápidamente para que el incidente pasara inadvertido.

-No lo sé. Fue decisión de ellos, supongo.

-Si tuvieras otro hermano, hubiera podido presentárselo a Kahlen. Ya sabes...

-Sí, supongo... -Aidan suspiró aliviado de haber podido salir sano y salvo de la situación, pero de pronto un dolor muy fuerte en la cabeza hizo que detuviera el baile y perdió el equilibrio. Alexandria, inmediatamente, levantó la voz y preocupada lo abrazó.

-¡Aidan! ¿Qué tienes?

Arabelle, al ver prácticamente resbalar a su hijo, corrió a su lado y Darien, preocupado también a su pesar, se acercó a la pareja mientras los invitados se movían a un lado.

-¡Hijito! ¿Qué te pasó? ¿Qué pasó, Alexandria? -preguntó Arabelle mientras sostenía la cabeza de Aidan y Darien pedía hielos y alcohol a la servidumbre. Los invitados cuchicheaban alrededor.

-Señora, yo no sé. Estábamos bailando y, de pronto, pareció como que se mareó.

-¡Aidan! -Darien quitó a Arabelle y movió de los brazos a su hijo-. ¡Aidan!

-¿Eh? ¿Qué? -El muchacho pareció volver a la realidad y Alexandria, Darien y Arabelle lo miraban asustados.

-¿Qué te pasó? -Darien preguntó, pero, de pronto, Aidan se tapó la boca y Arabelle lo ayudó a levantarse, rápida, con el instinto de una madre que sabe que su hijo no está bien.

-¡Diane! -le gritó a su damita de compañía-. ¡Rápido, ayúdame a sacar a mi hijo al jardín!

La muchachita ayudó a Arabelle a sacar a Aidan, que de pronto se puso pálido como la cera y se dejó llevar al jardín. Alexandria y Darien fueron tras de ellos mientras los invitados estaban atónitos. Darien de pronto se volvió sobre sus pies y con tranquilidad dijo:

-No es nada, adelante con la fiesta, por favor.

Todos siguieron bailando y Darien se quedó presidiendo la fiesta mientras afuera Aidan no pudo contenerse más y vomitó. Alexandria estaba impresionada. Aidan no había tomado ni un solo trago en toda la noche. Arabelle, mientras tanto, daba órdenes a Diane.

-¡Rápido, Diane, tráeme agua mineral y un trapo húmedo!

-Sí, señora.

-¡Hijo! ¡Aid! ¿Qué tienes? ¿Qué sientes? Alexandria, ¿qué pasó?

-Nada, señora. No lo sé. Estábamos bailando bien. Aidan no ha tomado ni un solo trago, estábamos disfrutando de su fiesta y, de pronto, fue como si le doliera la cabeza. Se mareó y se resbaló, y lo demás usted lo vio.

-¡Aidan! ¡Hijo!

-Mamá, no me muevas -el muchacho suplicó.

-¿Qué sientes?

-Ahora nada, pero estaba bailando con mi princesa y, de pronto, me dolió la cabeza. Sentí ganas de vomitar, pero ya estoy bien. Ya puedo regresar a la fiesta.

-Aidan... -Arabelle respiraba profundo-, creo que debemos llamar al médico.

-¡Mamita! -reprendió Aidan-. No seas exagerada. Tal vez sea la emoción por que ya terminé la carrera. Mejor acompáñame. Ahora me toca bailar contigo, ¿verdad, princesa?

-¿Estás seguro? -Alexandria lo miró angustiada.

-¡Claro que estoy seguro! Además, papá debe estar esperándonos. ¡Vamos!

Los tres entraron, pero Aidan seguía mareado. Bailó con su madre y, disimuladamente, volvió a entrar al baño y volvió a vomitar, y le pidió a Diane que le diera unas pastillas para el dolor de cabeza sin decirle ni una palabra a su madre. Se las tomó. Se refrescó el cuello con agua fría y volvió a salir.

-Dios mío, ¿qué me está pasando? ¿Qué me pasó?

Capricho

Cuando Aidan Alexander McCarthy llegó a Inglaterra como pupilo de Alisha White, sintió por primera vez que era libre de hacer al fin lo que quería.

El vuelo a Londres se le hizo eterno por dos razones. La primera fue que ya quería llegar para conocer a dos de sus ídolos en la música: Beau Bennett era una excelente pianista y Caridee Trammell era un prodigio en el violín. Estaba decidido a aprender de ellas todo lo que pudiera. Iba a exprimir el conocimiento de esas dos eminencias y nadie se lo iba a impedir. Pero la segunda razón le dolía en el alma: estaba dejando atrás a su madre y a su hermano. Se le partía el corazón de solo pensar que Aidan Alexis no pudiera proteger del todo a su madre. Recordaba las lágrimas de Arabelle cuando le suplicaba a su padre que no lo corriera. Pero en el fondo sabía que Aidan haría un buen trabajo. Tenía que confiar en su gemelo. No había vuelta atrás. Sabía que tal vez jamás regresaría y que probablemente nunca los volvería a ver. Aunque Alisha le había dado a Aidan la dirección de *mail* para comunicarse, había decidido durante el vuelo que lo mejor sería no hacerlo. Si su padre se diera cuenta de que mantenía contacto con Alexis, la que lo pagaría sería su madre y eso no iba a permitirlo. Tenía que protegerlos a ambos aun estando lejos.

En cuanto llegaron, Alisha hizo unas llamadas y tomaron un taxi hasta llegar a un *penthouse* en una conocida calle londinense. Aidan estaba pasmado.

-Bien, estamos aquí. Ahí arriba nos está esperando tu futuro.

-¿Ahí arriba? -Aidan miró el edificio y calculó que el *penthouse* era gigantesco.

-Sí. Ahí no solamente viven Beau y Caridee. También están instalados los integrantes del grupo Shining Stars, que son los protegidos de mis amigas. Con suerte, si demuestras tu talento, formarás parte del grupo. Así que no hay vuelta atrás. Vamos.

Aidan tragó saliva y siguió a Alisha dentro del elevador. Llegaron arriba, Alisha tocó y un chico de cabello platinado que traía puestos audífonos abrió la puerta.

-¿Sí?

-Soy Alisha White. Tú debes ser Chad.

-¿Alisha? -El llamado Chad la miró de pies a cabeza y se movió a un lado-. ¡Beau! Creo que aquí te buscan.

El platinado se movió y, en cuestión de segundos, una mujer alta, delgada, de corto cabello rubio cenizo hizo acto de aparición vestida con pantalones negros y una camisa blanca desfajada. Al ver a su vieja amiga, corrió a abrazarla.

-¡Alisha White! ¡Tienen que pasar años para que te dignes a visitarnos!

-¡Beau! Por Dios, no exageres.

-Sigues tan elegante como siempre. Deja que Caridee te vea. ¡Caridee!

La llamada Caridee apareció con pasos de bailarina, enfundada en un traje color turquesa a las

rodillas, de diseñador, y parecía flotar sobre el piso de mármol. Perfectamente maquillada y peinada, lucía como una modelo y besó a Alisha en ambas mejillas.

-Te hemos extrañado, amiga.

-Y yo a ustedes -Alisha sonrió.

-Al fin el trío dinámico se ha reunido -Beau bromeó-. Y bueno, ¿nos presentas a este jovencito?

Aidan se había quedado totalmente inmóvil en el dintel de la puerta, con su mochila al hombro y su guitarra en la mano. De pronto, los colores se le subieron a la cara, pero dio un paso adelante y se presentó.

-Mucho gusto. Me llamo Aidan Alexander McCarthy.

-¡Alexander! -Beau entrecerró los ojos-. Un conquistador magno. Me agrada el nombre. Un luchador. Podría apodarte ahora mismo Fighter.

-Como guste.

-¡Vaya! Es muy original -Caridee opinó y lo tomó de la mano-. Ven, siéntate. Deja tu guitarra aquí. Alisha nos ha contado que tienes talento.

-Aunque primero tienes que probarlo, jovencito. -Beau arqueó una ceja.

-No seas tan severa con él, Beau -Alisha le dijo en voz baja a su amiga rubia-. No tienes idea de lo que ha sufrido.

-¿Por qué? -Caridee se quedó viendo a Aidan a los ojos y este esquivó la mirada de la violinista.

-Prefiero no hablar de eso. Yo solo vine porque me interesa recibir educación musical si ustedes juzgan que tengo talento. Si no es así, pues seguiré mi educación con la señorita Alisha y ya buscaré trabajo en algún lado.

Beau y Caridee se miraron. No había duda de que el tal Aidan Alexander era un jovencito de agallas. Alisha sonrió.

-¿Por qué no les demuestras lo que puedes hacer, Aidan? Haz una audición. Que de una vez Beau te diga si puedes entrar al proyecto Shining Stars.

-¿Le hablaste del proyecto ya? -preguntó Beau.

-Perdóname. Sé que no debí haberlo hecho, pero Aidan realmente tiene talento. Puedes comprobarlo.

-Bien, voy a tomarte la palabra. ¡Leo, Chad, Sophie! ¡Vengan inmediatamente a la sala!

Aidan se quedó muy quieto y esperó a que las personas que había llamado Beau vinieran. Un joven alto de cabello castaño, el platinado que les había abierto la puerta y una linda chica pelirroja se unieron a ellos. Caridee se los presentó.

-Mira, Aidan, te presento a nuestro proyecto musical. Leo es nuestro guitarrista y segunda voz, Chad es nuestra voz masculina y el encargado de los teclados, y Sophie es la voz femenina cuando se requiere y, en ocasiones, se encarga de la batería. Ellos conforman Shining Stars. Chicos, les presento a Aidan McCarthy.

-Mucho gusto en conocerlos -dijo Aidan.

-Igualmente -respondió Leo por todos.

-El punto aquí, muchacho -prosiguió Beau-, es que queremos a alguien que componga las canciones. Que nos proporcione el empuje en las letras que necesitamos. Y que haga los arreglos para la banda. Y ese alguien tiene que ser sumamente talentoso. Desde luego, un segundo guitarrista no nos caería mal, pero el grupo es de tres. Tu vendrías a ser el integrante detrás del grupo, ¿me comprendes?

-Sí, comprendo, y además yo no querría estar frente al público de todas maneras.

-¿Y eso por qué? -preguntó intrigada Caridee-. Eres muy atractivo.

-Porque yo no quiero ser famoso por mi rostro. Mi rostro debe permanecer oculto. Yo quiero ser músico, pero detrás de las portadas de los discos. Son razones personales.

Alisha inmediatamente intuyó que era porque su padre lo había corrido y no quería saber de él, y apoyó a su pupilo.

-Sí, son razones personales poderosas. Además, ustedes buscan el talento de Aidan en composición y en arreglos musicales. Él lo puede hacer.

-Bien -dijo Beau-, para empezar, te voy a poner una prueba. Los chicos se presentan pasado mañana en un *pub*. Quiero una *intro* para su presentación. Una *intro* instrumental. Que no dure más de tres minutos, pero que sea lo suficientemente interesante para que llame la atención en lo que suben el telón y se prenden las luces y que sirva para prender a la multitud. ¿Puedes componerlo sí o no?

-Sí -contestó Aidan sin dudarle ni un segundo.

-Ni siquiera te he dicho el tipo de música que toca la banda.

-Con el puro nombre tengo para darme una idea. Te la presento mañana mismo. Déjame trabajar en ella esta noche.

-Tienes mucha confianza, muchacho. -Beau arqueó una ceja-. Trabajarás con Leo. Él te dirá y explicará lo que la banda toca y mañana por la mañana me presentas la *intro*. Si me gusta, te quedas. Si no me gusta, estás fuera. ¿Tenemos un trato, Fighter?

-¡Trato hecho! -Aidan extendió la mano y Beau se la estrechó para cerrar el pacto.

Leo condujo a Aidan a un miniestudio de grabación que formaba parte del *penthouse* e inmediatamente simpatizaron.

-Así que te llamas Aidan. Me agrada tu nombre.

-Sí, gracias.

-¿Eres estadounidense?

-No. Viví allá, pero nací aquí, en Oxford.

-¿En serio? Yo también soy de ahí. -Leo le sonrió y Aidan se sintió cómodo-. Bueno, la música que tocamos es variada, pero Caridee y Beau quieren algo que prenda a la gente. En pocas palabras, necesitamos un *hit*. Queremos empezar a escalar en las listas de popularidad. Así que la *intro* que quiere Beau es algo así como un anuncio de...

-De estrellas que están bajando a tomar el escenario.

-¡Exacto! No lo pudiste definir mejor. ¿Quieres que te ayude?

-No. No lo tomes a mal, pero si esta es mi audición, prefiero trabajar solo.

-Bueno. Si tienes hambre, solo tienes que ir a la cocina y servirte lo que quieras. Nos puedes pedir ayuda a Sophie o a mi hermano.

-¿Chad es tu hermano? -Aidan de pronto se sintió triste al recordar a su gemelo.

-Sí, ¿tú no tienes?

-No -negó con tristeza. Era lo mejor. Negar su pasado.

-Solemos pelearnos por cualquier cosa, pero así es cuando tienes hermanos.

-Sí, supongo que así debe de ser.

-Bueno, te dejo trabajar. Cuando termines, me buscas. Seguro que vas a quedarte en la habitación al lado de la que comparto con Chad.

-Ok, gracias, Leo.

-De nada, Aidan. ¡Suerte!

Al quedarse solo, Aidan sacó su guitarra y partituras nuevas, y se puso a trabajar. Ese era su momento. Tenía que demostrar que podía formar parte de Shining Stars. Trabajó y trabajó, editó hasta que terminó y no alcanzó a gritarle a Leo dónde dormiría. Se quedó dormido sobre las partituras terminadas.

A la mañana siguiente, todos estaban ya en el comedor desayunando. Alisha, Caridee, Chad, Leo y Sophie. Cuando apareció Beau, se sorprendió de no ver al novato y preguntó:

-¿Y tu protegido, Alisha? ¿No planea desayunar?

-Yo pensé que estaba enseñándote lo que le habías pedido.

-No lo he visto desde ayer. ¡Leo! ¿Dónde está el muchacho luchador?

-No sé. La última vez que lo vi fue cuando lo dejé en el estudio de grabación, pero supongo que debió haberse ido a dormir.

-Ya empezamos con las flojeras -Beau se quejó, pero Caridee la calmó.

-Tranquilízate, todavía ni siquiera es miembro y ya lo estás molestando.

-Voy a buscarlo.

Beau fue al dormitorio de visitas y se sorprendió de no encontrar a nadie ahí. Se dirigió entonces al estudio de grabación y ahí encontró a Aidan dormido sobre las partituras y con el CD grabado de la *intro* que le había pedido. La rubia se extrañó y tomó el demo. Lo puso en el reproductor y vio que estaba con el título *The Shining Stars Appear*. Puso «play» y comenzó a oír unos chasquidos de dedos. Se intrigó. Dejó que pasara esa parte y después oyó algo con un estilo español que la intrigó por ser muy bueno y original y que tenía ciertos rasgos *rockeros*. De pronto, Aidan despertó y Beau pulsó el botón de «stop».

-¡Lo siento! ¡Me quedé dormido!

-Eso es evidente, Fighter.

-Déjame mostrarte el demo de la *intro*. -Aidan se talló los ojos, pero Beau lo interrumpió.

-Demasiado tarde. Ya lo oí.

Aidan palideció y empezó a temblar como una hoja. ¿Y si no le había gustado a Beau Bennett? ¿Y

si había arruinado su oportunidad?

-¿Y bien?

-Pues... -Beau hizo una pausa de silencio tan larga que Aidan comenzó a sudar frío-. Tienes talento, muchacho, mucho talento. Me encantó. Voy a usar tu demo como *intro*. ¡Caridee! ¡Alisha! ¡Muchachos! ¡Vengan a oír esto!

Todos llegaron al miniestudio y Beau, sin decir nada, puso «*play*». Todos se asombraron y Chad, el platinado, dijo:

-¿Qué es eso?

-Sonríe, mi estimado platinadito de ojos verdes. Esta es tu *intro*.

-¡Está genial! -Sophie empezó a dar saltos de alegría al lado de Leo y Caridee felicitó a Aidan.

-Tienes talento, Aidan McCarthy. Bienvenido al grupo.

-¿En serio? -Aidan no lo podía creer-. ¿De verdad? ¿Pasé la audición?

-Sí, la pasaste.

-¿Lo ves? -Alisha lo abrazó y Chad, Leo y Sophie lo jalaban hacia el centro y le dijeron:

-¡Bienvenido a Shining Stars, Fighter! ¡Ya eres uno de los nuestros!

Aidan sintió que su corazón daba brincos de felicidad. Lo había conseguido. Cerró los ojos y mentalmente dijo: «Esto va por ustedes, mamá y hermano».

Tres años pasaron. Aidan pasó a formar parte de Shining Stars como compositor y arreglista. Tomó clases con Alisha, Caridee y Beau y pronto Leo, Chad y Sophie se convirtieron en sus hermanos. Incluso, a Beau le agradó tanto el estilo de peinado de Aidan que le pidió a Leo y a Chad que lo copiaran para que ese fuera el estilo de Shining Stars. Así que los tres amigos parecían hermanos. Los tres andaban con un corte muy masculino, pero de coleta, y Sophie era la chica consentida. Sin embargo, Sophie poco a poco empezaba a desarrollar sentimientos por Aidan, aunque él no se daba por aludido. Para él, su vida era estudiar, trabajar y pensar todas las noches en su hermano gemelo y en su madre. ¿Qué estaría pasando en Nueva York? ¿Acaso su madre estaría bien y segura? Confiaba en su hermano, aun así, sentía un tremendo remordimiento de conciencia de no estar ahí presente para defenderla, pero sabía que no podía volver. En su corazón acumulaba resentimiento hacia su padre y no podía hacer nada para evitarlo. Por su culpa no podía gozar de la compañía de su hermano, del amor de su madre. Pero así tenían que ser las cosas.

Siguió pasando el tiempo y con él, Shining Stars cosechaba más éxitos y Aidan se hacía un nombre como arreglista, compositor y guitarrista de estudio. Hasta que un día, llegó Beau histérica al *penthouse*.

-¡Aidan! ¡Te necesito!

-Sí, dime.

-Shining Stars ha sido elegido para ser el telonero de Coldplay.

-¡Pero eso es fantástico!

-¡Ya sé que es fantástico, pero necesito una canción totalmente pegajosa que haga que

prácticamente Coldplay se convierta en el telonero de Shining Stars! ¿Entiendes lo que digo?

En ese momento, Leo, Chad y Sophie llegaron y oyeron la última parte de la conversación.

-¿Qué? ¿Seremos teloneros de Coldplay? -Sophie gritó de alegría-. Leo, agárrame que me voy a desmayar en este instante.

-¡Ni empieces con eso, niña! -Beau la reprendió-. En lugar de eso necesito que vayas con Caridee y Alisha y se encarguen del vestuario. Leo, por favor.

-Entendido.

-¡Y tú, Chad! Necesito que trabajes con Aidan. Quiero que le digas en qué tono te sientes más cómodo para cantar -Beau exigió-. Fighter, necesito una canción donde todos se pongan a bailar, que griten como locos cada vez que la oigan, que reconozcan el sonido de Shining Stars y que Sophie pueda lucir sus tonos altos, ¿comprendes?

-Ok, entendido.

Beau salió y Chad levantó las cejas.

-Menuda tarea te acaba de poner la jefa. ¿Tienes alguna idea de qué va a tratar la canción?

-Mmm, tiene que llamar la atención. ¿Alguna vez te has encaprichado, Chad?

-¡Por supuesto!

-¡Lo tengo! -Aidan tronó los dedos-. Déjame trabajar, amigo. Deja que saque la magia.

-Lo que tú digas, hermano.

Aidan trabajó toda la noche. Empezó a componer la melodía, que era bastante pegajosa, y luego la letra y, al final de la madrugada, ya tenía una canción que estaba seguro que Beau aprobaría. Orgulloso, escuchó el demo que había grabado.

Yo no supe qué hacer

Cervezas, cigarros

Creí suficientes...

¡Humo y voz, imaginación!

Estaba prohibida... quise negarlo

Me enamoré hace muchos años

Pero era un capricho y lo sé

No puedo olvidarla, ya no

Porque ahora la quiero, lo sé

Y tal vez me ama

Su recuerdo de niñez

Su cabello y candidez

Yo sabía que podría estar aquí, aquí, aquí...

Podría tenerla y no dejarla ir

Abrazarla con su sabor en mí

Y mi gente sabría que es para mí

¡Saberme muy feliz!

Pero era un capricho y lo sé

No puedo olvidarla, ya no

Porque ahora la quiero, lo sé

Y tal vez me ama

No soy un capricho, lo sé

No me has olvidado, oh no

Ahora me quieres, ¿qué crees?

¡Ahora me amas!

No era un capricho, capricho, lo sé

No era, no era, lo sé

Capricho, capricho, lo sé

¡Y ahora me amas...!

Era un capricho, capricho, capricho

Capricho lo sé, lo sé

¡Y me ama!

Aidan sonrió satisfecho. Tenía la canción perfecta. Y tituló la canción *Capricho*.

Beau y Caridee aprobaron inmediatamente la canción de Aidan. Chad, Leo y Sophie la grabaron y Caridee le pidió como favor especial a Aidan que grabara la guitarra de la canción. El muchacho, muy a su pesar, terminó siendo convencido. Al fin y al cabo, en la presentación, el que tocaría sería Leo. Sin embargo, en la última edición, el corte de la guitarra que quedó fue el de Aidan. La canción fue un éxito y empezó a subir en la lista de popularidad como la espuma, y Aidan se sintió afortunado. Shining Stars comenzó a dar entrevistas, a grabar el video, pero Aidan se negaba a aparecer. Él era el miembro que no aparecía frente a cámaras y así era feliz. Había alcanzado el éxito. Cada vez que oía su canción en la radio, reconocía su guitarra y eso lo hacía sumamente feliz. Era responsable de su propio éxito.

Aidan Alexis llevaba dos semanas vomitando todos los días, con dolores de cabeza que ya no podía controlar y que le impedían a veces levantarse de la cama. Como podía, disimulaba sus dolores e iba a visitar a su princesa y ponía su mejor cara de póker delante de Alexandria, de su madre y de su padre, pero en cuanto llegaba a su cuarto, se desplomaba en el piso y a duras penas alcanzaba a llegar al baño o a tomar el cesto de basura para vomitar. Se sentía muy débil. Los oídos le punzaban, el dolor de cabeza era cada vez más fuerte y por más aspirinas que tomaba, no podía controlarlo.

Hasta el momento había tenido suerte de que nadie se hubiese dado cuenta, pero ya no podía actuar por más tiempo. Tendría que ir al doctor tarde o temprano. Para ser algún virus o gripa o intoxicación, ya era demasiado tiempo. De lo que estaba seguro era de que no quería preocupar a su madre ni a su princesa y que tendría que ir al doctor a escondidas. Se refrescó un poco y prendió la radio y, de pronto, escuchó una canción que le llamó la atención. Sobre todo, la guitarra. Oyó con atención el solo y sus ojos se abrieron desorbitadamente. Se pegó al aparato y fue como si su corazón hubiese dado un brinco. La canción terminó y el locutor anunció: *-Y ellos fueron Shining Stars con Capricho, esta banda británica que cada día está escalando posiciones y que, sin duda, se está colocando entre los favoritos...*

Aidan sintió algo. Algo que no pudo explicar. Había algo en el sonido de la guitarra que acababa de escuchar y una sonrisa se dibujó en su rostro.

-¡Te encontré!

El diagnóstico

Aidan Alexis había pasado toda la noche investigando sobre la banda británica Shining Stars. Se había metido a Wikipedia y a la página oficial del grupo esperando encontrar a su gemelo entre los integrantes, pero su sorpresa fue mayúscula al descubrir a un chico platinado de ojos verdes, de nombre Chad, como vocalista; de guitarrista, a un castaño de nombre Leo, y de voz femenina y baterista a una linda pelirroja llamada Sophie.

-No, ¡imposible! Este chico, Leo, no puede ser el que toca la guitarra en *Capricho*, aunque sea el guitarrista. -Aidan hablaba consigo mismo frente a su *laptop*. Inmediatamente, abrió la galería de fotos y vio las fotografías recientes del grupo-. ¡Tengo yo la razón! ¡Aid, tú estás metido en esto! ¿O me quieres explicar por qué estos chicos tienen nuestro peinado?

Aidan tronó los dedos y se recargó en su almohada. ¿Quién más, aparte de su gemelo, tenía el estilo de llevar un corte masculino, pero una coleta baja lacia? Regresó a la página de la Wikipedia y buscó los datos del grupo. Leyó que las fundadoras y protectoras del grupo eran nada más y nada menos que la pianista de origen francés, Beau Bennett, y la aclamada violinista, Caridee Trammell. Pero de Aidan, nada. Se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Puso de nuevo en el reproductor la canción y oyó la guitarra. ¡Esa guitarra era de Alexander! Sin darse por vencido, en la página de Google tecleó «datos curiosos de Shining Stars» y dio «*enter*». Una serie de páginas aparecieron hasta que encontró una que le llamó la atención.

-¡Aquí tienes que estar! «¿Hay una cuarta estrella en Shining Stars?».

Aidan leyó con avidez el articulito de un foro de *fans*. Decía que había un cuarto talento, que era el que escribía y componía las canciones para el grupo y que era el segundo guitarrista, pero que no aparecía en los créditos. Aidan inmediatamente supo que ese era su hermano.

-Lo sabía. ¡Ese cuarto talento eres tú, Aid!

Volvió a la página oficial y encontró la dirección donde había sido grabado el sencillo de *Capricho*. Anotó la dirección, la guardó en su Ipad y decidió llamar a su princesa. No había podido visitarla. Había estado vomitando tanto que no quería causar alarma.

-¿Bueno?

-¿Cómo está la princesa más hermosa del mundo?

-¡Aidan! ¡Me tuviste preocupada todo el día! ¿Por qué no viniste a verme? -Alexandria, del otro lado de la línea, se mordió una uña. Aidan, cariñoso, le respondió:

-Lo siento, princesa. ¡No sabes cuánto lo siento! Pero estuve un poco indispueto.

-¿Estás enfermo y no me lo dijiste? -La rubia se indignó de inmediato.

-¡No! -Aidan lo negó, pero sintió que le estaba mintiendo a su novia-. Es solo que debí haber comido algo que me cayó mal, eso es todo, pero ya mañana regreso a trabajar con papá y lo primero que haré será ir a visitarte, llevarte muchos chocolates y darte muchos besos.

-Aid. -Alexandria hizo un puchero del otro lado del teléfono-. Me preocupas. Cuando no te veo siento que mi corazón se detiene. ¿Por qué te quiero tanto?

-Porque yo te adoro. Te amo, princesa. Eres mi todo. Ya quiero que sea mañana para verte y cubrir de besitos esa carita tan preciosa que tienes, mi princesa. Te amo, que no se te olvide nunca, por favor. Sueña conmigo, ¿quieres?

-Tú también. ¿Lo harás?

-Aunque no me lo pidieras, princesa, siempre sueño contigo, te amo. Hasta mañana.

-Te amo.

-Yo a ti.

Darien desayunaba y Arabelle ni siquiera lo veía. Odiaba tanto a su marido que maldecía cada minuto que le tomó decidirse a casarse con él a pesar de que su padre Alistair le había dicho que no era de su categoría, que mejor esperase a encontrar otro partido de su clase social. Pero Arabelle McCarthy, al fin, enamorada de un hombre apuesto que en aquel entonces le demostraba humildad, amor y lealtad, cayó en las redes amorosas y se casó con él. Ahora que lo veía tal cual era, maldecía aquel instante, pero al mismo tiempo se arrepentía. No podía maldecirlo del todo porque, si no se hubiese casado con él, no hubiera tenido sus dos razones de vivir. Sus gemelos. A uno lo tenía a su lado y la hacía inmensamente feliz. Pero el otro no sabía qué estaba haciendo, dónde y con quién. ¿Acaso estaba enamorado? ¿Tenía éxito? ¿Tenía problemas? Tenía que encontrarlo. Llevaba años buscando la manera de pagar a un detective sin que Darien se diera cuenta, pero desgraciadamente, con el poder que había firmado, todas las cuentas pasaban a manos de Darien. Arabelle maldecía tanto a su marido que ya no sabía cómo aspirar el mismo aire que él. En ese momento, Aidan entró y Darien lo miró de pies a cabeza.

-Me alegra que ya estés bien. No quiero que por ser hijo de los dueños del corporativo no trabajes.

-Papá, no te preocupes.

-Mi hijo no tiene por qué trabajar -Arabelle interrumpió-. Y si se siente mal, puede quedarse en casa el tiempo que desee. Tengo, y subrayo la palabra, tengo -dijo con ironía- demasiados empleados para que sustituyan a mi hijo. Así que te suplico, marido mío, que lo dejes en paz. Mi hijo volverá a la empresa cuando se sienta cien por ciento bien.

-Vaya, hasta que hablas en años -dijo Darien con sarcasmo.

-Por mi hijo hablo lo que tenga que hablar. -Arabelle miró a los ojos a Darien y este arqueó una ceja-. Y lo que estoy diciendo es en serio. Mi hijo no volverá a trabajar mientras se sienta mal. Podrás tener el control de la empresa, pero el dinero es mío. Que no se te olvide, Darien. Que no se te olvide.

-Mamá. -Aidan abrazó a su madre y vio con ojos suplicantes a su padre. Sabía que aquello podía convertirse en una guerra campal y no quería ser la causa.

-¡Está bien! -Darien levantó la voz-. ¡No te preocupes, Aidan! ¡Celebremos que tu madre por fin ha abierto la boca en años! ¡Eso es digno de celebrarse! ¡Al fin nos damos cuenta de que no es una

nomia y que tiene voz! ¡Solo por eso vamos a concederle su deseo! ¡Tómate unas vacaciones, hijo! ¡Tu madre tiene razón! ¡Hay muchos trabajadores para cubrirte y a mí me interesa también que estés en tu mejor condición!

Darien se levantó de la mesa, pasó de largo detrás de Arabelle y Aidan y, antes de dejar el comedor, se dirigió a su esposa.

-Linda voz, esposa, linda voz. Pero también es precioso tu silencio.

Arabelle no dijo nada y Aidan la abrazó lo más fuerte que pudo.

-Gracias, mami, gracias. No te preocupes, no te hará nada. Ya hizo su berrinche. Ya pasó.

Aidan se dirigió al hospital donde tenía la cita que ya había hecho a escondidas de todos, con el prestigioso doctor Donato Anderson, internista y neurólogo. Estaba nervioso y cuando llegó, la secretaria, de nombre Ollie, lo hizo pasar inmediatamente.

-¿Aidan Alexis McCarthy?

-Sí. Soy yo.

-Adelante. El doctor Anderson lo está esperando.

Aidan entró y se sorprendió de que el doctor no fuera tan grande de edad como él se lo había imaginado. De cabello rizado y ojos azules, el doctor le sonrió y le ofreció asiento.

-Buenos días. Aidan McCarthy. ¿Eres algo de Alistair McCarthy?

-Soy su nieto.

-¡Vaya! Así que eres uno de los herederos de la gran cadena hotelera internacional McCarthy, pero bueno, ¿qué te trae por aquí?

-Pues... -Aidan empezó a hiperventilar-. Llevo unas semanas sintiéndome mal. Todo inició en la fiesta que se ofreció por mi titulación. De la nada empecé a sentir un mareo, unas náuseas espantosas.

-¿Vómitos y dolor de cabeza?

-Sí.

-¿Con qué frecuencia has presentado este cuadro desde ese día?

-Prácticamente, todos los días, o un día sí y un día no. Pensé que tal vez me había intoxicado con algo, pero llevo días así y, por más que tomo pastillas para el dolor de cabeza, no se me quita. Y sobra decirle que no quiero preocupar a mi madre y mucho menos a mi novia.

-Entonces ni ellas ni nadie más saben que estás aquí.

-No, pero tenía que venir. No puedo seguir teniendo dolores de cabeza y estar vomitando. Además que...

-Dime, prosigue. -Donato Anderson seguía tomando notas.

-A veces siento que estoy muy deprimido y, de pronto, siento que voy a ver a mi princesa y...

-¿Tu princesa?

-Mi novia.

-Ah, ok, prosigue.

-Siento que paso de una depresión a una felicidad que me sobrepasa.

-Bien... -Donato finalizó sus notas, tomó el teléfono y habló con su asistente-. Ollie, necesito que lleven a mi paciente para que le tomen una tomografía computarizada ahora. Aidan, te voy a tomar una tomografía porque la necesito para hacer el diagnóstico. Ollie te va a guiar y nos vemos aquí en veinte minutos.

Donato analizó la tomografía mientras Aidan llegaba. Cerró los ojos. Era una pena. Esa era la parte de ser doctor que no le gustaba. Cuando ya no podía hacer nada. Oyó los toquidos en la puerta y respiró profundamente.

-Pasa, por favor.

-¿Ya tiene los resultados? -preguntó ansioso el muchacho.

-Sí, Aidan, los tengo. Siéntate.

-¿Y bien? No es nada, ¿verdad? Doctor, no es por apresurarlo, pero me urge ir a ver a mi novia y...

-Aidan, necesitamos hablar con calma.

Alexis sintió que la sangre se le iba a los pies, pero estoico preguntó:

-Está bien. Dígalo. No quiero rodeos. Sea lo que sea, dígamelo directo.

-¿Directo y sin rodeos? -preguntó Donato.

-Directo y sin rodeos -asintió.

-De acuerdo. Aidan, tienes glioblastoma.

-¿Qué? No entiendo.

-El glioblastoma es un tumor del sistema nervioso. Tú tienes un tumor en el cerebro y no es cualquier tipo de tumor. El tuyo es intraventricular. Lo tienes en la parte más profunda del cerebro. Son raros los casos, pero suceden.

Aidan palideció hasta quedar como la cera. Se quedó mudo y sus ojos zafiro se perdieron en la nada. Anderson guardó silencio, comprendiendo el dolor que aquel joven debería de estar sintiendo en ese momento. De pronto, Aidan se levantó, lo tomó de las manos y le suplicó vehementemente:

-Doctor, ¡opéreme! ¡No me puedo morir!

-Aidan...

-¡Opéreme! ¡No me importa cuánto cueste! ¡Yo conseguiré el dinero, le pediré a mi madre, a mi padre, yo no sé qué haré, pero sálveme! ¡Yo tengo planes! ¡Tengo que encontrar a mi hermano! ¡Tengo que casarme con la mujer que amo! ¡Opéreme!

-Aidan, escúchame, aunque yo quisiera, y créeme que lo desearía con toda el alma, el glioblastoma que tienes está situado en un lugar donde es imposible operarte. Es simplemente imposible. Lo siento muchísimo.

Aidan se llevó las manos a la cabeza. ¡No! ¡No podía estar pasándole eso! Su madre, su hermano, su novia. ¿Qué iba a ser de ellos? Con una angustia infinita volteó a ver a los ojos al doctor.

-¿Cuánto tiempo me queda?

-Aidan, serénate.

-¿Cuánto tiempo me queda, con un demonio? -Aidan gritó y Donato Anderson respondió sinceramente:

-Por lo que me contaste y por lo que veo en tu tomografía, no te doy más de dos meses. Puedo prolongar tu tiempo con quimioterapia, pero no te lo recomiendo. Sufrirías más y tu calidad de vida sería desastrosa.

-¿Dos meses? -El joven se aterró.

-Como máximo. Como máximo, Aidan. En realidad, toma como tiempo un mes y medio. Siento en el alma tenerte que haber dado esta noticia.

-Si usted lo siente en el alma... -el pelinegro lo miró a los ojos mientras se dirigía a la puerta-, imagínese lo que siento yo con todo lo que cargo, siento y llevo en la mía. ¡Imagínese!

Aidan azotó la puerta y Donato Anderson dejó caer una lágrima.

-¡Pobre muchacho! No se lo merece. Ni siquiera lo conozco, pero sé que no merece una muerte así.

Canción de despedida

Aidan Alexis salió corriendo del hospital y se subió a su Corvette negro, regalo de su padre en el día de su titulación. En cuanto subió, ya fuera del estacionamiento buscó un lugar donde no hubiera nadie, se estacionó y empezó a gritar con todo lo que le dieron sus pulmones. Golpeó el volante con desesperación y sollozó como un niño. Se hundió las uñas en los brazos y movió la cabeza de un lado a otro negando su situación y su destino. Las lágrimas fluían y su rostro estaba totalmente desfigurado por el dolor. Gritó y sollozó hasta que no le quedó más voz en sus cuerdas vocales y, de pronto, se quedó en silencio. Su destino ya estaba escrito. Iba a morir a más tardar en dos meses. Tragó saliva y limpió sus lágrimas amargas con sus manos. Decidido, encendió el auto de nuevo y se dirigió a la casa de su princesa.

En cuanto llegó, se bajó y tocó el timbre. Solo esperó diez segundos para que Alexandria abriera y, en cuanto la vio, la abrazó fuertemente y la besó en la boca como si la vida se le fuera en ello. Alexandria lo abrazó y le correspondió el beso, y sonriente lo invitó a pasar.

-¡Vaya! Si así me vas a saludar por cada día que no nos veamos, me conviene. ¡Te extrañé tanto!

-Y yo a ti, princesa. ¡Te amo, te amo, te amo! -dijo Aidan tomándola de la mano-. ¿Qué hacías?

-Esperándote. -Alexandria le sonrió y se recargó en su hombro-. Se me hacen eternas las horas cuando no estás conmigo. Oye, ¿por qué no estás vestido de traje? ¿No fuiste a trabajar?

-No -negó Aidan sonriendo-. Papá decidió darme unas vacaciones. Por eso también vine a verte. Princesa, voy a tener que viajar.

-¿Qué? -La joven de pronto se angustió-. ¿Pero por qué? Me acabas de decir que tu papá te dio vacaciones.

-Sí, vacaciones del trabajo de aquí en Nueva York, pero tengo que ir a revisar unas cuestiones del corporativo en Inglaterra. Así que serán vacaciones del trabajo de aquí, pero tendré que ir a trabajar, por dos meses máximo, allá. Me quieren a más tardar en una semana.

-¡No es justo! -Alexandria se abrazó a su novio y Aidan la estrechó con fuerza entre sus brazos-. ¿No puede nadie sustituirte y tú quedarte aquí conmigo?

-Es lo primero que le pedí a papá, pero ya sabes cómo es. Soy su mano derecha y no quiere a nadie más allá. Pero tengo toda esta semana para pasarla contigo, princesa. Para llenarme de ti. Además, prometo que te llamaré diario.

-Aidan, ¿qué voy a hacer sin ti? -Alexandria estaba a punto de ponerse a llorar. Aidan levantó el hermoso rostro femenino y le besó la nariz.

-¡Hey! ¿Para qué existe Skype? Te prometo que nos veremos y hablaremos diario. Ven, vamos a dar una vuelta. Sé que quieres una malteada de chocolate, no lo niegues.

-¡Me choca que siempre me chantajeas con eso! -Alexandria sonrió y le dio un beso a su novio y corrió a tomar sus llaves. Ambos subieron al Corvette y Aidan arrancó. Miró el rostro feliz de su

novia y se preguntó si acaso sería esa la última malteada de chocolate que pudiera invitarle al amor de su vida.

Pasaron los días. Aidan actuaba como si nada estuviera ocurriéndole. Seguía con los tremendos dolores de cabeza y vómitos, pero ocultaba todo. Él mismo limpiaba su cuarto y salía con su novia todos los días. Un día, la llevó a Central Park; otro, al cine; otro, a cenar a la luz de las velas. Se las ingeniaba para hacer pasar a Alexandria las mejores citas que jamás habían tenido. Alexandria no tenía ni idea de que estaba pasando sus últimas citas con Aidan.

Dos días antes del viaje que Aidan tenía programado a Inglaterra, para ir a buscar a su gemelo a la dirección que había anotado de los estudios de grabación donde trabajaba Shining Stars, entró al cuarto de su madre. Arabelle le sonrió.

-Hijito, ¡ven y dame un beso!

-Los que quieras, mamita. -El joven abrazó a su madre con gran ternura y besó sus mejillas y sus manos-. ¿Dónde está papá?

-Aquí estoy, Aidan. -Darien entraba en ese instante y Arabelle disimuló su disgusto-. ¿Qué quieres?

-Bueno, me da gusto que estén juntos porque quiero decirles algo. ¿Recuerdan que me dieron vacaciones?

-Tu madre te las dio -aclaró Darien-. Pero sí. ¿Qué tiene que ver eso?

-Bueno, es que quisiera viajar a Inglaterra. Tengo ganas de ir a Oxford a visitar el lugar donde nacimos. A estar un mes o dos en la casa de allá.

-¿Y eso, hijo? ¿Te sientes nostálgico? -preguntó Arabelle cariñosa.

-Algo así, mamita.

-Pues si crees que eso te hace feliz y te va hacer regresar con más ganas al trabajo, vete. Por mí no hay problema -dijo Darien-. ¿Cuándo quieres irte?

-Pasado mañana.

-¿Tan pronto, hijito?

-Quiero aprovechar mis vacaciones, mami... -Aidan abrazó más a su madre y Arabelle le dio un beso en su brillante cabello negro azabache.

-De acuerdo. ¿Quieres que llame a la casa para avisar que vas para allá?

-¡No! -Aidan negó con energía-. A decir verdad, quiero estar solo. Estar completamente solo. Es una especie de capricho. Vivir allá sin que me sirvan.

-Pero, hijo... -Arabelle iba a replicar, pero Darien intervino.

-Me parece muy bien. Que te sirva de experiencia para que sepas cómo se vive sin tener sirvientes que hagan todo por ti. ¿Tienes el boleto del avión?

-Sí, ya lo compré.

-Muy bien. Regresa entonces cuando te hayas cansado de tus vacaciones.

Darien salió y Arabelle abrazó a su hijo.

-Te voy a extrañar, mi niño. Me voy a sentir tan sola.

-Pero regresaré, mamita. Te lo juro, te prometo que volveré. Solo serán dos meses, máximo.

-Bueno, pero vuelve, mi estrella. Vuelve porque eres lo único que me hace seguir en pie.

En la cita final que Aidan había preparado para Alexandria, no sabía cómo expresarle todo el amor que sentía por su princesa. Se paseaba de un lado a otro tratando de dar con algo para declararle, por última vez, sus sentimientos y, de pronto, tuvo una idea. Se dirigió al cuarto de su gemelo, aquel cuarto ya descuidado y empolvado que parecía algo olvidado en la mansión, y penetró en él. Nada había cambiado. Todo seguía igual.

Aidan bajó la mirada y se puso a buscar entre los discos de su hermano. Alexander siempre había tenido un gusto excelente para la música y de pronto encontró lo que buscaba. Tomó el disco que tanto le gustaba escuchar a su hermano cuando estaban en la preparatoria, antes de que los separaran, y sacó el librito de las letras de las canciones de Savage Garden. Al fin encontró la canción que quería y que explicaba perfectamente lo que sentía por Alexandria, por su adorada princesa. Tomó el disco y, antes de cerrar la puerta, susurró en voz baja: -Gracias de antemano, Aid.

Aidan le había hablado por teléfono a Alexandria y le había pedido que se pusiera su mejor vestido y le había dicho que pasaría a recogerla a las ocho de la noche. La rubia se había extrañado, pero no cuestionó a su novio. Al llegar, besó a su novia.

-Eres una visión, princesa. Soy el hombre más afortunado del planeta porque te tengo a ti.

-¡Aidan! Me vas a hacer sonrojar -dijo la rubia con una sonrisa.

-Ahora vas a cerrar los ojos.

-¿Qué? -Alexandria abrió sus hermosos ojos celestes, atónita ante el pedido.

-Por favor. -El joven prácticamente se hincó y Alexandria dejó que su novio le vendara los ojos.

Aidan la subió con cuidado a su auto y condujo hasta el Rainbow Room en la plaza Rockefeller. Había reservado el restaurante para ellos solos. Le había costado una fortuna, pero no le importaba. Había una mesa para dos con una botella de *champagne* Dom Pérignon y una fuente de chocolate con fresas. Y un grupo de músicos engalanados en *smokings*. Cuando llegaron, Aidan le quitó la venda de los ojos y Alexandria se quedó muda ante aquello.

-¿Qué te parece? -preguntó Aidan.

-Es hermoso. -Alexandria apretó la mano de su novio con emoción-. Siento que somos estrellas.

-Alexandria, princesa, va a pasar tiempo para que volvamos a vernos en persona y quiero que aquí, como si fuésemos estrellas, me escuches. Te amo como no tienes idea. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida. Tal vez estamos jóvenes para casarnos y no te voy a espantar con una sortija de compromiso.

-¡Aidan! -La rubia puso cara de asustada y Aidan inmediatamente la tranquilizó.

-Tranquila, princesa, te dije que no te iba a asustar con eso, pero sí quiero hacerte una promesa de amor. -Aidan tomó de su saco una cajita y la abrió. Era una argolla de oro blanco con un zafiro y un diamante incrustados-. Este es un anillo de promesa de amor. Quiero que lo uses. Este anillo es la promesa de mi amor eterno por ti.

-¡Aidan! -Los ojos celestes de Alexandria empezaron a llenarse de lágrimas, pero el joven la besó e impidió que ella hablara.

-Tal vez no soy muy bueno con las palabras y es por eso que elegí esta canción para que comprendas todo lo que quiero ser para ti. Esta canción es para ti, Alexandria Sumner, amor de mi vida, mi princesa eterna.

Aidan chasqueó los dedos y de pronto los músicos comenzaron a tocar los acordes de la hermosa melodía. Alexandria se abrazó a Aidan y empezaron a oír la canción de *Truly, Madly, Deeply* en la preciosa voz del solista.

Ambos oyeron el significado y, cuando la canción terminó, Alexandria tenía lágrimas en los ojos. Aidan la abrazó y la besó en las manos y, luego, en los labios. Aidan se hundió en su rubio cabello, ella se separó y lo miró a los ojos.

-¿De verdad sientes todo eso por mí?

-Todo eso y mucho más, princesa. Eres y serás el amor de mi vida.

-Y tú el mío, por siempre, para siempre.

Aidan la abrazó y la apretó contra su pecho. No la soltó para evitar que Alexandria viera cómo una lágrima rebelde salía de uno de sus ojos zafiro. Eso era lo último que podía hacer. Era la última declaración de amor. Era el último regalo de amor que podía ofrecer a su princesa. Se separó, la besó en los labios con ternura y le susurró: -Princesa, nunca, jamás olvides que te amo y que te amaré siempre.

-¡Jamás, jamás!

Y Aidan puso en los labios de su novia el último beso, el beso del final. Porque sabía que ya no volvería de Inglaterra. Porque sabía que ya no volvería a ver a Alexandria Sumner.

Confusión y encuentro

Aidan Alexis tomó muy temprano su vuelo a Inglaterra. Ya no se despidió de nadie y, antes de cerrar su maleta, se llevó con él su *laptop* y una foto de su adorada princesa. Al sentarse en primera clase, pensó que era la última vez que estaría en la tierra donde había conocido al amor de su vida. Que ya no volvería nunca más.

Cuando la azafata se acercó a preguntarle si se le ofrecía algo, le pidió bolsas para mareo extras. Sabía que en cualquier momento tendría ganas de vomitar y que tal vez no alcanzaría a llegar al baño. También le pidió toallas y agua mineral. Se había llevado consigo pastillas para dormir para tratar de pasar todo el vuelo dormido. No quería pensar. Quería llegar a Inglaterra descansado para buscar a su hermano porque, definitivamente, tendría mucho que explicarle. Cuando el avión despegó y Aidan se asomó por la ventanilla del avión y vio Nueva York desde arriba, solo atinó a decir en voz baja: -Adiós, Alexandria. Adiós, mamá.

-Necesitamos un nuevo *look* para la presentación del sábado. -Beau estaba sentada en la mesa con Caridee y Alisha mientras Sophie las miraba entretenida y Chad oía música con sus audífonos. Parecía que el único que ponía atención era Leo.

-Pero en sí, ¿qué es lo que quieres? -preguntó Alisha-. Los chicos se ven bien.

-Sí, pero quiero que destaquen. No quiero que se vean como el resto de las bandas. Negro y estoperoles ya pasaron de moda. Quiero algo más vibrante. ¿Tú qué opinas, Caridee?

-Pues, sí. Sería bueno un cambio, pero tampoco los podemos poner con el *look* de una banda americana.

-¡En eso estamos de acuerdo! -se atrevió a interrumpir Leo-. Yo no quiero ponerme ni gorra ni tenis ni nada por el estilo.

-¡Yo tampoco quiero eso! -Beau se levantó y fue a prepararse una taza de café-. Pero ya no quiero verlos de negro y blanco y con encajitos como si Sophie fuese una lolita. Ya no queda y menos con el sencillo de *Capricho*. Por cierto, ¿dónde está Aidan?

-Salió, creo que fue al estudio.

-Necesito al muchacho aquí. Tiene buenas ideas. ¿Pueden ir Chad y tú a buscarlo?

-Sí, por supuesto. -Leo asintió y le dio un golpe en el hombro a Chad, que salió de su ensimismamiento y siguió a su hermano mayor. Alisha sonrió cuando vieron a los hermanos salir.

-Veo que cada día dependes más de Aidan.

-El muchacho es bastante bueno en lo que hace.

-¡Vaya que lo es! -Sophie suspiró y Caridee lo notó.

-No deberías estar suspirando por él, Soph -la violinista sabiamente aconsejó-. Él es solamente tu compañero de banda, nada más.

-¡Lo sé! -Sophie hizo una mueca-. No tienen por qué estar recordándomelo a cada rato, ¡ya lo sé!

La pelirroja salió y, dirigiéndose a su habitación, azotó la puerta. Alisha arqueó una ceja.

-Creo que nuestra voz femenina está interesada en mi Aidan.

-Y más le vale que se calme porque no quiero romances en el grupo -dijo Beau enérgica-. Ahora, a esperar a que los muchachos traigan a Fighter.

Aidan Alexis arribó al aeropuerto. Afortunadamente, las pastillas para dormir habían surtido efecto y había dormido el vuelo completo. Se sentía bien, así que decidió tomar un taxi e ir inmediatamente a la dirección de los estudios donde se había grabado *Capricho*. Traía puesto un elegante traje y decidió que no perdería tiempo en cambiarse. Optó por ir a buscar a Alexander así, con traje y corbata. Ya se cambiaría después. Al fin, el taxista lo dejó en los estudios. Se bajó y, de pronto, un castaño y un platinado lo abordaron inmediatamente.

-¡Aidan! ¿Dónde te metiste? ¡Te estamos buscando! ¡Beau te quiere en el *penthouse* ahora! -dijo Leo.

-Lindo traje, por cierto. Bastante formal para mi gusto, pero te ves bien. ¿Viniste a los estudios o te fuiste a ligar a alguna chica? ¿De quién es esa maleta?

-Yo... Yo... -Aidan de pronto se sintió confundido, pero al momento reconoció a los integrantes de Shining Stars. Aquellos eran Leo y Chad. Tenían el mismo peinado que él y lo estaban confundiendo con su hermano. Para lo que tenía planeado, decidió hacerse pasar por Alexander y siguió el juego-. La maleta me la encontré perdida y pues, no sé, decidí cambiar de *look*. ¿Cómo me veo? ¿Qué opinan?

-Pues mejor pregúntale eso a Beau. Está como loca, quiere cambiarnos el *look* y tal parece que le leíste la mente -dijo Chad mientras le pasaba la mano por el hombro. -¡Vámonos al *penthouse*! Creo que será una larga tarde.

-¿Lo crees?

-¿Quién te manda ser prácticamente la mano derecha de la jefa? -se burlaron Chad y Leo y los tres se subieron en una camioneta roja. Aidan sonrió. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que no habían hablado con Aidan Alexander.

-¡Vaya! ¡Muy bonito! Mando a Leo y Chad a que te busquen y tú llegas a los diez minutos. No me lo puedo creer. -Beau puso los ojos en blanco.

-¡Lo siento! Debí habérmelos encontrado en el camino y no nos vimos. -Aidan se disculpó y Caridee sonrió.

-Ya, ya, tranquilo. Estábamos discutiendo con Alisha cómo podríamos cambiar el *look* de Shining Stars, pero definitivamente no queremos un *look* americanizado.

-Mmm... Déjame ver... Voy a mi cuarto a ver qué puede servirnos. -Aidan se retiró y en ese momento entraron Leo, Chad y Aidan Alexis. Beau, Alisha y Caridee al ver a Aidan Alexis enfundado en un traje con corbata se quedaron cautivadas y Alisha dijo:

-¡Vaya, Aidan! ¡Eso sí que fue un cambio muy rápido de *look*!

-Luce bien, ¿no? -dijo Chad.

-¡Ya lo creo que sí! -dijo Caridee-. ¡Mira esto, Beau! ¿Qué opinas? Solo que les cambiamos el

color a los trajes. Leo podría usar uno color amarillo; Chad, uno azul y a Sophie le podríamos poner un vestido rojo *sexy* de manga larga.

-¡Fighter, muchacho! -Abrazó a Aidan Alexis que estaba mudo de sorpresa y se dejó hacer-. ¡Demonios, mira que tienes buenas ideas! Me gusta, me gusta.

-Beau, ¿qué opinas si...? -Aidan Alexander iba saliendo con ropa en la mano cuando de pronto todo el mundo se quedó petrificado. Aidan Alexis dejó caer su maleta y Aidan Alexander dejó caer la ropa que traía en la mano. El silencio reinó en la habitación por espacio de dos minutos hasta que Beau reaccionó y dijo: -¿Qué demonios...? ¿Qué es esto? ¿Dos Aidan?

-¿Aid? -Aidan Alexis dio un paso adelante hacia su hermano y Aidan Alexander se arrojó en brazos de su gemelo. Todos estaban atónitos y Sophie salió en ese momento de su dormitorio. Casi pegó un grito al ver a dos Aidan idénticos abrazados.

-Pero ¿qué...? ¿Qué está pasando?

-¡Es lo que yo quisiera saber! -dijo Caridee impresionada mientras Leo y Chad intercambiaban miradas de confusión. Únicamente, Alisha permanecía serena.

Los dos hermanos se estrecharon y se abrazaron y, de pronto, las lágrimas comenzaron a fluir. Aidan Alexis fue el primero en soltar un gran sollozo y Alexander lo apretó contra su pecho.

-¡Aid! ¡Aid! ¡Por fin te encuentro! ¡Me has hecho tanta falta todos estos años!

-¡Aidan! -Alexander apretó a su hermano y dejó que las lágrimas fluyeran-. ¡Tenía que ser así! ¡Perdóname! ¡Te dejé solo con la carga de cuidar a mamá! ¡Perdóname tú a mí! ¡Tú también me has hecho falta todo este tiempo!

El abrazo entre los gemelos parecía interminable hasta que Alisha se levantó y los abrazó a los dos.

-Pensé que nunca vería este momento. Al fin los dos Aidan se han vuelto a encontrar.

-¿Qué? -Beau y Caridee gritaron al unísono. Los miembros de Shining Stars estaban mudos y atónitos-. ¿Por qué llamas Aidan a los dos?

-Porque los dos se llaman igual.

-No puede ser -negó Beau-. A ver, ¿quién de ustedes dos es Aidan McCarthy?

-¡Yo! -los gemelos levantaron la mano al mismo tiempo.

-¡Maldita sea! ¿Quién demonios es Alexander? ¿Con quién he trabajado y quién es el cuarto miembro de Shining Stars?

-Ese soy yo. -Alexander dio un paso al frente-. Mi nombre es Aidan Alexander McCarthy. Yo soy tu guitarrista y compositor.

-¿Y entonces tú quién eres? -preguntó Caridee confusa.

-Yo soy Aidan Alexis McCarthy. Soy su hermano gemelo.

-¡Un momento, un momento! -Leo interrumpió-. Nunca nos dijiste que tuvieras un hermano, Aidan -dijo dirigiéndose a Alexander- y menos que fuera tu gemelo.

-Es que... -Alexander bajó la mirada- nos separamos porque...

Alisha interrumpió al joven. Aquello era demasiado doloroso.

-Fueron obligados a separarse, Leo. Es una historia demasiado triste para contarse. Lo importante es que ahora están juntos y...

Alexander estaba abrazando a su hermano cuando, de pronto, Alexis sintió que se mareaba y empezó a desvanecerse. Aidan Alexander se aterrorizó y agarró a su hermano antes de que cayera al piso.

-¡Aid! ¡Aid! ¿Qué tienes?

-¡Rápido! ¡Alguien llame a una ambulancia! -dijo Leo cuando vio que el gemelo de Alexander se estaba poniendo pálido como la cera, pero Alexis solo alcanzó a balbucear.

-Un bote de basura, por favor.

Chad se movió rápido y le acercó el bote, y el muchacho empezó a vomitar violentamente, preso de unos espasmos espantosos. Todos se quedaron estupefactos y Alexander sostuvo a su hermano y aterrado, esperó a que terminara. Sophie le pasó un vaso de agua.

-¡Rápido, Aid! ¡Vamos al hospital! ¿Quieres decirme qué demonios comiste?

-Tendré la camioneta lista para cuando lo bajas -dijo Leo, pero Alexis gritó:

-¡No hagan nada! ¡No pasa nada!

-¿Qué? -Alexander se quedó estupefacto-. ¡Pero, Aid!

-¡Dije que no pasa nada! ¿Me podrían dejar a solas con mi hermano, por favor? Se los ruego.

Beau, Caridee y Alisha se miraron. Asintieron con una mirada y, con otra, dieron la orden a Leo, Chad y Sophie de que se retiraran y dejaran a los hermanos solos. Alexander levantó como pudo a su gemelo y lo recostó en un sillón.

-¡Aidan! ¿Qué tienes? ¡Vamos al hospital! ¡No quiero que te enfermes! ¡Vamos, no seas terco!

-¡Aid! ¡Escúchame tú a mí! -Aidan Alexis se aferró de la camisa de Alexander y lo miró con ojos suplicantes-. Aid, he venido a buscarte y parte de lo que has visto ahora es la razón.

-¿Cómo? No te entiendo.

-Aid... -Alexis cerró los ojos y abriéndolos clavó la vista en la mirada idéntica de su hermano, que lo veía con temor y ansias-. Aidan, he viajado desde Nueva York hasta aquí para buscarte. No voy a ir al hospital.

-¿Pero por qué? ¡No seas terco!

-Aidan, escúchame. -Alexis miró a su hermano con amor y con tristeza-. No necesito ir al hospital porque ya sé qué es lo que tengo.

-¿Y qué tienes? -De pronto, Alexander sintió que algo no iba bien y que su corazón se iba a destrozarse en mil pedazos.

-Vine a buscarte aquí. vine desde Estados Unidos porque necesito tu ayuda y porque quiero estar contigo. Vine porque estoy condenado a muerte. Aidan, estoy desahuciado, me voy a morir. En menos de dos meses me voy a morir.

La negación

Aidan abrió los ojos desorbitadamente y se quedó pasmado. Por espacio de cinco minutos se quedó inmóvil y Alexis trató de incorporarse y tocar a su hermano, pero Alexander lo rechazó. Alexis esperó pacientemente y, de pronto, un grito de dolor quebró el silencio expectante.

-¡No! ¡No! ¡No! ¡Tú me estás mintiendo! ¡Eso no es cierto! ¡No puede ser cierto! -Aidan Alexander se hincó delante de su gemelo y lo tomó por el rostro y buscó las pupilas azules iguales a las suyas. Con desesperación, le gritó a la cara-. ¡Dime que me estás mintiendo! ¡Dime que no es cierto!

-Aid... -Alexis tragó saliva y Alexander se levantó y pateó el sillón y quebró un jarrón carísimo, propiedad de Caridee.

-¡No! ¡No! ¡Me niego a creerte! ¡Tú no puedes morirme! ¡Me estás mintiendo y esto es una broma de pésimo gusto!

Alexis se levantó, algo debilitado por el vómito reciente y por la vorágine de emociones, y tomó a su hermano por los hombros.

-Aid... ¡Aidan! ¡Yo qué más quisiera! ¿Crees que te mentiría? ¿Crees que acabo de actuar? ¡Me estoy muriendo! ¡Y lo peor es que tengo miedo! ¡Tengo mucho miedo porque no me quiero morir y mi sentencia está firmada! ¡He venido a buscarte porque tú eres el único que puede ayudarme! -Aidan Alexis bajó la mirada y abrazó a su hermano-. Aid, ayúdame a morir porque, si no, voy a volverme loco.

-¡No! ¡No! -Alexander abrazó a su hermano, lo apretó contra su pecho y comenzó a sollozar. No podía creerlo. Aquello era abominable, era una bofetada del destino, era un dolor que no podría soportar. Pero ahí estaba su hermano. Lo había visto. Le estaba diciendo la verdad y su corazón de gemelo lo sabía. Tomó a Alexis de la mano y lo sentó en el sillón.

-¿Desde cuándo sabes esto? ¿Estás seguro?

-Desde hace dos semanas.

-¿Quién fue el que te diagnosticó? -Alexander se negaba a aceptar la verdad-. Te llevaré con los mejores médicos de Inglaterra.

-Aidan, fui con Donato Anderson.

-¿El famoso neurólogo internista?

-El mismo. El diagnóstico es correcto, tengo glioblastoma intraventricular y no pueden operarme. Estoy desahuciado. Anderson me dio como mucho dos meses. Tal vez solo cuente ya con un mes y medio de vida. ¡Me voy a morir, Aid! ¡Tengo tanto miedo!

Alexander abrazó a su hermano y Alexis no pudo más. Se desmoronó y comenzó a llorar en brazos de su hermano. Aidan sintió que el mundo se le estaba viniendo encima. ¿Qué podía hacer? ¿Maldecir a Dios? ¿Maldecir al destino? Su hermano empezó a hablar.

-Aidan, mamá no lo sabe, nadie lo sabe. Ni siquiera mi adorada princesa.

-¿Princesa? -se extrañó Alexander.

-Usé tu frase, hermano. ¿Recuerdas que antes de que papá te corriera de la casa te hablé que estaba loco por una muchacha de la preparatoria Claremont?

-Lo recuerdo. ¿Lograste conquistarla?

-Sí, y somos novios, y la amo como no tienes una idea. La amo con toda mi alma, con todo mi ser, pero no tuve el valor de decirle que voy a morir. Yo tenía planes. Planeaba seguir protegiendo a mamá tal y como te lo había prometido, planeaba casarme con Alexandria, buscarte y hacer que mi papá te aceptara. ¿Y ahora? ¡Mi vida va a llegar a término en menos de dos meses y mis planes se han venido abajo! Lo único que me quedaba era venir a buscarte. Pude localizarte por la canción *Capricho*.

-¿Cómo? -Alexander se sorprendió y buscó los ojos de su gemelo.

-Te equivocaste en algo, hermano. Yo conozco cada acorde, cada manera en la que tocabas tu guitarra, y yo sé que el que toca la guitarra en ese sencillo de Shining Stars no es Leo. El guitarrista eres tú y no me lo niegues. Tú tocaste la guitarra en esa canción.

Aidan se levantó y caminó nervioso por toda la sala. ¡Por supuesto! Era imposible que su gemelo no se diera cuenta de esos simples detalles. Y ahora su hermano estaba ahí, frente a él, dándole la noticia más devastadora que pudiera haber recibido jamás.

-Y si nadie sabe lo que me estás contando, ¿qué quieres hacer viniendo aquí? ¡Se van a enterar de todas maneras!

-No, hermano, no se van a enterar. ¿Recuerdas que me hiciste prometerte que me haría cargo de todo cuando te fuiste de la casa?

-Sí -recordó con dolor.

-Bien, ahora... Ahora... -Alexis no podía ni articular palabra, pero se armó de valor y se plantó delante de su hermano-. Aidan, ha llegado el momento de que me devuelvas el favor.

-¿Qué quieres decir?

-Todo el mundo espera que Aidan Alexis vuelva en dos meses a Nueva York. Mi madre, mi novia, mi padre. Nadie espera que Aidan Alexander vuelva, jamás. Para todos, tú moriste el día que nuestro padre te corrió. Y Aidan Alexis tiene que volver. Y volverá.

-¿Qué? -Alexander todavía no entendía del todo.

-Aid... -Aidan Alexis le tomó las manos a su gemelo y se hincó de rodillas delante de él ante el asombro de su hermano-. Te pido, te suplico, te lo imploro. Cuando yo muera, aquí, contigo, porque quiero morir a tu lado, al lado de mi hermano, tú tienes que volver. Llevamos el mismo nombre, somos idénticos. Tienes que volver y hacerte pasar por mí. Aunque sea por un tiempo. ¡Por favor! Hazlo por mí, por mamá, y hazlo por el amor que siento por mi princesa. No quiero que sepan que morí. Al menos, que crean que volví cambiado y, si vas a cambiar las cosas para volver a tu vida aquí en Inglaterra, que la transición sea de una manera en que no sufran. Nadie extrañará a Alexander, pero Alexis no puede desaparecer así como así y no quiero que sepan que

he muerto.

-¿Estás loco? ¿Estás demente? ¿Me estás pidiendo que vuelva a Nueva York y tome tu lugar?

-Sí, te lo estoy pidiendo como última voluntad -Aidan Alexis suplicó-. Por favor, Aid, cuando yo muera, vuelve. Hazte pasar por mí por un tiempo, cierra lo que yo he dejado abierto de la manera menos dolorosa posible para todos y, después de eso, podrás volver a tu vida aquí. Que nadie sepa que he muerto. Es horrible, pero para todos, tú ya lo estás. Nadie espera que tú vuelvas. Pero esperan que yo lo haga. No puedo darle ese dolor a mamá ni a mi princesa, Aidan.

-¡De ninguna manera! ¡No! ¡No lo haré, Aidan! ¡Lo que me pides es una locura! ¡Tarde o temprano se darán cuenta de la verdad! -Alexander se negó rotundamente, pero Alexis se hincó todavía más delante de su hermano.

-Por favor, te lo suplico. He viajado solamente para esto. Tienes que ayudarme a bien morir. Necesito saber que, cuando yo muera, te encargarás de que mamá no sufra, de dejarla protegida, y de que mi novia, si ha de olvidarse de mí, no guarde un recuerdo malo. Que sea lo más suave posible. Ella no sabe que yo te tengo a ti, que tengo un hermano gemelo. Ella nunca sabrá nada. Pero no la hagas pasar por el dolor de saber que he muerto después de haberle jurado que la amaba más que a mi propia vida. Mi amor por ella seguirá más allá de mi muerte, pero no quiero dejarla sufriendo. ¡Entiéndeme, Alexander! ¡Ayúdame! ¡Por lo que tú más quieras! ¡Ayúdame a bien morir, hermano!

Aidan Alexander se hincó junto a su hermano y se dejó caer al lado de él. Si aquello era una pesadilla, quería despertar en ese mismo instante. Alexis lo tomó de la mano y así permanecieron, callados, por espacio de media hora, mirando el techo. Hasta que Alexander se levantó y lo miró a la cara.

-Está bien. No estoy de acuerdo con muchas cosas y no puedo prometerte que haré todo. Pero lo que sí voy a hacer es ayudarte mientras todavía estés aquí conmigo. Mientras estemos juntos, te voy a ayudar, pero no sé qué haré después.

Y Aidan Alexis se arrojó en brazos de su hermano para fusionarse en una sola alma.

En el cuarto del fondo del *penthouse*, todos se habían reunido y habían oído los gritos de Aidan a medias, las patadas, sollozos y, cuando oyeron un jarrón que se rompía en mil pedazos, Chad no pudo evitar bromear.

-Creo que ese fue tu jarrón predilecto, Caridee.

-¡Cállate, Chad! -Caridee, muy a pesar suyo, se mordió el dedo meñique.

Sophie y Leo se miraban. Beau jaló a Alisha a una esquina y le preguntó en susurros:

-Tú sabes perfectamente qué está pasando aquí ¿no es cierto?

-Solo a medias.

-Explícate.

-Yo sabía que Aidan tenía un hermano gemelo. De hecho, Alexis es el mayor solo por unos minutos. Si vine con Alexander a Inglaterra, fue por un incidente de familia que separó a los gemelos, pero no sé a qué se deban los gritos. Solo espero que no sea nada malo.

Sophie, de pronto, suspiró tan profundamente que hizo que todos voltearan a verla.

-¿Ya se fijaron que los dos Aidan son tan idénticos como dos gotas de agua? Hay gemelos que al menos sí puedes distinguir por algo. Un yo no sé qué. Pero estoy impresionada, son la copia exacta del otro.

-Eso es cierto -intervino Leo-. Cuando vimos al hermano de Aidan en los estudios, de traje y con su maleta, le creímos todo. Habríamos jurado que era Alexander, ¿o no, Chad?

-Jamás me imaginé que estaba hablando con otro que no fuera Fighter y, cuando lo abordamos y se hizo pasar por él, lo hizo con tanta naturalidad que yo jamás lo hubiera creído.

Justo en ese momento, guardaron silencio. Los dos hermanos entraron a la habitación y todos se quedaron expectantes. Alexander fue el que habló primero.

-Bien, quiero darles un anuncio. Espero que lo aceptes, Beau.

-Dime, muchacho. Habla.

-Como bien se acaban de enterar, este es mi hermano gemelo, Aidan Alexis McCarthy, y quiero que se quede a vivir con nosotros.

Caridee miró a Alisha y Beau entrecerró los ojos. Leo, Chad y Sophie permanecieron callados.

-Dame una razón para que me lo pidas.

-No será por mucho tiempo -interrumpió Alexis-. Beau Bennett, te admiro igual que mi hermano. Eres sensacional. Tus dedos parecen volar sobre las teclas de tu piano.

-Gracias, muchacho, pero no creo que alabándome se escapen los dos de darme una explicación.

-¡Y a mí por mi jarrón! -se metió Caridee-. No crean que no oí que algo se rompió.

Los dos gemelos se miraron y Alexander fue el que avanzó.

-Beau, mi hermano se puso mal porque...

-Porque voy a morir en menos de dos meses. Por eso te digo que no molestaré por mucho tiempo. Necesito quedarme al lado de mi hermano para convencerlo de que haga algo por mí, por favor.

Cuando Alisha oyó aquello se llevó la mano a la boca y el grupo quedó petrificado. Corrió a abrazar a Alexis y le preguntó inmediatamente:

-¿Qué estás diciendo?

-Sí, señorita Alisha, es verdad. Por eso vine a buscar a mi hermano. Estoy desahuciado. Lamento la escena que presenciaron.

-¿Lo sabe tu madre? -insistió Alisha conteniendo las lágrimas mientras Beau estaba completamente anonadada y Alexander se refugiaba en una esquina, conteniendo sus lágrimas y golpeando la pared. Chad se acercó a él, pero no se atrevió a tocarlo y los demás estaban en un silencio sepulcral.

-No, nadie lo sabe. Por eso vine. Mi hermano tiene que ayudarme, aún no quiere del todo, pero tendrá que entenderme. Por favor, ayúdenme, no me rechacen, ¡no lo hagan!

La pianista se paró delante del hermano de su protegido y abrazó sin dudar a Alexis. El joven se quedó inmóvil y recibió aquel abrazo lleno de afecto de una total extraña para él y, de pronto, todos empezaron a rodearlo y se vio en el centro de un abrazo grupal. Las lágrimas de Alexis

empezaron a rodar y Beau habló.

-Aidan Alexis, no te preocupes, has llegado a casa.

El juramento

Aidan Alexis rápidamente se acopló al *penthouse* donde vivían su hermano, Beau, Caridee, Alisha y Shining Stars. Dormía en el cuarto que pertenecía a Alexander y, por las noches, se la pasaban hablando de todo lo que habían hecho en los años que habían estado separados. Alexander evitaba que Aidan hablara de su muerte inminente y, de hecho, dudaba que ocurriera aquello porque, desde el día de su llegada, no había vuelto a ocurrir ningún incidente. Chad y Leo se volvieron amigos de Alexis inmediatamente y los cuatro chicos eran inseparables. Sophie se sentía un poco relegada, pero se la pasaba observando a los gemelos. ¡Qué parecidos y apuestos eran los dos! Por su parte, Alisha puso a Beau y a Caridee al tanto de la triste historia de la separación de los gemelos en total confidencia. Caridee se impresionó tanto como Beau.

-¿Quieres decir que cuando trajiste a Fighter para que aplicara como cuarto miembro de Shining Stars fue porque su propio padre lo separó de su madre y de su hermano y lo corrió de su casa después de la muerte de Alistair McCarthy, el magnate hotelero?

-Así es, eso fue lo que ocurrió. Desde entonces, Alexis y Alexander no se habían visto. Y no puedo creer que vuelvan a verse bajo estas circunstancias tan horribles. -Alisha contuvo un sollozo.

-Esto es totalmente inesperado y cruel. -Beau miró a Alisha-. ¿Por qué no lo dijiste antes?

-No era mi secreto. Era de Aidan Alexander. Al irse de Nueva York estaba protegiendo a su madre, y también a Aidan Alexis. Darien Smith es quien ahora tiene el poder empresarial de todo. Hizo que Aidan Alexis estudiara Administración, carrera que él detesta, pero Alexis se sacrificó para proteger a su madre en ausencia de Alexander, y Aidan, nuestro Aidan, vino a cumplir los sueños que su padre quiso destrozarse.

-¡Dios mío! -Caridee se llevó la mano a la boca.

-Esto es una crueldad. Han pasado ya dos semanas y los muchachos ya se han vuelto muy unidos. Yo misma veo a Alexis como un miembro más de Shining Stars. Es como si siempre hubiera estado aquí con nosotros. No sé cómo haré para soportar cuando llegue el final.

-Si tú no lo sabes, Caridee, imagínate como será para Fighter -dijo Beau.

Chad, Leo, Sophie y los dos Aidan habían salido a dar la vuelta por un barrio londinense. Aidan Alexis se sentía feliz y Alexander, contento de tener a su hermano a su lado, le mostraba todos los sitios de interés. De vez en cuando tenían que correr cuando alguna fanática se daba cuenta de que eran los miembros de Shining Stars y se escondían. Aidan Alexis lo tomaba a broma.

-¡Esto es bastante divertido! Creo que podría acostumbrarme.

-No creas -dijo Chad-. Después de un rato no soportas. Empiezas a recibir miles de cartas románticas donde te dicen que te aman, que darían la vida por ti y...

De pronto los ojos de Aidan Alexis se nublaron y Alexander se dio cuenta.

-¿Qué te pasa?

-No me he comunicado con mi princesa. Debe de pensar que soy un patán, pero no tengo valor y tú tienes que ayudarme.

-¿A qué?

-¿Tienes novia? -Sophie se interesó inmediatamente y jaló a Aidan Alexis dentro de una tienda de discos-. Dime, Alexis, ¿alguna vez le dedicaste una canción? ¿Cuál le dedicarías de entre todos estos CD y canciones que vemos aquí?

La tienda a la que Sophie había jalado a Alexis era inmensa y, de pronto, el muchacho se fue directamente a la sección de CD importados y sacó el de Savage Garden. Alexander sonrió y Leo miró a Chad arqueando la mirada.

-Una elección interesante.

-Típica de Fighter, no sé cómo no lo pensé antes -añadió Chad.

-Tomé prestado el CD de mi hermano para dedicarle una canción a mi princesa el último día que la vi, de este.

-¿Cuál le dedicaste? -preguntó Sophie interesada.

-*Truly Madly Deeply*. Se la puse en el Rainbow Room y le di un anillo de promesa de amor. Lo que ella no sabe es que jamás volverá a verme.

Leo y Chad lo miraron entristecidos y, de pronto, Sophie tuvo una idea.

-Aidan, ¿quieres que Shining Stars grabe un *cover* de la canción que le dedicaste a tu novia? La puedo cantar yo. De todas maneras, nos faltan dos canciones para nuestro próximo disco.

-¿Harías eso por mí? -Alexis le sonrió a la linda pelirroja.

-¡Por supuesto! Y yo que tú agarraba el Skype y me comunicaba con ella. Debe estar preocupada por ti.

-Tal vez lo haga. Pero... -Aidan Alexis se llevó la mano a la cabeza e inmediatamente Alexander lo tomó por los codos e hizo que su hermano se apoyara en él.

-¿Te sientes mal, Aid?

-Me estoy mareando.

-¡Regresemos al *penthouse*! -Alexander ordenó e inmediatamente Leo corrió al estacionamiento donde habían dejado la camioneta. Chad lo siguió y cuando regresaron, Aidan ya estaba desvanecido en los brazos de Alexander y Sophie sostenía una bolsa de mareo. Aidan Alexis había presentado otro cuadro.

-¡Aid! ¡Te lo suplico! ¡Vamos a un hospital! Al menos ahí podrán atenderte, extender un poco tu vida. -Alexander estaba hincado al lado de la cama de su hermano, que estaba pálido como la cera. Shining Stars se había retirado para darles privacidad a los gemelos.

-Ya te dije que no. No quiero pasar mis últimos días en un hospital. Prefiero estar contigo y es necesario que hablemos. Me has esquivado y ya no puedes hacerlo más. Aid, escúchame... Al menos por hoy, hazme un favor. Pásame mi *lap*.

Alexander inmediatamente conectó la *laptop* de su hermano y se la dio. Aidan se negó a

recibirla.

-No. No me la des. Va a ser tuya. Ábrela. La contraseña es «alexisalexander».

Aidan tecleó la contraseña y accedió. Se impresionó de ver la foto de una hermosísima rubia de enormes ojos celestes, que sonreía. Se quedó mirándola y le preguntó a su gemelo:

-¿Ella es tu princesa?

-Sí, es ella, ¿no es hermosa?

-Es muy bella, Aid, sumamente bella.

-Ahora, conéctate a Skype. Es la misma contraseña.

-¿Para qué? -Aidan se extrañó.

-Porque el favor que te voy a pedir es que te hagas pasar por mí y la saludes, porque ahorita como estoy se va a espantar de verme... y ella no puede saber nada. Solo dile «Princesa»... y actúa como si la amaras. Dile que estoy arreglando los asuntos que papá me encargó, que la extraño y sé natural.

-¡Aid! -Alexander se puso sumamente nervioso, negó con la cabeza-. ¡No! ¿Cómo quieres que me haga pasar por ti?

-Solo saludala y pretende que soy yo, que estoy bien. Usa tu frase... Al fin y al cabo, princesa fue tu frase desde un inicio. No quiero que me vea así... Por favor, anda, Aid, por favor.

-Está bien. -Alexander, al ver la desesperación y súplica en los ojos de su gemelo, aceptó y se conectó a Skype. No había pasado ni un minuto cuando Alexandria ya estaba dentro y le estaba hablando.

-¿Aidan? ¿Amor? ¿Por qué demonios no te has comunicado? ¿Es que ya no me quieres?

Alexander, al ver aquel hermoso rostro desesperado y enamorado, se sonrojó a su pesar, pero se hizo pasar por Alexis y contestó como su hermano lo haría mientras Aidan escuchaba.

-Lo siento, princesa, he tenido muchísimo trabajo con lo que me encargó papá, pero ya ves, ya estoy aquí, te extraño muchísimo.

-¡Y yo a ti! -Alexandria le mandó un beso por la cámara y Alexander se volvió a sonrojar. Alexis sonreía de solo oír la voz de su princesa-. ¿Ya tienes la fecha de tu regreso?

-No, aún no.

-¡Pues ya vuelve! ¡Me estoy volviendo loca sin ti! ¡Ni siquiera la compañía de Kahlen me hace olvidarte!

-Sabes que siempre estás en mi mente, princesa. Te pienso en cada cosa que veo en la calle. - Alexander hizo alusión a lo que Alexis había hecho en la tienda de discos.

-¡Me fascina cuando me llamas princesa! ¡Extraño tanto esa palabra de tus labios!

-Y yo te extraño a ti. Me tengo que ir.

-De acuerdo, pero, por favor, prométeme que te volverás a conectar.

-Trataré, princesa, te lo prometo.

-Te quiero, te amo.

-Y yo a ti. Eres preciosa, princesa.

Alexander ya no resistió más y cerró la computadora. Aidan Alexis tenía los ojos cerrados.

-¡Qué hermosa es la voz de Alexandria!

-¡Ni creas que me vuelvo a hacer pasar por ti!

-Aid, es que precisamente eso es lo que vas a hacer por mí cuando yo muera.

-¿Qué? -Alexander se levantó, arrojó la *laptop* a un lado y sacudió a Alexis hasta que su gemelo abrió los ojos-. ¿Te estás burlando de mí?

-No, hermano. -Alexis empezó a llorar-. Es la única solución que encontré en cuanto supe que iba a morir. Y siento que el final ya está muy cerca. Aid, tienes que volver a Nueva York. Ahora tú tienes que cuidar a mamá. Y como un favor muy especial para mí, tienes que hacerte pasar por mí con mi princesa. No quiero que Alexandria sufra. No quiero que Alexandria sepa que su novio murió. No te pido que te enamores de ella. No te pido que la ames. Lo único que te pido es que vuelvas, que por unos meses te hagas pasar por mí y, muy sutilmente, hagas una transición en la que Alexandria te vea como un amigo para que así ella pueda dejarme ir. Nadie espera que Aidan Alexander vuelva jamás. Pero todos esperan, mi madre, mi padre, mi princesa, que Aidan Alexis vuelva. Y tú sabes que jamás podré volver. Un Aidan McCarthy debe volver. Y tú eres un Aidan McCarthy. Aid, júramelo. Es mi última voluntad. Protege a mi madre, protege a mi princesa. Sabes cómo es papá. Si él se entera que yo morí, tú y yo sabemos de lo que puede ser capaz. Y no lo podemos permitir. Aid, júramelo. Júrame que volverás y te harás pasar por mí. Júrame que volverás y serás Aidan McCarthy. Serás Aidan Alexis McCarthy. Al fin y al cabo, tú mataste tu identidad como Aidan Alexander McCarthy. Un Aidan debe sobrevivir. Y ese serás tú.

-¡No! ¡No! ¡Me rehúso! -negó Alexander.

-No puedes rehusarte. Sabes lo que hay en juego. Sabes que está de por medio la seguridad y la cordura de nuestra madre. Sabes que mi padre es tan desgraciado que podría llegar a intentar seducir a mi princesa. ¡Te lo suplico! ¡No lo permitas! ¡Lo he visto en sus ojos! ¡Nuestro padre desea a Alexandria! ¡Lo sé! ¡Tienes que defenderla! ¡No te pido que la ames si no quieres! ¡Pero defiéndela por lo que tú más quieras! ¡Por mí!

-¡Aid! -Alexander tomó de la mano a su hermano, que en ese momento estaba teniendo otro mareo, y le acercó el bote de basura para que vomitara. Alexis, sintiéndose desfallecer, se aferró a su hermano.

-¡Júramelo, Aidan! ¡Júrame que cuando yo muera, tú volverás, no dirás nada sobre mi muerte y te harás pasar por mí y harás lo que yo he hecho todos estos años e intentarás sacar a mi madre de su depresión! ¡Mamá, por años, ha tratado de dar contigo, pero mi padre es el que firma las cuentas y por eso no puede contratar un detective para dar con tu paradero! ¡Mamá está muerta en vida! ¡Tienes que volver! ¡Tienes que volver y proteger a mi princesa! ¡Y si llegaras a enamorarte de ella, no te voy a culpar por ello!

-¿Cómo crees que voy a enamorarme del amor de tu vida? -Alexander apretó la mano de su hermano.

-No la conoces. Es la mejor mujer que existe... y cuando yo ya no esté, te juro yo también a ti que

no me opondré, esté donde esté. Aun si eso no pasa y decides alejarte de ella, no importa... ¡pero protégela! ¡Haz ese pequeño sacrificio por mí! ¡Hazte pasar por mí para que mi padre no pueda tocarla! ¡Júrame que, cuando no esté, volverás, te harás pasar por mí, guardarás en silencio mi muerte, arreglarás las cosas y después de eso, seguirás adelante con tus sueños! ¡Júramelo, Aidan! ¡No podré morir en paz si tú no me juras que lo harás! ¡Júramelo, Aid! ¡Júramelo!

Aidan vio a su hermano, que tan solo en unas horas parecía haber enflaquecido y las profundas ojeras lo hacían verse más débil y demacrado. Su hermano lo había apoyado cuando él se había salido de su hogar. Alexis había cargado con todo lo que él se había negado a aceptar. No podía fallarle ahora. Y cerró los ojos, consciente de que lo que iba a decir tal vez lo pagaría muy caro. Pero se hincó al lado de su hermano gemelo, lo tomó de la mano, se la besó y le dijo mirándolo a sus idénticos ojos zafiros: -Está bien, hermano. Está bien. Te lo juro.

Lo último

Desde el día que Alexander había hecho el juramento, el alma de Alexis había descansado, pero su cuerpo había continuado debilitándose a pasos agigantados. Ya no podía salir a las calles londinenses. Su debilidad se incrementaba y los dolores de cabeza eran sumamente intensos.

Beau, a pesar de la renuencia de Alexis, mandó traer a un doctor para que le hiciera un chequeo al gemelo de Aidan. ¿El diagnóstico? Alexis estaba entrando en agonía. Cuando escucharon eso, Caridee y Alisha rompieron a llorar. Sophie corrió a encerrarse en su cuarto, pero Leo y Chad se miraron el uno al otro. Habían aprendido en esas semanas a apreciar a Alexis como a un hermano más. Tomaron sus guitarras, la computadora y el micrófono con el que hacían demos y se transportaron a la recámara de los gemelos. Alexander estaba platicando con Alexis sobre Alexandria.

-¿Y cómo te diste el valor de hablarle?

-Fue después de que te fuiste. -Aidan Alexis estaba recostado en la cama y su voz ya era más débil. Sus manos, enflaquecidas igual que su cuerpo, no resistían mucho y sus grandes ojos azul zafiro parecían más grandes debido a las ojeras. Pero se iluminaban al hablar de Alexandria Sumner-. Cuando fui a cambiar mis materias para poder estudiar Administración como quiso papá, me la topé. Se le cayeron sus libros y la ayudé, y recordé tu consejo.

-¡No, no lo hiciste, Aid! ¿Le dijiste que tenía suerte de tropezarse con un hombre muy atractivo? - Alexander estaba incrédulo y Aidan sonrió con debilidad.

-Sí. Seguí tu consejo y le pregunté si tenía novio... y, al contestarme que no, le dije que aún tenía una oportunidad. Y saqué tu frase... y la llamé princesa desde entonces.

Aidan sonrió y tomó la mano de su hermano y Leo carraspeó. Los gemelos miraron a Chad y Leo con las bocinas y una *laptop* en las manos y Alexander frunció el ceño.

-¿Y ahora?

-Bueno, ya que están hablando de amores, pensamos que Alexis y tú podrían componer alguna canción. Nos ayudaría muchísimo para la última que nos queda y que no hemos hecho para el nuevo disco. ¿Qué opinas, Aidan? ¿No te gustaría dedicarle una canción a tu princesa? ¿Componer una canción con nosotros y con Fighter?

Aidan sonrió y por un momento lo pensó. Alexander, preocupado de que su hermano fuera a fatigarse, quiso hablar, pero Alexis se adelantó.

-De hecho, quiero que sea de las últimas cosas que haga. Aid, ayúdame a encontrar las palabras para que, si hemos de componer ahora una canción entre los cuatro, sea una canción que, cuando tú y mi princesa la oigan, los dos sepan que es para ustedes... y se puedan acordar de mí...

Chad tragó saliva. Aquello había sonado duro. Leo intentó sonar alegre y Aidan abrazó a su hermano con desesperación.

-¿Por qué, Aid? ¿Por qué me lo haces tan difícil? ¿No te basta con el juramento?

-Tú vives a través de la música. Vamos a hacerlo, Aid. Anda, cúmpleme mis últimos caprichos. Son tan pocos los que me quedan ya.

Alexander asintió con pesar y Leo y Chad se pusieron alrededor de la cama. Conectaron bocinas a la computadora y Aidan Alexis tomó pluma y cuaderno. Chad intentó unos acordes y Alexis dijo:

-¡Détente! Esos me agradan.

-Ok, empecemos por ahí.

-Yo inicio -dijo Fighter.

Me perdí en un crepúsculo de estrellas.

Busqué la primera de la tarde...

Quería pedirle un deseo en tinieblas.

Terminé diciéndole que me enamoré...

Una estrella fugaz fue mi testigo.

Mi error fue haber perseguido un cometa...

sabiendo que no pasa tan seguido...

Busqué las constelaciones y estaban separadas.

Era claro que había tres personas involucradas.

Hasta el cielo me decía: «¡Eres desafortunado!».

Hay algo raro en las estrellas: siempre cambian.

Al menos los astrólogos lo dicen.

Pero si me aferro a mi destino herido,

¡ahí está escrito! Solo falta que lo mire...

-¿De veras sientes eso, Aid?

-¡Es que no puede ni debe ser así! -Alexander se llevó la mano a la frente y tomó la mano de su gemelo.

-Bueno, en dado caso, ya sé qué responderte.

Podría intentar robar Antares de Escorpión...

Acaso una picadura de esa estrella pudiera acabarte.

Hacer que terminaras con este caos de romance.

Pero ni estrellas ni milagros logran esa función...

-Eso fue hermoso, chicos. -Leo terminó el acorde y Chad verificó que se hubiera grabado y puso «pausa».

-Aid, ayúdame, tú serás quien se haga pasar por mí. Ya has hablado con ella, ayúdame.

¡Aunque mueva estrellas... no llego a tu corazón!

Cuando finalizaron, Leo y Chad presionaron «stop» en la computadora. El castaño tenía lágrimas en los ojos. Chad igual. Aidan tenía a su hermano de la mano.

-¿Te agradó como quedó?

-Sí. Si la graban, acuérdate de mí y asegúrate de que Alexandria la oiga. Mi princesa...

-Lo haré, Aid.

-¡Llamaré a Beau y Caridee para que oigan esto! ¡Es oro puro! -exclamó Chad. Leo lo siguió y Alexis miró a su hermano.

-Sabemos que puede llegar a ser tu princesa.

-No, Alexis. No, Aid. Lo haré por un tiempo prudencial, pero me alejaré de ella de manera que

no la hiera y...

Alexander iba a continuar cuando un espasmo levantó violentamente a Aidan de la cama y comenzó a vomitar. Pero esa vez no era como las anteriores. Los ojos se le pusieron en blanco y comenzó a tiritar. Alexander lo tomó entre sus brazos y gritó con todas sus fuerzas.

-¡Aid! ¡Aid! ¡Ayúdenme!

Beau y Caridee entraron en ese instante y al grito de Aidan todos reaccionaron. Alexis empezó a convulsionarse y, de pronto, Alexander se dio cuenta que su hermano había perdido control de esfínteres. Aidan se hizo un ovillo y Beau fue la única que tuvo la lucidez necesaria para dar órdenes.

-¡Rápido! Chad, trae el calentador; Aidan, cambia a tu hermano; Leo, ve por cobijas extras y Caridee, trae compresas frías. -La rubia tocó la frente de Alexis. Estaba ardiendo en fiebre-. ¡Alisha! Que Sophie te acompañe. Ve a la Iglesia de la esquina y que te acompañe un sacerdote aquí.

-¿Qué? -Alexander se levantó impulsado y empujó a Beau-. ¿De qué demonios hablas?

-Muchacho... -Beau ignoró la agresión de Aidan-, sé fuerte... y hagan lo que les estoy diciendo. - Todos se retiraron y obedecieron mientras Alexis tiritaba en la cama. Aidan abrazó a su hermano y Beau lo abrazó a él a su vez-. Sé fuerte, Fighter, porque probablemente, muy probablemente, esta estrella haya entrado ya en agonía... y tengas que decirle adiós esta noche.

Aidan no respondió. Solo sus ojos se llenaron de lágrimas, que se derramaron sobre el pecho de su hermano gemelo en agonía. Lágrimas que llegaban al corazón, pero no al alma de un cuerpo que iba a exhalar su último suspiro.

Una estrella fugaz se va

Aidan había cambiado las ropas de Alexis. Este estaba tendido en la cama, tiritando, cubierto de cobijas. Todos estaban en el cuarto, sentados en sillas o en el suelo mientras Alexander estaba limpiando el rostro de su gemelo, sosteniendo su mano o hablándole.

-Aid, Aid, aguanta... Vas a estar bien.

Aidan Alexis intentó abrir los ojos. Todo le pesaba. Sabía que su final estaba cerca. Hizo un enorme esfuerzo para formular las frases adecuadas.

-Hermano, perdóname.

-¿De qué hablas? -Alexander le acarició el cabello negro a su gemelo y se contuvo para no soltarse a llorar.

-Perdóname, siento que he fallado como hermano. Yo debí haberme ido contigo aquel día que papá te corrió. Yo debí haber insistido en que vinieras conmigo a la preparatoria Claremont. Acaso Alexandria se hubiese enamorado de ti.

-No digas tonterías.

-Es verdad. -Alexis tosió, pero se compuso para seguir hablando-. De los dos, tú siempre fuiste el más fuerte. El abuelo lo supo siempre. Recuerdo tanto el cumpleaños donde yo caí a la alberca, y tú me salvaste. Papá me perdonó las clases de natación y a ti te obligó a vencer el miedo. Pero no fue él, tú lo venciste y me salvaste, y tu deseo de cumpleaños fue que yo nunca te faltara. Creo que no se va a cumplir después de todo.

-¡Cállate, Aid! -Alexander empezó a llorar y apretó la mano de su hermano-. ¡Todavía no vas a dejarme! ¡Te necesito, con un demonio! ¡Eres mi otra mitad! ¡Nacimos juntos! ¡Vamos a morir juntos entonces!

-No, Aid. -Aidan Alexis tosió y Chad le acercó el bote por si quería vomitar. Leo miraba la escena con pesar y Alisha lloraba silenciosamente. Se imaginaba en Nueva York a Arabelle McCarthy, ajena al reencuentro de sus gemelos y a la muerte de uno de ellos. Caridee estaba afuera con el sacerdote, esperando a que Alexis terminara de hablar con Fighter, y Beau se sentía despedazada e impotente-. No, Aid, tú tienes que seguir, me lo juraste. Me juraste que volverás. Que habrá un Aidan McCarthy que defienda a mamá y que no haga llorar a mi princesa. A nadie le importa nuestro segundo nombre. Nadie espera que Alexander vuelva. Nadie espera que Alexis afirme que Alexis es su segundo nombre. Solo se espera que Aidan McCarthy vuelva. Hazlas felices.

-¡Jamás podré reemplazarte! ¡Soy un extraño! -rebatió Alexander.

-No es verdad, Aid, y si te enamoras de mi princesa...

-¡Nunca te robaré el amor de tu princesa! Solo no la haré sufrir, pero me alejaré, te lo prometo.

-No te preocupes. Si te enamoras de ella, recuerda que somos gemelos. Yo seguiré viviendo en

ti. -Alexis empezó a tiritar de nuevo y entonces fue él quien empezó a llorar a la par que su gemelo-. Aid... Aidan, tengo mucho frío.

-Te pondré más cobijas. -Alexander sollozaba, pero Alexis lo detuvo.

-No te vayas. Tengo miedo. Tengo frío y tengo mucho miedo, Aid.

Alisha fue quien puso más cobijas sobre Alexis y Alexander se acostó con su hermano.

-No te mueras, Aidan. -Alexander abrazó a su gemelo mientras Leo y Chad no pudieron evitar acercarse a darle muestras de afecto al que ya consideraban un hermano más.

-Verás que sales de esta y grabarás con nosotros la canción -dijo el platinado.

-Te quedó hermosa, Aidan -apoyó Leo.

-Gracias-Hicieron mi vida más feliz. Gracias por ser los hermanos de Aid cuando los necesitó. - Aidan se apretó a su hermano gemelo y Beau, al ver cómo los ojos de Alexis se ponían en blanco cada vez más seguido, hizo pasar a Caridee con el sacerdote.

Leo y Chad se hicieron a un lado. Beau miró a Fighter, pero este hizo un gesto negativo. No se iba a mover del lado de su gemelo. El sacerdote se acercó a Alexis y comenzó a rezar. Aidan estaba temblando, pero se calmaba cuando su gemelo lo abrazaba. El sacerdote le dio los santos óleos y salió. Alexander no podía dejar de llorar, pero su hermano dejó de temblar. Aterrado, se hincó y vio que Aidan Alexis estaba yéndose. Impactado, impotente, ajeno a las presencias que lo rodeaban, sintiéndose solo y enloquecido, agitó el cuerpo casi inerte de su gemelo.

-¡Aid! ¡Aidan! ¡Por favor! ¡No te mueras! ¡No me dejes!

-Aid... -Alexis hizo un gran esfuerzo para volver de ese túnel de luz que comenzaba a vislumbrar-. Aid, no culpes a Dios por creer que me ha arrebatado de tu lado antes de tiempo. No grabes este momento en tu mente. Recuérdame sonriendo. Cuando pienses en mí, piensa en todas las veces que estuvimos juntos. Piensa que yo sigo en ti. Piensa que yo estaré sonriendo en cada persona que me conoció y que, cada vez que necesites de mí, solo tienes que verte en un espejo. Yo estaré ahí por ti. Te lo juro. Te lo juro.

Aidan Alexis se quedó de pronto inmóvil. Sus ojos se quedaron fijos en la nada, pero como si estuvieran viendo la cosa más hermosa del universo. Exhaló su último suspiro y, con él, cerró para siempre sus hermosos ojos zafiro y ladeó su cabeza hacia la derecha. La estrella fugaz que era se había vuelto polvo de estrellas. Aidan Alexander se aterró y movió a su hermano sin obtener respuesta alguna.

-¡Aid! ¿Aidan? ¿Aid? ¡No! ¡No! -El grito de Aidan fue desgarrador y Chad y Leo tuvieron que sujetarlo para que no moviera el cuerpo ya inerte de su hermano. Alexander peleaba, quería obligar al alma de su hermano a volver a costa de lo que fuera y Caridee y Alisha, junto con Sophie, rompieron en llanto. Beau fue la única que, a pesar de sentir el corazón destrozado, tuvo lucidez para hacer las cosas.

-¡Cálmate! ¡Alexis se ha ido!

-¡Nooooooo! ¡Aid! ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Suéltame, Leo! ¡Chad! ¡Tengo que moverlo! ¡Puede volver todavía!

-¡Fighter! -Beau abofeteó fuertemente a Aidan para que este reaccionara-. ¡Contrólate! ¡Aidan se ha ido! ¡Ya no sirve de nada! ¡Llora lo que quieras! ¡Solo podemos hacer eso! ¡Pero tu hermano ya descansa en paz!

Aidan se quedó viendo fijamente a Beau. Dejó de luchar en contra de Leo y Chad y se dejó caer al lado del inmóvil cuerpo de su hermano. Ahora estaba solo. Ahora entendía el juramento que le había hecho a Alexis. Se inclinó y besó la frente de su gemelo. Todavía llorando, susurró:

-Descansa en paz, Aidan... Nos volveremos a ver hermano. Te lo juro.

Beau se hizo cargo de todos los arreglos para el funeral. Fue algo prácticamente secreto. Aidan parecía un zombi. Durante el tiempo que duró la velación del cuerpo, Aidan salió con su guitarra. Todos se quedaron inmóviles y se sentó al lado del ataúd donde descansaba su gemelo. Nadie se atrevió a decir nada.

-Aid, sé que tu amor por tu bombón fue tan grande que te fuiste pensando en ella. Lo sé... -Aidan se controló para que su voz no se quebrara-. Y seguramente te fuiste así, pensando en ella. Te despido con esta canción, hermano.

Aidan empezó a tocar unos acordes suaves y empezó a cantar con una voz desgarradora. Alisha, Caridee y Sophie lloraban. Leo y Chad hicieron guardia de honor mientras Aidan cantaba el *Ave María*.

Después de eso, se encargó de que se llevaran el cuerpo para cremarlo. Aidan esperó al lado de Leo y Chad. Sophie intentó convencerlo de que comiera algo, pero se negó. Al fin, Beau arribó con una preciosa copa de oro y plata donde estaban depositadas las cenizas de quien había sido en vida Aidan Alexis McCarthy.

Aidan tomó la copa en sus manos y sin decir nada, se alejó y se encerró en su cuarto. Sostuvo por largo rato la copa contra su corazón y, después de lo que pudieron ser dos horas o dos minutos o dos días, dejó la copa sobre su buró. Abrió la *laptop* de Alexis, ahora suya, y se conectó a Skype. Ahí estaba conectada Alexandria Sumner. Inmediatamente, le habló:

-Hola, princesa, ¿cómo estás?

-¡Aidan! Estaba empezando a creer que te habías olvidado de mí. -Alexandria hizo un puchero y, a pesar de todo, Aidan no pudo evitar sonreír.

-Lo siento tanto, princesa. Han pasado tantas cosas aquí. Si te contara, no me creerías, pero te tengo una buena noticia.

-¿En serio? -Alexandria sonrió.

-Sí, princesa, regreso pasado mañana a Nueva York y al fin podré verte.

-¿De verdad? ¡Júrame que no estás bromeando! ¡Aidan!

-No, princesa, de verdad. -Aidan le sonrió a la rubia de ojos celestes-. Te lo juro.

El regreso

-¡No, Fighter! ¡Me opongo rotundamente a que hagas semejante barbaridad!

Beau levantaba su tono de voz mientras Aidan, pretendiendo que no la oía, hacía sus maletas. Estaba guardando toda la ropa de Alexis y la suya, que no se parecía en lo más mínimo a la de su hermano, la estaba dejando en el *closet*. La que tenía algún parecido con la de su gemelo la guardaba en sus maletas. Leo y Chad lo miraban tristes y Caridee trataba de contener la ira de Beau.

-¿No crees que deberías pensarlo mejor, Aidan? Lo que Alexis te hizo jurar es una locura. Muchísimas cosas pueden salir mal y ¿qué vas a hacer si te descubren? -Caridee habló con voz más calmada que la rubia.

-Además... -terció Sophie con un tono de celos que no pudo contener mientras veía a Aidan ignorar a sus jefas-, ¿cómo vas a poder actuar de manera amorosa con alguien que no conoces en lo absoluto? ¿Vas a poder responderle como hombre?

-¡Sophie, cállate! -Leo la tomó de la mano y se la apretó con fuerza, y la pelirroja hizo un gesto de dolor. En ese momento, Aidan se detuvo, suspiró profundamente y miró a todos.

-¡No espero que entiendan! ¡No espero que comprendan! ¡Pero hice un juramento y lo voy a cumplir! -Aidan miró de pronto a Beau y la enfrentó-. Beau, sé que es una barbaridad, no necesitas decírmelo ni recordármelo. Caridee, sé que miles y millones de cosas pueden salir mal, pero solamente espero jugar mis cartas lo mejor que pueda. Eso ya lo sabía desde el inicio. Y tú, Sophie... -Aidan se adelantó hasta tomarla de los brazos y acercarse peligrosamente a sus labios-, no conozco a Alexandria más que por Skype y tienes razón, no podré responderle como hombre, pero lo juré y tendré que alejarme de ella antes de que las cosas se pongan peor. Y tú no deberías preocuparte por eso, Sophie. Sé controlarme. He pasado años cerca de ti y nunca te he besado, ¿o sí?

Sophie se sintió en extremo ofendida. Se soltó de los brazos de Aidan, contuvo las lágrimas y se fue no sin antes gritarle:

-¡Eres un idiota, Aidan! ¡Solo un idiota se presta a ser el segundo y a recoger las migajas de un amor primero!

Chad se acercó a Aidan y le dio una palmadita en el hombro.

-Discúlpala, Aid. De sobra debes saber, si tienes buena intuición y no estás ciego, que por mucho tiempo Sophie ha estado enamorada de ti.

-Lo sé. -Aidan se sintió derrotado-. Pero nunca he podido verla de otra manera que no sea como amiga y compañera de trabajo.

-¿Y qué planeas respecto a tu trabajo en Shining Stars? -Beau intervino-. ¿Me vas a dejar botada con el proyecto? Eres mi cuarto miembro y tal vez el más importante. Las mezclas, las canciones,

el *look*, que de hecho fue Alexis el que terminó haciéndolo. Si ese día que lo conocimos no hubiera traído puesto ese traje, no hubiera surgido la idea de vestir a Chad y Leo de traje azul y amarillo y a Sophie con vestido rojo.

-No te preocupes por eso. Por las noches me dedicaré a componer, te llamaré, nos contactaremos por Skype... Haré lo que me digas, pero desde Nueva York. Además, planeo quedarme poco tiempo. Ya me inventaré algo para cumplir con la última voluntad de mi hermano.

Justo en ese momento, entró Alisha con una maleta hecha. Caridee abrió los ojos desorbitadamente. Beau resopló llena de furia.

-¿Te vas también? -preguntó la violinista.

-Es más que obvio, me voy con Aidan.

-Pero señorita Alisha... -Aidan iba a replicar y Alisha le hizo un gesto de silencio.

-Alexis conocía a la perfección la administración de las empresas hoteleras, aunque no le gustara. Y tú necesitas hacerte pasar por él. Y necesitas quién te dirija en algunas decisiones que seguramente tu padre te hará tomar cuando te hagas pasar por Alexis. Y yo no he olvidado mis lecciones de administración.

-¡Señorita Alisha! ¿Sería capaz de hacer eso por mí?

-Por supuesto. Volveremos a Nueva York, te ayudaré a hacer esto. Por ti y por tu hermano.

-Siento que nada de esto debería estar pasando. -Beau se dejó caer en un sillón mientras Caridee la veía y Chad y Leo abrazaban a Aidan.

-Esto no va a ser lo mismo sin ti -dijo Chad.

-Te vamos a extrañar, pero... ¿vas a volver? -preguntó Leo.

-¡Desde luego! Volveré, cumpliré mi juramento y volveré. Esta es mi vida, este es mi hogar. Solo tendré que dejarlo en pausa por unos meses. Ahora mi prioridad es cumplir mi juramento, pero volveré a mis sueños. No les digo adiós, les digo hasta luego.

Al día siguiente, Alisha y Aidan optaron por levantarse en la madrugada para no despedirse de los demás. No querían drama. Además, sabían que tarde o temprano regresarían a Inglaterra. Tomaron el vuelo y, durante todo el trayecto, Aidan recordó los momentos que había pasado al lado de su hermano en Nueva York. Recordó a su madre. ¿Qué aspecto tendría ahora? Recordó a su padre y la noche en que lo había corrido de la mansión McCarthy. Si tan solo supiera que ahora iba a regresar y por la puerta grande...

Había acordado con Alisha que ella se quedaría en su viejo departamento y la iría a visitar diariamente para darle informes detallados de todo. ¿Nervioso? No lo estaba. ¿Con pánico? Tal vez, pero era por la idea de toparse con la princesa de su hermano. Hacerse pasar por él en el aspecto romántico iba a ser un terreno peligrosísimo. Sabía que, efectivamente, tendría que besarla, pero pensó por un momento en lo que había dicho Sophie. ¿Y si tenía que responderle como hombre? No, tenía que buscar la manera de terminar con ella antes de que las cosas llegaran a un punto del cual no hubiera retorno. De repente, Alisha lo sacó de sus pensamientos.

-Aidan...

-¿Sí?

-Es vital que trates de no cometer errores. Sé que odias a tu padre, pero tendrás que actuar como tu hermano. Tienes que disimular a toda costa.

-Lo sé. Será difícil no partirle la cara. Lo único que anhelo es ver a mi madre. Llevo años sin verla. ¡Mi mamá! Señorita Alisha, mi mamá... Aid me dijo que siempre intentó buscarme.

-Tienes que controlar tus emociones y donde no debes controlarlas es con Alexandria, la novia de Alexis. Ella debe creer que su novio ha vuelto más amoroso que nunca. Sé que no es el momento, pero ¿nunca tuviste nada que ver con Sophie o con alguna otra chica?

Aidan abrió los ojos como platos y, de pronto, bajó la cabeza, avergonzado. Se sonrojó y Alisha levantó la ceja.

-¿Aidan?

-No, la verdad, no.

-¿Qué? -Alisha se sorprendió, levantó la voz y algunos pasajeros voltearon a verlos-. ¿Me quieres decir que Sophie se moría de amor por ti, todos lo sabíamos, eres condenadamente guapo y nunca has tenido nada que ver con una chica?

-Pues..., sí. Es la verdad. Me encerré en mi mundo. Yo solo trabajaba y la verdad es que Soph, para mí, solo era una compañera de trabajo. No niego que es muy linda, pero nunca la vi como algo más. En Nueva York nunca salía de casa. Mi hermano era el que tenía el club de fans. Venía a pedirme consejos, pero yo le decía lo que me imaginaba que le diría a una chica de poder salir de mi encierro y de mi soledad. Luego nos fuimos a Inglaterra y sabe que me dediqué por completo a Shining Stars. No, no sé nada. Y antes de que me pregunte, señorita Alisha, me aterra la idea de pensar que mi primer beso será para la novia de mi hermano.

-¡Oh, por Dios! -Alisha cerró los ojos-. De verdad, solo espero que te salga bien. Ya casi estamos por aterrizar. Recuerda, llámame cuando sepas que nadie te está escuchando y, antes de hacer cualquier movimiento en la empresa, avísame.

-De acuerdo.

-Suerte, la vas a necesitar.

-Gracias.

El avión aterrizó. Alisha se separó inmediatamente de Aidan y este empezó a hiperventilar. Estaba de regreso y se ajustó la corbata del traje de Alexis que portaba. No estaba acostumbrado a vestir tan elegante, pero tenía que meterse de lleno en el papel de su hermano. Tomó su equipaje. Iba saliendo y, de pronto, divisó a lo lejos a la hermosa chica rubia de ojos celestes que había conocido por Skype, que brincaba y saltaba, con una sonrisa y dos malteadas de chocolate en las manos. Aidan la reconoció al instante. Tenía que ser ella. Aquella era la princesa de su hermano. Aquella definitivamente era Alexandria Sumner. Pero la pantalla de la computadora no le hacía justicia. Era muchísimo más linda en vivo y, de pronto, vio cómo la rubia empezaba a gritar y se dirigía hacia sus brazos. Aidan se quedó inmóvil. ¿Qué hacía?

-¡Aidan! ¡Amor! ¡Te he extrañado tanto!

La chica se acercaba más, corriendo, librando a la gente, que se movía a un lado, y, recordando que su hermano la adoraba y que ahora él era Aidan Alexis McCarthy, dejó caer sus maletas y abrazó a la hermosa rubia, que se arrojó a sus brazos. Aidan apreció el delicioso olor de su cabello y la apretó contra su pecho y solo acertó a susurrar: -Princesa...

-Aidan... Sí, aquí estoy, aquí estás. Esto ha sido una eternidad. -Alexandria levantó sus ojos y Aidan se perdió en el azul de esos ojos enamorados que no reconocieron la extrañeza y lo ajeno de algo que nunca había estado ahí, de alguien diferente-. Aidan, te amo. -Y Alexandria se paró de puntas, cerró los ojos y besó dulcemente a Aidan en los labios. Aidan sintió un roce tan dulce, el aleteo de una mariposa, aquellos labios femeninos que saboreaban los suyos como con cuidado de no romperlo y que tuviera ganas de más, y se quedó totalmente alucinado por aquella sensación. Alexandria sonrió y con su risa lo hizo salir de su nube.

-¿Amor? ¿Tanto me extrañaste que te perdiste con el primer beso de nuestro reencuentro?

-Perdóname. Lo siento, princesa, pero te extraño tanto que no puedo creer que pienses que con ese beso vas a darle la bienvenida a tu novio. Ven acá.

Aidan, tomándose en serio el papel de novio de Alexandria Sumner, la abrazó por la cintura, le acarició aquel rostro suave, se acercó a sus labios y después de haber aprendido la lección de la maestra, depositó en los labios de ella un beso como él soñó y pensó que daría de haber tenido una novia. Le dio un beso profundo, largo, cariñoso, apasionado y la rubia, totalmente arrobada por aquella sensación de que su novio tal vez la había extrañado demasiado porque no conocía esa manera de besar suya, suspiró y le importó un comino que estuvieran en medio del aeropuerto y dejó caer las malteadas de chocolate que traía en las manos. Se aferró a los hombros de Aidan y este la apretó por la cintura hasta que tomó una de sus manos y la entrelazó con las suyas y terminó el beso con uno breve, uniendo su frente y su nariz con la de ella.

-Te extrañé mucho, princesa.

-Oh, por Dios... -Alexandria había perdido el aliento-. Después de este beso, creo que voy a pensar seriamente en dejarte ir alguna que otra vez. Jamás me habías besado así. Aidan, te amo. ¿Nos podemos ir?

-Claro, princesa. Vámonos.

-Ash, me dejaste tan atontada que tiré las malteadas. Una era para ti y otra, para mí.

-No importa, te compraré todas las que quieras -dijo Aidan mientras sonreía, cargaba sus maletas y tomaba la mano de «su ahora» novia.

-Tu madre y tu padre están muy impacientes por verte -dijo Alexandria mientras el taxi los conducía a la mansión McCarthy. Los pensamientos de Aidan iban a mil por hora y, para controlarse, no soltaba la mano de Alexandria.

-¿Los has visto muy seguido?

-A tu papá más que a tu mamá.

-¿Qué? -Aidan volteó rápidamente hacia la rubia y esta se agachó un poco.

-De hecho, es algo de lo que quería hablarte. Tu papá es muy atento, pero... yo ya quería que

volvieras. Me llevo muy bien con tu madre, tu madre es un encanto, pero tu papá me abordaba mucho. Claro, con el pretexto de que tú le hablabas para pedirle que lo hiciera. ¿Eso es cierto, Aidan?

Aidan apretó la mandíbula, lleno de furia. Aid tenía razón. Darien, ese maldito asqueroso que muy a pesar suyo era su padre, seguía haciendo de las suyas. Pero tenía que actuar como Alexis. Así que sonrió y le dijo:

-Por supuesto, princesa. Pero ya no verás más a papá. Ya llegué yo, no te preocupes por eso.

-¡Qué bueno! ¡Pero no tenías que pedirle a tu papá que se molestara!

-Ya sabes cómo soy. Tengo que protegerte. ¡Al fin llegamos!

La mansión McCarthy estaba frente a ellos y Alexandria ayudó a Aidan con su saco. Bajaron y Aidan observó cuidadosamente la que por años fue su casa. Alexandria se colgó de su brazo y él le besó la mejilla.

-¡Aquí estamos! Tus papás deben estar esperándote. ¿Quieres que me vaya y te deje solo con ellos?

-¿Te molestaría, princesa?

-No, para nada. ¿Me llamas después?

-Por supuesto. Cenamos esta noche. Pero no te irás en taxi, le diré al chofer que te lleve.

-De acuerdo.

Aidan tocó y una jovencita de cabello castaño abrió. Alexis le había enseñado bien, pero fue Alexandria la que habló.

-¡Hola, Diane!

-Señorita Alexandria. ¡Oh, por Dios! ¡Joven Aidan!

-Diane, he vuelto, pero no hables fuerte, es una sorpresa. ¿Puedes decirle a Jacob que lleve a mi princesa a su casa?

-¡Claro, joven! ¡Qué alegría! ¡Cómo se pondrá su mamá!

-Nos vemos luego, princesa.

-Adiós, hasta la noche -la rubia se despidió siguiendo a Diane.

Aidan penetró y revivió los momentos en que se había ido de esa casa. Y ahora estaba de regreso. Dejó las maletas y subió las escaleras. Se sabía de memoria las habitaciones de su madre. Llegó hasta la puerta y respiró fuerte para darse valor. Por fin iba a ver de nuevo a su mamá. Tragó saliva y tocó. La dulce voz de su madre le respondió.

-¿Eres tú, Diane? Pasa.

-No, mami, no soy Diane.

Arabelle estaba leyendo un libro y bebiendo café. Cuando oyó la voz masculina, dejó caer la taza, que se estrelló en la magnífica alfombra. Levantó la vista y encontró unos enormes ojos zafiro que la veían con un inmenso amor.

-¿Aidan? ¿Aidan?

-Mami, mamá... -Aidan luchaba por no llorar y se acercó lentamente hacia Arabelle. La vio más

acabada. Con más arrugas y con una enorme tristeza en sus ojos azules, que no podía disimular. Le tomó la mano, se la besó y se la llevó a su cara-. Mamá, soy Aidan. Regresé. Ya volví, como te lo prometí.

-¡Hijo! -Arabelle lo abrazó y Aidan sintió que un gran vacío de su corazón volvía a llenarse-. Duraste demasiado fuera. ¡No vuelvas a irte por tanto tiempo!

-¡Ya estoy aquí, mamita, ya estoy aquí!

De pronto, la puerta volvió a abrirse. Aidan y su madre voltearon al mismo tiempo y Alexander tuvo que fingir para no levantarse en puños contra la figura que se dibujaba en el dintel.

-¿Por qué tanto escándalo? -Darien apareció y de pronto sonrió-. ¡Ah, Aidan! Ya has vuelto. Me alegra porque por fin podrás ponerte a trabajar. Necesito que cheques varias cosas de la corporación. ¿Ya te sientes restablecido, hijo?

-¡Al cien por ciento, papá! -respondió Aidan con una alegría que ni de milagro sentía.

-Vaya, me alegra entonces que hayas ido a Inglaterra. Se te ve muy mejorado. ¿La pasaste bien?

-¡Mejor que nunca, papá!

-Bien. ¿Mañana a las nueve en la empresa? Te pediría que fueras hoy, pero supongo que irás a ver a Alexandria. A tu novia. Muy linda muchacha, por cierto.

-Lo sé, papá. -Aidan estaba que hervía por dentro, pero disimulaba mientras apretaba cariñosamente la mano de su madre.

-Entonces, ¿mañana a las nueve?

-Ahí estaré, papá.

-Te estaré esperando, Aidan. -La voz de Darien sonó como una amenaza.

-Yo te esperaré, papá, porque planeo llegar antes que tú -amenazó Aidan mientras abrazaba alegremente a su madre y Darien lo miraba con los ojos entrecerrados. Salió y Aidan sonreía. Pensaba en sus adentros.

«La guerra, papito. La guerra está declarada».

El inicio del juramento

Arabelle abrazó a su hijo y Aidan se hincó de nueva cuenta para abrazar a su madre después de que Darien los dejara solos de nuevo. Alexander no pudo evitar que se le salieran algunas lágrimas y su madre le levantó el rostro.

-Mi estrella, ¿estás llorando? ¿Me extrañaste tanto como yo a ti, hijo?

-Mamá, es que siento que te extrañé como si me hubiese ido por años en vez de un mes y semanas. -Aidan se limpió el llanto con las manos y Arabelle le acarició el cabello.

-¿Te imaginas lo que yo extraño a tu hermano, Alexis? -Alexander de pronto se puso rígido y miró a su madre, que comenzaba también a llorar. Aidan le limpió el rostro y tuvo ganas de gritarle que él era Alexander y que no tenía por qué extrañarlo más, pero se contuvo y la abrazó.

-Lo sé... Lo sé, mamá. Tiene que haber una manera. Yo también lo extraño.

-Tu padre jamás me dará el dinero que necesito para pagar al detective que quiero. -Arabelle miró hacia la ventana con dolor-. Si tú te hubieses ido con él aquella noche maldita, yo ya estaría muerta.

-Mamá... -Aidan intentaba por todos los medios controlar sus impulsos y actuar como su gemelo-, ¿te acuerdas de la señorita Alisha? La que le daba clases a mi hermano.

-¡Cómo no recordarla! Ella hubiese sido la base para encontrar a tu hermano, a mi pequeño Alexander, pero cuando tu hermano se fue, Alisha White también desapareció.

-Mamita, te prometo que voy a hacer todo lo posible por extraer dinero del corporativo para que puedas buscar a mi hermano.

-¡No te enfrentes a tu padre, hijo! -Arabelle suplicó-. Si hasta ahora te has llevado bien con él, es porque no te le has enfrentado y no quiero que lo hagas por mí. Ya haces demasiado defendiéndome de sus ironías y sarcasmos. Lo único que le pido a Dios es ver otra vez a tu hermano antes de que me lleve al lado de tu abuelo. ¡Pero me da tanto gusto que hayas vuelto, mi estrella! ¡Dame otro beso para que puedas irte a cenar con tu novia!

Aidan sonrió y llenó de besos el rostro de su madre y salió lentamente de la alcoba. Cerró los ojos, impotente ante lo que había visto y oído, y sabía que aquello le iba a costar muchísimo trabajo. Alexis se había quedado corto en relación a lo que su padre había estado haciendo todos esos años. Había acabado con su espíritu. Había acabado con las aspiraciones de Alexis, sus sueños, y ahora, por Alexandria, sabía que estaba cortejando a la novia de su hijo. Y ese era su propio padre. ¡Maldita sea! Respiró profundo para conservar la calma y, de pronto, se topó con Diane, la damita de compañía de su madre.

-Joven, ya mandé que le subieran todo su equipaje a su recámara. ¿Desea alguna otra cosa?

-Solo que tengan listo mi auto para más tarde. Saldré a cenar con mi novia.

-Claro, joven.

-Diane... -La damita ya se retiraba cuando se detuvo ante la voz de Aidan.

-Dígame, joven.

-Necesito que me traigas escoba, trapeador, cubeta, sacudidor... todo lo necesario para limpiar un cuarto. Pero quiero que me lo traigas en secreto y, sobre todo, sin que se dé cuenta mi padre. ¿Me entendiste? A la voz de ya.

-Pero... -Diane se quedó atónita-. Mejor dígame qué habitación hay que limpiar.

-Tú sabes perfectamente que está prohibido limpiar la habitación de mi hermano Alexander y que nadie puede entrar ahí.

-Ah, la habitación de su gemelo. -Diane palideció y comprendió de inmediato-. No me diga que planea... ¿Usted?

-Haz lo que te digo. Ni una palabra a mamá.

-Lo que ordene, joven.

La chiquilla de cabellos castaños voló por la escalera mientras Aidan penetraba en la habitación de su hermano, su ahora habitación. Estaba tan cambiada. La recordaba llena de pósteres de fútbol americano, mucho más alegre, con afiches de la NFL y ahora era mucho más sobria. Nada de sus aficiones. Lo único que reconoció como parte de Aidan Alexis fue un enorme portarretratos de plata labrada donde estaban su hermano y Alexandria en un parque de diversiones, sonriendo, y la rubia estaba dándole un beso en la mejilla mientras Alexis guiñaba un ojo a la cámara.

Alexander tomó el retrato y sus ojos se nublaron de lágrimas. ¡Cuánto daría porque Alexis estuviera de regreso! Y ahora él ya había besado a su princesa. Y, lo que era peor, le había gustado. Definitivamente, Alexandria Sumner era el tipo de chica que le hubiese agradado conocer y tratar y que, probablemente, hubiera intentado enamorar, pero no podía hacerlo. Tenía que tener en cuenta que solo se haría pasar por Alexis un tiempo y en calidad de cobrarse lo que tenía que ser cobrado y de no lastimar a esa hermosa rubia con la noticia de una muerte. Además, no era capaz de arrebatar el amor de su hermano. Tenía que meterse en la cabeza que solo actuaría y nada más.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando Diane llegó con todos los aditamentos de limpieza que había pedido.

-Joven Aidan, aquí está lo que me pidió. Tuve que traerlo de incógnito. Solo le pido que, por favor, nadie sepa que va a entrar a la recámara del joven Aidan Alexander. Si su padre se entera...

-Lo sé por descontado, Diane, gracias.

La damita se retiró y Aidan agarró las cosas. Se cercioró de que nadie lo veía y entró a su antiguo y verdadero cuarto. Se sintió despedazado al ver que todo estaba sucio, descuidado, como si de verdad él hubiese muerto. Pero al mismo tiempo, se alegró de ver que seguía igual. Sus pósteres, sus partituras, sus libros, sus animes, sus discos... Todo seguía igual, pero cubierto de polvo, lleno de telarañas. Se acercó al corcho donde tenía pegadas sus fotos favoritas. Ahí estaban su abuelo Alistair con Alexis y él en aquella fiesta de cumpleaños donde se había dado cuenta de que, para él, su destino era bien diferente. Se quitó el saco, la corbata y, con infinita

paciencia y felicidad, empezó a limpiar su cuarto de adolescente. Quitó el polvo, barrió, trapeó hasta que quedó decente. Al terminar, sintió que volvía a ser él mismo por fin. Regresó a la habitación de Alexis y sacó con cuidado de su maleta algo que llevaba muy bien empacado. Regresó a su habitación, la verdadera, y lo abrió. Era la copa de oro y plata con las cenizas de Aidan Alexis McCarthy. Alexander colocó con cuidado la copa con las cenizas de su gemelo en la repisa donde solía poner su guitarra favorita, que era su trofeo. Susurró: -Ahora es tu turno de quedarte aquí, Aid. Nadie vendrá. Como tú dices, a nadie le interesa Aidan Alexander. Guíame desde aquí, hermano. Te amo.

Aidan pasó a recoger a Alexandria en el auto de Alexis con ayuda del GPS. Lo bueno era que planeaba quedarse con ella en su casa puesto que ya había ordenado la cena en un restaurante de primera y llevaba vino y rosas. También llevaba malteadas de chocolate, por las que se habían caído. Llamó a la puerta y la rubia se había arrojado a sus brazos y no le dio tiempo de decir nada puesto que ya se estaban besando en la boca. Aidan se sentía tan culpable de estar tomando la identidad de su hermano, pero aquella boca, aquella voz, aquella cara que lo llamaba por su nombre --que por una maldita coincidencia era el mismo que el de su hermano-- eran un hechizo que no podía romper.

-Ya te estabas tardando, Aidan.

-¿Malteada de chocolate para mi princesa?

-¡Gracias! -Alexandria le dio otro beso en la comisura de los labios y Aidan estuvo a punto de agarrarla de la cintura y no soltarla jamás, pero se contuvo.

-Traje la cena, ¿te molesta que cenemos aquí?

-¡Para nada! -Alexandria se colgó de su brazo y lo jaló hacia el sillón-. De hecho, estaba pensando que podíamos ver la tele hasta vegetar y luego, pues, ¿qué tal si...?

En esas estaban cuando sonaron toquidos en la puerta. Aidan se volteó a ver a Alexandria.

-¿Esperas a alguien, princesa?

-No.

Aidan se paró directo a abrir la puerta y con quién se topó fue con su propio padre. Darien estaba ahí con un ramo de rosas rojas.

-¡Hijo! Debí suponer que era tu carro el que estaba estacionado afuera.

-Papá, ¿qué haces aquí? -Aidan hizo su mejor esfuerzo para no agarrar al sujeto mejor conocido como su padre y estrangularlo. Alexandria se puso detrás de Aidan.

-Alexandria, querida... -Darien quiso entrar, pero Aidan se lo impidió-. Quería avisarte que, como ya llegó mi hijo, ya no tengo que verificar que estés bien. Quería despedirme de ti con estas rosas. -Extendió la mano para ofrecérselas a la rubia, pero Aidan las tomó.

-No debiste, papá. A mi novia la cuido yo y, como bien dijiste, ya volví.

-No me interrumpas, Alexis, estoy hablando con una señorita.

-Gracias, señor Darien. -Alexandria no sabía ni qué decir, pero se sentía extremadamente incómoda-. Le agradezco sus atenciones.

-Fue un placer, querida, lo bueno es que mi hijo ha vuelto...

-Así es, papá, ya volví -dijo Aidan con voz resuelta-. Ahora, si no te molesta, estaba en medio de algo importante con mi novia.

-Bien, no te tardes. Mañana tenemos junta a las nueve con los contadores del corporativo.

-Te dije que estaré ahí.

Aidan se controló para no azotar la puerta y Alexandria respiró tranquila cuando Darien se fue.

-¿Cuántas veces ha venido mi padre aquí?

-Pues casi diario mientras no estuviste. Te dije en el taxi... pero lo bueno es que estás aquí.

-No te preocupes, no volverá. Tú eres mía, mi princesa.

Aidan, por impulso, depositó un beso de fuego en los labios de Alexandria y esta sintió que la ternura se desvanecía y daba paso a una pasión desbordante que antes no había sentido. Pero, así como de impulsivamente había comenzado el beso, así de impulsivamente terminó. Aidan se contuvo lo suficiente como para no empezar a desear algo que no podía terminar y besó la nariz de ella.

-Ven, princesa, vamos a cenar.

Al otro día, Aidan se levantó temprano. Tenía el cuerpo adolorido porque no podía dejar de pensar en la hermosa rubia con la que había tenido la mejor cita de su vida. La primera cita que había tenido con una chica. Habían charlado, hecho bromas, se habían besado y había sido perfecta a excepción de la aparición de su padre.

Antes de dormir, había llamado a Alisha para preguntarle si estaba bien lo que planeaba hacer para ayudar a su madre a conseguir el dinero y poner en aprietos a su padre. Alisha había dicho que era brillante. Así que tomó una taza de café negro, se enfundó en el mejor traje de Alexis, tomó su *laptop* y celular y le pidió a Jacob que lo llevara a las oficinas. Llegó con diez minutos de adelanto y se sentó en el lugar que correspondía en la sala de juntas a su hermano. Los demás miembros del corporativo fueron llegando y lo saludaron como si nada. Nadie sabía que él era el gemelo, el otro heredero. Al fin, llegó su padre y se dio inicio. Entonces, Aidan se levantó, como el administrador, y empezó a hablar.

-Señores, quisiera que hoy iniciáramos con algo que me interesa. Desde hace mucho tiempo hemos llevado la administración del corporativo y la contabilidad de manera interna, pero en mi viaje a Inglaterra me he dado cuenta de que nos estamos anclando y tenemos que abrirnos a la globalización. Es por eso que pido que se someta a votación que, para poder promocionarnos y seguir con la innovación y el *marketing* que el Corporativo Hotelero McCarthy tiene mundialmente, se nos haga una auditoría externa para comprobar que efectivamente tenemos el dinero que nos arrojan los balances generales que nos presenta mi padre, el señor Darien Smith, y que son firmados por mi madre, Arabelle McCarthy...

Darien se puso rojo de rabia, pero lo intentó disimular mientras los miembros asentían con simpatía ante la sugerencia de Aidan.

-No creo que sea necesaria la intervención de una auditoría externa.

-Para el *marketing* y el corporativo que somos y el prestigio que tenemos en este mundo de globalización, nos estamos tardando, papá. -Aidan habló con voz firme y modulada-. Tenemos hoteles en los cinco continentes. Si alguna vez alguno de nuestros miembros quiere vender sus acciones en la bolsa de valores, necesitamos dar cuentas claras.

-Tiene razón -dijo uno.

-Alistair lo hubiese aprobado -cuchichearon los demás.

-Hay que someterlo a votación -dijo Darien, esperando que su hijo no ganara con aquella propuesta. Era joven. Era su hijo. Seguro que rechazarían esa idea tan repentina. Aidan tomó la palabra desde el otro lado de la larga mesa.

-Los que estén en contra levanten la mano.

Darien la levantó seguro de que todos la levantarían apoyándolo. Pero increíblemente fue el único que levantó el brazo. Aidan intentó disimular su sonrisa de victoria. Habló por segunda vez.

-Los que estén a favor de que se haga una auditoría externa...

Todos, incluyendo él, levantaron la mano. Darien se enfureció. Se puso rojo de rabia, pero no pudo decir palabra alguna. Aidan sonrió y se asentó en el acta.

-Muy bien. Papá, la asamblea ha votado por una mayoría casi absoluta, considerando tu voto en contra. Se hará una auditoría externa para comprobar que todo esté en orden... y más vale, estamos todos de acuerdo, pienso yo, que así sea.

Inician las sospechas

La asamblea se dio por terminada y Aidan tomó sus cosas y se retiró antes que nadie a la oficina de su gemelo. Su oficina ahora. Se dejó caer en la elegante butaca de cuero y su secretaria personal, una linda chica de cabello negro, enérgica y eficiente, llamada Jennifer Mara, entró inmediatamente.

-¡Bienvenido, Aidan! Ya te extrañábamos en el corporativo. ¿Cómo te fue en tu viaje?

-Bien, gracias... -Aidan, por un momento, olvidó el nombre de la chica y toda la información que Alexis le había dado en Inglaterra. Afortunadamente, Jennifer llevaba en su traje su gafete con su nombre y Aidan pudo salir airoso de la situación-. Jennifer, ¿me puedes traer un café bien cargado, por favor?

-¿Cargado? Si a ti te gusta que esté prácticamente como agua de calcetín. -La pelinegro empezó a reír y Aidan disimuló el error y se rio con ella.

-Bueno, lo que pasa es que estoy algo desvelado, tú me entiendes.

-¡Ah, bueno! Eso lo explica todo. ¿Algo en lo que quieras que te asista después de la junta?

-Sí, necesito que me contactes con el mejor auditor de todo Nueva York. El consejo decidió que vamos a hacerle una auditoría externa al corporativo.

-Mmm... -Jennifer se mordió los labios mientras tomaba notas en su Ipad-. ¿Y cómo lo tomó tu padre?

-Prefiero no contestar a esa pregunta. -Aidan se volteó hacia la ventana y Jennifer levantó las cejas.

-¡Uy, lo siento, Aidan! Vaya que regresaste con bríos. ¡En fin! Está bien, me encargaré de esto. ¿Algo más? ¿Lo de siempre para almorzar?

-No, no almorzaré aquí. Iré a casa.

-Bien. Con permiso.

Jennifer salió y Aidan estaba a punto de marcar el número de Alisha cuando su teléfono sonó.

-¿Sí?

-Tu padre te espera en su oficina -Jennifer le informó-. Quiere que vayas enseguida.

-Gracias, Jennifer.

Aidan suspiró. Sabía que su padre no iba a estar nada contento con la sugerencia que había hecho y que había sido aceptada por el consejo administrativo. Pero tenía que comprobar si estaba haciendo bien las cosas y si no le estaba robando a su madre. Y lo más importante, ¿por qué no le había permitido en todos esos años manejar su dinero siendo ella la dueña de todo? ¿Por qué no le permitía disponer de efectivo para contratar al detective que su madre quería para hallarlo a él? Resignado a seguir pretendiendo ser su gemelo, se encaminó a la oficina de su padre. Tocó.

-¡Pasa!

Aidan puso su mejor cara de póker e intentó emular la paciencia y dulzura que Alexis siempre tenía.

-¿Mandaste llamarme, papá?

-¡Siéntate! -La voz de Darien era dura y era evidente que echaba espuma por la boca. Estaba sentado en el escritorio que antes pertenecía a Alistair McCarthy y ahora era él quien tenía por hábito fumar los mismos habanos que antes fumaba su abuelo. Aidan disimuló su disgusto y, con calma, se sentó.

-Dime, papá, ¿ocurre algo?

-¿Qué demonios estabas pensando para no preguntarme primero sobre tu sugerencia de la auditoría externa al corporativo antes de presentarla al consejo administrativo? -Darien levantó la voz y se levantó de la butaca y se situó detrás de su hijo, peligrosamente detrás de su cuello, de tal manera que pudiera sentir su aliento y el tono de su voz en la oreja mientras Aidan cerraba los ojos-. ¿Me puedes explicar?

-Los asuntos del trabajo se tratan en el trabajo, papá. Además, no pensé que fuera mala idea para ti.

-¡Te equivocaste! ¿Quién te crees que eres para erigirte como líder de la empresa de esa manera en la junta que yo dirijo?

-Papá...

-¡Ningún papá! -Darien apagó con furia el habano en el cenicero de plata pura que tenía en el escritorio y Aidan tuvo que respirar profundamente para controlarse y no pararse y enfrentarlo de una buena vez-. ¡Jamás esperé eso de ti, Aidan! ¡Sabes perfectamente que tu único trabajo es ser mi mano derecha y obedecerme! ¡Nada más!

-Obedecerte implica hacer lo mejor para el corporativo y los hoteles.

-¡De eso me encargo yo, niño! ¡No quieras venir a educarme en lo que llevo haciendo durante años! ¡Me dejaste en total ridículo y lo que es peor es que ahora tu idea de la auditoría se tendrá que llevar a cabo!

Aidan no aguantó más. Se levantó y se puso frente a su padre.

-Bueno, y ultimadamente, si llevas haciendo lo correcto todos estos años, ¿qué es lo que te apura?

Darien dio un paso hacia atrás, impresionado de que su hijo preferido se le pusiera contra él. De pronto, creyó ver en él al hijo que había corrido hacía años y que también se había enfrentado a él por defender a su madre, pero inmediatamente desechó la idea y frunció el ceño.

-¡No me hables así, Aidan!

-Perdóname, papá, pero de verdad, ¿qué tiene de malo? La auditoría solo nos traerá cosas buenas. Créeme. Confía en mí. Soy tu mano derecha, tú lo has dicho. Sabes que te quiero y te respeto. -Aidan sintió que estaba a punto de vomitar en su propia boca-. Lo sabes, ¿verdad, papá?

-No vuelvas a hacer nada sin consultarme y además quiero saber antes que nadie a quién vas a contratar como auditor -dijo Darien un poco más tranquilo al oír el tono conciliador de Aidan.

-Claro, papá, por supuesto, confía en mí. -Aidan le sonrió y abrazó a Darien. Salió de la oficina y Darien se quedó inmóvil.

-Si no fuera porque sé que el maldito de tu hermano se largó de nuestras vidas hace años, juraría que hoy lo vi en ti, Alexis. Podría jurarlo.

-¿Bueno? -Alisha contestó su celular mientras comía un sándwich y casi se atragantó cuando Aidan habló sin parar.

-¡Señorita! Esto es más difícil de lo que parece. ¡Lo odio! ¡Odio a mi padre! ¡Y hoy estuve casi a punto de sacar mi verdadera personalidad y por momentos siento que se me olvida toda la información que Alexis me dio! ¡Ya gané el primer asalto! Logré que se aprobara la auditoría externa al corporativo para saber si mi padre le ha estado robando a mi mamá su dinero, pero aun así... Y, además, es cierto lo que mi hermano sospechaba. Mi padre está detrás de la princesa de mi hermano. Y yo...

-Aidan, Aid... Hey, espera un momento. ¡Alto! -Alisha lo detuvo-. Siquiera déjame asimilar lo que me acabas de decir. Sabías que cumplir el juramento que le hiciste a tu hermano no iba a ser tarea fácil.

-Es que jurarlo fue una cosa, pero estarlo llevando a cabo es otra. Siento que en cualquier momento puedo cometer un error. Una cosa es lucir exactamente igual que Alexis, pero somos diferentes. Él era el dulce, el entregado, el conciliador...

-Tú también lo eres, Aidan, solo que en ti la parte luchadora es más fuerte. Ahora eres tú el que debe aguantar. Además, no será por mucho tiempo. Alexis te pidió que te hicieras pasar por él solo el tiempo necesario para que Alexandria no sufriera, para descubrir a tu padre y para proteger a tu madre.

-Es que no sé si podré -Aidan replicó con desaliento.

-Podrás porque cuentas conmigo, con el apoyo de tu hermano, donde quiera que ahora esté, y también con Beau, Caridee y Shining Stars. Ellos esperan por ti.

-Quisiera que esto terminara para poder volver. Aunque...

-¿Aunque qué? -Alisha se interesó.

-Hay dos cosas que me preocupan por encima del problema con mi padre. Después de volver a ver a mi madre... No sé si tenga el valor para dejarla de nuevo. Mi mamá lleva años sufriendo por mí. Y ahora sufrirá cuando sepa lo que le ocurrió a Alexis.

-Tu hermano te dijo que no tenía por qué saberlo.

-¡Pero yo quiero que mi mamá me vea y me quiera a mí por ser Alexander y no por creer que está viendo a Alexis! -replicó Aidan rebelde-. Además, Alexandria, la novia de mi hermano, es tan linda y dulce como la describió. Ella realmente cree y no se ha dado cuenta en lo absoluto que ha besado a otro hombre. Ella ve en mí a mi hermano. Y es tan hermosa, tan linda, tan inocente... que, como me dijo Alexis, acaso me hubiese gustado que ella se hubiese enamorado de mí.

-Aidan, ¡qué cosas dices!

-Suena loco, ¿no es cierto? -Aidan se lamentó-. Pero me bastó verla en el aeropuerto, tener una

cita con ella. hablar por teléfono, tener las expectativas de comportarme como su novio y besarme con ella para que ahora me duela la idea de qué pensará cuando yo me aleje. Llorará por Alexis, pero no llorará por Alexander. Por el que ahora está con ella...

-¿No estás exagerando?

-Tal vez... Me tengo que ir, señorita. Quedé de ver a Alexandria.

-Cuidate, Aidan, ten cuidado.

-Lo haré.

Después de haber pasado toda la tarde con su madre, Aidan había invitado a Alexandria a cenar al club donde sus padres tenían membresía. En el Manhattan Club había toda clase de actividades, desde natación y billar hasta una exclusiva terraza para cenar. Cuando Aidan pasó por ella, Alexandria no sabía qué ponerse, pero Aidan ya había solucionado aquello. Llegó a su casa con una enorme caja de regalo en cuyo interior había un hermosísimo vestido plateado de Armani, al igual que el *smoking* con el que él se había vestido.

-¡Aidan! ¡No te lo puedo creer! Es un vestido hermosísimo... ¡Me vas a echar a perder! Me puedo acostumbrar a esto.

-Pues acostúmbrate. Quiero que dejes a la luna como un pobre resplandor al lado tuyo.

Aidan se sentó nervioso a esperar a que Alexandria se arreglara y, cuando salió, se levantó y la admiró como un colegial. Se preguntó si Aid se sentía así con ella. La rubia corrió hacia él, lo besó apenas en los labios y le preguntó:

-¿Cómo me veo?

-Más hermosa que una estrella. ¿Nos vamos?

Aidan le ofreció su brazo, subieron al auto y llegaron al club. Eran las seis de la tarde porque Aidan quería que Alexandria viera el atardecer. Pasaron por la piscina y algunos niños todavía estaban jugueteando. Alexandria se rio y Aidan coqueteó con ella, sintiendo en su interior que estaba robándole esos momentos a su hermano, sintiéndose culpable, pero de pronto, el grito de una madre y de unos niños hizo que la pareja volteara.

-¡Auxilio! ¡Mi niño! ¡Se va a ahogar!

-¡Mami! -El pequeño de unos cuatro años se había resbalado en la parte más honda de la alberca y agitaba las manitas, desesperado. Una niña lloraba, sentada en un carrito, y no había ni rastro del salvavidas. Ya era la hora en que se cerraban las albercas. Alexandria gritó:

-¡Dios mío! ¡Hay que ayudarlos! ¿Pero cómo?

Aidan se arrancó el saco del *smoking* y se lanzó al agua sin pensárselo. El niño ya se había sumergido completamente y la madre gritaba. Aidan nadó al fondo y sacó al niño con toda la rapidez que fue capaz y, en cuanto estuvo fuera del agua, el niño empezó a toser por sí mismo. No hubo necesidad de darle respiración de boca a boca, pero estaba sumamente asustado. La madre se acercó a Aidan y le dio las gracias.

-¡Si no hubiese sido por usted, mi niño se hubiera ahogado! ¡Gracias! ¡Es un ángel!

-No se preocupe, no fue nada.

-¡Gracias, de verdad, gracias!

Aidan se exprimó el agua de su cabello y sabía que estaba hecho un desastre, pero no le importaba. Regresó junto a Alexandria, pero cuando llegó con ella, la rubia lo miraba totalmente anonadada y estupefacta.

-Lo siento, princesa. Tendrás que cenar al lado de un hombre mojado.

-Aidan, tú no sabes nadar. Tú le tienes pánico al agua, pero acabas de nadar y salvar a un niño. ¿Tienes algo que decirme?

Fue entonces que Aidan se dio cuenta. Había cometido un error garrafal. Alexis nunca había aprendido a nadar y Alexandria lo sabía.

La primera discusión

Alexandria miraba atónita a Aidan completamente empapado, recién salido de la alberca. Su novio había nadado como un profesional. Había salvado a un niño. Y le tenía pánico al agua. Recordaba aquella tarde cuando le había confesado su horror al agua y a nadar.

-De verdad, princesa, si alguna vez fuésemos a la playa, o si nuestra luna de miel cuando nos casemos es en Bora Bora, tendrás que nadar tú solita. Yo me conformaré con mirarte como la sirena que parecerás.

-¿De verdad? ¡No seas exagerado! -Alexandria le había reclamado, incapaz de creer que su novio padeciera de hidrofobia.

-En serio, princesa, te lo juro. Además, si me atreviera a meterme en el chapoteadero, donde están los niños pequeños y donde estoy seguro de que el agua me llega a media pantorrilla, estarías burlándote de mí.

-¡No te dejaría meterte al chapoteadero!

-En serio, es lo más cercano que estaría de meterme a alguna alberca -Aidan le había rebatido mientras le robaba besos tiernos a su novia-. Me dan pánico, ¡horror! Además, suponiendo que me convencieras, ni siquiera sé flotar.

-¡Pero si es algo básico, amor! Solo tienes que contener el aire. Solito flotas.

-Pues a mí tendrías que ponerme miles de salvavidas y no estaría dispuesto a hacer semejante ridículo. ¿Yo? ¿Aidan McCarthy con salvavidas?

-¿Ni siquiera por mí? -Alexandria le había puesto una cara de puchero y Aidan Alexis la había abrazado y besado en su brillante pelo rubio.

-Bueno, tal vez por ti, princesa, pero espero que te compadezcas.

Alexandria volvió inmediatamente al presente y vio a su novio frente a ella. Alexander, dándose cuenta del error que acababa de cometer, intentó dar un paso hacia ella, pero la rubia dio otro hacia atrás.

-Princesa, déjame explicarte. -Aidan ni siquiera sabía qué explicación iba a dar, pero sabía que tenía que reparar su error. Ver la cara de enojo de Alexandria hizo que se sintiera como el peor de los miserables.

-Creo que no tengo ganas de cenar -dijo la rubia con decisión-. Además, estás empapado. ¡Completamente empapado para un hombre con hidrofobia! ¡Así que llévame a mi casa!

-¡Princesa, yo...!

-¡Llévame a mi casa o me voy yo sola! ¡Tú escoges!

Aidan tragó saliva. Vio cómo Alexandria estaba ya dispuesta a marcharse y la detuvo del brazo.

-Espera. Está bien. Si ya no quieres cenar aquí, te llevaré a tu casa. Pero me darás la oportunidad de explicarte.

-Pero por supuesto que me vas a explicar -dijo Alexandria desafiante-. ¡Claro que me vas a explicar! Porque aquí está pasando una de dos. O tú me estás mintiendo o algo ocurrió mientras te fuiste a Inglaterra que no me has contado... ¡y me lo vas a decir en cuanto lleguemos a mi casa!

Todo el trayecto hasta la casa de Alexandria fue de un silencio sepulcral. La rubia no miró ni de reojo a Aidan y este estaba tratando de buscar las palabras adecuadas. ¿Qué demonios iba a decirle? Ya le estaba mintiendo a Alexandria al estar haciéndose pasar por su gemelo. ¿Y ahora? ¿Tendría que seguirle mintiendo para cubrir la mentira que había ideado su gemelo para que Alexandria no sufriera? ¿Y él?

Había algo con lo que su gemelo no había contado. Alexander estaba empezando a sufrir las consecuencias de hacerse pasar por él. ¡Maldita sea! ¿Acaso Alexis no se había imaginado lo difícil que iba a ser para él que su madre lo quisiera no por él si no por ver en él a su hermano? ¿Que Alexandria lo besara y lo quisiera y lo deseara solo por pensar que él era Alexis? ¡Con un demonio! Por un momento, Alexander maldijo su suerte, pero se controló cuando por fin frenó en la casa de Alexandria. La rubia se bajó totalmente rabiosa y abrió la puerta. Aidan la siguió rápidamente, temiendo que le fuera a cerrar la puerta de un portazo en las narices.

-Princesa, por favor, háblame. -Aidan la siguió mientras la rubia aventaba su bolso y sus aretes a la mesa del comedor.

-Siéntate, Aidan -Alexandria dijo mientras sacaba del refrigerador una botella de vodka y ponía dos vasos en la sala. Los sirvió derechos, sin mezclar con nada, y se tomó el suyo de un jalón. Aidan abrió los ojos como platos.

-Princesa, no deberías...

-¡Tú no deberías ocultarme cosas, así que no me digas qué puedo o no puedo hacer en mi casa! - Alexandria se dio cuenta de que por primera vez le estaba gritando a su novio. Pero en verdad estaba molesta. ¿Qué demonios estaba pasando?-. Ahora sí, Aidan, explícame, con un demonio... Si eras hidrofóbico hasta hace mes y medio, ¿cómo es que nadaste como un maldito profesional y salvaste a ese niño de ahogarse? ¡Explícamelo porque no lo entiendo!

Aidan respiró profundo. Sabía que iba a mentir. Tenía que cubrir todo. Todo por el juramento. Así que intentó abrazar a Alexandria, pero esta lo rechazó.

-¡Contesta!

-De acuerdo. -Aidan se sirvió también vodka, se lo tomó derecho y empezó a hablar-. Mientras estuve en Inglaterra, decidí que tenía que enfrentar mis miedos. Me sirvió de mucho estar solo en la casa donde nací. Quería volver a Nueva York siendo mejor persona para ti, sin miedos. Siendo un hombre mejor para poder tomar mejores decisiones para el corporativo, para comprender mejor a mi madre, para elevar la empresa y para que te sintieras orgullosa de mí. Planeaba decírtelo en la cena, pero... -Aidan, de pronto, se atragantó. No estaba acostumbrado a decir mentiras, pero tenía que hacerlo y prosiguió después de una pausa-. Pero el niño estaba ahogándose y se arruinó mi sorpresa. No esperé que lo tomaras tan mal. Alex, princesa, te lo juro. No sabes lo que me costó vencer mi miedo. Tú sabes el miedo que me daba el agua. Aún me da,

pero tú me diste la fuerza para poder vencerlo. Quiero ser un mejor hombre para ti, ¿no lo entiendes?

Alexandria lo miró y se quedó pensativa. Aquello tenía sentido. Aidan era capaz de hacer cualquier cosa por ella. De pronto, le sonrió y se arrojó a sus brazos y lo besó apasionadamente en la boca. Aidan no esperaba aquello, pero le correspondió y la tomó entre sus brazos.

-¿De verdad? ¿Fuiste capaz de vencer tus miedos por mí?

-Sí, princesa, por ti soy capaz de todo. -Aidan sintió que su hermano estaba hablando a través de él.

-Lamento tanto haberme enojado contigo así, pero es que fue un *shock* para mí ver cómo te arrojabas a la piscina.

-Te comprendo, pero fue la adrenalina.

-Oye... -Alexandria dio otro trago directo de la botella de vodka-, ya que se arruinó nuestra cena romántica y ya que dices que has vuelto capaz de hacer todo por mí, ¿qué te parece si tú...?

-Si yo ¿qué? -Aidan la miró con ternura, pero de pronto se sintió sin saber qué hacer cuando Alexandria, juguetonamente, se puso encima de él, lo besó y tomó sus manos para ponerlas encima de sus senos de una manera descarada.

-Si tú y yo estamos juntos al fin. Aidan, te extrañé demasiado mientras estabas en Inglaterra. Yo...

Alexandria lo tomó del rostro y lo besó con ansiedad y pasión, buscando la lengua de Aidan mientras este sentía las formas de Alexandria encima de él y cómo, automáticamente, su miembro estaba reaccionando ante la mujer de su hermano. ¡De su hermano!

-Aidan, llevamos tanto tiempo juntos... y estar separados fue una tortura...

Alexandria comenzó a desabrochar la camisa blanca de seda, aún húmeda, de Aidan y besó el cuello del que creía su novio. Aidan empezó a hiperventilar porque estaba siendo totalmente seducido por Alexandria. Deseaba tomarla de la cintura, acostarla en el sillón y seguir el juego, pero no podía. Alexandria era la mujer de su hermano, ¡no la suya! Y, aun así, le apretaba la cintura y correspondía con ardor a los besos que le daba en la boca y en la oreja, haciendo un recorrido erótico que hacía que Aidan gimiera de placer. Pero cuando Alexandria, de manera atrevida y coqueta, puso su mano sobre su pantalón, Aidan no pudo más con su conciencia, la hizo a un lado y se levantó del sillón.

-¿Qué? Amor, ¿qué pasa? -Alexandria se quedó viéndolo extrañada y húmeda por el deseo de estar con su novio. Aidan estaba respirando profundamente tratando de controlarse y de que su erección creciente se bajara.

-Lo siento, princesa, no puedo, hoy no.

-¿Qué? -Alexandria se levantó y se situó delante de él y miró descaradamente la erección de Aidan-. Creo que tu cuerpo no está de acuerdo.

-Eres una tentación, eres una diosa rubia, la mujer perfecta... Tienes unos ojos que me enloquecen... -Aidan prácticamente se estaba confesando mientras le acariciaba el rostro a Alexandria, que estaba atónita-. Pero no puedo, Alex.

-¿Me estás rechazando? -Alexandria, de pronto, se sintió humillada y se cubrió el escote de su vestido. Aidan se sintió el último de los miserables porque la deseaba, pero no podía olvidar que tocarla, desearla e incluso poseerla como él deseaba tanto en ese momento sería una traición a su hermano.

-No... No lo tomes así...

-¿Entonces cómo demonios quieres que lo tome? -Alexandria lo enfrentó-. Dices que quieres ser un mejor hombre por mí y cuando te deseo y te quiero amar me rechazas. -La rubia empezó a sollozar y Aidan intentó abrazarla, pero Alexandria lo rechazó-. ¡Vete, Aidan! ¡Vete! ¡No te entiendo! ¡No te comprendo! ¡Te desconozco!

-Princesa, soy el mismo. Es que yo... -Aidan intentaba explicarse.

-¿Tú qué? El día de hoy eres la contradicción andante. Me amas y me rechazas. Dices que haces todo por mí y no eres capaz de entregarte. ¡Te desconozco! ¡Por primera vez en nuestra relación te desconozco!

-¡Por favor, no digas eso! ¡Yo te amo! -La última frase Aidan la sintió auténtica. No era Alexis hablando a través de él. Era él, era Alexander confesándose. Pero no quería admitirlo. Alexandria estaba enfurecida y le gritó a la cara:

-¡Vete, Aidan! ¡Cuando vuelvas a ser tú, me llamas! ¡Porque te desconozco! ¡No sé quién demonios eres!

-¡Soy yo, Alex! ¡Princesa, soy tu Aidan!

-Mi Aidan me ama.

-Yo te amo. -Aidan la tomó por los brazos y la miró directamente a los ojos, siendo totalmente sincero. Pero la rubia rehusó los ojos azul zafiro y solo atinó a susurrar:

-Vete. Hoy no puedo creerte nada.

-No me hagas esto -Aidan suplicó.

-¡No! ¡Tú no me hagas esto! -Alexandria bramó-. Nunca habíamos tenido una discusión. Hoy fue la primera y lo que más me duele es que haya sido porque no quisiste tocarme, como si te diera miedo que hubiésemos terminado haciendo el amor. ¿Quién eres? ¡Devuélveme al Aidan que se fue a Inglaterra! ¡Regrésalo a tu cuerpo porque lo extraño y, aunque estás aquí, te siento tan distante como una estrella que no puedo tocar! Y ahora vete. Vete, Aidan.

Alexandria se soltó a llorar en el sofá y Aidan no tuvo valor para darle un beso y confortarla. Alexandria tenía razón. Él no era Alexis. Ella quería a su hermano y él no era más que Alexander, la copia barata de su hermano gemelo. Y ni siquiera lo estaba haciendo bien. Antes de irse, dijo en voz baja:

-Intentaré arreglarlo, princesa, porque de verdad te amo.

-¡Arréglalo, Aidan! -gritó Alexandria desconsolada.

-Lo arreglaré. Trataré... y perdóname.

Y diciendo esto, Aidan salió de la casa de Alexandria, deseando con toda su alma ser de verdad Aidan Alexis McCarthy.

Arriban los refuerzos

Aidan llegó a la mansión McCarthy sintiéndose completamente derrotado. Prácticamente, llegó arrastrando los pies y se dirigió directamente a su cuarto. No al de Alexis, al que ahora le pertenecía, sino al que había limpiado con esmero, el que ahora guardaba las cenizas de su hermano. Como ya era tarde, estaba seguro de que nadie lo vería entrar. Pero unos ojos azules lo vieron penetrar en el cuarto que estaba prohibido.

Aidan se desplomó inmediatamente en su cama. Tenía tantas ganas de llorar y más al recordar las palabras de Alexandria: «¡Arréglalo, Aidan!».

-Como si arreglar todo esto fuera tan fácil, princesa...

-¿Arreglar qué, hijo? -La voz de Arabelle, suave, en un susurro, hizo que Aidan se incorporara asustado.

-¿Mamá? Pensé que estaba solo...

-Te vi entrar aquí... -Arabelle se acercó a la cama y acarició el negro cabello de su hijo con ternura.

-Ya sé que papá no aprueba que entremos aquí -Aidan se defendió.

-Y aun así veo que has limpiado el cuarto de tu hermano. -A Arabelle se le aguaron los ojos y tomó las manos de Aidan para besárselas-. Gracias, hijo, fue un lindo gesto de tu parte. Yo no he podido atreverme en todos estos años a desafiar a tu padre. Ya ves, ni siquiera he podido disponer del dinero para buscar a tu hermano en todos estos años... ¿Dónde estará mi niño Alexander, Aidan? ¿Dónde?

Aidan no pudo evitar ver de reojo la copa de oro donde yacían las cenizas del verdadero Aidan Alexis. ¡Tan cerca de su madre y sin poder decirle que sus dos hijos estaban ahí, con ella! ¡Uno muerto, hecho cenizas, y el otro, haciéndose pasar por él! Pero Arabelle siguió hablando.

-Te veo triste, hijo. ¿Por qué llegaste tan temprano? Pensé que te tardarías más en tu cena con tu novia.

-Es que... tuve mi primera discusión con ella, mamá.

-¿Y por eso estás tan triste? -Arabelle sonrió-. ¡Hijito! Date cuenta de que llevas mucho tiempo con tu novia y, si apenas esta es tu primera discusión con ella, pues entonces tu relación era bastante anormal.

-¿Anormal? -Aidan se extrañó.

-¡Por supuesto! Hasta la pareja más enamorada debe pelearse de vez en cuando para demostrarse su amor. ¡No te preocupes, hijo! Te apuesto lo que quieras a que mañana Alexandria y tú estarán tan felices como siempre.

-¡Ojalá, mami! -Aidan se refugió en los cálidos brazos de su madre, que lo acogieron con todo el cariño que eran capaces de ofrecer-. Por cierto, mamá, Jennifer me dará mañana los datos de

quiénes harán la auditoría externa del corporativo y te prometo que, si mi papá ha estado estafándote, aunque sea con un solo centavo, haré lo que sea para que te sea restituido.

-Hijo, lo único que quisiera hacer con ese dinero, si tu padre me ha estafado, es buscar a tu hermano. No quiero morirme sin volver a ver a mis dos estrellas juntas.

Aidan cerró los ojos y volvió a mirar de reojo la copa dorada que pasaba desapercibida para su madre.

-Te lo haré saber, mami.

-Vamos a dormir, hijo, y cuando vengas aquí, avísame. Quiero venir contigo. Contigo aquí, siento que estoy muy cerca de Aidan Alexander.

-Como digas, mamá. Yo también me siento cerca de mi hermano.

Y eso era verdad.

Al día siguiente, Aidan se levantó temprano, se dirigió al corporativo y se topó con Jennifer, que lo saludó.

-¿Café de siempre o café cargado porque te desvelaste, Aidan? -fue su primera pregunta para él.

-Como siempre te lo pido.

-¡Bien! Volvemos a la rutina, eso es bueno. -Jennifer sacó su Ipad y siguió a Aidan al interior de su oficina.

-¿Tienes ya los nombres de las personas que harán la auditoría para podérselas presentar a mi padre?

-Sí. Tengo dos opciones para presentarle a tu padre. La primera es el profesor Eulberg. Es sumamente respetado, es catedrático de la Universidad de Stanford y es muy concienzudo en su trabajo. La segunda, pues probablemente la recuerdes, Anne Gregory.

-¿Quién? -Aidan se volteó porque el nombre no le decía absolutamente nada. Jennifer se rio.

-¡No me digas que no recuerdas a la mejor amiga cerebrito de tu novia de la preparatoria Claremont porque eso sí no te lo creo! -Jennifer se carcajeó-. De no ser por ella, no hubieras pasado Administración.

-¡Ah sí! Lo siento, perdón, es que estoy pensando en otras cosas. -Aidan estuvo a punto de abofetearse a él mismo. Estaba equivocándose una y otra vez. Si seguía así, era cuestión de muy poco tiempo antes de que lo descubrieran-. ¿Tienes los dos currículos para llevárselos a mi padre?

-Aquí los tienes. Puedes llevárselos y, cuando vuelvas, te estará esperando tu café.

-Gracias, Jennifer, te lo agradezco.

Aidan se levantó y decidió no dilatarse en ir a ver a su padre. Sabía que él tenía que dar la aprobación de quién haría la auditoría. Se dirigió a la oficina principal y se encontró con que su padre estaba fumando los habanos típicos de su abuelo Alistair y bebiendo una taza de café humeante.

-Papá, traigo las dos opciones para que elijas quién hará la auditoría.

-Sí. Tú y tus maravillosas recientes ideas. -Darien tomó con desprecio la carpeta que Aidan le

entregó y vio ambos currículos-. Vaya, vaya... El profesor Eulberg... Demasiado quisquilloso. Y ¡mira nada más! Anne Gregory... ¿No es acaso amiga tuya y de Alexandria?

-Sí, lo es, es excelente.

-Pues prefiero que sea ella. Además, es un pretexto más para que traigas a esa hermosa novia tuya a la empresa. Que se familiarice con nosotros. -Darien no pudo evitar una sonrisa al pensar en la hermosa rubia, novia de su hijo, y Aidan no pudo contenerse.

-¡Te recuerdo que Alexandria es mi novia y que no me gusta cómo hablas de ella ni que te le acerques! ¡Mejor deberías ocuparte de mi madre, buscar a mi hermano o preocuparte de que la auditoría que Anne hará salga bien!

-¿Qué estás diciendo? -Darien de pronto se puso rojo de ira, pero Aidan le arrebató los currículos de las manos y siguió diciendo en tono airado:

-¡Lo que oíste, papá! ¿No entiendes que haces el ridículo tratando de acercarte a la novia de tu hijo? ¡Deja a Alexandria en paz! ¡Es mi novia y, si ya no sientes nada por mamá, entonces divórciate, pero vete con lo que llegaste al casarte con ella! ¡Con nada! ¡Y si quieres una chica joven, búscate la tuya, que mi princesa ya está ocupada! ¿Te queda claro, papá? ¿O te lo repito de otra manera?

Darien se quedó atónito por la manera en que su hijo se le enfrentara y Aidan ya estaba tomando la puerta para irse cuando Darien le gritó:

-¡Alexis, ven acá inmediatamente!

-Si quieres hablar conmigo, saca una cita, papá. Yo también tengo asuntos pendientes en la empresa. Anne Gregory será entonces. Con tu permiso, papá.

Aidan azotó la puerta y Darien se quedó mudo.

Aidan pasó el resto de la mañana pensando en Alexandria y en cómo iba a resolver sus problemas. Ya era hora de almorzar cuando, de pronto, recibió una llamada de Jennifer.

-¿Sí?

-¡Aidan! ¡Voy a asesinarte! ¿Por qué no me lo dijiste?

-¿Decirte qué, Jennifer?

-¡Que conoces y eres íntimo amigo de Chad y Leo, de Shining Stars!

-¿Cómo sabes eso? -Aidan se levantó inmediatamente sintiendo algo de temor.

-¡Porque hemos venido a verte, empresario! -Chad y Leo gritaron entrando como tromba a la oficina de Aidan, seguidos de cerca por Jennifer, que parecía una zombi. Muchos de los que trabajaban, también los habían reconocido y se esforzaban por estirarse a dar un vistazo.

-¡Hey! ¿Qué hacen aquí? -Aidan se lanzó a abrazarlos y los tres se unieron en un abrazo.

-No podíamos dejarte solo. Venimos a verte. Ha llegado la caballería. Venimos a apoyarte.

Jennifer seguía parada como una tonta y Leo fue el que habló.

-Aidan Alexis McCarthy, ¿podrías ofrecernos una taza de café?

-¡Por supuesto! ¿Jennifer? -Aidan miró a su asistente que asintió con entusiasmo.

Cuando Jennifer se hubo retirado y los tres se quedaron solos, Chad habló en un susurro.

-¿Sigues siendo en el fondo Alexander?

-Siempre.

-¿Todos creen que eres Alexis?

-Sí, hasta ahora.

-¿Y cómo va todo?

-Es bueno que hayan venido. Los necesito porque voy a volverme loco. Ya no sé si soy Alexander, si soy Alexis o si soy otra persona.

-Por eso vinimos, para ayudarte -dijo Leo.

-Y para que Alexander siga subsistiendo -susurró Chad.

-Y que el juramento siga vivo -dijo en voz baja Aidan-. ¡Porque yo ya siento que no puedo más!

Arreglando desamores

Aidan dedicó cerca de dos horas a contarle a Chad y Leo todo lo ocurrido desde que había llegado a Nueva York: el primer beso con Alexandria; el reencuentro con su madre; su idea de hacer una auditoría externa al corporativo para saber si su padre había estado estafando todos estos años a su madre; la limpieza del cuarto de Alexis, que había efectuado a escondidas; los errores que había cometido con Jennifer, y que había podido esquivar con eficacia, y el tremendo error que había hecho al haber salvado al niño que se estaba ahogando cuando había llevado a Alexandria a cenar. Y tampoco olvidó contarles que había comenzado a enamorarse y que, además, había estado a punto de ceder en la intimidad con la rubia y que, ahora, ella estaba totalmente furiosa con él. Leo y Chad estaban asombrados.

-¡No lo puedo creer, hermano! ¡En menudo embrollo estás metido! -dijo el platinado pasándose su mano por su brillante cabello.

-Bueno, sabíamos que esto pasaría cuando le juraste a Alexis hacerte pasar por él -apuntó Leo mientras daba un sorbo a su café.

-¡Lo sé, lo sé! ¡Pero me estoy volviendo loco! Además, mi padre está detrás de Alexandria, Aid tenía razón. Y no sé qué voy a hacer. A veces estoy a punto de mandar todo al demonio y regresar a Inglaterra con ustedes, donde todo tiene sentido -dijo Aidan con pesar.

-Bueno, bueno, pero ya llegamos -dijo Chad-. La verdad es que todos nos quedamos muy preocupados cuando nos dejaste. Y cuando nosotros estábamos a punto de sugerirle a Beau que viniéramos a visitarte, a nuestra jefa se le ocurrió la brillante idea de venir no solo a visitar a Alisha, sino a promocionarnos en Nueva York.

-Claro que nosotros sabemos que, en realidad, Beau y Caridee lo hicieron para venir a apoyarte. Ya sabes que la jefa te adora y, sin ti, Shining Stars no funciona.

-¿Y dónde están?

-Beau, Caridee y Sophie fueron directo al departamento de Alisha y nosotros vinimos a verte. Nos haremos bolas en el departamento. Ya somos conocidos en Nueva York como para causar alborotos hospedándonos en un hotel. Tú sabes, hay que tratar de mantener el anonimato -susurró Chad.

-Aunque debemos confesarte que Sophie estaba algo renuente de venir -dijo Leo mientras carraspeaba.

-¿Por qué? -preguntó Aidan con un dejo de inocencia.

-¡Vamos hombre! ¡No seas ingenuo! -Chad le guiñó un ojo a su amigo-. Los tres sabemos bastante bien, aunque tú te hagas el inocente, que Soph siempre te ha tenido en la mira. Y venir a ver cómo te haces pasar por el novio de otra...

-¡Pero si es la novia de mi hermano! -replicó Aidan.

-Sí, pero acabas de decirnos que estás empezando a sentir cosas por Alexandria, alias «la princesa» -dijo Leo de manera seria-. Sophie siempre te ha mirado de manera diferente a la de un simple compañero de banda, y tú lo sabes bien, no te hagas el tonto ahora. Para Sophie, este viaje será muy doloroso, sobre todo, porque venimos a apoyarte. Si ve que te estás enamorando de Alexandria Sumner, Soph se va a volver loca como toda mujer enamorada...

-¡Pero nunca le he dado a entender a Soph que me interesa como mujer!

-¿Y qué le importa eso a una mujer enamorada? -dijo Chad-. Lo único que te digo es que, si se da el caso en que Soph y Alex estén en el mismo lugar, ten mucho cuidado, hermano. Dos abejas reinas no pueden estar juntas en una misma colmena.

-Bueno, dejémonos de eso -Aidan intentó restarle importancia al asunto-. Necesito que me ayuden a arreglar las cosas con Alexandria.

-¿Y no has pensado que tal vez sea lo mejor, que ella se quede molesta y todo termine aquí? -preguntó Leo con filosofía-. A final de cuentas, Alexandria se decepciona de Alexis, tú eres libre, arreglas este asunto de la auditoría, descubres a tu padre y te regresas con nosotros. Fin del asunto.

-Eso podría ser una excelente solución -coincidió Chad.

-El punto es que no puedo hacer eso. -Aidan se levantó de su asiento y se quedó observando la vista panorámica de su ventana-. No puedo dejar que Alexandria se quede con esa idea de mi hermano. Tengo que arreglarlo.

-¿No será más bien que quieres arreglarlo porque quieres que Alex se enamore de Alexander y olvide a Alexis? No lo vas a conseguir si Alexandria se reconcilia con quien cree que es Alexis -dijo Leo.

-¡Como sea! -Aidan levantó la voz-. ¡No puedo dejarlo así! ¡Simplemente no puedo!

Leo y Chad se miraron. Era obvio que Alexandria Sumner ya se había apoderado del corazón de Alexander. Los dos guardaron silencio y Leo, sabiamente, solo acertó a preguntar:

-Está bien. ¿Tienes algún plan en el que te podamos ayudar?

-¿Recuerdan que Alexis nos platicó que le había dedicado *Truly Madly Deeply* a Alexis en el Rainbow Room antes de irse a Inglaterra a reunirse conmigo?

-Sí.

-¿Y que Sophie se ofreció a hacer un *cover* de la canción con Shining Stars con ella como solista?

-Sí, pero ¿eso qué tiene que ver? -preguntó Chad intrigado.

-Bien, haré lo mismo que hizo mi hermano. Repetiré lo que hizo él. Rentaré el Rainbow Room para Alexandria. Y le dedicaré de nuevo la canción. La diferencia es que ahora la música no la tocarán bocinas. Ahora, Shining Stars, ustedes tocando y Soph en la voz, tocará la canción para Alexandria. Será mi manera de pedirle perdón.

Leo y Chad volvieron a mirarse. Aquello sí que iba a ser interesante. Una: conocerían a la mismísima Alexandria Sumner. Dos: estaría difícil convencer a Sophie para que participara en

semejante proyecto.

En el departamento de Alisha, Beau y Caridee hablaban y discutían sobre todo lo ocurrido desde que Aidan y ella habían arribado a Nueva York. Sophie solo escuchaba sentada en un sillón, apartada de las tres amigas.

-¿En serio ha hecho todo eso? ¡Vaya que el chico tiene carácter! -dijo Beau con orgullo.

-Pero creo que se ha metido en la boca del lobo. Si su padre es como Alisha dice y descubre que nuestro Fighter no es Alexis, esto se convertirá en un caos.

-Es por eso que lo estoy asesorando, pero temo que Aidan se enamore de la mujer de su hermano, de Alexandria -dijo Alisha mientras servía té a las tres mujeres que estaban ahora en su departamento. Sophie hizo una mueca de fastidio al oír el nombre de Alexandria, no se pudo contener y entonces habló.

-Alisha, ¿qué demonios tiene esa tal Alexandria? ¿Tres pechos? ¿Qué es lo que tiene esa mujer que vuelve locos a los hombres?

-¡Sophie! -Caridee la reprendió, pero la pelirroja continuó hablando.

-¡Es en serio! ¡Quiero saberlo! ¿Qué tiene esa tal Alexandria que hizo que el gemelo de Aidan estuviera embobado con ella por tantos años y que ahora nos arrebatara a nuestro Fighter de la banda para hacerse pasar por Alexis tan solo para que la niña rubia no sufra? ¡No lo entiendo! ¿Qué tiene de especial?

Alisha inmediatamente entendió que la pelirroja estaba consumiéndose de celos. Ella ya se había dado cuenta de que Sophie amaba en secreto a Aidan. Se le acercó, la tomó de las manos y le dijo de una manera maternal:

-Soph, Aidan solo está cumpliendo la última voluntad de Alexis. El trato es que Aidan se hará pasar por él solo lo suficiente para que Alexandria no sufra y nuestro Fighter se alejará de ella. No es que Aidan se esté casando con ella, ¿me entiendes?

-¿Y qué demonios va a pasar si Fighter se enamora de ella? -Sophie empezó a derramar ardientes lágrimas delante de Beau, Caridee y Alisha-. ¿Dónde voy a quedar yo? ¡Yo, que llevo años esperando a que Aidan me mire más que como una compañera de banda! ¡Ustedes son mujeres! ¡Deben comprender y saber que yo amo a Aidan! ¡Lo amé desde que llegó de Nueva York y se unió a nosotros! ¡Él parece nunca darse cuenta, pero cada canción que él compone y yo canto, para mí, es la gloria! ¿Y de pronto aparece en la ecuación una mujer que no tiene nada que ver? ¿Y él se tiene que hacer pasar por su novio? ¿Qué creen ustedes que siento yo?

Las tres mujeres se quedaron mirando. De cierta manera, entendían a Sophie. Pero también comprendían el juramento que había hecho Aidan. Caridee se situó delante de su pelirroja vocalista.

-Sophie, ¿recuerdas que te dije muchas veces que no pusieras tus ojos en Fighter?

-Sí.

-Él solo puede ser tu compañero de banda. Entiendo que te hayas enamorado de él, pero ahora tú no puedes forzar las cosas. Él tendrá que elegir. Y si tú no sales elegida en su corazón, tendrás que

aceptarlo.

-¡Me rehúso! ¿Por qué? ¿Por la novia de su hermano? ¡No!

-¡Sophie! -Beau la reprendió-. Hemos venido a apoyar a Fighter. Y si me empiezas a dar problemas, te regreso inmediatamente a Inglaterra. Tú eliges.

Sophie se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar. La verdad era que quería ayudar al hombre que muy a su pesar amaba. Y confiaba en que al final la eligiera a ella. Así que contuvo sus ganas de llorar y contestó:

-Está bien. Ayudaré a Aidan. Pero no me pidan que renuncie a él y a luchar por su amor ¡porque eso sí que no lo haré!

Alexandria se sentía totalmente desolada. Triste, con ganas de llorar, sin saber qué pensar, qué sentir. ¿Dónde estaba su Aidan? ¿Acaso le estaba mintiendo? No, Aidan nunca mentía. Tenía que confiar en él. Pero al recordar su pelea, sus hermosos ojos celestes se le llenaban de lágrimas.

Miraba su celular y ni una sola llamada, ni un solo mensaje. Se sentía abatida. No había abandonado su cama y se preguntaba si acaso aquella pelea, en la que le había gritado y prácticamente insultado, había sido el final. ¿Acaso estaba mal que deseara intimidad con el hombre que amaba con locura?

Las horas sin Aidan se le estaban haciendo una eternidad y ni su gata negra, Purr, podía llenar sus horas vacías, sus casi cuarenta y ocho horas sin él. Hasta que de pronto, su celular empezó a sonar. Con la velocidad del rayo, arrojó las sábanas y casi se cayó para alcanzar el aparato.

-¿Bueno? -dijo con voz entrecortada por el llanto reciente.

-¿Princesa? -Aidan, al otro lado de la línea, reconoció que Alexandria había estado llorando.

-¡Aidan!

-No me cuelgues. No lo hagas, princesa.

-No iba a colgarte.

-Dame la oportunidad de arreglarlo, tal como me lo pediste. Tengo una sorpresa para ti. ¿Puedo mandar al chofer por ti a las seis treinta de la tarde de hoy?

-¿Para qué? -Alexandria no pudo evitar preguntar.

-Si te digo, no será sorpresa. Déjame sorprenderte, princesa, por favor. Te lo suplico, no soporto estar así.

-Está bien.

-El chofer pasará por ti a esa hora por tu casa. Ponte muy linda, como siempre.

Alexandria iba a contestar, pero Aidan ya había cortado la llamada.

-¡No, no, no! ¡Me rehúso! -Sophie estaba determinada a no cantar en el Rainbow Room.

-No seas así. Vinimos a ayudar a Aidan. Hazlo por él -pidió Leo.

-Además, si haces esto por él, seguro que verá en ti que te interesas en sus cosas -dijo Chad con un tono que hizo que la pelirroja se quedara pensativa.

-Como la jefa de los tres, es una orden, Soph. Fighter nos necesita, así que lo harás.

-Si lo amas como dices, haz el sacrificio -pidió Caridee.

-Hazlo, no pierdes nada. Además, así conocerías en vivo a Alexandria Sumner -apuntó Alisha.

Sophie, derrotada ante los argumentos, hizo una mueca y terminó asintiendo. Se encerró en el cuarto que Alisha le había cedido y comenzó a arreglarse con su vestido rojo, con el que ahora se presentaba con Shining Stars. Mientras se arreglaba, no pudo evitar que una lágrima rebelde le brotara de sus ojos y susurró en una voz apenas audible: -Solo lo hago por ti, Aidan. Solo por ti.

-¿Todo listo? -Aidan estaba hablando por teléfono mientras se dirigía al Rainbow Room.

-Listo, hermano. Ya estamos los tres aquí, con micrófonos e instrumentos conectados -respondió Leo.

-Se los voy a agradecer eternamente.

-Ya te cobraremos con intereses -se oyó a lo lejos la voz de Chad.

-Bien. Llegamos en diez minutos. Preparen la pista porque, si no arreglo con esto mi disgusto con Alex, entonces estaré perdido.

La limusina de los McCarthy, que transportaba a Alexandria, se detuvo en el Rainbow Room. Aidan ya la esperaba. Fue él quien le abrió la puerta y se quedó asombrado de lo hermosa que se veía con un vestido blanco, *strapless*, con detalles dorados y la cabellera rubia peinada en dos trenzas francesas. Aidan la recibió con un ramo de rosas.

-¿Qué es todo esto, Aidan? -Alexandria preguntó intentando parecer molesta.

-Me dijiste que lo arreglara. Y lo estoy arreglando. Princesa, soy el mismo y hoy te lo voy a demostrar. ¿Me harías el honor?

Alexandria contuvo una sonrisa y aceptó el brazo que Alexander, haciéndose pasar por Alexis, le ofrecía y ambos se sentaron en aquel lugar vacío.

-Princesa, ¿recuerdas la canción que te dediqué la última vez que estuvimos aquí?

-Sí, no podría olvidarla nunca, Aidan.

-Bueno, si esto no demuestra lo que soy capaz de hacer por ti, entonces yo me rindo. Yo sé que te gusta una banda inglesa.

-¡Shining Stars! -gritó Alexandria inmediatamente-. Son geniales.

-Bueno, pues cierra los ojos.

Alexandria obedeció y sintió que su novio servía *champagne*. De pronto, oyó acordes en vivo de su canción, *Truly Madly Deeply*. Alexandria empezó a sollozar de emoción.

-No los abras todavía. -Aidan se sentó al lado de ella y la tomó de la mano. Besó sus femeninos y nacarados dedos y les hizo la señal a sus amigos. Y fue cuando Sophie comenzó a cantar. Leo y Chad siguieron la melodía-. Ábrelos, abre los ojos.

Alexandria abrió los ojos y se quedó estupefacta al ver enfrente de ellos a su grupo favorito, los mismísimos Shining Stars, tocando en vivo, solo para ella, la canción que Aidan le había dedicado antes de irse a Inglaterra.

Alexandria se soltó a llorar y se abrazó a Aidan fuertemente. Aidan la acogió en sus brazos mientras Shining Stars cantaban y la rubia susurró en el oído de Alexander:

-Amor, perdóname. Soy una tonta, una verdadera tonta. ¡Lo siento tanto!

-Perdóname tú a mí, eres lo más importante que tengo.

-¡Te amo!

-Y yo a ti.

Shining Stars terminó de cantar, pero para el final, Alexandria había cogido a Aidan de la solapa de su traje y lo besaba con ternura. Sophie aguantó estoicamente la escena, pero por dentro solo susurraba su mente como una oración: «Esto, Aidan. Esto, mi Fighter. Solo puedo hacerlo por ti. Solo por ti».

Mientras en la mente de Aidan solo se oía: «Esto, Aid... Esto, Alexis, es por ti, pero no sé qué haré cuando tenga que renunciar a tu princesa».

Y en la mente de Alexandria solo había un pensamiento. «Jamás podré dejar de amarte porque ahora te amo más de lo que ya te amaba».

La declaración de Sophie

Cuando Shining Stars terminó de interpretar *Truly Madly Deeply*, Alexandria se soltó a llorar y se refugió en los brazos de Aidan, que la acogieron amorosos.

-¡Dios mío! ¡No lo puedo creer! ¡Estoy soñando!

-Princesa, esta es nuestra canción.

Leo y Chad avanzaron hacia la pareja. Sophie se quedó un poco rezagada, aun con el micrófono en la mano, observando la escena con ojos melancólicos. El platinado tomó la botella de *champagne* y sirvió las copas ante la mirada atónita y sorprendida de Alexandria.

-Señorita Sumner, ¿me permite servirle una copa para que brinde con su novio?

-¿Estoy soñando? ¿Chad, de Shining Stars, me sirvió una copa? -Alexandria casi gritó emocionada.

-Cortesía de tu novio si aún lo soy -dijo Aidan con una sonrisa.

-¡Aidan! ¡Te amo tanto! ¡Soy una tonta!

Leo sonrió e intercambió miradas. Sophie se adelantó y se dirigió hacia donde estaba Alexandria colgada del brazo de Aidan.

-De manera que tú eres la afortunada novia de Aidan McCarthy.

-¡Sophie! ¡Eres mi ídolo! ¡Eres más hermosa en vivo de como luces en los videos! Tu voz me fascina, sobre todo, tu solo en la canción *Capricho*. ¡Y tú, Leo! Tu guitarra es mágica en esa canción.

El castaño sonrió y no dijo nada. ¡Si tan solo Alexandria supiera que la guitarra original de esa canción la tocaba la persona que ahora estaba abrazando! Aidan tensó un poco la mandíbula ante el comentario y Sophie retomó la conversación con la rubia.

-Eres muy linda, Alexandria Sumner. Aidan nos habló mucho de ti.

-¿En serio? Pero, Aidan, ¿de dónde conoces tú a los mismísimos Shining Stars?

-Hice cosas en Inglaterra que tú aún no sabes. -Aidan le guiñó un ojo a su pretendida novia y Sophie sintió cómo sus mejillas ardían de celos.

-¡Vaya! Cuando le cuente a Kahlen, no lo va a creer. Mi amiga Kahlen te ama, Chad.

-¿Y es linda? -preguntó el platinado.

-Sí, pero un poco alocada. Mucho más que yo -confesó la rubia mientras besaba la mejilla de su novio.

-Bueno -dijo Sophie-, creo que es hora de retirarnos, chicos. Dejemos a la pareja sola. Ya hicimos lo que teníamos que hacer. Nos vemos luego, Aidan. Un placer haberte ayudado.

Las palabras de Sophie fueron una rara mezcla de ironía y verdad. Leo y Chad lo notaron. Despidiéndose, los tres dejaron a la pareja sola y Alexandria tomó a Aidan del rostro y lo besó apasionadamente. Aidan le correspondió, pero terminó la caricia lo más cortés que pudo.

-Alex, espero que me perdones y que entiendas que ahora tengo muchas cosas en qué pensar. No es que no quiera estar contigo, tú me entiendes, pero es que harán auditoría externa al corporativo y todo esto será muy estresante. Si estoy contigo, quiero estar al ciento por ciento. Quiero estar concentrado. Entiéndeme.

-Perdóname tú a mí, amor. -Alexandria besó la mano de Aidan-. No quise presionarte, es solo que llevamos tanto tiempo juntos y nuestra separación por tu viaje a Inglaterra hizo que te deseara... Pero tienes razón. Esperemos a que termine la auditoría, aunque con estas sorpresas tan hermosas será muy difícil no saltarte encima y comerte a besos.

-Sabes que te amo, ¿verdad?

-Lo sé. Perdóname. Este eres tú. -Aidan sintió aquello como una bofetada en pleno rostro, pero lo disimuló-. ¿Y quién hará la auditoría?

-Adivina. Anne Gregory.

-¿Anne la hará? ¡Genial! ¡Tiene tiempo que no la veo! Desde la preparatoria. Mi adorada cerebrita, de no ser por ella no habiéramos pasado las materias.

-Sí, supongo. -Aidan no tenía ni idea de quién demonios era Anne, así que suponía que tendría que hacer una búsqueda intensiva en Google-. ¿Brindamos, princesa? ¿Por nuestra primera pelea y primera reconciliación?

-¡Por eso y porque te amo por siempre y para siempre!

Cuando la camioneta de Shining Stars arribó al departamento de Alisha, la primera en bajarse fue Sophie. No había hablado en todo el camino. Beau, Caridee y Alisha los esperaban para saber cómo les había ido en la ayuda que le habían brindado a Aidan. Entraron al departamento y la primera en saltar con preguntas fue Caridee.

-¡Soph! ¿Cómo les fue?

La pelirroja no contestó. Se fue directo a su habitación. Beau se la quedó viendo y le gritó:

-¡Hey, niña! ¿A dónde crees que vas?

Sophie la ignoró y se encerró en su cuarto con llave. Acto seguido, entraron Leo y Chad. Alisha fue la que preguntó:

-¿Qué pasó? ¿Salió todo bien? Soph no dijo nada y se encerró en su habitación.

-Nos fue excelente, no se preocupen -dijo Leo calmadamente mientras aflojaba el nudo de su corbata.

-Aidan y la princesa se reconciliaron -añadió Chad dejándose caer en un sillón.

-¿De verdad? ¡Qué emoción! -dijo Caridee animadamente.

-¡Perfecto! -dijo Beau con orgullo-. Me parece excelente que todo esté mejorando para el muchacho, pero ¿qué se trae Sophie? ¿Sigue con sus ideas de...?

Caridee le hizo una seña a Beau para que guardara silencio, pero Chad hizo un gesto con la mano.

-No te preocupes, Caridee. Todos sabemos que Soph está enamorada por sus poros de Fighter y que se está muriendo de celos por lo que tuvimos que hacer. Además, está que arde de rabia

porque vio a Alexandria Sumner. Conoció a su rival de amores y no fue nada fácil ver cómo besaba a Aidan. Yo estaría del mismo humor que ella si estuviera en sus zapatos.

-Vaya, vaya... Y luego dicen que las mujeres somos chismosas -dijo Alisha con humor.

-No se puede ocultar el sol con un dedo -dijo Leo mientras se servía refresco-. Todos lo sabemos y desde hace mucho tiempo.

-¿Pero funcionó? ¿Se reconciliaron? ¿Sophie no hizo evidente su interés por Fighter? -inquirió Beau.

-Sí a todo -respondió Chad.

-Bien. Bueno, ya que estamos aquí, buscaremos la manera de promocionar a Shining Stars en Nueva York y Estados Unidos. Hay que hacer que valga la pena el viaje.

Sophie se había dejado caer en su cama. Ni siquiera se había molestado en quitarse su vestido rojo de presentación. Gruesas lágrimas empezaron a rodar por su rostro al recordar a Alexandria Sumner besar a su Fighter y la pregunta que había formulado aquella mañana, volvió a sus labios.

-¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Alexandria era bonita, realmente lo era. Pero ella lo era también. Consideraba que su cabello rojo era su mejor atributo. Tenía un lindo cuerpo. Su rostro también era hermoso. Su voz, tal como lo había dicho Alexandria, era genial. ¿Es que acaso no era lo suficientemente buena? ¿No le había lanzado lo obvio a Aidan para que la mirara? Era cierto lo que sus compañeros le habían dicho. Aquella relación era solo el producto del juramento que Fighter le había hecho a Alexis. Esa relación era solo una ilusión, algo efímero. Ella todavía tenía una oportunidad.

Sophie secó sus lágrimas y de pronto tomó una decisión. Se desvistió, cambió sus ropas por unos jeans, una blusa negra de encaje, unos tacones altos, peinó su cabello en una coleta *sexy*, se maquilló los ojos en tonos oscuros, se puso una chamarra de cuero y salió sin ser vista del departamento. Tomó un taxi y, cuando el taxista le preguntó su destino, solo atinó a decir: -A la mansión McCarthy, por favor.

Aidan ya se había despedido amorosamente de Alexandria y había llegado a la mansión McCarthy. Se había puesto su pijama y se preparaba para dormir cuando, de pronto, Diane, la damita de compañía de su madre, tocó a su puerta.

-Adelante.

-¿Joven? Disculpe que lo moleste, sé que estaba alistándose para dormir, pero tiene una visita.

-¿Yo? -Aidan se sorprendió.

-Sí. Le dije que ya se había retirado, pero insistió en que tenía que hablar con usted. Es una linda chica de nombre Sophie. Le dije que esperara para ver si la atendería o no. ¿Qué le digo? La dejé esperando en el despacho.

-¿Sophie? -Aidan se extrañó y de inmediato se puso una bata sobre su pijama-. Dile que enseguida bajo. Gracias, Diane.

-Como usted mande, joven.

Diane se retiró y Aidan imaginó miles de situaciones por las cuales Sophie pudiera haberse

presentado en la mansión. Bajó corriendo las escaleras y, al entrar al despacho, encontró a la linda pelirroja, que lo esperaba.

-¿Soph? ¿Qué pasa? ¿Sucede algo? ¿Ocurrió algo?

-Cálmate, Fighter, todo está en orden. Solo vine a visitarte, eso es todo -dijo Sophie tranquilizándolo mientras Aidan respiraba con alivio-. ¿Así que ahora aquí vives?

-Sí, ahora este es mi hogar, por el momento. Pero toma asiento, ¿quieres algo?

-Sí, vine a hablar contigo.

-¿Sobre qué? ¿Sobre la banda? ¿Alguna canción? -La inocencia de Aidan hizo reír a la pelirroja.

-No, no es nada relacionado a la banda. Vine a hablarte sobre mí.

-¿Sobre ti? -Aidan la hizo sentarse en un sillón y se ubicó al lado de ella-. Dime, ¿qué te ocurre, Soph?

Sophie sonrió. Sabía que Aidan cuando estaban en confianza la llamaba simplemente Soph. Aquello hizo que se sintiera cómoda.

-Aid, antes que nada, ¿cómo estás llevando todo esto? ¿El juramento que le hiciste a Alexis?

-No puedo mentirte, Soph, ha sido un pandemónium. Como ya les dije a Chad y Leo, a veces siento que debería dejar todo, mandarlo al diablo y volver con ustedes a Inglaterra, donde todo tiene sentido.

-¿Y por qué no lo haces?

-Precisamente por el juramento. Se lo juré y soy hombre de palabra. Tengo que cumplirlo. Tú me entiendes.

-¿Y cómo vas con la novia? -La pregunta le dolió en el alma a la pelirroja de tan solo formularla.

-No puedo mentirte. Comprendo perfectamente por qué mi hermano se enamoró de ella. Alexandria es única. Es una chica muy especial, pero al mismo tiempo sé que no es mía y que no lo será jamás.

-¿Y eso te duele?

-Está empezando a dolerme -confesó Aidan con pesar-. No sé qué haré cuando tenga que decirle adiós y alejarme de ella.

-Alexandria fue la mujer de tu hermano -apuntó Sophie.

-Por eso mismo no puedo interponerme, aunque yo quisiera...

-Entonces, lo que me quieres dar a entender es que sigues con la promesa de que, a final de cuentas, te alejarás de Alexandria.

-Tiene que ser así -Aidan confesó con mirada sombría.

Sophie cerró los ojos entreviendo un rayo de luz en su túnel sombrío y se levantó. Respiró profundamente, se llenó de valor y entonces habló con valentía.

-Alexander...

-¡No digas mi nombre en esta casa! ¡Ya sabes que no puedes decirme así!

-Lo siento. Está bien, Aidan...

-¿Qué?

-He venido a confesarte algo que llevo guardando desde hace muchos años, desde el día que llegaste a Inglaterra para aplicar para el proyecto de Shining Stars.

-Soph... -Aidan de pronto palideció.

-Escúchame, solo te pido que me escuches, nada más. -Sophie se hincó delante de él y buscó las pupilas zafiro-. Fighter, mi corazón y mi alma no pueden seguir callando lo que siento. Me advertieron... Yo misma me advertí que no debía verte más que como mi compañero de banda, pero en el corazón no se manda y solo quiero que sepas que me enamoré de ti como no tienes una idea. Me enamoré de tu rostro, me enamoré de tu inteligencia, de tu música, de tu magia para componer, de tu esencia, de tu alma de luchador, de todo de ti. De tus defectos, de tus virtudes. Amo todo de ti y no me puedo arrancar este sentimiento.

-Sophie...

-Y si acepté ayudarte con lo de hoy y si canté esa canción, no lo hice por Alexandria Sumner. Esa canción no la canté para ella, la canté para ti, porque eso es lo que siento por ti, lo que siempre he sentido. Quiero ser lo suficientemente buena para ti. Y si después de que cumplas este juramento, puedes elegir, me encantaría que me eligieras a mí porque yo...

-Soph, por favor.

-¡Yo te amo como nadie te amará! ¡Llevo años amándote en silencio, lanzándote lo obvio y no me ves! ¡Aidan! ¡Te amo con cada fibra de mi ser y, si he de amarte y es una prueba verte con otra por el juramento que hiciste, que sea esa la prueba de mi amor por ti! ¡Yo te amo! ¡Elígeme, Aidan! ¡Elígeme!

Y diciendo esto, Sophie se acercó, tomó entre sus manos el rostro de Aidan, que no la rechazó por el impacto de las palabras de la pelirroja, y lo besó con todo el amor del que ella era capaz de dar, con todo el amor que había estado escondiendo por años. Aidan, de pronto, olvidó todo y dejó que Sophie lo besara y la pelirroja se separó de él.

-No sé qué sientas cuando la besas a ella, pero lo que yo sentí al besarte ahora fue ir a la luna y de regreso. Fue tocar el cielo. Yo te amo, Aidan, y no podía seguir callándolo. Haz lo que tengas que hacer. Aquí siempre estará tu Soph, aunque tú no quieras. Porque ¿qué hace uno para que lo amen?

-Soph, yo... -Aidan estaba totalmente confundido y Sophie le acarició el cabello negro.

-Tal vez no sea rubia, tal vez no tenga ojos celestes como ella, pero tengo un corazón que solo sabe latir por ti y que hará lo que me pidas con los ojos cerrados. Ya lo sabes... Y ahora puedo estar en paz. Nos vemos pronto, Fighter.

Sophie abrazó a Aidan y esfumándose del despacho dejó al chico completamente ido. De pronto, Aidan se llevó las manos a la cabeza, totalmente confundido por aquella sentida declaración de amor de su compañera de banda, y susurró en la soledad del despacho:

-Soph, ¿cómo iba yo a saber lo que llevabas tú en el alma?

La alocada y la cerebrita

Alexandria, en cuanto había llegado a su casa, había corrido directo a su teléfono. Estaba feliz, eufórica y totalmente enamorada. Tomó el aparato y apurada, casi sin poder marcar porque aún temblaba por la emoción, tecleó el número de su mejor amiga. Inmediatamente, al primer timbrado, una voz femenina contestó.

-¿Sí? Diosa del amor, a sus órdenes...

-¿Kahlen? No vas a creer de dónde vengo y a quién acabo de ver -Alexandria prácticamente gritó.

-¡Vaya! Hasta que te acuerdas que tienes una amiga -Kahlen se quejó, pero su curiosidad pudo más y preguntó inmediatamente-: ¡Habla y suéltalo todo!

-¿Estás sentada?

-¿Necesito estarlo?

-¡Definitivamente!

La rubia amiga de Alexandria se sentó en su cama, se puso cómoda, agarró un cojín y dijo:

-¡Listo!

-¡Kahlen! ¡Vengo del Rainbow Room! ¡Me reconcilié con Aidan!

-¡Ash! Eso no es novedad, ya sabía que eso pasaría -dijo Kahlen con gesto de enfado.

-Pero lo que no sabes es lo que hizo para que yo me contentara con él. ¡Agárrate! ¿Recuerdas que antes de irse me dedicó la canción de *Truly Madly Deeply*?

-Sí, cómo olvidarlo.

-Bueno, pues, ¡Aidan trajo a los mismísimos Shining Stars y me la cantaron en el Rainbow Room!

-¿Qué? -Kahlen se levantó de la cama y casi se atragantó con su propia saliva-. ¡No es cierto, me estás tomando el pelo!

-¡Te lo juro! ¡Te lo juro! ¡Sophie cantó el tema, Leo fue el guitarrista y tu adorado Chad fue el tecladista! ¡Fue aún mejor que la canción original! ¡Shining Stars me cantó nuestra canción! ¡En el Rainbow Room! ¡Solo para mí!

-¡No puede ser! ¡Eso es lo mejor que me ha pasado en la vida y ni siquiera me pasó a mí! -Kahlen gritaba de emoción y estaba dando saltos por toda su habitación-. ¡Alexandria, en este momento te odio con toda mi alma!

-¡Ya lo sé! ¡Me quería morir ahí mismo! ¡Son geniales! ¡Y tu adorado Chad nos sirvió a Aidan y a mí nuestras copas de *champagne*!

-¡Ay, ya cállate antes de que vaya directamente a tu casa a asesinarte! ¡No lo puedo creer! ¡Me estoy muriendo de la envidia en este momento! ¿Les pediste un autógrafo para mí?

-No, pero...

-¡Alexandria, te voy a matar! -amenazó Kahlen.

-Pero le hablé a Chad de ti y me preguntó si eres guapa y yo le dije que sí -se defendió Alexandria.

-¡No inventes! -Kahlen volvió a dejarse caer en la cama-. ¿En serio? ¿El mismísimo Chad te preguntó si la diosa del amor Kahlen era guapa? ¿Y qué le contestaste?

-Que obviamente sí.

-¡Oh, por Dios, me voy a morir! Y a todo esto, ¿cómo logró Aidan todo eso?

-Pues agárrate, ¡Aidan conoció a Shining Stars cuando se fue a Inglaterra y todo indica que son amigos íntimos! ¿Te das cuenta? ¡Mi novio es amigo íntimo de Shining Stars!

Kahlen se quedó por un momento en silencio. Totalmente muda. Aquello era un sueño hecho realidad. Eso significaba que, por vía de Alexandria, podría conocer a su ídolo, a Chad. Miró su cuarto, totalmente cubierto con pósteres de Shining Stars, y entonces pegó un grito que dejó a Alexandria prácticamente sorda.

-¡Alexandria Sumner! ¡No sé cómo demonios vas a hacer, pero tienes que conseguir que Aidan me los presente! ¡Sobre todo a Chad! ¡Haré lo que me pida, seré su esclava por los siguientes cien años, pero dile a tu novio que por favor me presente a Chad!

-Mmm, no lo sé, tal vez... -Alex quería hacer sufrir a Kahlen y lo consiguió al oír la voz de frustración de su amiga.

-¡Alex!

-¡Claro que sí! ¡No seas tonta! Se lo diré a Aidan. Solo te llamaba para que no puedas dormir esta noche. Por cierto, también te llamo porque Aidan me dijo que harán una auditoría en el corporativo de los hoteles y ¿adivina quién la hará?

-Ni idea, no puedo pensar ahora -Kahlen confesó.

-¡Anne! -gritó Alexandria.

-¿Anne? ¿Nuestra cerebrita, Anne?

-La misma que viste y calza.

-¡Uy! Tenemos años sin verla. Aunque no era como que la viéramos mucho en la escuela, se la pasaba metida en la biblioteca.

-Pues sí, pero ella será la que haga la auditoría, así que la veremos. ¿Qué te parece si la llamamos mañana y nos ponemos al día?

-¡Suena bien! Así podremos presumirle que somos amigas de Shining Stars.

-¡Kahlen! -reprendió Alexandria.

-Sí, sí. Me parece bien. Es más, yo le marco. ¿Te parece que la llame, me pongo de acuerdo con ella y nos vemos para cenar mañana? ¿Aquí, en mi casa?

-Me parece perfecto.

-¡Genial!

-Hasta mañana entonces.

Y ambas amigas colgaron.

Sophie llegó al departamento de Alisha casi para la medianoche. Ya todos estaban dormidos, excepto Leo, que estaba en la sala leyendo un *thriller*. Cuando Sophie entró y vio la figura del castaño, ahogó un grito.

-Bonitas horas de llegar, Sophie. ¿Dónde andabas?

-Me espantaste. Pensé que ya todos estaban dormidos.

-Ya lo veo... y casi puedo adivinar de dónde vienes.

-Entonces dímelo -la pelirroja lo desafió.

-Me atrevería a decir que vienes de la mansión McCarthy, ¿o me equivoco?

Sophie tragó saliva, pero decidió que no ocultaría la verdad.

-Pues sí, vengo de ver a Aidan, ¿y? ¿Te debo alguna explicación?

-Yo creo que sí. ¿Qué fuiste a hacer allá?

-No te importa, Leo, no te metas en donde no te han llamado.

-Me meto porque hemos venido a Nueva York para apoyar a Aidan y no para traerle más problemas de los que ya tiene -dijo Leo mientras tomaba el brazo de Sophie y la obligaba gentilmente a sentarse a su lado-. Sophie, hemos sido compañeros de banda por demasiado tiempo. Prácticamente, somos familia y no sabemos ocultarnos las cosas, así que no trates de ocultarme lo evidente. Tú amas a Aidan, ¿no es cierto?

Sophie bajó la mirada y sabía que no podía negar nada. Menos a Leo.

-Si ya lo sabes, ¿para qué me lo preguntas?

-Y también sabes que todos te advertimos que no te fijaras en él.

-Ya lo sé, pero no puedo mandar en mi corazón. ¡Me enamoré! ¿Qué demonios quieres que haga? ¿Qué le diga a Cupido que no me toque?

-No te pongas a la defensiva. Por supuesto que no quiero eso. Pero quiero saber qué fue lo que fuiste a hacer. Dímelo. Prometo no juzgarte -dijo Leo con sinceridad.

-¿Me lo juras?

-Te lo juro.

-Le confesé que lo amaba. Que llevo demasiado tiempo amándolo. Le pedí que, cuando terminara todo este juramento que le realizó a Alexis, me eligiera a mí. Que me eligiera a mí y no a Alexandria Sumner.

Leo resopló. Honestamente, no pensó que Sophie se hubiera atrevido a ser tan brutalmente sincera. Pero ya estaba hecho. Interesado, continuó su cuestionamiento.

-¿Y qué te contestó Fighter?

-No le di tiempo a que me contestara.

-Entonces estás de acuerdo con que tendrás que esperar por una respuesta.

-Estoy consciente de eso.

-Soph, linda, lo que hiciste al confesarle tus sentimientos a Aidan fue muy valiente... y honesto. Pero lo hiciste en un muy mal momento.

-Entonces ¿cuál es el momento perfecto para decirle a alguien que lo amas? ¿Cuál, Leo? ¿Cuándo

esa persona ya está enamorada de alguien más? ¿Cuándo ya lo perdiste? ¿Cuándo ha muerto? ¡Por favor! Eres lo suficientemente inteligente para saber que no hay momentos perfectos, siempre hay alguna maldita circunstancia que está mal. Y yo ya no lo soportaba, tenía que liberarme. Ahora, Aidan sabe lo que llevo en mi alma.

-En eso tienes razón. Pero debes que comprender que hay un cincuenta por ciento de probabilidad de que te elija a ti o elija a Alexandria.

-Alexandria es la mujer de Alexis.

-¡Alexis está muerto, Sophie! ¡Alexis le pidió a Aidan que se hiciera pasar por él con todas las circunstancias que ello implicaba!

-¡Pero Aidan no podrá con ello! ¡Aunque llegase a enamorarse de Alexandria, su moral no le permitirá tomar por novia a la mujer de su gemelo! -Sophie rebatió con ira.

-Mira... -Leo tomó la mano de la pelirroja-, a final de cuentas, solo Fighter será quien tome una decisión. Como mi amiga, mi compañera y casi hermana, te deseo la mejor de las suertes.

-Gracias, Leo.

-Y mientras tanto, por favor, no hagas más difíciles las cosas. Por Aidan.

-Por Aidan -coincidió Sophie.

Al día siguiente, Aidan llegó temprano a la oficina. Jennifer ya lo esperaba con su café y con los periódicos de la mañana. El pelinegro llegó directo a preguntar sobre su padre.

-Jennifer, ¿alguna noticia sobre mi padre?

-Sí, en este momento está teniendo una entrevista con Anne. Quiso entrevistarla antes de que se reuniera contigo.

-Me hubieses avisado.

-¿Qué quieres? -Jennifer se defendió-. Tu padre es el presidente. Está por encima de ti, aunque no quieras. Donde manda capitán, no gobierna mariner.

-De acuerdo -asintió Aidan con pesar y coraje-. Tráeme a Anne en cuanto mi padre termine su entrevista con ella.

-Bien.

Jennifer salió de la oficina y Aidan abrió su *laptop*. Rápidamente buscó a Anne Gregory en Google. Efectivamente, había sido compañera no solo de su hermano y de Alexandria, también de la amiga de la princesa, de Kahlen Tanner. Había sido la más brillante en notas y se había graduado con honores. Su coeficiente intelectual era altísimo. Sin duda, era perfecta para hacer la auditoría. Sin embargo, sabía que tenía que tener cuidado con ella. Alexis la había tratado, podría decirse que eran amigos, así que cualquier paso en falso sería fatal para él. La clave para relacionarse con Anne era verla únicamente con personas alrededor para que no pudiera hacerle preguntas personales o sobre el pasado. Sí, definitivamente esa era la solución.

En eso estaba pensando cuando Jennifer lo llamó por teléfono.

-¿Sí, Jennifer?

-Anne ya está aquí.

-Hazla pasar y tráenos dos cafés, por favor.

-A la orden.

En cuestión de segundos, la puerta de su oficina se abrió y una chica de pelo corto y negro, vestida con un traje sastre, se presentó ante él y lo saludó tendiéndole la mano, de manera muy formal.

-Buenos días, Aidan. Tanto tiempo sin vernos.

-¡Anne! ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo! Pero siéntate, por favor.

La pelinegro tomó asiento y Jennifer entró con dos cafés. Anne dio educadamente las gracias y Aidan se sentó algo nervioso. Anne tomó la palabra.

-Me siento rara de volver a vernos en estas circunstancias. Somos amigos y ahora tú te conviertes en mi jefe.

-No lo veas así, Anne, por favor. En realidad, te agradezco que hayas aceptado ofrecernos tus servicios. Seguramente, mi padre ya te ha explicado.

-En realidad, tu padre no me explicó nada -interrumpió Anne-. Me preguntó sobre cómo nos conocimos Alexandria, tú y yo, nada más.

Aidan sintió que en ese momento la sangre le hervía. ¿De tal manera que su amenaza no había surtido efecto en su padre? ¿Seguía insistiendo en saber de su princesa? Desgraciado. Pero no podía ocuparse de eso ahora. Disimuló su ira y se concentró en Anne.

-Bueno, entonces te lo explicaré yo. La razón por la que estás aquí, contratada por el corporativo, es que necesito que, en el menor tiempo posible, realices una auditoría.

-¿No tienen ustedes su propio auditor?

-Sí, pero necesito que alguien externo revise las cuentas del corporativo. Verás, Anne, cuando murió mi abuelo Alistair, mi madre tendría que haberse quedado en la presidencia, pero mi padre fue el que tomó el puesto. Mi madre solo firma lo que mi padre le da de cuentas, y la junta y yo nos preguntamos si en verdad las cuentas están bien. Sobre todo, yo.

-Entiendo -Anne asintió con la cabeza.

-Quiero saber qué ha sido de cada centavo. Que alguien externo al corporativo lo analice y nos rinda cuentas a la junta y a mí.

-¿De manera que me estás dando a entender que desconfías de tu padre? -Anne inquirió.

-Sí, Anne. Así es. Por eso es tan importante que tu trabajo sea certero e impecable -Aidan habló sinceramente-. Quiero que, si hay algún desvío o desfalco o lo que sea, me lo hagas saber a mí y a la junta para entonces poder decírselo a mi madre, que es la auténtica dueña y señora del imperio hotelero McCarthy.

-¿Aunque tu padre caiga?

-Aunque mi padre caiga.

-Entiendo. Sin embargo...

-Sin embargo, ¿qué? -preguntó Aidan.

-Se me hace rara en ti esta actitud. Disculpa que te lo diga, Aidan. Siempre has hecho lo que tu

padre te dice. Recuerdo que renunciaste al fútbol americano para dedicarte a Administración por petición de tu padre. Tu padre te quería de mano derecha y, si mal no recuerdo, jamás te apasionaste por esto. Si no hubiese sido por mí, hubieras reprobado la carrera, y ahora te escucho y estás tan apasionado con el tema que...

-Las personas cambian -cortó Aidan al sentir que el peligro lo estaba acechando-. Además, lo hago por mi madre. Tú debes entenderme.

-Sí, claro, por supuesto. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué no antes?

Aidan se llevó las manos al cabello negro azabache. Definitivamente, aquella mujer era demasiado inteligente. ¡Demonios! Iba a ser un martirio salir de esa entrevista y más tratarla todo el tiempo que durara la auditoría. ¿Cómo la trataba Alexis? ¿Qué haría si Alexandria lo visitaba en la empresa mientras Anne estuviera ahí? ¿Y si se equivocaba? Todos esos «y si» ya lo estaban matando de antemano. Decidió cortar inmediatamente la entrevista.

-Anne, disculpa en verdad que no pueda seguir platicando contigo, pero tengo saturada mi agenda. Jennifer te dará una oficina para tu uso personal mientras lleves a cabo la auditoría y se te entregarán todos los documentos que necesites. Si alguien te pone algún pero para entregártelos, solo necesitas avisarme.

-De acuerdo, me parece bien. Es un gusto verte, Aidan. Nos estaremos viendo entonces por aquí. Con permiso.

-Hasta luego, Anne.

Cuando la pelinegra salió, acompañada de Jennifer, Aidan se dejó caer en su silla. Definitivamente, Anne Gregory era la más adecuada para saber si su padre estaba estafando a su madre. Pero también, definitivamente, era un peligro para él.

-En cuanto termine la auditoría... En cuanto termine la auditoría, ¡me largo!

Se descubre el secreto

Ya había pasado casi media mañana cuando Jennifer interrumpió de nueva cuenta a Aidan por teléfono.

-Dime, Jennifer.

-¿Tú quieres matarme de un infarto o qué? La famosísima Beau Bennett está al teléfono y quiere hablar contigo. ¿Me puedes explicar de dónde la conoces?

-Tal vez después, Jennifer. Pásamela, por favor.

-Enseguida.

Aidan sonrió y suspiró para contestarle a su jefa.

-¿Sí, Beau?

-¡Fighter! Vaya que te cotizas ahora. ¡Pero ni creas que se me olvida que yo sigo siendo tu jefa en lo que se refiere a Shining Stars!

-¡Lo sé, lo sé! No lo olvido.

-Necesito que busques un pretexto para salir de tu oficina y que vengas al departamento de Alisha. Como seguramente ya te habrán dicho los chicos, también vinimos a Nueva York a promocionarlos y quiero que sea con la canción que compusiste con Star. Quiero que vengas a hacer los arreglos para *Buscando Estrellas*.

-¿Qué? -Aidan palideció-. Beau, yo creo que... -El pelinegro iba a replicar, pero Beau lo interrumpió.

-Te quiero aquí en media hora y discutimos todo lo que quieras. En media hora, McCarthy.

Y Beau colgó el teléfono sin darle oportunidad a Aidan para negarse.

Jennifer le había prestado a Anne una oficina del corporativo para que trabajara en lo que realizaba la auditoría. La pelinegro se había puesto inmediatamente manos a la obra y había solicitado una fotocopidora, un escritorio extra y un teléfono con línea directa a la oficina de Aidan. Jennifer ya se había encargado de llevarle cajas y cajas con toda la información contable que Anne tenía que revisar, de años y años, y ella tan solo había suspirado. Definitivamente, tenía mucho trabajo que hacer. Se había tomado un pequeño receso para almorzar cuando su celular sonó.

-¿Bueno?

-¿Anne?

-¿Sí? -Anne de pronto no identificó la voz, aunque sabía que le sonaba conocida.

-¡Vamos! ¿No recuerdas la voz de la diosa del amor? -Kahlen, del otro lado de la línea, hacía una mueca pícaro.

-¡Kahlen! -La pelinegro sonrió y se mordió el labio-. ¿A qué debo el milagro de tu llamada? ¡Años sin saber de ti!

-¡Lo mismo digo! ¿Cómo estás?

-Ahora mismo, rodeada de papeles.

-Déjame adivinar: estás ahora mismo haciendo la auditoría del corporativo McCarthy.

-¿Cómo lo sabes? -Anne se sorprendió.

-¡Ah! Es que yo lo sé todo. -Kahlen suspiró-. Oye, la verdad es que Alexandria fue la que me lo dijo. Seguro que sabes que es la novia de Aidan aún.

-¡Cierto! Se me pasó.

-Bueno, Alex y yo nos preguntábamos si no querrías cenar con nosotras hoy. Tú sabes, ponernos al día... Además, a alguna hora tendrás que salir de la ratonera en la que el novio de Alex te tiene metida.

Anne volteó a mirar a su alrededor. Iba a ser un día largo y cansado, y definitivamente sí, le apetecía volver a ver a sus amigas.

-Mmm... Está bien. ¿Dónde nos vemos?

-¿Pues dónde más? En mi casa. ¿Recuerdas cómo llegar?

-¿Cómo olvidarlo? Si ahí viví por tardes enteras tratando de que pasaran sus exámenes.

-¡Tenías que recordármelo! -Kahlen se quejó-. Bueno, entonces, aquí te esperamos, ¿vale?

-De acuerdo, nos vemos esta noche. -Anne colgó y suspiró-. Si es que termino de ordenar esto.

Aidan entró al departamento de Alisha hecho una tromba y, cuando Sophie le abrió, ni siquiera la saludó. Pasó sin ver a Caridee y a Leo, y se fue directamente a donde Beau lo esperaba, recargada en el refrigerador.

-Te tardaste menos de media hora.

-¡Me niego rotundamente a que pretendas que el sencillo que saque Shining Stars sea la canción que compuse con mi hermano! ¡No lo voy a permitir! -Aidan casi escupió con ira.

Beau se irguió, puso sus manos en la cintura a modo de desafío y Chad se asomó a la cocina para no perderse la escena.

-¿Por qué no? Dame una buena razón.

-¡Porque no! ¿Por qué precisamente *Buscando Estrellas*? Si quieres, te compongo otra.

-Resulta que no quiero otra, mi luchador Fighter. Quiero que Shining Stars promocione ese sencillo. Quiero que hoy mismo trabajes con Leo, Chad y Sophie en los arreglos para *Buscando Estrellas*. He decidido que es la balada con la que nos promocionaremos en Estados Unidos y punto.

-¿Pero por qué? ¡No! ¡No lo voy a hacer! ¡Esa canción nos pertenece a mí y a mi hermano!

Los gritos ya habían subido de tono, eran tan coléricos que Caridee, Alisha, Leo y Sophie ya se habían reunido con Chad en la cocina como espectadores. Beau estaba tranquila y Aidan estaba totalmente furibundo.

-¿Qué es lo que te hiere de que quiera que esa magnífica canción que compusiste con tu gemelo sea famosa? Alexis estaría feliz de que Shining Stars la cantara para su princesa.

-Porque mi princesa... -Aidan iba a empezar a replicar cuando Beau lo paró en seco.

-¡Corrección, Alexander! Párate ahí mismo, Fighter. Alexandria Sumner no es tu princesa. Ella es de Alexis, no tuya. Tú ayudaste a componer esa canción para la novia de tu hermano. Que ahora te estés haciendo pasar por tu hermano es otra cosa. ¿O acaso lo que te molesta y por lo que no quieres hacer los arreglos para la canción es que quisieras que la princesa, efectivamente, fuera tuya?

Aidan se quedó totalmente helado ante la declaración de Beau. Aunque hubiese querido contestarle, sus labios permanecieron mudos. Beau había dicho la verdad. Caridee intervino y puso su mano sobre su hombro.

-Aidan, entendemos que cumplir el juramento que le hiciste a tu hermano debe estar costándote muchísimo, que tal vez ya no sepas donde comienza él y donde terminas tú. Pero debes separar tu identidad de la de Alexis. Tú eres Alexander. Y él es parte de Shining Stars. Y no es novio de Alexandria. Esto es solo pasajero.

-Aidan -Alisha se acercó a su pupilo-, ¿cómo van las cosas?

-¿Alguien me puede dar algo que no sea refresco o café, por favor? -suplicó Aidan y Chad, rápido como el rayo, corrió al pequeño bar que Alisha tenía y le sirvió una copa de *whisky*. Aidan se la tomó de un solo trago ante la mirada curiosa de Sophie.

-¿Y bien? -insistió Alisha.

-Hoy dio inició la auditoría, pero con cada paso que doy cometo pequeños errores que me están costando gravísimas complicaciones -confesó apesadumbrado mientras Leo le daba un golpecito en el hombro a modo de apoyo-. A veces siento que quiero largarme, pero sé que no puedo. ¿Dejo a mi madre así nada más?

-Te entendemos, Aidan -dijo Caridee.

-¡No! ¡No me entienden porque no están en mis malditos zapatos! -Aidan se quejó con resentimiento-. La muerte de Alexis llegó demasiado rápido. No alcanzó a darme datos suficientes para enfrentarme a lo que era su vida en Nueva York. He tenido que improvisar a lo largo del camino. Y Alexandria... En eso, Aid tenía razón. Alexandria es maravillosa. -Sophie hizo un gesto, pero Aidan no lo notó-. Y es horrible porque cada vez que la veo, solo con verla, le estoy mintiendo.

-¿Y eso qué tiene que ver con que yo quiera que el sencillo que Shining Stars promoció sea *Buscando Estrellas*? -cuestionó Beau seria.

-Porque... Porque... -Aidan dudó por un instante en responder-. ¡Porque esa canción que compuse con Alexis, en su momento solo tenía sentido para mi hermano! ¡Pero ahora tiene todo el sentido del mundo para mí y me duele en el alma que yo no esté en el micrófono como vocalista para poder ser yo quien se la cante a ella! ¡Porque, aunque fuera yo, tendría que ser como Aidan Alexis McCarthy y no como Aidan Alexander! ¡Por eso, Beau!

Todos se quedaron en silencio. Y Aidan entonces, vencido, derrotado al fin su corazón, confesó lo que llevaba días ocultando.

-Porque amo a la mujer de mi hermano. Porque estoy enamorado de Alexandria Sumner. Y

porque no puedo amarla como yo. Porque estoy condenado a amarla con la identidad de mi gemelo.

Anne ya casi había terminado de ordenar lo esencial para iniciar la auditoría. Pero se dio cuenta de que le hacía falta una cosa importantísima. El acta de constitución de la empresa que databa desde Alistair McCarthy. Buscó entre las cajas y no aparecía. Tomó el teléfono de línea directa con Aidan y fue Jennifer la que le contestó.

-Dime, Anne. Soy Jennifer. Aidan tuvo que salir. Me dio instrucciones de servirte y darte lo que fuera.

-Ah, ¡qué bueno! Entonces me puedes ayudar. Necesito una copia del acta de constitución de la empresa del tiempo de Alistair McCarthy.

-Ok. Tendré que bajar a los archivos antiguos. En quince minutos te la llevo.

-Gracias.

Anne esperó pacientemente y, exactamente en quince minutos, Jennifer le llevó un pesado folder con el acta. También con otros anexos.

-Ten, te traje estos anexos también. Pensé que serían importantes.

-Gracias, te lo agradezco.

-Agradéceselo a Aidan. Si fuera por su padre, Darien, jamás habrías tenido acceso a esto. De hecho, su padre ni siquiera sabe que bajé a los archivos. ¡Suerte!

Jennifer salió y Anne se quedó pensativa. «Si fuera por su padre, Darien, jamás habrías tenido acceso a esto». ¡Vaya! ¿Pues qué había en el acta de constitución de Alistair McCarthy que Darien Smith no quería que ella viese como auditora externa? Intrigada, se sentó en su escritorio y empezó a leer cuidadosamente el acta y cada uno de sus anexos hasta que llegó a la parte de los herederos en caso de la muerte de Alistair. La cláusula decía lo siguiente: En el caso de la muerte de Alistair McCarthy, la presidencia del corporativo hotelero McCarthy pasará a manos de su única hija, Arabelle McCarthy, en un 100 %. En el caso de la muerte de Arabelle McCarthy, el corporativo pasará a manos de los nietos de Alistair McCarthy: un 50 % para Aidan Alexis McCarthy y el 50% restante para Aidan Alexander McCarthy, con lo que los gemelos McCarthy serán los dueños absolutos del corporativo.

Anne releyó varias veces la cláusula. ¿Aidan Alexis McCarthy? ¡Obvio! Pero ¿quién demonios era Aidan Alexander McCarthy? ¿Gemelos? ¿Es que Aidan tenía un gemelo? Y de ser así, ¿dónde estaba? ¿Por qué nadie sabía nada de él? ¿Por qué Aidan nunca lo mencionaba?

-Aquí hay gato encerrado -dijo Anne en voz alta y con el papel en las manos-. De acuerdo a este papel hay dos Aidan McCarthy. ¡Son dos! Yo conozco a uno, es el novio de Alexandria, pero ¿dónde está el otro? ¿Qué fue de él? ¿Por qué nadie sabe de él?

Una canción y un corazón que se desgarró

Anne abrió Google y tecleó «Alistair McCarthy». Inmediatamente apareció su biografía en Wikipedia. Venía información sobre cómo había participado en la fundación y crecimiento del imperio hotelero McCarthy, que había estado casado con Caty McCarthy y que su única hija era Arabelle. Aparecían fechas de nacimiento, muerte de ambos y de la fundación del corporativo.

Anne entonces tecleó «Arabelle McCarthy» y también apareció una breve biografía y algunos blogs antiguos donde se daba la noticia y aparecían fotos de su boda con Darien Smith, un médico. Anne levantó las cejas. ¿Así que el padre de Aidan era un médico? ¿Qué demonios hacía un médico al frente de un corporativo hotelero? Así mismo, en los blogs de chismes se decía que Darien Smith no era más que un arribista que había logrado atrapar a una de las herederas más ricas del mundo y que Alistair lo había hecho firmar un acuerdo prenupcial bastante humillante.

Anne se empezó a morder una uña con nerviosismo. Nunca había sido fanática de los chismes, pero toda esa información que estaba descubriendo comenzaba a intrigarla muchísimo. De pronto, pegó un respingo cuando el teléfono sonó.

-¿Bueno? -contestó casi de mala gana al ser interrumpida.

-Disculpa, Anne, soy Jennifer, ¿se te ofrece algo? ¿Un café? -preguntó la pelinegro, solícita.

-No, gracias. Si necesito algo, te marco. -Anne colgó de inmediato y se concentró en la computadora.

Volvió a teclear en el buscador y escribió «Darien Smith». Aparecieron varias entradas y, sobre todo, imágenes donde se veía al padre de Aidan en varios eventos del corporativo, presidiendo juntas, firmando acuerdos, pero lo curioso era que no había ni una sola donde apareciera con la madre de Aidan, con Arabelle.

-Vaya, ahora empiezo a entender por qué quieres que haga una auditoría, Aidan, pero no es esto lo que quiero saber. Vamos a buscarte ahora a ti.

Tecleó «Aidan Alexis McCarthy» e inmediatamente aparecieron varias entradas. La primera, una antigua cuenta de Facebook de sus días de universidad, que ya no había sido actualizada en años y en la cual incluso la misma Anne aparecía como amiga. Pero ni Kahlen, ni Alexandria, ni ella, ni Aidan ya utilizaban esas cuentas, así que la descartó después de mirar algunas imágenes. Vio la entrada de Aidan en la preparatoria Claremont. Nada extraño. Incluso aparecían imágenes de cuando Aidan era parte del equipo de fútbol americano. También aparecía el blog de *Fanáticas de Aidan McCarthy* que se había formado en la prepa. Anne sonrió. Tenía que reconocer que Aidan siempre había sido el más guapo de la escuela. Después, ingresó para ver algunas imágenes que se tomaron cuando fue miembro de la Facultad de Administración. Incluso pudo notar tristeza en su cara.

-Siempre supe que la administración no era lo tuyo.

Siguió buscando. La última entrada era del reportaje en Nueva York sobre la tremenda fiesta que se había realizado en la mansión McCarthy por haber terminado su carrera y haber sido ascendido en el corporativo como el segundo al mando después de su padre, Darien Smith. Vio fotos de Aidan con su madre, con su padre y varias de él con Alexandria. Anne sonrió.

-Vaya que estos dos están enamorados.

Sin embargo, al leer el reportaje, notó que finalizaba con una nota en la que se decía que el heredero se había sentido mal durante la fiesta y que su padre lo había disculpado diciendo que no era nada de cuidado. Para Anne, aquello empezó a ser sospechoso.

-¿Se sintió mal?

Anne buscó información y se decía que el heredero McCarthy había tomado unas vacaciones en su natal Inglaterra. Anne se quedó pensativa.

-Bien, hasta el momento sé que te sentiste mal, te fuiste a Inglaterra y nunca mencionaste que en realidad no eres americano, eres inglés. Y sé por esta acta que hay un gemelo, pero nadie lo conoce. Entonces, si no encuentro nada en los portales americanos, veamos en los portales ingleses.

Anne inmediatamente cambió la configuración de la computadora y entró a los portales de Inglaterra. Tecleó de nueva cuenta «Arabelle McCarthy» y abrió los ojos enormemente cuando vio un artículo que ya databa de algún tiempo, pero que estaba dentro de un blog dedicado a los McCarthy.

Arabelle, hija única y heredera de Alistair McCarthy, ha sido madre de dos preciosos niños. El Corporativo McCarthy será regido por dos gemelos con el mismo nombre.

Primera señal de que había un gemelo. Los dedos de Anne empezaron a volar sobre el teclado y escribió el nombre que, de hecho, tenía miedo de teclear desde un principio: «Aidan Alexander McCarthy». Y fue cuando empezaron a aparecer una serie de imágenes de dos niños completamente idénticos, pequeños, rodeados de payasos, cerca de una alberca y abrazados por Arabelle y Alistair.

La fiesta de cumpleaños de los herederos McCarthy fue un suceso. El pequeño Aidan Alexander McCarthy salva a su gemelo Aidan Alexis McCarthy de ahogarse en la alberca del hotel donde la fiesta tuvo lugar. Por suerte, el pequeño héroe fue felicitado por todos y su hermano no resultó lastimado. Todo terminó de manera feliz. Aquí con el feliz abuelo y la hermosa madre.

Anne se fijó en la foto. Aquellos niños eran idénticos. Eran como el Aidan que ella conocía, pero en una versión chiquita. Eran clones. No podía identificar quién era quién. Pero esa era la prueba de que sí existía un gemelo. Suspiró y siguió abriendo portales. Hasta que, de pronto, Anne contuvo un grito al ver una noticia relacionada con el grupo Shining Stars, que tanto le gustaba.

¿Acaso Shining Stars tiene un cuarto miembro? Se dice que el grupo formado por Leo, Chad y Sophie, autores de la movidísima canción *Capricho* y protegidos de la pianista Beau Bennett y de la virtuosa del violín Caridee Trammell, tiene un cuarto miembro detrás de escena. Captamos a los miembros del grupo saliendo de su estudio de grabación y chequen por favor a este guapísimo chico que lleva exactamente el mismo estilo de peinado, la coleta baja y lacia que todas las fanáticas adoran y todos los chicos británicos quieren llevar. Es innegable que este pelinero iba con los miembros del grupo y, aunque intentamos sonsacar información a los trabajadores del estudio de grabación, solo pudimos enterarnos de que este chico, llamado Aidan McCarthy, apodado Fighter, siempre acompaña a los Shining Stars y está al pendiente de los arreglos musicales. Y se dice también que muy probablemente él fue el autor de la canción que todos estamos bailando en este momento. ¿Será que en el futuro oiremos a un grupo llamado Four Shining

Stars?

La noticia venía acompañada de tres fotos tomadas por *paparazzi* británicos. Anne guardó las fotos y utilizó un programa para agrandarlas. En la primera, se veía a los chicos saliendo y el tal Aidan McCarthy que se mencionaba traía lentes oscuros. Pero sin duda era parecidísimo al Aidan que ella conocía. Pasó a la siguiente. Solo podía ver la mitad del rostro de Aidan sin lentes porque Leo se había interpuesto. Pero aquel ojo azul zafiro era idéntico. Anne empezó a temblar, pero todavía se autoconvencía de que no podía ser. Finalmente, pasó a la tercera imagen. Y en ella, ya no pudo dudar. Aidan aparecía sin lentes, de frente y subiendo a la camioneta de Shining Stars y ayudando a Sophie a subir. Anne dejó escapar un grito.

-¡Dios mío! ¡Es cierto! ¡Aidan sí tiene un gemelo! ¡Y está en Inglaterra! ¿Pero por qué no se habla con su hermano?

Sophie bajó la cabeza y comenzó a derramar abundantes lágrimas al oír la confesión de Aidan. Saber tan contundentemente que Fighter ya se había enamorado de Alexandria Sumner hizo que sintiera el sabor de la derrota mojarle los labios. Leo la abrazó para apoyarla. Aidan inmediatamente se dio cuenta de que había lastimado a la pelirroja y se volvió hacia ella, delante de todos, sin importarle nada. Quería subsanar aquel corazón herido.

-Soph, perdóname. Sé que con lo que he dicho acabo de destrozarte tus sentimientos, pero es la verdad. Y siento en el alma ser el causante de estas lágrimas. -Aidan tomó el rostro de la pelirroja y limpió con sus pulgares las gotas de agua salada que Sophie derramaba-. Te juro... Les juro en este momento que daría todo por haberme enamorado de ti, todo sería más fácil y mejor. Porque yo no pedí enamorarme de la mujer de mi hermano. ¡Yo no pedí que esto pasara! ¡Te lo juro, Soph!

-No tienes que darme explicaciones, Aidan. ¿Qué hace uno para que lo amen?

-¡Pero quiero dártelas! -Aidan gritó. Volteó a ver a los demás, que lo veían sin saber qué hacer después de semejante confesión, y se llevó las manos a la cabeza, lleno de desesperación-. ¿No lo entiendes, Beau? ¿No lo entienden? Señorita Alisha, ¡este juramento me está matando y lo peor es que no puedo renunciar a él! Si dejo todo ahora, habré fallado a mi hermano; a mi madre, que está casada con el infeliz de mi padre, quien, ahora más que nunca estoy casi seguro, aún sin las pruebas que está realizando Anne, que la ha estafado por todos estos años. ¡Y yo, yo, en vez de estar luchando por ello, estoy estúpidamente enamorado de Alexandria! ¡Y encima me pides que haga los arreglos para *Buscando Estrellas*!

Caridee se acercó a Aidan y, por primera vez, sintió la violinista que hablaría con su protegido como si fuera una madre.

-Aidan, como solía decirme mi madre cuando yo ya no podía con una lección de violín, «Ya estás dentro». Así que no te queda más que excavar rápido para salir pronto.

-Caridee tiene razón -opinó Alisha-. Lo más difícil creo que ya está hecho, que era lograr que se aprobara la auditoría y evitar que Alexandria se diera cuenta a la primera que no eras Alexis. Si te preocupa tu madre, en cuanto tengas las pruebas de la estafa de Darien Smith, llévatela con nosotros a Inglaterra, a la mansión McCarthy de allá. Ella entenderá lo que sucedió y...

-¿Y Alexandria? -preguntó Aidan con avidez ante la expectación de sus compañeros de banda.

-La princesa no es tuya -Beau sentenció-. Así que haces lo que le prometiste a Alexis. Terminas la relación y Alexandria se queda en Nueva York. Así las cosas...

-¿Y mi corazón? -se atrevió a volver a preguntar Aidan-. ¿Qué le digo a mi alma cuando pregunte por ella?

Caridee contestó tranquilamente:

-Lo que te contestas todos los días: que ella era la mujer de Alexis.

Aidan bajó la cabeza y terminó asintiendo. Leo y Chad lo miraron compungidos.

-Ahora, Fighter, ve con los muchachos a hacer el arreglo. La canción *Buscando Estrellas* será el sencillo de Shining Stars en Estados Unidos y se estrenará en una semana. Y mientras terminas la auditoría, descubres a tu padre, hablas con tu madre y terminas con Alexandria, la canción será el adiós para la princesa. Y volvemos a Inglaterra para que vuelvas a ser tú.

Aidan apretó los puños. Y con todo el dolor de su corazón, asintió.

-De acuerdo. ¡Leo, Chad, Sophie! Vamos al estudio, arreglemos la canción.

-¿Seguro? -preguntó Leo.

-Así lo dice la jefa y así lo digo yo. Lo mío son los arreglos y más cuando es mi canción. ¡Andando!

Anne llegó a la hora de la cena a la casa de Kahlen. No hallaba qué hacer. ¿Le decía a Kahlen y Alexandria que había descubierto que Aidan tenía un hermano gemelo o no? Nerviosa, tocó la puerta y Kahlen casi la tumbó al verla.

-¡Cerebritito! ¡Hasta que llegas! ¡Llevamos horas esperándote!

-¡Anne! -Alexandria también la abrazó y Anne, de pronto, no supo en brazos de quién se encontraba, pero sonrió. No cabía duda de que sus amigas seguían igualitas.

-¡Kahlen! ¡Alex! ¡Ustedes no cambian!

-¡Pero pasa, mujer! -Kahlen jaló a la pelinegro y, prácticamente, la sentó a la fuerza en su sala mientras le ponía en la mano un Martini de manzana-. ¡Estamos vueltas locas porque nos cuentas qué has hecho de tu vida!

-Si no es porque Aidan me dice que te había contratado para hacer la auditoría de su corporativo, tal vez nunca hubiéramos vuelto a coincidir -dijo Alexandria mientras ponía música y se servía otro Martini.

-¡Claro! ¡Como Alex tiene ese novio tan guapo y siempre se la pasa restregándomelo en la cara! -se quejó Kahlen y Anne sonrió-. ¿Y tú tienes novio, Anne?

-No, no tengo tiempo, me la paso trabajando. -Anne no sabía cómo abordar el tema del gemelo de Aidan, pero Kahlen siguió hablando.

-¡Ay, Anne, ni te apures! Yo tampoco, pero es que, la verdad, me estoy guardando para Chad, de Shining Stars.

-¿Cómo? -Anne de pronto se sintió aturdida al sentir que Kahlen le había dado la conexión ideal.

-¡Claro, mujer! ¿No me digas que no te gusta Shining Stars?

-¡A mí me encanta! -gritó Alexandria-. ¡Y no me vas a creer lo que hizo Aidan por mí! ¡Te vas a morir cuando te lo diga!

-Ahí vas de creída y fanfarrona.

-¿Qué? ¿Qué hizo por ti? -preguntó Anne ávida de información.

-¡Mi Aidan me trajo a los mismísimos Shining Stars al Rainbow Room para que me cantaran nuestra canción! ¡Casi me desmayo! ¡No me lo podía creer!

-¡No es cierto! -Anne recordó el artículo sobre el cuarto miembro de Shining Stars y empezó a hiperventilar sin saber por qué.

-¡Te lo juro!

-Y, además, adivina -Kahlen se metió en la conversación-. Se los trajo solo porque se peleó con ella porque no le dijo que había aprendido a nadar. ¿Recuerdas que Aidan era hidrofóbico?

El cerebro de Anne empezó a correr a mil por hora. Todo estaba encajando. Pero sus amigas seguían hablando.

-Y mi Aidan hizo todo eso para que lo perdonara ¡porque resulta que son amigos íntimos! ¡Yo casi me muero!

-¡Y ahora Aidan tendrá que presentarme a Chad o yo lo mato!

-¡Oye!

-¡Y de paso que te presente a ti a Leo!

De pronto, Anne ya no pudo más.

-¡Basta! ¡Cállense las dos por un minuto!

Tanto Alexandria como Kahlen se quedaron mudas al ver cómo Anne se levantaba y se tomaba de un solo trago el Martini que le habían servido. Vieron su rostro de preocupación y Kahlen se acercó a ella.

-Perdón, ¿te pasa algo?

-Lo sentimos, ¿qué sucede?

Anne decidió que no podía quedarse callada y tomó las manos de Alexandria.

-Alex, siéntate. Tú también, Kahlen. Obviamente, sabes que estoy haciendo la auditoría del corporativo de tu novio.

-Claro, él me lo dijo.

-¿Pero eso qué tiene que ver?

-Alex, ¿qué tanto sabes de Aidan?

-Pues ¡todo! Es mi novio, lo amo, estamos juntos desde la prepa... ¿Por qué?

-¿A qué quieres llegar, Anne?

-Alexandria... -Anne pasó saliva, suspiró y se dio valor mientras veía a los ojos celestes de su amiga-, ¿qué pasaría si te dijera ahora mismo que tu novio Aidan tiene un hermano gemelo?

Las presiones de Aidan

Alexandria se quedó estática ante la pregunta de Anne. Kahlen no pudo articular palabra y la pelinegro volvió a repetir la pregunta, temiendo que ninguna de las dos rubias la hubiese oído bien.

-Alex, ¿me oíste? ¿Qué pasaría si te dijera que Aidan tiene un hermano gemelo?

-¡Tú estás loca de remate, Anne! -Kahlen intentó restarle importancia al asunto, pero Alexandria seguía estática, muda, con la vista perdida y Kahlen la movió de los hombros para que reaccionara-. ¡Mira, Anne, lo que hiciste con tu broma! ¡La pobre Alex ni siquiera reacciona! ¡Te pasaste!

Alexandria se levantó y tanto Anne como Kahlen se le quedaron viendo. La rubia volteó a ver con ojos anhelantes a su amiga, la intelectual.

-Dime en este preciso momento de dónde sacaste eso... y, sobre todo, dime si no es una suposición. ¡Dime si es verdad!

-Alex -Kahlen se entrometió-, obviamente es una suposición. Si tu novio tuviera un gemelo, lo conoceríamos. ¿Cuánto tiempo tenemos de conocer a Aidan? O sea, es obvio que...

-¡Cállate, Kahlen! -Alexandria silenció a su rubia amiga y tomó las manos de Anne-. Dime, ¿de dónde sacaste eso?

-Más vale que te sientes, y tú también. -Anne suspiró profundamente-. No estoy hablando de ninguna suposición. Hoy comprobé que Aidan Alexis McCarthy, tu novio, tiene un hermano gemelo.

-¿Qué? -Kahlen se sorprendió y sostuvo a Alexandria, que palideció a tal punto que sintió que en cualquier momento se desmayaría.

-¡No puede ser! ¡Aidan no puede haberme ocultado eso! ¡No! ¡Imposible, Anne!

-Alexandria, al ser contratada por Aidan y su padre para hacer la auditoría externa del corporativo McCarthy, pedí el acta constitutiva del corporativo que necesitaba, la que data desde los tiempos de su abuelo para dar inicio. Aidan se había ido y le pedí a su secretaria que me la facilitara. Se me hizo raro que me dijera que Aidan le había dado instrucciones de que me diera lo que fuera porque, de ser por su padre, yo no tendría acceso a esos archivos.

-Sí, eso lo sé.

-Lo sabemos todos, por eso Aidan es la mano derecha de su padre -apoyó Kahlen.

-Bueno, lo que no sabían es que en esa cláusula también viene indicado que, en caso de la muerte de Arabelle, el corporativo se divide en dos. Un cincuenta por ciento para Aidan Alexis, tu novio, y el otro cincuenta por ciento para Aidan Alexander. Los gemelos McCarthy, legítimos y totales herederos del corporativo hotelero.

-¿Qué? -Alexandria sintió que desfallecía-. ¡Eso no es posible! ¿Hay otro Aidan aparte de mi

novio? ¿Y se llama igual que él?

-¡Eso es de locos! -Kahlen estaba con la boca abierta-. ¿Gemelos que se llaman igual y solo tienen por diferencia el segundo nombre?

-Comprenderán que me quedé igualmente impactada -Anne prosiguió tratando de no provocar un *shock* mayor en Alexandria-. Y, pues, busqué... Busqué porque, si te lo iba a decir, no iba a contártelo sin pruebas.

-¿Y las encontraste? -La rubia tomó de los hombros a Anne y la sacudió llena de desesperación mientras Kahlen trataba de controlarla.

-Sí. Sí las encontré.

Aidan llegó tarde, prácticamente en la noche, cuando solo quedaban en la oficina Jennifer y su padre. Había pasado toda la tarde haciendo arreglos con Leo, Chad y Sophie. Habían avanzado bastante, pero se sentía destrozado. Al llegar, Jennifer lo abordó.

-Lo bueno es que te ibas a ausentar solo un rato.

-No me digas nada ahora, Jennifer. ¿Alguna novedad?

-Anne ya se retiró, pero en tu ausencia le di unos papeles que me pidió. Tuve que bajar a los archivos antiguos.

Aidan de pronto palideció y casi tuvo miedo de preguntar.

-¿Qué fue lo que te pidió?

-El acta de constitución del corporativo que data desde tu abuelo y también algunos anexos. Los estuvo estudiando. Como me dijiste que le facilitara lo que pidiera...

Aidan disimuló su malestar. Solo esperaba que en el acta de constitución no apareciera nada sobre «los herederos McCarthy». Pero se sentía tan cansado y abrumado que decidió restarle importancia.

-¿Algo más?

-Sí. Tu padre todavía no se va. Te está esperando. Quiere irse contigo a la mansión. Solo te está esperando para irse.

-De acuerdo, dile que ya nos podemos ir.

-Enseguida.

Aidan tomó su *laptop* y salió de su oficina. Esperó pacientemente a que su padre saliera y se encontró con él. Odiaba estar al lado suyo, pero no tenía otra opción más que comportarse como Alexis lo haría. Darien apareció enseguida y le dedicó una hipócrita sonrisa.

-¿Listo para irnos a casa, hijo?

-Sí, papá.

-Pues vámonos.

La limusina los recogió y Aidan optó por guardar silencio. Pero Darien empezó a hablar en cuanto empezaron a moverse.

-Conocí hoy a la auditora. Me dijo que estudió contigo y tu novia.

-¿Y?

-Me preocupa que últimamente estás hablándome de manera bastante rebelde, Aidan. Tú no eres así. Tu carácter siempre ha sido centrado, apacible, y, aunque juré que nunca iba a volver a mencionarlo, lo haré ahora porque no quiero hablar de esto delante de tu madre.

-¿De qué, si se puede saber, papá?

-Dime la verdad, hijo. -Darien se acercó a Aidan como si intentara un acercamiento confidencial-. ¿Alguna vez me has desobedecido y has intentado contactarte con tu hermano?

-¿Cómo crees, papá? -Aidan inmediatamente lo negó, aunque sus manos empezaron a sudar-. Después de aquella noche en que corríste a mi hermano y nos dijiste lo que pasaría si mamá o yo o mi hermano nos poníamos en contacto, no lo he hecho. Aunque me encantaría saber dónde está.

-Es decir que muy en el fondo has pensado en la idea de desobedecerme y buscarlo.

-¿Es que no te das cuenta de que mamá sufre? -Aidan lo miró y vio a un hombre que no comprendía el dolor de una madre que había perdido a su hijo-. Mi mamá sufre y está muerta en vida desde que corríste a mi hermano. Yo perdí la mitad de mi alma desde ese día. ¿Por qué lo corríste? ¿Por qué? ¡Contéstame, papá! ¿Qué te hizo mi hermano para que lo corrieras de esa manera y le prohibieras volver con nosotros? -Aidan necesitaba saberlo y, de pronto, Darien se quedó pensativo.

-De acuerdo. Te lo voy a decir. Pero no me odies por lo que yo te diga.

-No podría odiarte, papá. -Aidan intentó disimular su rabia.

-Bien, siempre he odiado a tu hermano. Lo que te quiero a ti, lo odio a él. Alexander siempre representó y tuvo todo el carácter de tu abuelo Alistair. Y tu abuelo siempre me odió. Creyó que yo era un arribista al casarme con tu madre. Me veía de manera retadora. No podía ganarle una, siempre tenía argumentos en mi contra. Y desde pequeño, tu hermano era tal cual como tu abuelo. Y yo no podía soportar haber engendrado a alguien tan parecido a mi peor enemigo.

-¡Pero estás loco! Mi hermano es sangre de tu sangre.

-Sangre de la sangre de Alistair McCarthy, no mía. Tú sí eres sangre de mi sangre. Tú sí eres moldeable. Tú sí entendiste lo que tenías que hacer. No dudaste en seguir mis instrucciones. En ser mi segundo al mando. Tu madre nunca hubiera podido con el corporativo. Entendiste a la primera que el fútbol americano, que te gustaba, no te llevaría a nada y accediste a mis deseos. No como tu hermano, que se atrevió a desafiarme. Que creía que haría de sus sueños guajiros de música una carrera. En lo que a mí refiere, solo te tengo a ti. Tú eres mi único hijo, Alexis. Alexander murió para mí el día que lo corrí y no me importa si tu madre sigue creyendo que sigue vivo. Y tú, si estás poniéndote rebelde porque estás pensando en tu hermano y tu madre está lavándote el cerebro con ideas sobre encontrar a tu gemelo, olvídale. Tu gemelo está muerto y así se va a quedar.

-Papá, no te reconozco, me hablas de una manera abominable.

-Bueno, si crees que te hablo de manera abominable, entonces hablemos como hombres de negocios, hijo. -Darien buscó la mirada de Aidan, que estaba asqueado con la conversación, y oyó lo que nunca pensó que oiría de su propio padre-. ¿Recuerdas que me has estado amenazando con

que me aleje de tu novia?

-¡Pero por supuesto! ¡Estás haciendo el ridículo, papá! ¡Es algo que te exijo! ¡No entiendo de cuando acá el interés por Alexandria! ¡Deberías mejor ocuparte de mamá!

-De hombre a hombre, tu madre no me interesa, pero también te diré que no me divorciaré de ella. Yo mantengo las apariencias. Y últimamente, te me estás poniendo muy altivo. Veo en ti ciertos rasgos de tu abuelo que no quiero que tengas. Tú eres mi Alexis y no Alexander, que espero que esté muerto o lejos o en el infierno, donde le dé la gana.

-¡Es mi hermano, no hables así de él! -Aidan se defendió a sí mismo.

-¡Escucha, Alexis! Estamos hablando de hombre a hombre, en términos de negocios. Te vas quitando ese tonito autoritario, estilo Alistair, y vuelves a ser mi hijo dócil y mi segundo al mando y te olvidas de esa idea de seguir con la auditoría externa al corporativo y yo a cambio te ofrezco lo que más quieres.

-¿Qué? -Aidan preguntó intrigado a pesar suyo.

-Yo dejo en paz a tu novia para siempre.

-¿Y si sigo adelante?

-Si sigues adelante... -Darien se quedó mirando a su hijo-. Bueno, seguiré detrás de esa noviecita rubia tuya, te guste o no.

-¡Soy capaz de matarte! -Aidan estuvo a punto de irse contra su padre, pero Darien lo detuvo con la mano.

-¡Cuidado, Aidan! Porque acabas de caer en mi trampa. Alexis nunca me hubiera amenazado de muerte. El único de los gemelos que me amenazó de muerte fue Alexander. Ahora dime, ¿tú eres Alexander! ¡Tú, malnacido, eres Alexander!, ¿no es así?

Aidan palideció, pero recuperó la compostura y se tranquilizó inmediatamente.

-Papá, ¿cómo podría ser mi hermano si no tengo idea de en dónde está? Ahora, piensa, ¿cómo no voy a amenazarte de muerte si aún eres joven, guapo y mi propia novia piensa que eres más guapo que yo? Te envidio, papá. Por favor, no me quites a Alexandria. Haré lo que me pidas, pero dame tiempo. Perdóname, papá.

Aidan tenía ganas en ese mismo instante de escupirse a sí mismo, pero, de pronto, la mirada de Darien se enterneció y abrazó a Aidan.

-¡Lo sabía! ¡Este es mi niño Alexis! ¡Tú sí eres Alexis! ¡Es mi único hijo el que está hablando! ¡Por un momento horrible pensé que pudieras ser tu hermano! ¡Bendito Dios que me equivoqué!

-Papá, sabes que te quiero, que aún eres apuesto y tengo tanto miedo de que mi novia se fije en ti. Yo confío en ti, pero hago lo mejor para el corporativo. Tú confía en mí, por favor.

-¡Alexis! ¡Me has dado unos sustos de muerte! ¡Perdón, hijo! -Darien lo estrechó contra su pecho mientras Aidan deseaba tener una navaja para matar a ese hijo de perra que se hacía llamar su padre-. Espero que comprendas por qué te amo tanto a ti y detesto a tu hermano.

-Quisiera que amaras a mi hermano.

-No puedo, pero todo lo que pudiera amarlo a él, te amo a ti.

-Gracias, papá.

Aidan se dejó abrazar por su padre mientras por dentro lo maldecía. «Te voy a hundir, maldito».

Arabelle decidió entrar al cuarto de Aidan Alexander. Ni Alexis ni su marido llegaban y había mandado a Diane a descansar. Ver limpio el cuarto de su hijo perdido hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. ¿Cuánto tiempo más iba a pasar antes de estrechar entre sus brazos a su otro hijo?

Se sentó en la cama y comenzó a observar con cuidado cada detalle de la recámara de Alexander. Sus discos, su ropa, sus partituras, algunos pósteres pegados en la pared, que ya no tenían el polvo que los cubría gracias a la limpieza de Alexis. Y, de pronto, recordó el lugar donde Alexander ponía la guitarra que le había regalado. El lugar debería estar vacío, pero sus azules ojos se fijaron en una copa de oro y plata en la que no había reparado la última vez que había estado ahí. Nunca la había visto y estaba en el lugar de honor. Sin dudarlo, Arabelle se levantó y tomó entre sus manos la copa y ahogó un grito cuando, admirándola, leyó lo que decía y se dio cuenta de su contenido.

«Aidan Alexis McCarthy».

Arabelle gritó como una loca al darse cuenta de que estaba sosteniendo una copa con cenizas que llevaban el nombre de su hijo y el grito de dolor hizo que su damita, Diane, llegara corriendo a su lado.

-¡Señora! ¡Señora! ¡Cálmese! ¿Qué tiene?

-Nada, ¡no me pasa nada! ¡Solo tuve un recuerdo de mi hijo Alexander! -Arabelle ocultó la copa de los ojos de Diane-. ¡Vete!

-Pero, señora...

-¡Vete! Antes, dime, ¿ya llegó mi hijo, Aidan?

-Creo que su marido y su hijo ya venían en camino de la oficina, no deben tardar en llegar -informó Diane.

-Bien... -Arabelle estaba temblando, pero curiosamente, estaba serena ante su damita-. Aguarda a que llegue a mi hijo y dile que lo estoy esperando aquí, sin que mi marido se dé cuenta.

-Está bien, señora.

Diane salió y Arabelle volvió a leer la inscripción en la copa. Y, de pronto, gruesas lágrimas comenzaron a derramarse de su hermoso rostro y como una plegaria empezó a repetir mientras pegaba la copa a su corazón.

-Dios mío, no lo permitas... Dios mío, no lo permitas...

El desmoronamiento

Kahlen se quedó estupefacta ante las palabras de Anne. ¿Es que acaso había pruebas? Alexandria inmediatamente le clavó las uñas en los hombros a su amiga.

-¡Muéstramelas! ¡Enséñamelas! ¡Ahora mismo! ¡Te lo exijo!

-¡Es que esto no puede ser! ¡Esto parece salido de algo totalmente surreal! -exclamó Kahlen.

Anne se quitó las manos de Alexandria de sus hombros. Sus uñas se le clavaban en la carne y la lastimaban, pero entendía el dolor que su amiga debía de estar sintiendo. Con calma, porque sabía que alguien tenía que guardarla en ese momento, le pidió a Kahlen.

-¿Me puedes facilitar tu *laptop*?

-Enseguida. -Kahlen voló por su computadora mientras Alexandria luchaba por contener su desesperación. Sentía que su garganta estaba a punto de romperse en mil pedazos.

-Alex, contrólate, por favor. Si no te controlas, no puedo mostrarte nada -pidió Anne.

-¡No me pidas que me controle! ¡No te das cuenta de que acabas de poner mi mundo boca arriba y que tal parece que el hombre que llevo amando por años con toda mi alma me ha mentido y me ha ocultado que tiene un hermano gemelo! ¡Dios mío!

Kahlen llegó corriendo con la *laptop* abierta y Anne, inmediatamente, ingresó a Internet, directo al blog inglés donde había encontrado la nota sobre el cuarto miembro de Shining Stars, donde aparecían las imágenes del otro Aidan con Chad, Leo y Sophie y donde mencionaban que era él quien hacía los arreglos musicales y era el autor de las canciones del grupo. Alexandria, al ver las fotos, sintió que se desplomaba, pero Kahlen la sostuvo.

-¡No! ¡No es posible! ¡Pero si es Aidan!

-No, Alexandria. ¡Él no es Aidan Alexis! ¡El que estás viendo es el hermano gemelo de tu novio! ¡Te presento a Aidan Alexander McCarthy, el hermano gemelo de Aidan Alexis McCarthy, nacido en Inglaterra y heredero, al igual que tu novio, del cincuenta por ciento del corporativo hotelero!

-¡Mi Dios! -exclamó Kahlen -¡Es idéntico! Juraría que es el novio de Alex.

-¡No! Seguramente es Aidan, ahora que fue a Inglaterra y..

Era claro que Alexandria estaba en total etapa de negación. Así que Anne arrebató la computadora de sus manos y buscó el blog donde había encontrado la foto de los pequeños gemelos, en la fiesta de cumpleaños donde aparecían juntos con Alistair y Arabelle McCarthy.

-De acuerdo, si no crees las imágenes que te acabo de mostrar, entonces tendrás que creer en esta. Mira por ti misma este artículo de hace años.

Kahlen y Alexandria se fijaron en el artículo que hablaba de la fiesta de cumpleaños infantil de los gemelos McCarthy, en el cual decía que Aidan Alexander había salvado de ahogarse a su hermano Aidan Alexis, y la foto donde posaban con su abuelo Alistair y su madre. Al ver a los dos pequeños iguales, Alexandria empezó a hiperventilar.

-No, ¡no! ¡No, no puede ser! ¡No puede ser!

-¡Alexandria! ¿Qué te ocurre?

-Kahlen... -La rubia ni siquiera podía articular bien las palabras-. Aquí dice que el gemelo que salvó de ahogarse al otro fue Alexander, ¿verdad?

-Sí, aquí lo dice claramente...

-¿Qué importa eso? -Anne de pronto no entendía nada. Alexandria se levantó y de sus ojos empezaron a brotar lágrimas ardientes. Kahlen corrió a abrazarla.

-Dios mío... ¡Dios mío! ¡Dime que no es cierto!

-¿Que no es cierto qué? -Anne preguntó ya espantada.

-Alexis, el novio de Alex, es hidrofóbico. -Kahlen miró de manera sombría a Anne-. Jamás ha podido ni siquiera flotar ni meterse en una alberca. Le da terror el agua.

-¿Y?

-Pues que la razón por la que Alex y Alexis se pelearon y por la que él le trajo a Shining Stars para que le cantaran su canción en el Rainbow Room fue que, cuando iban a tener una cena romántica en un club súper exclusivo, un niño se estaba ahogando en la alberca y Aidan Alexis se arrojó y lo salvó. Nadó hasta él como un profesional.

-¿Qué? -Anne puso ojos de extrañeza-. Un hidrofóbico jamás haría algo así.

-Exactamente -dijo Alexandria-. Aidan me dijo que cuando fue a Inglaterra decidió vencer su miedo y que aprendió a nadar. Lo entendí, me lo explicó de una manera muy lógica, pero ahora... Si desde niño, como este artículo lo dice, no sabía nadar y su hermano gemelo sí...

Anne y Kahlen voltearon a verse. Alexandria se dejó caer en el piso y comenzó a llorar amargamente.

-¿Con quién he estado estos días? Si el hermano de Aidan vivía en Inglaterra y él se fue allá y apenas volvió y ha comenzado a comportarse de manera un poco diferente a lo habitual... ¿Quién está conmigo? ¿Quién volvió a Nueva York? ¿Mi novio o su gemelo?

Kahlen se quedó muda y Anne, cerebral, intuitiva e intelectual hasta la médula, se hincó ante Alexandria y le respondió:

-Amiga, yo no sé, pero me queda claro que el Aidan que yo he tratado es mucho más hábil y audaz para los negocios administrativos que el que yo recuerdo. Y si dices que el Aidan que está a tu lado sabe nadar y tu novio es hidrofóbico...

-Y si contamos con que este Aidan es amigo íntimo de Shining Stars... -añadió Kahlen.

-¡No! Me rehusó a creer que mi novio se haya prestado a un intercambio de identidad

-Bueno -dijo Anne-, supongamos por un momento que, efectivamente, el Aidan que está aquí no es Alexis, es Alexander. La pregunta no es por qué se prestó a un cambio de identidad. - Alexandria y Kahlen la miraron-. La pregunta importante y trascendental aquí que debes hacerte es si los gemelos se intercambiaron, ¿dónde está Aidan Alexis?

Darien y Aidan bajaron de la limusina. Darien le deseó buenas noches a su hijo y se fue directamente a sus habitaciones. Aidan iba a hacer lo mismo cuando se topó con la dama de

compañía de su madre, que parecía muy agitada.

-¡Joven Aidan!

-¿Diane? -El pelinegro se acercó a la muchacha-. ¿Qué haces? Deberías de estar ya descansando en tu cuarto.

-Es que la señora me pidió que le dijera que lo está esperando en el cuarto prohibido. Ya sabe cuál.

-Ah, sí. -Aidan inmediatamente supo que se refería a su verdadero cuarto-. ¿Pero qué hace mi madre ahí a estas horas?

-Ay, joven, yo que usted iba rápido con su mamá. Se metió ahí y, de pronto, se oyó un grito lastimero. Fui a ver qué pasaba, pero su mamá solamente me ordenó que le dijera que lo esperaba ahí.

Aidan sintió un escalofrío recorrerle la espalda y un profundo temor empezó a hacer mella en él. Sin dudarle, agradeció a Diane y salió casi corriendo al cuarto donde lo esperaba su madre. Abrió la puerta de par en par y la encontró sentada, con el maquillaje corrido y sujetando contra su pecho la copa de oro y plata donde se encontraban las cenizas de quien un día había sido su hermano gemelo. Aidan se quedó aterrado y solo pudo murmurar: -Mamá...

-Entra y cierra la puerta, hijo.

Aidan obedeció como un autómatas, pero no quería voltear a ver a su madre. Todo estaba perdido. Seguramente, su madre ya había leído la inscripción. Seguramente, ya sabía qué contenía la copa. ¿Qué iba a decirle? Y fue cuando Arabelle, con increíble dolor en su voz, al ver que Aidan no volteaba, le susurró:

-¿Alexander?

-¿Qué? -Aidan no supo que responder.

-Aidan Alexander McCarthy, tú eres mi niño, Aidan Alexander. El niño que me fue arrancado de mis brazos siendo un adolescente y que le dijo a su hermano Aidan Alexis que me cuidara de su padre y que no volví a ver en muchos años hasta el día de hoy, que sé la verdad. Tú eres mi Alexander.

-Mamá... ¿de dónde sacas eso? -Aidan volteó e intentó mantener la mentira por el juramento hecho a Alexis, pero ya Arabelle había puesto la copa sobre la cama y se había parado delante de él. Lo tomó por el rostro y lo miró directo a los ojos.

-¿Cómo no lo vi antes? Las estrellas en tus ojos son robadas. No son las de Alexis, son las de mi niño, Alexander. Las que aman la música, las partituras, tocar la guitarra y que no soportan verme sufrir, así que sácame de mi sufrimiento. Eres mi Aidan Alexander, ¿verdad?

Alexander no pudo contenerse más ante los ojos vidriosos de su madre, que buscaban la verdad.

-He estado muerta en vida por tantos años, buscándote, pidiéndole al Cielo que te trajera de nuevo a mí, que no me dejara morir antes de encontrarte. Ahora, dime, ¿eres tú mi Aidan Alexander? No me mientas. ¿Eres tú?

-¡Mamá! -Alexander se arrojó a los brazos maternos, que lo acogieron amorosos, y Arabelle se

soltó a llorar lágrimas de felicidad mientras Aidan sollozaba.

-¡Lo sabía! ¡Tenías que ser tú!

-¡Sí, mamá! ¡No puedo seguir callando! ¡Yo soy Alexander! ¡Yo soy Aidan Alexander!

-¡Hijo de mi alma! -Arabelle lo apretó más contra su pecho-. ¡Creí que me iba a morir sin jamás volver a verte! ¡Estás tan guapo como te imaginé! ¡Mi muchachito!

-¡Te amo, mamá! ¡No sabes lo difícil que ha sido para mí quererte como Alexis y no poderte decir que era yo!

-Corazón de mi vida... No sufras más. -Arabelle lo besó muchas veces y lo sentó a su lado en el borde de la cama-. Estamos juntos ahora. Y quiero que sepas que todos estos años te he buscado en mi pensamiento y no ha habido un solo momento en que mi alma no te haya encontrado...

-Mamá... -Alexander no sabía que decir.

-Pero, hijo, necesito que me expliques esto. -Arabelle tomó la copa de oro y plata y se la puso en las manos a Aidan-. Si tú estás aquí haciéndote pasar por tu hermano, ¿qué hace esta copa mortuoria con el nombre de Alexis grabado en ella?

Alexander no pudo controlar el llanto. Sabía que iba a herir a su madre en lo más hondo, pero no podía hacer nada. Sus más profundos temores sobre el juramento que le había hecho a su gemelo habían comenzado. Así que, sollozando, se hincó y Arabelle, adivinando lo que su hijo le diría, lo escuchó.

-Mamá, mamita, tú no sabes lo que yo he pasado desde que mi padre me corrió...

-Ya me contarás, pero ahora contéstame, hijo. No quieras suavizarme el golpe. Dime qué ha sido de tu hermano. ¿Dónde está Alexis?

-Aidan... Alexis está aquí. -Alexander tomó la copa y se la dio a Arabelle, que temiendo esa respuesta ahogó un horrible sollozo lleno de dolor.

-¡Dios mío, no! ¡No me confirmes esto! ¡No! ¡No puede ser! ¡Dios no puede quitarme un hijo, devolvérmelo y quitarme al otro! ¡No puede haber tanta injusticia!

-¡Mamita! ¡Escúchame! -Aidan la abrazó fuertemente y Arabelle se apoyó en él-. Alexis no quería que tú sufieras. De hecho, la idea era que nunca te enteraras.

-¿Cómo?

-Alexis estaba muy enfermo, mami. -Aidan comenzó a narrar la horrible desventura que llevó a sus últimos días a su gemelo-. Alexis descubrió que tenía un tumor en el cerebro y viajó a Inglaterra a buscarme. Pasó sus últimos días a mi lado y me hizo jurarle que, para no hacerlas sufrir ni a ti ni a su novia, yo volvería a Nueva York con su nombre, me haría pasar por él un tiempo y luego podría volver a mi vida, la que yo hice y me construí en Inglaterra cuando mi padre me corrió. Me hizo jurárselo en su lecho de muerte. Y yo no podía negarme. Él te cuidó todos los años que yo no estuve y ahora era mi turno de cumplir. Mamita, por favor, ahora yo te cuidaré. No te enojas con él. No te enojas conmigo. Alexis siempre te amó y yo siempre te voy a amar.

-¡Hijo de mi alma! -Arabelle abrazó fuertemente a Aidan, que la estrechó contra su pecho-. ¿Por qué? ¿Por qué la vida ha sido tan injusta con mis dos niños adorados? Yo hubiese dado todo por

verlos felices y juntos, y ahora ¿qué hago con este dolor que jamás se irá?

-Lo compartiremos. -Aidan limpió las lágrimas de su madre-. Yo te protegeré y te libraré del maldito de mi padre y salvaré el corporativo de mi abuelo. Te lo juro, mamá. Se lo juré a Alexis y ahora te lo juro a ti. ¡Te lo juro!

-Si tu padre se entera...

-¡No debe enterarse, mamá! ¡Por favor! ¡Guarda el secreto! -imploró Alexander.

-No te preocupes, hijo, pero tendrás que contarme todo lo que pasó Alexis allá contigo y todo lo que tú has hecho este tiempo. Tenemos tanto tiempo que reponer, mi niño.

-Lo que tú quieras, mamá. Pero no olvides que, mientras hago caer a mi padre, tienes que seguir llamándome Alexis o, si no, todo estará perdido.

-Recuerda -dijo Anne-, si quieres saber qué está pasando, actúa como si nada.

-Tú normal, amiga -apoyó Kahlen después de comprobar que Alexandria estaba controlada.

-Pero no olvides que, mientras haces caer a Aidan Alexander, tienes que seguir llamándolo Aidan Alexis o, si no, todo estará perdido.

La revelación

Aidan dejó a su madre en sus aposentos y se encerró en la habitación de Alexis, ahora suya. Se dejó caer en la cama y no podía creer que ahora su madre era su cómplice. Por un lado, le entristecía que su madre sufriera al enterarse de que él no era su gemelo y que Alexis estaba muerto. Pero, por el otro, se alegraba de por fin poder amar a su madre de nueva cuenta como él, como Alexander.

Sin embargo, había otras dos cosas que todavía no se solucionaban: Alexandria y Shining Stars. Había prometido separarse de Alexandria y también había trabajado arduamente en los arreglos para *Buscando Estrellas*. Las dos cosas eran devastadoras. Se puso el pijama y, antes de quedarse dormido, no pudo evitar susurrar en la oscuridad: -¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Anne llegó al día siguiente muchísimo antes que Aidan. Arribó a la par de Jennifer, que se sorprendió al ver a la pelinegro tan dedicada en su trabajo.

-No por llegar temprano te van a pagar horas extras, Anne -le sonrió Jennifer mientras preparaba café y Anne se disponía a entrar a la que era su oficina temporal.

-Lo sé, pero mientras más rápido termine esto, más pronto me pagarán.

-Honestamente, no quisiera estar en tus zapatos. Revisar cuentas y cuentas...

De pronto, fueron interrumpidas por una voz masculina que hizo que las dos se estremecieran.

-Señorita Gregory, ¿podría hablar con usted? Buenos días, Jennifer.

-¡Señor Darien! Buenos días, ¿le sirvo café? -La secretaria se descontroló al ver al padre de Aidan y casi se le cae la cafetera mientras Anne, calmada, le sonrió a Smith.

-Sí, con todo gusto. ¿En su oficina o en la mía?

-Ambas me pertenecen. No lo olvide, señorita Gregory -recalcó Darien con cierto retintín-. Le recuerdo que usted ni siquiera es personal de tiempo completo del corporativo. Pero entremos a lo que usted llama «su oficina». ¡Jennifer! ¡Dos cafés!

-Enseguida, señor.

Tanto Anne como Darien entraron y él tomó el asiento principal. Anne no se inmutó.

-Señorita Gregory, he decidido que sus servicios no serán requeridos después de todo.

-¿Cómo? -Anne frunció la frente, sorprendida.

-Mi hijo y yo estuvimos hablando ayer, y creo que tanto él y yo coincidimos que no es necesaria la auditoría.

-Pero, señor Smith, ¿a qué estamos jugando? -Anne habló firme y decididamente-. Una auditoría de este tipo no es un juego. Yo ya empecé mi trabajo y...

-Se le pagará el servicio que ya haya iniciado. Pero quiero que recoja sus cosas y se vaya de «su oficina» -Darien hizo comillas con las manos- para cuando termine el día. Y me entregará exclusivamente a mí lo que haya realizado hasta ahora.

-Discúlpeme, señor Smith, pero el contrato que yo firmé lo hice directamente con su hijo y solo él puede rescindirlo.

-¡Lo rescindo yo y es suficiente! -Darien levantó la voz, acostumbrado a mandar y ser obedecido, y Anne se levantó a su vez de su asiento.

-¡Pues déjeme decirle que soy una profesional, sé de mis derechos laborales y aquí el único que me puede rescindir el contrato es su hijo Aidan! Así que me va a disculpar, pero mientras su hijo no sea el que me diga que me detenga en realizar esta auditoría, no me voy a detener. Él es mi jefe directo y al que tengo que darle cuentas.

-No le conviene desafiarme, señorita Gregory -amenazó Darien con voz baja-. Mejor por las buenas entrégueme todo y váyase hoy mismo.

-Mi respuesta es negativa, señor Smith. Por las malas y le entrego todo a su hijo -Anne sentenció sin una pizca de miedo.

-De acuerdo. -Darien se levantó con su taza de café en la mano-. Solo después no diga que no se lo advertí.

Darien se fue de la oficina y Anne, pálida, se puso como loca a sacar cuentas, cheques, saltándose algunas normas, pero yendo directo a las cuentas principales, donde sabía que podía encontrar desfalcos, de haberlos.

-Tengo que apurarme. Creo que Aidan tiene razón. Si no la tuviera, ¿por qué su padre quiere correrme?

Y a toda velocidad, empezó a ingresar información a su *laptop*.

Aidan tocó a la puerta de la casa de Alexandria. Sabía que tenía que ir al departamento de Alisha para practicar los arreglos con la banda y que después tenía que ir a la oficina para revisar el trabajo de Anne, pero no podía resistir no ver a su princesa. Mientras durara la farsa, iba a grabarse a fuego la cara de la rubia, sus ojos celestes, su sonrisa. Pero grande fue su sorpresa cuando una Alexandria totalmente abatida e indiferente le abrió.

-¡Ah! Eras tú.

-¡Princesa! ¿Qué tienes? ¿No dormiste? ¿Qué son estas ojeras? -Aidan tomó en sus manos el rostro femenino y estuvo a punto de besarla en los labios, pero Alexandria, confundida y abatida por todo lo que había platicado con Anne y Kahlen la noche anterior, retiró la cara a un lado. Aidan se quedó estupefacto-. ¿Qué te pasa?

-Nada -contestó con desgana-. ¿Qué habría de pasarme? Tengo el novio más maravilloso del mundo, conocí a Shining Stars, tengo amigas que me quieren y, sin embargo, me siento fatal. ¿No puedo estar así por un día?

Aidan sudó frío. Si así se sentía Alexandria un día cualquiera, ¿qué pasaría el día que él la dejara? Sin importarle nada, la abrazó y la apretó contra su pecho. La rubia tuvo el instinto de zafarse, pero no pudo. Se dejó abrazar por aquel hombre extraño para ella, aquel gemelo de su novio que estaba usurpando una identidad, pero que, a pesar de todo, se portaba con ella estupendamente.

-¡Princesa! No digas eso. -Aidan le dio un beso en su brillante cabello rubio y Alexandria luchó por contener un sollozo-. Dime qué quieres y te lo daré. ¿Malteada de chocolate para desayunar?

-¿Cómo crees? -Alexandria se zafó del abrazo y se dejó caer en su sofá mientras Aidan la miraba confundido.

-Princesa, no me gusta verte así. Cuéntame de tu tristeza, de tu desgana. Aquí estoy, aquí estoy para quitarte del camino todo lo que te moleste, todo lo que te haga sufrir. Tú sabes que yo daría mi vida por ti. -Aidan lo dijo de manera sincera mientras se hincaba al lado de la rubia y fue Alexandria quien contraatacó.

-¿Darías tu vida?

-¡Por supuesto que sí! ¡Sin dudar! ¡Te amo! ¿No lo entiendes? ¿No lo sientes? ¿No lo sabes? ¿No comprendes que cuando te veo triste mi mundo se desmorona y siento que soy un completo inútil?

Alexandria de pronto arqueó una ceja. Aquella declaración no podía ser una mentira. Miró los ojos azul zafiro de Aidan y, de pronto, desesperada, lo abrazó y lo volvió a mirar directo a los ojos.

-Aidan... ¡Aidan! ¡Júrame que lo que acabas de decirme es verdad!

-¿Jurarte que te amo como un completo idiota? ¡Te lo juro! ¡Te lo juro una y cien veces! -Aidan tomó la mano de Alexandria y se la besó. La rubia sintió un escalofrío que le recorrió hasta los huesos. ¿De verdad aquel era el gemelo de su novio?

-¿Qué tanto me amas?

-Alexandria, princesa, bombón... -Aidan se aclaró la garganta y dejó que las palabras de Alexander y no las de Alexis salieran de su boca-. Te amo como no pensé que pudiera amar a alguien. Te amo porque me enseñaste a besarte sin miedo. Te amo porque tú haces que yo quiera ser mejor persona. Te amo porque soy capaz de renunciar a ti si eso te hiciera feliz. Te amo porque quisiera dedicarte mil y una canciones y daría lo que fuera por tener el poder divino de tocar un solo latido de tu corazón y saber que ese latido es por mí. Te amo porque, sin saber que existías, eras mi motor para seguir adelante. Te quiero, Alexandria, porque te quiero y no tengo otra razón para quererte. Y si algún día dejaras de amarme, yo siempre estaría ahí por ti... porque quiero ser siempre el aire que respire, robaría el sol del cielo solo por ti, para que brillara por siempre en tus cabellos. Te amo porque sí.

Alexandria, al oír aquella confesión tan honesta y tan sincera, no pudo evitar lanzarse a los brazos de Aidan, que la recibieron amorosos y ella fue quien buscó la boca masculina. Aidan no pudo evitar besarla, primero, con dulzura y, luego, con una pasión desbordante. Alexandria se dejó llevar y, cuando Aidan dejó de besarla, Alexandria lo jaló hacia ella.

-No, no te detengas. Bésame otra vez. Bésame muchas veces.

Aidan lo hizo y la besó de mil maneras. Entonces fue que Alexandria empezó a desabotonarle la camisa. La temperatura de Aidan empezó a subir y él sintió que estaba ante una tentación demasiado fuerte y peligrosa.

-Corazón... Princesa... Si te sientes mal, no es el momento.

-Entonces hazme sentir bien. -Alexandria le besó la comisura de los labios y se puso frente a él. Estuvo a punto de quitarse la blusa para quedarse semidesnuda delante de él, pero Aidan la detuvo con un beso cariñoso.

-Princesa, así como estás... no estaría bien.

-¿Y no recuerdas aquella vez en que también estaba triste e hicimos el amor en la casa de Kahlen cuando se fue de vacaciones? -Alexandria, de pronto, jugándose el todo por el todo, lanzó al aire aquella mentira. Ella y Alexis jamás habían tenido relaciones. Era el momento de saber si estaba con Alexis o con Alexander.

De una cosa estaba segura. Fuera el que fuera, amaba con todas sus fuerzas al hombre que estaba delante de ella. Pero tenía que saber. Y esperó la respuesta.

Aidan palideció, pero por su mente pasaron muchas cosas. ¡Maldición, eso no lo sabía! ¿Cómo saber si Alexis había hecho a su princesa su mujer? ¡Era lógico! Llevaban años de novios. Así que optó por responder lo lógico.

-Sí, princesa, lo recuerdo. ¿Cómo no recordarlo? -Aidan besó la nariz de Alexandria y la rubia se quebró en sollozos. Se dejó caer al piso al darse cuenta de la verdad y Aidan, sin saber qué estaba pasando, la recogió entre sus brazos. Alexandria se aferró a él, pero no dejaba de llorar.

-¿Qué tienes? ¡No me asustes! ¡Princesa!

Alexandria, con debilidad, se soltó de los brazos del hombre que ahora amaba con todo su corazón, pero no olvidaba a su novio. ¿Dónde estaba? El que tenía delante era Alexander. Así que limpió sus lágrimas, se levantó y miró a Aidan de manera triste.

-Mucho gusto. Alexandria Sumner. Aidan Alexis McCarthy y yo jamás estuvimos juntos en la casa de Kahlen. Gusto en conocerte, Aidan Alexander. ¿Podrías decirme dónde está mi verdadero novio?

-¡No puedo creer que aún no llegue el muchacho! -Beau estaba exasperada por el retraso de Aidan mientras Chad y Leo practicaban con los instrumentos. Sophie había practicado la noche anterior los coros y estaba estudiando los solos de la batería que Aidan le había dejado en los arreglos.

-Cálmate, Beau. -Caridee la tomó de los hombros-. Seguramente, viene en camino.

-¡Me urge saber si, en su opinión, será un dueto o solo Chad cantará la canción y Sophie se limitará a los coros!

-¿Podría sugerirte algo, jefa? -Leo se atrevió a interrumpir el diálogo de sus dos mecenas.

-¿Qué?

-¿De verdad piensas dejar para siempre a Fighter detrás del escenario? ¿Nunca has considerado la posibilidad de que se nos una como guitarrista y voz?

-¿Qué? -Beau se lo quedó mirando y Chad también se acercó.

-La verdad, ayer que estuvimos haciendo arreglos, Aidan cantaba para darnos las notas y tiene una voz excelente. Creo que tiene el tono de voz preciso que nos hace falta en el grupo. Aidan

alcanza unas notas que ni Sophie ni yo podemos alcanzar.

-¿Es cierto eso, Sophie? -Caridee se dirigió a la pelirroja, que no había dicho ni una sola palabra.

-Lo que dicen los chicos es totalmente cierto. Tú comprobaste por ti misma en el sencillo *Capricho* que la guitarra que dio el éxito a la canción no fue la de Leo, fue la de Fighter. Y ayer, cuando estuvo dirigiéndonos a Chad y a mí en la voz, fue algo hermoso oírlo.

-De verdad, jefa, ¿por qué no consideras meter a Aidan como parte del grupo y sacarlo de las tinieblas? -insistió Leo.

Caridee y Beau se miraron. En ese momento, entró Alisha.

-¡Alisha! -Beau llamó a su amiga-. Tú conoces a Fighter más que nadie, ¿alguna vez lo oíste cantar?

-Cantar, no. Pero llegué a oírlo practicar la guitarra. Es un prodigio. Por algo lo tienes como tu arreglista, ¿no?

-Beau, Aidan nos dijo que lo que más le dolía era no poder cantar la canción de su hermano porque sentía que tenía que ser él. ¿Y si cuando venga le decimos que haga la voz principal, lo oímos y, de acuerdo a lo que oigamos, decidimos?

-Pero, Caridee, el grupo es de tres, ¡no de cuatro!

-Eso se puede arreglar. -De pronto Sophie volvió a hablar y todos voltearon a verla-. Si tú oyes a Aidan y decides que él tiene el talento, yo me salgo de Shining Stars.

-¿Qué? ¿Estás loca? -casi gritó Beau.

-No, no estoy loca, pero sí estoy enamorada. Y dudo mucho poder seguir resistiendo ver al amor de mi vida enamorado de otra. Así que, si tú decides que Aidan tiene el talento para entrar al escenario como vocalista y guitarrista, yo tendré el pretexto para irme y alejarme... y sanar mi corazón.

Habían pasado cerca de cuatro horas y Anne se había enfocado en los cheques firmados por Arabelle McCarthy y en los cobros que se realizaban, y todos tenían el mismo detalle. Los cheques se emitían por determinada cantidad, pero de la chequera de Darien Smith solo se expedían por la mitad del monto total firmado por su esposa. Era claro que aquello era un desfalco. ¿Pero dónde estaba el cincuenta por ciento que le restaba a esos cheques? Mientras no encontrara la cuenta donde se depositaba el dinero, no podía comprobar desfalco.

Anne sentía la cabeza a punto de estallar hasta que revisó las cuentas del padre de Aidan. Darien Smith manejaba dos cuentas. La del corporativo y su cuenta personal. Pero en la cuenta personal no había ni rastro del dinero que no se presentaba ante Arabelle McCarthy. ¿Dónde demonios estaba? Anne pasó entonces a revisar las cuentas de Aidan.

-¿Qué? Aquí hay algo que no cuadra.

Se encontró con la cuenta personal de Aidan y, de pronto, de la nada, un fideicomiso a nombre de Aidan Alexis McCarthy, cuyo propósito no estaba ni detallado ni explicitado ni nada.

-¿Fideicomiso? ¿A la edad de un chico de preparatoria? ¿Para qué? ¿Con qué propósito si se va

a hacer legalmente adulto en un par de años?

El fideicomiso a nombre de Aidan Alexis databa de la época en que Alexis había sido obligado a cambiarse de carrera. Y sin saberlo Anne, también en la época en que Alistair McCarthy había fallecido y Aidan Alexander había sido expulsado para siempre de la mansión y de la familia. Anne abrió la cuenta del supuesto fideicomiso que, al parecer, Aidan Alexis no conocía, puesto que no estaba su firma en ningún documento, y encontró la respuesta a sus plegarias.

-Vaya, vaya... Señor Smith, usted sí que es malévolo. Crea un fideicomiso fantasma a nombre de su hijo, que nunca firmó nada, y aquí me encuentro todo el dinero que falta en los cheques que le presenta a su esposa. Y hace uso de él sabiendo que su hijo es mayor de edad. Interesante, muy interesante.

-Ya lo sabías, ¿no es así? -Alexander se levantó sintiéndose derrotado frente a una Alexandria que sollozaba-. Por eso me tendiste esta trampa, ¡y yo caí como un idiota!

-¿Eres o no eres Aidan Alexander? ¡Contéstame! -Alexandria lloraba amargamente y lágrimas rebeldes también corrían por el rostro masculino.

-Lo soy. Sí, Alexandria. Yo soy Aidan Alexander McCarthy. Soy el gemelo de tu novio, Aidan Alexis.

-¡Mentiste! ¡Me mentiste! -Alexandria se dejó ir al pecho de Aidan para golpearlo, pero Alexander la agarró por las muñecas.

-Tuve que hacerlo, ¡no tuve otra opción! ¡Te juro que no la tuve, princesa!

-¡No me digas así! ¡Solo Alexis me llamaba así!

-¿Y sabes por qué te llamaba así, Alexandria? -preguntó Alexander con dolor-. Porque yo, sin conocerte, le dije que te llamara así cuando me habló de ti estando en la preparatoria Claremont. Porque aún sin conocerte, tú ya eras mi princesa y ya te amaba sin saberlo.

-¿Qué? -Alexandria se quedó estupefacta.

-Acúsame de lo que quieras. -Aidan lloraba lleno de dolor-. Pero esto no es mentira. ¡Esto no es una mentira! ¡Te amo! ¡Te amo y tú lo sabes!

Y diciendo esto, tomó a Alexandria entre sus brazos y la besó con tanta desesperación y anhelo que ella se aferró a él hasta que sus almas fueron una sola. No había mentiras. Solo amor. Y un juramento.

Ajustando cuentas

Aidan sentía que con aquel beso su alma al fin estaba siendo liberada. Ya no iba a mentir más, ya no se iba a hacer pasar por Alexis nunca más. Y Alexandria estaba correspondiendo a aquel beso donde se le estaba yendo toda el alma. Al fin se había confesado y esperaba que su princesa lo liberara de aquel peso tan terrible que representaba lo que le había jurado a su hermano en su lecho de muerte.

Alexandria, por su parte, se dejó llevar y sabía que estaba besando a Alexander, que no era su novio, que no era Alexis, aquel hombre que la había enamorado en la preparatoria Claremont, y no le importaba. No quería romper eso beso, pero, de pronto, la imagen de Alexis se cruzó en su mente y en los labios de Alexander que la besaban con anhelo. ¿Dónde estaba Alexis? Alexandria, con un gemido, rompió el lazo y Aidan suplicó.

-No, no, por favor, No te separes de mí, no lo hagas.

-Aidan... -Alexandria comenzó a hiperventilar-. Aidan, dime, por favor. -La rubia lo tomó por la barbilla y fijó sus celestes ojos en los zafiros de aquel hombre que ya amaba a su pesar, a pesar de saber que era un desconocido hasta cierto punto para ella-. Dime, por favor, por lo que más quieras, ¿dónde está Alexis?

Alexander no pudo evitar voltearse y dejarse caer en el piso y empezó a sollozar. En su mente, como una grabación aterradora, se vinieron las imágenes de su gemelo padeciendo su agonía en Inglaterra, al lado de Leo, Chad, Sophie y sus tutoras. Un gemido de dolor se escapó de su garganta y Alexandria se colocó al lado de él, aterrada por no comprender absolutamente nada.

-¡Aidan! ¡Contéstame, por favor! ¿Dónde está Alexis?

-Alexandria, yo... -Aidan no podía articular palabras. Sabía que cuando le dijera a Alexandria la verdad, todo acabaría. Ya no habría historia entre ellos dos.

-¡Dímelo ya! ¡Te lo exijo!

-Princesa, antes que nada... -Aidan se enjugó las lágrimas-, quiero que sepas que, si me hice pasar por mi hermano, no fue para herirte. Al contrario, el plan era que jamás te enterases que Alexis tenía un gemelo, que yo existía en este mundo.

-¿Pero por qué? ¿Por qué me lo ocultaron? -Alexandria ya estaba al borde de la histeria.

-Porque para mi padre yo dejé de existir cuando Aidan Alexis empezó a asistir a la preparatoria Claremont, cuando te conoció. Yo nunca iba a volver a Nueva York, pero hubo algo que hizo que Alexis fuera a buscarme a Inglaterra.

-¿Por eso se fue? No fue por negocios.

-Así es. Mi hermano no fue a Inglaterra por negocios. Alexis fue a buscarme para arrancar de mis labios el juramento que me trajo a ti.

-¿Qué? -La rubia estaba estupefacta. Aidan intentó tocarla, pero Alexandria se zafó, ya al borde

del colapso.

-Alexandria, necesito que respires muy profundo y te controles para que yo pueda decirte...

-¡Dímelo de una maldita vez!

-Alexis fue a buscarme a Inglaterra cuando se enteró que tenía un tumor inoperable en el cerebro.

-Aidan comenzó a derramar nuevamente abundantes lágrimas que no se preocupó en enjugar-. Lo último que quería era preocuparte a ti y a mi madre. No quería que ninguna de las dos se enterase.

-¿Y Aidan Alexis está allá? -Alexandria preguntó anhelante-. ¿Está atendiéndose?

-Alexandria...

-¡Dímelo ya!

-Mi hermano Alexis fue a buscarme hasta a Inglaterra para pasar sus últimos días a mi lado... y para pedirme que, cuando llegara su final, yo me hiciese pasar por él.

Alexandria, de pronto, gritó llena de dolor al comprender lo que Alexander estaba diciendo entre líneas y la abrazó con fuerza para evitar que la rubia cometiera una locura.

-¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Dime que no es cierto! ¡Alexis no puede estar muerto! ¡Me estás mintiendo! ¡Él está vivo! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Tiene que ser así!

-¡Alexandria, contrólate! Yo qué más quisiera que Alexis estuviera vivo, ¡pero no es así! Alexis arrancó de mis labios el juramento de que, para que tú y mi madre no sufrieran, yo me haría pasar por él, descubriría los desfalcos de mi padre y después, de una manera gradual, me separaría de ti, de manera que te decepcionaras de él para que no lo odieras. Yo le tuve que jurar en su lecho de muerte que haría esa transición haciéndome pasar por él.

-¡No! ¡No! -Alexandria peleaba entre los brazos de Aidan, llena de dolor, mientras él continuaba confesando.

-¡Te lo juro que yo no quería! Pero yo no podía negarme a la última voluntad de mi hermano. Verlo morir de esa manera tan horrible, con esa agonía que me lo arrebató. -Las lágrimas de Aidan se confundían con las de ella-. ¡Pero yo no contaba con que me iba a enamorar como un loco de ti! Además, Chad, Leo... me lo advirtieron y...

-¡Un momento! -Alexandria tomó fuerzas para zafarse de los fuertes brazos de Aidan y lo miró con ira-. ¿Quieres decir que ellos saben?

-Sí... Mi hermano se hizo amigo de ellos. Ellos estuvieron conmigo cuando él murió.

-¿Cómo pudiste...? -Alexandria abofeteó a Aidan y se enfrentó a él sin que Alexander intentara defenderse-. ¿Cómo pudiste entonces traerlos para que me cantaran la canción que Alexis me dedicó? Eres abominable. -Alexandria se dirigió a la puerta, la abrió de par en par y gritó llena de rabia mientras no controlaba su llanto-. ¡Lárgate! ¡Lárgate ahora mismo! ¡No quiero volver a verte en toda mi vida! ¡Eres un maldito impostor!

-Princesa... No... -Aidan se hincó ante ella, pero Alexandria siguió gritando llena de dolor y de rabia.

-¡Levántate y lárgate! ¡No quiero saber nada de ti! ¡Eres un maldito farsante! ¡Lárgate!

Aidan se levantó como un guiñapo del piso y, antes de cruzar el umbral de la puerta, susurró a

Alexandria:

-Que sea como tú quieras. Pero si en un inicio lo hice por el juramento a mi hermano, después lo hice por amor a ti.

Aidan salió derrotado y Alexandria azotó la puerta llena de dolor para dejarse caer.

-¡No! ¡No! ¿Por qué? ¿Por qué?

Beau ya estaba al borde de un ataque de nervios cuando por fin sonó el timbre del departamento. Caridee abrió y se topó con un Aidan totalmente derrotado y con los ojos hinchados de llorar. Sophie corrió hacia él y Alisha, inmediatamente, lo abrazó.

-¡Aidan! ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Acaso tu madre...?

-No. Ella está bien.

-¿Qué tienes? -preguntó Sophie solícita mientras Leo y Chad lo miraban desconcertados y Caridee le pasaba un vaso de agua.

-¡Todo ha terminado entre Alexandria y yo!

-¿Quieres decir que...? -la violinista intentó completar la frase, pero Aidan se adelantó.

-¡Lo sabe todo! ¡Descubrió que yo no soy Alexis! ¡Tuve que confesarle la verdad y ahora me odia y me detesta con razón! ¡Jamás volveré a verla!

-Pero... ¿le explicaste? -Chad preguntó.

-¡Sí! ¡Le expliqué todo, pero me odia! ¡Y la entiendo! ¿Cómo te sentirías de saber que tu pareja se fue, la suplantaron y ahora está muerta y nunca te podrás despedir de ella?

Todos guardaron silencio y dejaron que Aidan se controlara. Sophie se acercó a él, cautelosa.

-La entiendo, y también te entiendo a ti. Los entiendo a los dos porque sé lo que es estar enamorada y sé que debes sentir que tu alma está destrozada.

-Como no tienes una idea...

-Fighter -Sophie se inclinó ante él-, tal vez no sea el mejor momento, pero he decidido dejar Shining Stars...

-¿Qué? -Aidan se le quedó viendo y de pronto olvidó sus pesares.

-Y lo voy a hacer porque solamente tú puedes cantar *Buscando Estrellas*. Shining Stars debe ser ahora formado por Chad, Leo y tú, Aidan, pero te queda mejor como nombre artístico tu apodo, el que te dio Beau, Fighter. Y si Alexandria escucha la canción que compusiste con Alexis, estoy segura de que tendrá que entender.

-¿Pero de dónde sacaste esa idea? Yo solo soy el arreglista y a veces hago la guitarra.

-Porque, al igual que tú, también necesito sanar mi corazón y tú debes sanarlo cantando. Es tu destino, Fighter, y estoy segura de que Alexis estará feliz de saber que tú cantas.

-Pero...

-Opino igual -apoyó Caridee-. Cuando Sophie lo sugirió no estaba muy segura, pero creo que tiene razón.

-Nosotros también -dijo Leo-. Has estado demasiado tiempo en la oscuridad, es hora de que te conviertas en estrella.

-Has dejado tus sueños a un lado. Primero, por tu padre; luego, por el juramento a tu hermano. Es hora de pensar en ti y, si Alexandria no ve lo talentoso y buena persona que eres, al menos sigue tu destino. -Chad abrazó a Aidan y fue cuando Beau abrió por fin la boca.

-Bien, Fighter, ¿estás listo para convertirte en el nuevo vocalista de Shining Stars?

-Pero... -Aidan se sentía conmocionado y abatido al mismo tiempo.

-Tu madre ya sabe que eres Alexander y Alexandria también. Estoy segura de que pronto te darán la noticia de que tu padre está en la cuerda floja. Será tiempo de volver a la normalidad. ¿Aceptas el reto? Dijiste que nadie más que tú deberías cantar el sencillo.

-¿De verdad? ¿En serio me estás ofreciendo ser el vocalista?

-Sí. Tal vez no hoy. Quizás mañana. ¿Cuándo grabamos?

Aidan sonrió por primera vez en todo el día y solo atinó a decir:

-Gracias, te prometo que no voy a fallarte. Al menos no a ti, ya que le fallé a la persona que amo.

Anne, después de horas de estar sumergida en papeles, al fin tenía los cheques que comprobaban los desfalcos que, por años, Darien Smith había estado haciendo a través del fideicomiso falso a nombre de Aidan Alexis McCarthy. No cabía la menor duda de que había sido una movida inteligente y de que, debido a eso, Darien había hecho una fortuna propia a costa de su esposa y de su hijo de una manera «aparentemente legal» y maquiavélica, puesto que, de ser expuesto, salvaría su trasero al incriminar a su hijo. Anne ya estaba furiosa para cuando había terminado de ordenar las copias de los cheques firmados en una pila de *folders*. Inmediatamente, llamó a Jennifer.

-¿Sí, Anne?

-¿Aidan ya volvió a la oficina?

-No, pero creo que ya no debe tardar.

-¿Su padre sigue en el corporativo?

-Creo que sí. Ahorita lo verifico, ¿por?

-Si pregunta por mí, dile que ya me fui -suplicó Anne.

-¡Pero no le puedo mentir al señor Smith! -renegó Jennifer-. ¡Un momento! ¡Aidan viene llegando! Deja, lo envío a tu oficina.

Anne colgó y esperó pacientemente a que Aidan apareciera. No pasaron ni cinco minutos cuando entró.

-¿Qué ocurre, Anne? Jennifer me dijo que quieres hablar conmigo y que no quieres que mi padre sepa que estás aquí.

-Bueno, tu padre esta mañana intentó correrme y que le entregara todos los papeles. Definitivamente, creo que tiene miedo de lo que yo pudiese encontrar en esta auditoría. Lo que me hizo pensar que, probablemente, tú tenías razón y que había algo oscuro.

-¿Y? -Aidan, de pronto, estaba ávido de información.

-Tenías razón. Y me salté algunos pasos, analicé la información financiera de... perdón, la tuya.

Aidan se le quedó mirando a Anne, quien cerró los ojos ante su error. Se acercó a ella sin inmutarse y la miró.

-¿Tú también lo sabes?

-¿Saber qué?

-No finjas demencia. Sabes que no soy Aidan Alexis, que yo soy Aidan Alexander, y seguramente te enteraste al haber analizado papeles desde la época de mi abuelo Alistair. Y, probablemente, también hayas tenido que ver con que Alexandria me haya descubierto. Y ni se te ocurra negármelo. Eres muy inteligente, Anne Gregory, pero yo también lo soy. No me subestimes. Lo sabes.

Anne bajó la mirada apenada.

-Lo siento, sí. Lo sé.

-Bien, entonces no finjas que estás hablándole a mi hermano. ¿Qué hay de lo que encontraste sobre mi padre? Y si quieres saber el chisme, investigalo, eres muy buena para eso.

Anne se sintió sumamente avergonzada y contestó:

-Tu padre creó un fideicomiso a nombre de Alexis cuando prácticamente él ya era mayor de edad. Y ha estado enviando fuertes cantidades a ese fideicomiso que, en términos legales, ya no debería existir. Eso es un fraude. Sin contar con que, de ser descubierto, a tu hermano lo hubiera incriminado. A raíz de eso, ha hecho una fortuna cuantiosa a costa de las ganancias del corporativo y del dinero de tu madre.

-¿Podemos probarlo?

-Por supuesto. Aquí están todos los cheques por orden de expedición que han sido enviados al fideicomiso. Aquí está la prueba. Con solo presentarle esto a tu madre, ella sabrá que no puede haber un fideicomiso a nombre de Alexis porque él ya es mayor de edad.

-Perfecto. Dame esos papeles y pasa con Jennifer por tu dinero. Y seré bastante generoso en pagarte. Te lo has ganado, Anne. -Aidan, al recibir los papeles, saboreó la victoria en los labios.

-¿Qué harás? -Anne preguntó.

-¿No es evidente? Mi padre dormirá esta noche por última vez en la mansión McCarthy. Ese hijo de perra va a pagar una por una las que nos hizo padecer. Así que más le vale que duerma bien su última noche como millonario.

El fin es el inicio

Kahlen llegó corriendo al departamento de Alexandria. No había podido contactarse con ella y, al parecer, su amiga había apagado su celular y descolgado el teléfono de su casa. Apenas llegó a la puerta, empezó a tocar con desesperación y a gritar.

-¡Alex! ¡Amiga! ¡Sé que estás ahí! ¡Ábreme, por favor! ¡Alex!

Nada. Silencio. Kahlen se desesperó aún más.

-¡Alexandria! ¡Por favor!

De pronto, un taxi llegó y Kahlen vio que Anne se bajaba de él. La rubia sintió un gran alivio de contar con alguien más.

-¡Anne! ¡Tienes que ayudarme! Alexandria no me contesta el teléfono y...

-Ya sé que fue lo que pasó. Con permiso. -Anne quitó con delicadeza a su amiga y tocó fuertemente a la puerta-. ¡Alexandria, abre de una buena vez! ¡Sabemos que estás ahí y ya sé que le dijiste a Aidan que él no era Alexis! ¡Así que ábrenos, por favor!

Kahlen palideció y ante aquella orden, Alexandria, por fin, abrió. Desencajada, abofeteó a Anne, que no alzó las manos para defenderse.

-¡Maldita! ¡Ya no sé si agradecerte u odiarte por abrir esta horrible caja de Pandora! ¿Por qué tenías que decírmelo? ¡Ojalá nunca me hubieras dicho nada y yo nunca lo hubiese sabido!

Kahlen, inmediatamente, abrazó a Alexandria para impedir que volviera a golpear a Anne y las tres se metieron dentro. La rubia seguía llorando amargamente y Anne, que seguía sumamente avergonzada por las palabras que le había dicho Alexander antes de entregarle el dinero por la auditoría hecha y darle los papeles con los que hundiría de una vez por todas a su padre, se sentó.

-Alexandria, perdóname. De verdad, nunca pensé... Bueno... Yo solo quería que supieras que el hombre que estaba a tu lado no era Aidan Alexis, pero no sé absolutamente nada más. Vine aquí porque mi trabajo ha terminado.

-¿Qué quieres decir? -Kahlen preguntó mientras Alexandria seguía refugiada en su pecho.

-Darién Smith, el padre de los gemelos, ha estado robando millones por años, ha cometido fraude. Creó un fideicomiso a nombre de Aidan Alexis y le ha estado robando a su propia esposa. Aidan Alexander me pagó por los servicios prestados y me dijo que él ya sabía que yo tenía que ver en que Alexandria supiera su verdadera identidad y que, si quería saber el resto, que lo investigara. Que, al fin y al cabo, era muy buena para eso. -Anne bajó los ojos avergonzada-. Me sentí como una cucaracha.

-¡Si tan solo te hubieses quedado callada! -gimió Alexandria.

-Pero, Alex -Kahlen le limpió las lágrimas con los dedos-, ¿qué pasó?

Alexandria respiró profundamente y suspiró derrotada, sintiendo que ya nada tenía remedio.

-Pues bien, Alexander vino, no me pude contener, lo descubrí... y me di cuenta de que, a pesar de

todo, yo ya estaba enamorada de él. Pero no sabía por qué había usurpado la identidad de Alexis. Yo quería saber dónde estaba el que un día fue mi novio.

-Desde luego.

-Y vino lo terrible. -La rubia se aclaró la garganta para no estallar nuevamente en sollozos-. Anne... Kahlen...

-¿Qué?

-Aidan Alexis está muerto.

-¡No puede ser! -Anne ahogó un grito y Kahlen se llevó la mano a la boca-. ¡Alexis está muerto y, si Alexander se hizo pasar por él, fue porque se lo tuvo que jurar a su hermano en su lecho de muerte! Alexis se fue de Nueva York porque descubrió que tenía un tumor inoperable en el cerebro. Fue a morir a Inglaterra a lado de su hermano gemelo, de quien fue separado por su padre cuando nos conocimos en la preparatoria Claremont, y Alexis le pidió que, para que yo no sufriera, Alexander se hiciera pasar por él. Que me decepcionara poco a poco para que yo dejara de quererlo. Pero no contaba con que él se iba a enamorar de mí.

-¿Y tú lo amas? -Kahlen preguntó.

-¡Eso no importa ya!

-¡Claro que importa! ¡Ya no puedes hacer nada por Alexis! ¡Él murió contigo en el pensamiento y por eso te mandó a su hermano!

-Me siento tan mal. -Anne empezó a derramar lágrimas y Kahlen la reprendió.

-Yo también, no debimos habernos metido donde no nos habían llamado. Pero ¿qué hacemos? ¡Alexandria! ¡No seas tonta! Si lo amas y él te ama a ti...

-¡Me mintió! ¡Ya nunca volveré a ver a Alexis!

-Estás cegada por la situación.

-¿De qué lado se supone que estás?

-Del lado del amor. Siempre.

Aidan llegó a la mansión. Deliberadamente, había esperado a que su padre lo hiciera primero. Le había dado instrucciones a Jennifer de que le dijera a su padre que había corrido a Anne Gregory, cuando en realidad le había pagado en su totalidad por la auditoría. Con los documentos que culpaban a Darien Smith por fraude, se coló en silencio en el despacho y mandó llamar a Diane.

-¿Joven Aidan?

-Diane, ¿mi madre está despierta?

-Sí, joven.

-¿Y mi padre?

-En cuanto llegó, se fue a dormir. Oí que le contaba al chofer que estaba muy orgulloso de usted porque había corrido a la auditora o algo así. Por eso su mamá no ha querido acostarse hasta que usted llegase.

-Muy bien, dile que la espero en el cuarto prohibido.

-Enseguida, joven.

La damita desapareció y Aidan se dirigió a su auténtica recámara. Inmediatamente tomó entre sus manos la copa con las cenizas de Alexis y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Hermano, Aid, he cumplido el juramento. En menos de doce horas todo habrá terminado. Nuestro padre pagará sus culpas y tu princesa... -Aidan hizo una pausa-, porque siempre ha sido tuya, jamás fue mía por más que en el fondo de mi corazón yo lo quise, seguirá su vida. Y no volveré a meterme en ella. Y tenías razón, Aid. Me enamoré de ella. Como un loco... Y daría mi vida por tu princesa con tal de que ella no hubiera derramado ni una lágrima el día de hoy. Y aun cuando tú estás muerto, ella sigue siendo tuya. Te ama. Y no sabes cuánto desearía ser tú.

De pronto, la puerta se abrió y Arabelle entró. Corrió a abrazar a su hijo

-¡Mi niño! Me tienes preocupada. ¿Qué es eso que despediste a la auditora?

-No, mami, no te preocupes, es lo que le hice creer a papá. Mira. -Aidan le entregó a su madre el folder donde estaban todos los cheques fraudulentos del falso fideicomiso a nombre de Aidan Alexis. Arabelle los miró, pero no comprendió.

-Pero, hijo, ¿qué es esto? ¿Un fideicomiso a nombre de tu hermano?

-Un fideicomiso falso. Un fideicomiso con el que tu marido se encargó de robarte por años y años millones del corporativo y de ganancias.

-No puede ser. Este fideicomiso asciende a millones de dólares.

-Anne Gregory lo pudo descubrir y hoy mismo le pagué. Con esto, podemos meter a la cárcel a papá y recuperar tu fortuna, restituirla al corporativo o incluso donar una parte a alguna organización sin fines de lucro dedicada al estudio del glioblastoma, de lo que nos arrebató a mi hermano -Aidan dijo entregándole a su madre la copa con las cenizas de su gemelo.

-Hijo...

-Y ... Alexandria ya sabe que yo no soy Alexis. Así que ya no habrá nada que nos ate aquí. Y me han ofrecido ser el vocalista del grupo donde yo trabajaba como arreglista musical y guitarrista ocasional. -Aidan bajó la mirada-. Mamita, ¡vámonos de Nueva York! El corporativo siempre lo podemos manejar donde sea. Fue idea de papá que lo manejáramos aquí, pero Alexis y yo nacimos en Inglaterra, y allá, al fin y al cabo, pasamos los mejores años de nuestra vida. Allá hice mis sueños realidad. ¡Volvamos a la verdadera mansión McCarthy!

-Como tú digas, hijo, yo te apoyaré. Yo solo quiero estar donde tú estés feliz. Y tienes razón. Volvamos a Inglaterra. Quiero estar donde tu hermano pasó sus últimos días. Que esta pesadilla se termine de una vez.

-Mañana por la mañana terminará y jamás me sentiré más orgulloso de llevar el apellido McCarthy.

Arabelle pudo ver los ojos cristalizados de su hijo y le levantó la barbilla.

-¿Y qué pasará con Alexandria?

-Ella no desea verme. Ella siempre amó a mi hermano. Yo solo fui el impostor de este juramento que mañana termina.

-No seas cruel, hijo. -Arabelle tomó las manos de Aidan entre las suyas.

-La vida es así. Alexis nació con estrella y yo nací estrellado.

Y Aidan lloró en el regazo de su madre como pocas veces lo pudo hacer de niño porque su padre no se lo permitía.

Darien se levantó a la mañana siguiente sintiéndose más descansado que nunca. Quería ver a Aidan en el desayuno para felicitarlo por haber despedido, por fin, a Anne Gregory. Se duchó, se vistió con su mejor traje, se puso el perfume más caro de todos los que tenía y bajó a desayunar. Se sorprendió al encontrar a su esposa en el lugar que él solía ocupar: en la cabeza del comedor. Y a su mano derecha, a su hijo. Extrañado, cuestionó a Arabelle.

-¿Y tú? ¿Podrías moverte de mi puesto? Quisiera desayunar y platicar con mi hijo a solas. Por cierto, Aidan, estoy muy orgulloso de ti.

-Yo soy la que está orgullosa de mi hijo y no. Si quieres desayunar, puedes ir a la cocina, querido. -Arabelle le sonrió a su marido con burla y suficiencia por primera vez en muchos años ante la mirada atónita de Darien-. Puedes ver si hay algo que sobre para desayunar y servirte con tus propias manos. Aquí ya nadie te servirá.

-¿Qué demonios estás diciendo? -Darien se llenó de ira y avanzó hasta su esposa con toda la intención de levantarla de su lugar, pero Aidan se interpuso.

-No lo creo, papá. No te atrevas a tocar a mamá.

-¡Alexis! ¡Quítate inmediatamente de en medio! -ordenó Darien, pero Arabelle ya estaba sonriendo.

-Mi querido esposo, siéntate. Me tomaré la molestia de explicarte por qué ya no serás nadie en esta casa, ni en el corporativo.

-¡Estás loca de remate! Mejor me voy a la oficina.

-Si sales de aquí sin oírme, te topará en la puerta de entrada con los policías que han venido especialmente a aprehenderte -amenazó Arabelle mientras Diane hacía su aparición detrás de ella.

-Es cierto, señor.

-Es cierto, papá.

-¿De qué demonios hablan? ¡Todos en esta casa están locos!

-¡Tú, maldito infeliz! ¡Tú eres el que intentó volverme loca todos estos años cuando me arrebataste a mi niño Alexander! ¡Y yo lo permití!

-Vaya. -Darien respiró aliviado-. Así que todo este teatrillo es por eso.

-¡Y por esto! -Arabelle se levantó y le aventó copias de todos los cheques del fideicomiso falso con el que su marido se estaba haciendo millonario-. ¡Aquí está la prueba de que hiciste un fideicomiso falso a nombre de Alexis y que me has estado robando a mí y al corporativo en nombre de mi hijo! ¿Qué dices a esto?

Darien palideció. Recogió los papeles del piso y se puso blanco. No contaba con que descubrirían el gran secreto. Y comprendió que Alexis no había corrido a Anne Gregory. Simplemente, había terminado el trabajo de auditoría. Se sintió traicionado y estafado por su hijo favorito y con todo el pesar de su alma, con lágrimas que amenazaban con salirse de sus ojos, se

dirigió a Aidan, que lo miraba con desprecio.

-Hijo, te pedí que corrieras a esa mujer. ¿Por qué me desafiaste?

-¿Y tú por qué hiciste ese fideicomiso a mi nombre? ¿Por qué tenías que robarle a mi madre? ¿Por qué tenías que desterrar a mi hermano? ¿Dónde queda todo el sufrimiento que nos has hecho pasar, papá? ¡Ni siquiera sé por qué me molesto en llamarte padre! ¡Un padre no hace lo que tú has hecho!

-Alexis, hijo, tú no vas a entregarme. -Darien se acercó a Aidan-. Tú eres el único hijo que reconozco. Te he hablado de cómo ha sido mi matrimonio con esta mujer. Con su padre. Ni siquiera tuve la oportunidad de darte mi apellido. Tu hermano tenía que irse. Era idéntico a tu abuelo, ese bastardo que hizo que renegara de mi carrera de médico, que me hizo sentir vergüenza de mis orígenes humildes tan solo porque tu madre y yo nos amábamos.

-¡Tú nunca me amaste! -gritó Arabelle-. Si tan solo me hubieras amado, no me hubieras herido donde más me dolía, en mis niños.

-¡Te dejé al mejor a tu lado! -gritó Darien-. Lo único que hice fue cobrarme mis servicios por haber tomado la presidencia del corporativo y el imperio hotelero McCarthy está mejor que nunca. Alexis lo sabe.

-¿Y a qué precio, papá? -Aidan gritó saliéndose de sus casillas-. ¿Con mentiras? ¿Alejándome de mi hermano? ¿Robando? ¿Tratando a mi madre peor que un trapo usado? ¿Tratando de arrebatarme a mi novia?

-A veces hay que sacrificar detalles menores y lo sabes, Alexis. Y tú no me mandarías a la cárcel, ¿verdad, hijo?

-¡Claro que te voy a enviar a la cárcel, Darien! -Arabelle lo amenazó y ordenó a su damita-. ¡Diane! ¡Que entre la policía! ¡Que saquen a esta carroña de mi casa!

-¡Mi hijo no lo va a permitir, Arabelle! -Darien se hincó ante Aidan y se abrazó a sus rodillas-. Hijo, mi querido Alexis, por favor, he cometido errores, pero siempre te he querido a ti. Siempre te preferí a ti, por encima de tu hermano, por encima de todo, siempre te preferí a ti.

La policía de pronto entró como tromba al comedor y empezaron a esposar a Darien, quien se resistía y solicitaba clemencia mientras le ponían las esposas.

-Se lo acusa de fraude, robo, mal manejo de recursos financieros y dolo. Todo lo que diga será usado en su contra. Tiene derecho a un abogado que se ocupe de su defensa y, si no tiene uno, el Estado se lo proporcionará.

-¡Alexis! ¡No permitas esto! -gemía Darien.

-¡Llévenselo! -ordenó Arabelle, pero, de pronto, Aidan detuvo a la policía. Le hizo señas a Diane y la damita llegó con la copa de oro y plata.

-¡Hijo! ¡Por favor! ¡Alexis, puedes detener todo esto! ¡Siempre te he querido a ti! ¡Tú eres el único hijo que tengo!

-No, no, papá. -Aidan besó en la frente a un esposado Darien-. Te equivocas. Le estás pidiendo clemencia a quien no debes. ¿Ves esta copa? -Darien se fijó en ella y Aidan la sostuvo al nivel de

sus ojos para que leyera la inscripción-. ¿Qué dice aquí, papito?

Darien entrecerró los ojos para leer la inscripción y, cuando vio lo que decía la copa y comprendió que estaba llena de cenizas, gritó como un lobo herido.

-¡No! ¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¿Quieres decir que Alexis está...?

-¡Mi hijo está muerto, Darien! ¡Alexis murió! ¡Y fue a buscar a...! -Arabelle iba a terminar la frase, pero Darien, completamente en *shock*, oyó claramente las palabras siguientes que tanto miedo tenía de oír.

-Fue a buscarme a mí. A mí, papito. Antes de que te vayas, de que purgues tu condena, veme muy bien. -Aidan le levantó la barbilla y lo obligó a mirarlo a los ojos-. Regresé, papi. Y tú me descubriste, me tuviste en tus manos y te engañé. Mírame bien. Porque volví del exilio gracias a Alexis. El que te está enviando a donde mereces no es tu hijo predilecto, es el hijo que odias y el que te da por fin lo que mereces. Yo soy Alexander. Yo soy Aidan Alexander McCarthy.

Shining Stars

Darien se quedó paralizado al escuchar aquella frase. Era como si resonara como eco en su cabeza.

-Yo soy Aidan Alexander McCarthy.

A su mente vinieron los recuerdos del gemelo que tanto odiaba, que tanto se parecía en carácter a su suegro y que, a pesar de todo, llevaba su sangre. Recordó cuando lo había obligado a aprender a nadar a pesar de que el pequeño tenía miedo al agua, al igual que su querido Alexis. Recordó también cómo le gritaba para impedirle que llorara cuando se burlaba de él. Cuando lo recluyó en la mansión a cargo de Alisha White mientras Alexis brillaba en la preparatoria Claremont y cuando Alexander lo enfrentó después de la muerte de su suegro, cuando le exigió que se convirtiera en contador público y abandonara sus sueños de ser músico. Recordó con claridad cuando lo golpeó y, corriéndolo para siempre, lo obligó al exilio eterno. Ahora ahí estaba, enfrente de él, descubriéndole todo.

Su quijada comenzó a temblar con una mezcla de miedo por lo que se avecinaba y de ira y, de pronto, logró zafarse de las manos de la policía, y con todo y las manos esposadas, se dejó ir en contra de su propio hijo.

-¡Maldito engendro! ¡Tú no vas a ser el culpable de que me lleven a la cárcel! -gritó mientras intentaba zafar sus manos de las esposas para golpearlo y Arabelle y Diane ahogaban un grito, pero Alexander, recordando todo su pasado, todo lo que había tenido que vivir, le asestó un puñetazo en el rostro que hizo que Darien cayera al piso, donde tres policías inmediatamente lo inmovilizaron.

-¡Jamás te vuelvas a atrever a levantarme la mano, papá! -gritó Aidan con energía-. ¡Ya dejé de ser aquel niño, aquel muchacho que ingenuamente no se defendía a sí mismo para no poner en riesgo a mi madre y a mi hermano! ¿Y qué hiciste? ¿Qué demonios hiciste? ¡Me alejé como me lo exigiste, purgué una condena que no merecía tan solo porque me parecía al abuelo! ¡Tú y nadie más que tú eres el culpable de la muerte de Alexis!

-¡Mi hijo! -Darien empezó a sollozar-. ¡Mi hijo favorito! ¡Dime que no es cierto!

-¡Alexis murió en mis brazos, papá! ¡Y si volví fue porque se lo juré en su lecho de muerte! ¡Le juré que vendría a hacerme pasar por él para hacer justicia! ¡Porque lo hiciste sumamente infeliz al no dejarlo cumplir su sueño de ser jugador de fútbol americano! ¡Tú lo mataste! ¡Lo mataste cada día desde que me corriste hace años! ¡Obligándolo a hacer lo que él no deseaba! ¡Esa es la cruda verdad! ¡Tal vez si no hubieras sido un egoísta no hubiera desarrollado ese maldito tumor que le costó la vida!

-¡Mi hijo! ¡Mi hijo! -Darien ya no luchaba. Los policías, más que detenerlo, lo sostenían para que no se dejara caer en el piso mientras Arabelle y Diane veían cómo Aidan, al fin, ponía punto

final a aquel juramento.

-Y ahora, yo ya cumplí. He hecho justicia en su nombre, y en el mío, y en el de mamá. Y no creo que te alcance tu condena en la cárcel y las noches de insomnio para pensar en todo el daño que nos hiciste.

-¡Llévenselo! -ordenó Arabelle-. Te haré llegar a la cárcel los papeles del divorcio. Y tendrás que firmarlo porque será un divorcio necesario. No tienes opciones ya. Y pensar que me casé enamorada de ti.

-¡Todo hubiese sido diferente si mis hijos hubieran llevado mi apellido! -Darien trató inútilmente de defenderse mientras los policías lo arrastraban fuera de la mansión-. ¡Y a pesar de todo, yo soy tu padre, Alexander!

-¡El único padre que yo tuve, falleció hace años y se llamaba Alistair McCarthy! ¡Y tú, Darien Smith, no eres más que un pobre arribista, que nunca jamás tuvo hijos! ¡Hasta nunca, papá!

Aidan y Arabelle subieron las escaleras y no voltearon para ver cómo se llevaban a Darien Smith a la cárcel. Lo que sí sabían era que no volverían a verlo nunca más.

Alisha, Beau, Caridee y los chicos de la banda llegaron por la tarde a la mansión. Arabelle y Aidan los recibieron alegres en el jardín y la madre de Alexander abrazó inmediatamente a Alisha.

-¡Alisha White! ¡Mi querida Alisha! ¡Jamás podré pagarte todo lo que hiciste por mi hijo! ¡Ni hincándome de rodillas podría agradecerte!

-Señora... -La institutriz enrojeció.

-¡Nada de señora! ¡Ya no eres más la tutora de mi hijo! ¡Eres mi mejor amiga y todo lo que me pidas te será concedido! Aidan me contó lo que hiciste por él. ¿Cómo podré pagarte y agradecerte?

-Con saber que Aidan ya está con usted, me doy por bien servida. Permítame presentarle a mis amigas, las jefas de Aidan, Caridee Trammell y Beau Bennett.

-¡Oh, sí! -Arabelle les ofreció asiento en la elegante sala para jardín y le indicó a Diane que trajera bebidas para todos-. Usted es la famosa violinista.

-Así es, señora. Tiene usted una casa hermosa.

-Y ella es Beau.

-¡La famosa pianista! Espero que algún día me haga el honor de tocar una pieza en mi piano.

-Cuando usted guste -dijo Beau en tono amistoso-. Ahora veo de dónde heredó Fighter los ojos azules.

Aidan se sonrojó y todos se rieron. Fue entonces que Aidan procedió a presentar a sus compañeros, que estaban mirándose entre ellos.

-Mami, me apodan Fighter en la banda, pero permíteme presentarte a mis compañeros. Ella es la vocalista, Sophie...

-Exvocalista, ya que su hijo me sustituirá. Ahora tal vez me dedique a ser yo la arreglista. Mucho gusto.

-Pero ¡qué linda eres, Sophie! -Arabelle besó en la mejilla a la pelirroja-. Aidan ya me ha puesto canciones donde tú eres la solista. ¿Y estos dos guapos muchachos que llevan el mismo peinado que tú, hijo?

-Beau pensó que era buena idea, que nos veíamos bien y que funcionaba para el *look* de la banda. Yo soy Leo.

-Y yo soy Chad, mucho gusto.

-Son encantadores y muy talentosos. Sé que mi hijo siempre estuvo en buenas manos.

-Y ya que todo por fin está cumplido -dijo Beau mientras le daba un sorbo a su taza de café-, pues pensábamos dar un concierto aquí en Nueva York con la canción que sus dos hijos compusieron y regresar a Inglaterra.

-¿Aidan ya se lo dijo? -preguntó Caridee.

-Sí. -Arabelle sonrió-. Algo me dijo de eso. Que mi Alexis, que espero que ya descanse en paz, lo ayudó a escribir una canción a manera de despedida para Alexandria.

Al mencionar el nombre de la rubia, Aidan hizo una mueca y excusándose se dirigió hacia la casa. Leo y Chad se excusaron también y lo siguieron. Sophie solo bajó la cabeza.

-¿Es que dije algo malo? -Arabelle de pronto no comprendía del todo.

-Bueno, es que... ¿Sí sabes que Aidan se enamoró de Alexandria? -preguntó Alisha.

-Sí, sabía algo de eso, pero...

-Lo que no sabe, señora, tal vez, es el grado de amor que su hijo le profesa a la novia de su hermano. Y, desgraciadamente, Alexandria tomó muy mal la verdad -dijo Beau mientras Caridee suspiraba.

-Fui inoportuna con mi comentario entonces.

-Algo -Caridee dijo en voz muy baja y Sophie se quedó mirando hacia la dirección donde se habían ido los chicos.

-¡Aid! ¡Aid! -gritó Chad.

-¡Lo siento! ¡Pero todavía me duele hablar de ella! ¡Ya sé que no es mía, que no la volveré a ver, pero me duele!

-Lo sabemos. -Leo asintió mientras Aidan se sentaba en la gran escalera de la mansión.

-Sin embargo, Beau ha preparado todo para presentarnos pasado mañana en concierto. Caridee hizo un comunicado en el que se anunciaba la salida de Sophie como vocalista y tu debut. Las entradas están agotadas. El concierto se va a transmitir en vivo por Internet. Sophie abrirá el concierto con *Truly Madly Deeply*, después cantaremos *Capricho* contigo en la guitarra y Soph te pasará oficialmente la voz con la interpretación de *Buscando Estrellas*.

-Y ella no estará ahí -suspiró Aidan.

-Beau ha decidido que, como Sophie vestía de rojo, tú llevarás un traje igual que los nuestros, pero en rojo -Leo intentó cambiar el tema.

-Y Alexandria no estará ahí -repitió Aidan.

-¿Quieres concentrarte, por favor? -Chad sacudió a Aidan y este pareció volver del limbo-.

¡Aidan, ella ya tomó su decisión, es una tonta, pero ni modo! ¡Tienes que seguir!

-Lo sé. Les agradezco que sean mis amigos. Si no los tuviera a mi lado, ya me habría desmoronado.

-No somos tus amigos -Leo dijo firmemente y Aidan se quedó estupefacto, pero el castaño le puso la mano en el hombro-. Somos más que eso. Somos hermanos.

-Para siempre, Aidan -asintió Chad.

-Para siempre -sonrió el pelinegro mientras soñaba con unos ojos celestes que sabía que no volvería a ver.

Kahlen llevaba dos días durmiendo en la casa de Alexandria. No se había atrevido a dejarla sola. La verdad era que temía que la rubia hiciera algo idiota.

Alexandria parecía una zombi. No hablaba, apenas comía y no salía de la cama. Anne había decidido irse porque Alexandria la culpaba de lo ocurrido con Alexis y Alexander. Y Kahlen ya no sabía qué hacer. Si intentaba hablarle a su amiga, esta le cerraba la puerta o siempre estaba dormida o, simplemente, la ignoraba. Pero tampoco podía dejarla sola. Así que, cansada de estar siempre mirando la puerta cerrada del cuarto, prendió la televisión en su canal de videos favorito y su sorpresa fue inmediata cuando vio a la mismísima Caridee Trammell expedir un comunicado.

-Caridee, ¿es cierto que Sophie no continuará siendo la vocalista de Shining Stars?

-Es cierto, lo confirmo.

-Entonces, ¿quién cubrirá su sitio? ¿Acaso será Chad? ¿Leo? ¿El grupo va a desintegrarse?

-¡De ninguna manera! Shining Stars seguirá siendo un grupo y lo van a poder comprobar en el concierto que se ofrecerá en Nueva York mañana.

-¿Nos podrías dar más detalles?

-Es una sorpresa para todos los fanáticos de Shining Stars, pero créanme que quedarán más que satisfechos.

-Caridee, se ha dicho en los foros de fanáticos y en redes sociales que siempre ha habido un cuarto miembro. ¿Qué respondes a eso?

-No tengo nada que decir.

-¿Y respecto a algunas fotografías que circulan en la red, de un apuesto chico que lleva el mismo estilo de peinado que los chicos?

-No tengo más comentarios por el momento.

Kahlen ahogó un grito y corrió a la habitación de Alexandria a tocar como desesperada.

-¡Alex! ¡Ábreme! ¡Ábreme, por favor! ¡Te tengo una noticia que puede interesarte!

Increíblemente, la puerta se abrió.

-¿Qué quieres? Puedes irte a tu casa, no necesito niñera.

-No me voy a ir y oye esto. Creo que Alexander va a ser el nuevo vocalista de Shining Stars y van a ofrecer un concierto mañana. ¡Vamos! ¡Yo sé que en el fondo tú lo quieres ver! ¡Arregla las cosas de una buena vez! ¡Quítate ese pijama apestoso, báñate, lávate los dientes y vamos a comprarte algo bonito para poder ir al concierto!

-No voy a ir a ningún lado. Todo terminó. Si me permites llorar mi duelo...

-Alexandria... -Kahlen bajó la mirada y, de pronto, la levantó ya con furia y sacudió a su amiga-. ¡Ya basta, por amor de Dios! ¡Llevas tres días haciéndote la sufrida cuando en realidad no te pones a pensar en lo que sufrió Alexander! ¡Y tú lo amas! ¡Él te ama! ¿Qué clase de locura es esta? ¿Eres tonta o qué? ¿Necesitas que te grite para que empieces a entender? ¿Vas a dejar que tu amor se vaya solo por un juramento que ya se terminó?

-¿Tú qué sabes? -Alexandria aventó a su amiga.

-¿Qué? -dijo Kahlen. Dirigiéndose a la sala, agarró sus cosas y caminó hacia la puerta-. Tienes toda la razón. ¡Yo qué sé! Pero no soy tan tonta como tú que, teniendo al amor de tu vida enfrente, eres tan estúpida como para dejarlo ir. ¡Haz lo que quieras!

Kahlen se marchó. Alexandria bajó la mirada, se dirigió de vuelta a su cama y se cubrió totalmente con la almohada. Dejó que un par de lágrimas se le salieran y se preguntó si su amiga tenía razón. Cerrando los ojos evocó el recuerdo de Alexis y su noviazgo hasta antes de su partida fatal a Inglaterra. Su corazón se estremecía y temblaba y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

En sus sueños se confundían escenas de su pasado con Alexis y de su presente con Alexander. Se vio de pronto, enfrente de los dos y ambos le ofrecían la mano. Ella sonreía y extendía sus manos hacia ellos, pero, súbitamente, la figura de Alexis se desvanecía.

-Adiós, princesa, cuídate mucho. Te amo y te amaré siempre. Sé muy feliz.

-¡No, Alexis! ¡No te vayas!

Y la gentil figura de su novio terminaba por desvanecerse por completo. Pero su mano alcanzaba a aferrarse a Alexander.

-Alexandria, si no tomas mi mano más fuerte, me iré. ¡No dejes que me vaya!

-Es que... ¿viste lo que pasó?

-Sí, pero... ¡Alexandria! -Aidan Alexander comenzaba a desvanecerse-. ¡Jálame hacia ti!

Alexandria, con lágrimas y terror en sus ojos, se llevó las manos a la cara y, en ese breve instante que soltó a Alexander, él se desvaneció. Cuando se dio cuenta, comenzó a gritar.

-¡Alexander! ¡Alexander!

Y la rubia despertó. Estaba empapada en sudor y temblaba. Lo primero que hizo fue cerciorarse de que todo era un sueño. Inmediatamente, tomó el celular y marcó.

-¿Sí? -Kahlen contestó.

-¡Kahlen, tienes toda la razón, soy una tonta! ¡No puedo cambiar el pasado! ¡Tienes que volver a mi casa! ¡Tienes que ayudarme! ¡Tengo que buscar a Alexander!

-¡Vaya! ¡Hasta que al fin entras en razón! Ábreme la puerta entonces.

-¿Qué? -Alexandria se quedó en *shock*.

-¡Llevo tres horas sentada afuera de tu casa esperando a que entraras en razón! ¿Podrías mover tu lindo trasero rubio para ponernos en acción? -Kahlen se quejó.

-¡Eres mi mejor amiga!

Tan solo faltaba media hora para dar inicio al concierto. Todo el día lo habían pasado

ensayando. Beau estaba dando órdenes por el lugar con Caridee al lado, y Arabelle y Alisha habían estado platicando en la mansión, preparándose para trasladarse definitivamente a Inglaterra.

Aidan estaba feliz de ver a su madre contenta y también se sentía muy satisfecho de saber que por fin esa noche sus sueños se iban a ver convertidos en realidad. Pero un velo de tristeza pasaba de vez en cuando delante de sus ojos azul zafiro cuando recordaba que Alexandria no iba a ser parte de esa nueva vida. Sophie se dio cuenta y, mientras los chicos se vestían con sus trajes, la pelirroja se acercó.

-No estés triste, tal vez ella reaccione y venga.

-Gracias por tratar de decirme que tal vez no todo esté perdido, pero lo está, Soph. De cualquier manera, gracias. Además, lo que hiciste ha sido muy noble y no quiero que dejes el proyecto de Shining Stars. Deberías seguir tocando la batería.

-Probablemente lo haga, pero ya no como el rostro del grupo. Hoy te pasaré la antorcha y tú tendrás lo que al fin mereces.

-¡Y vaya que sí, hermano! -exclamó Chad, ya arreglado y acomodándose su rosa en el bolsillo del saco.

-¿Ya se asomaron? El lugar está lleno -dijo Leo y, en ese momento, Beau llegó.

-Bien, ya es hora. Dejé a Caridee en los asientos VIP junto con tu madre, Fighter, y con Alisha. Los fanáticos ya los están aclamando. ¡Ya es hora!

-Ya es hora.

Kahlen y Alexandria se encontraban en la parte de atrás del concierto, que estaba a punto de empezar. Era imposible que logran alcanzar la parte de adelante.

-¡Te dije que llegaríamos más temprano!

-¡No es momento de estarnos quejando! ¡Tenemos que ir hasta el frente! ¡Tiene que verte! -gritó Kahlen.

Justo en ese momento, Shining Stars apareció, pero con Sophie. Aidan aún no estaba en el escenario. Una ola ensordecedora de gritos dejó a Alexandria y Kahlen casi sordas. Pero, de pronto, Alexandria tuvo inmensas ganas de llorar cuando la primera canción que empezaron a tocar fue la que Alexis le había dedicado: *Truly Madly Deeply*.

-¡Kahlen! ¡Esa es la canción que me dedicó Alexis!

-Sí, pero no vinimos a escuchar a Sophie, vinimos a ver a Alexander, así que sigue caminando. - Kahlen jalaba a Alexandria entre la muchedumbre, que tenía luces encendidas y coreaba a Sophie. En el camino a veces se golpeaban con las chicas que tenían pancartas que decían «Cásate conmigo, Chad», «Te quiero, Leo», «Eres mi vida, Sophie», pero Kahlen seguía arrastrando a Alexandria. Cuando ya estaban a diez metros de llegar a la primera fila, todos enmudecieron cuando Sophie habló.

-Bueno, les tengo una sorpresa, queridos fans. A partir de hoy Shining Stars tendrá un nuevo rostro. El rostro que muchos de ustedes intentaron fotografiar con éxito y que, de hecho, sí era el

cuarto miembro del grupo y al que le debemos esta canción que nos terminó de lanzar al estrellato. Quiero que le den un fuerte aplauso a mi gran amigo, ¡Fighter!

Alexandria se quedó estática y la muchedumbre se fijó en las tres gigantescas pantallas donde enfocaron el rostro de Aidan Alexander, que salió directamente de bambalinas con guitarra en mano, vestido con un traje idéntico al de Leo y Chad, pero en rojo, como una llamarada. Los fanáticos se volvían locos mientras Beau aplaudía y Caridee sonreía al lado de Arabelle, que lloraba de felicidad, y Alisha, que también aplaudía. Chad tomó el micrófono y Aidan se puso en posición.

-¿Están listos? Vámonos con esto, ¿saben cuál es?

-¡Capricho! -gritó la multitud enloquecida.

Aidan comenzó a tocar sin darse cuenta de que Alexandria y Kahlen estaban caminando hacia la primera fila, tratando de aprovechar que los fanáticos estaban comenzando a corear junto a Chad.

Pero era un capricho y lo sé.

No puedo olvidarla, ya no.

Porque ahora la quiero, yo sé.

Y tal vez me ama...

Alexandria veía en pantalla a Aidan y le dolía tenerlo tan cerca y no poderlo tocar. Definitivamente, había sido orgullosa y tonta. Aquel hombre valía demasiado. Haber hecho un juramento a su hermano, haber aceptado un exilio tan joven para proteger a su hermano y a su madre, y haberla respetado amándola cuando hubiera podido aprovecharse... Lo amaba, ¡claro que lo amaba! Y, de pronto, oyó un grito en lo alto.

-¿Alexandria? ¿Eres tú?

-¡Señora Arabelle!

Arabelle tronó los dedos al ver a su antigua nuera entre la multitud, tratando de acercarse mientras Shining Stars seguía tocando. Un guardaespaldas hizo que de inmediato subieran a Alexandria y Kahlen a su palco VIP y la rubia se arrojó en brazos de la dama.

-¡Señora, por favor, ayúdeme! ¡Tengo que llegar a donde está Aidan! ¡Tengo que decirle que lo amo! ¡Tengo que pedirle perdón!

-Mi niña. -Arabelle le acarició los rubios cabellos, pero Alexandria estaba desesperada.

-Señora, de verdad, no contamos con mucho tiempo, sabemos que su hijo está en pleno concierto, pero ¿no cree que deberíamos acabar con el sufrimiento de estos dos? -se metió Kahlen en la conversación. Alisha contuvo una sonrisa.

Caridee, observando la situación, vio que estaban a punto de terminar *Capricho* y darían paso al cambio oficial de voz con *Buscando Estrellas*. Así que marcó al celular de Beau.

-¿Qué pasa?

-Alexandria está aquí. Haz una pausa para que vea a Fighter.

-¡Pero...!

-Beau, ya han sufrido demasiado. Solo hazlo, ¿quieres?

-Mándala antes de que canten la siguiente.

Caridee colgó y tomó de la mano a Alexandria. Arabelle, Alisha y Kahlen se quedaron atónitas.

-Perdón, luego les explico. Tú, ven acá.

La llevó por corredores y atajos y entonces se encontraron con Beau, quien estaba dando instrucciones para que Sophie diera su discurso de despedida. La pelirroja hizo una seña desde el escenario como afirmación.

-Alexandria Sumner, más te vale que ya no lastimes al muchacho. Escóndete ahí.

-Pero...

-¡Que te escondas ahí! -ordenó Beau-. Tienes tres minutos.

Aidan pasó junto con Chad y Leo a bambalinas mientras Sophie se despedía y le arrojaban flores al escenario. Caridee se dirigió inmediatamente a los muchachos.

-Leo, Chad, ¿me acompañan un minuto?

-Pero...

-¡Solo háganlo! -gritó Beau exasperada mientras ella misma los encaminaba. Aidan se quedó mirándolos y Alexandria salió.

-¡Aidan!

-¡Princesa! -Aidan intentó caminar hacia ella, pero se contuvo-. ¿Qué haces aquí?

-Vine... Vine a decirte que... -Alexandria tartamudeaba de los nervios-. Vine hasta aquí para decirte que comprendo tus razones. Que no soy quién para juzgar lo que Alexis y tú hicieron. Y que no te odio.

-Me alegro -Aidan sonrió.

-Pero también vine a confesarte algo más.

-Mira, Alexandria, yo sé que siempre amarás a mi hermano. No me tengas lástima -dijo Aidan, tratando de evitar las ansias de correr a besarla.

-¡Es que no te la tengo! ¡Lo que vine a decirte es que, cuando te pedía que me besaras o que me hicieras el amor, era porque ya no veía en ti a Alexis! ¡Yo ya me había enamorado de tu personalidad! ¡Yo ya no amo a Aidan Alexis! ¡Yo amo a Aidan Alexander! ¡Y fui demasiado tonta! ¡Vengo a decirte que te amo y a pedirte que perdones mi error! ¿Puedes volver a amarme, Aidan? - Alexandria se acercó a él-. ¿Puedes? Porque te amo con todo mi corazón y ya no puedo vivir sin ti.

Aidan cerró los ojos, agachó la cabeza y, por un momento, Alexandria pensó que no la perdonaría, que todo estaba perdido. Derramó unas cuantas lágrimas y, ya se iba a ir, pero entonces, Aidan la tomó por la cintura, con la mano la tomó por la nuca y le dio un beso de fuego que llevaba tiempo conteniendo. Exploró su boca, sus labios, su lengua y lo fue dulcificando hasta apenas rozar sus labios y acariciar la nariz femenina con la suya. Aidan empezó a reír y tomó a Alexandria de las mejillas.

-¿Estás bromeando? ¡Te amo, princesa! ¡Te amo! ¡Yo tampoco puedo vivir sin ti! ¡Vuélvemelo a decir!

-¡Te amo!

-¡No, eso no!

-¿Entonces?

-La parte donde dices mi nombre.

-¡Te amo, Aidan Alexander!

Pero entonces, Beau que estaba viendo la confesión con Leo, Chad y Caridee, que estaban más que sonrientes, los separó.

-Ok, muy bien, se aman, perfecto, pero estamos en concierto. ¡Aidan! De regreso a cantar tu canción.

-¡Felicidades, hermano!

-¡De regreso al escenario! -dijo Leo.

-¡No te muevas de aquí, princesa! -dijo Aidan.

-¡No lo haré! -dijo Alexandria sonriendo.

Aidan ya iba con los chicos para el escenario, pero volvió corriendo y Beau le gritó.

-¡Fighter!

-¡Ya voy! Princesa...

-¿Sí?

-Cuando termine el concierto, te secuestraré.

Un nuevo juramento

Alexandria sonrió mientras veía a Aidan correr hacia el escenario. Sintió cómo su corazón se apaciguaba. Se sentía libre, amada, dispuesta a gritar a los cuatro vientos que por fin era feliz. Beau la miró de lejos y le guiñó un ojo, y fue en ese momento cuando Aidan, Leo y Chad tomaron sus instrumentos y, en una oscuridad absoluta, fueron iluminándose poco a poco, como si, en efecto, fueran tres estrellas fugaces en un escenario. Los fanáticos se quedaron estáticos y los encendedores comenzaron a prenderse uno a uno al sonido de la primera rasgadura de la guitarra de Aidan.

-Eres una chica con suerte. -Sophie se acercó a Alexandria mientras la rubia miraba a Aidan cantar aquella pieza. Pero cuando Alexandria volteó, la pelirroja ya no estaba. Se había ido.

Sophie también amaba a Aidan, pero sabía que en algún momento la felicidad también tocaría a su puerta y Beau la abrazó mientras veían a la princesa de Aidan oír la canción compuesta por aquellos dos hermanos, unidos en sangre y en nombre.

-¿Lo hacemos? -le preguntó Beau a Sophie con un dejo de picardía.

-Si tienes el permiso...

-Lo hacemos entonces. -Beau conectó a los monitores de todo el lugar el video de aquel cumpleaños donde por poco Alexis se ahogó. Y Aidan, mientras todavía no entraba al coro de la canción, se paralizó, al igual que todos los fanáticos, de ver en las pantallas a su hermano. Volteó a ver a Alexandria, que sollozaba, y fue entonces que sintió como si Alexis estuviera efectivamente ahí. Y con todo el poder de su voz, empezó a cantar el coro que compusieran los dos a aquella mujer que amaran por igual.

Me perdí en un crepúsculo de estrellas

Busqué la primera de la tarde...

Quería pedirle un deseo en tinieblas.

Terminé diciéndole que me enamoré...

Una estrella fugaz fue mi testigo.

Mi error fue haber perseguido un cometa...

Sabiendo que no pasa tan seguido...

Arabelle rompió en llanto al ver a sus dos hijos en las pantallas y a Alexander cantar. Alisha la abrazó.

-Créeme, nadie ha tenido unos gemelos como los tuyos.

-Gracias por haber cuidado a mi niño, una vez más. -Arabelle se refugió en los brazos de Alisha.

-Al contrario. ¡Ahora, ve el triunfo de tu hijo! Siempre estará ahí para ti. Alexis y él siempre estarán ahí por ti. Y, al fin, Aidan encontrará su felicidad.

Cuando finalizó el concierto, la prensa y los fanáticos enloquecieron. Caridee y Beau tuvieron que improvisar ahí mismo una rueda de prensa. Todos se preguntaban sobre los gemelos que se habían proyectado mientras se cantaba el nuevo sencillo del grupo, querían entrevistar a Fighter y

todos auguraban un éxito aún mayor del ya alcanzado para Shining Stars. Aidan no dejaba de abrazar a Alexandria mientras los demás esperaban a salir a entrevistarse con los medios de comunicación.

-¿Te gustó la canción?

-Aidan, ¿de verdad sientes eso por mí?

-La escribimos entre Alexis y yo. -Aidan besó la mano de la rubia-. Son nuestros sentimientos por ti. Quiero que sepas que Alexis te amó hasta el último instante de su vida, pero también quiero que sepas que tal vez él nunca te amó como yo te amo a ti.

-Aidan... -Alexandria se abrazó a él y este le dio un rápido beso en los labios.

-La promesa está hecha. Quiero que le digas a Kahlen que te haga una maleta porque te voy a secuestrar en cuanto termine esto. ¿Vendrás conmigo a Inglaterra? Allí podremos empezar una nueva vida, lejos de todo. Podré cantar y tocar la guitarra con el grupo como siempre soñé, y podré tenerte a mi lado, junto a mi madre, que tanto tiempo pasó buscándome. ¿Quieres?

-¡Sí! Buscaré a Kahlen. Te seguiré porque te amo y porque no puedo vivir sin ti.

-Y recuerda, yo buscaré estrellas por ti.

-Chad, Leo, ¿cómo se sienten con Aidan como el nuevo vocalista de la banda?

Los periodistas rodeaban al trío y sacaban miles de fotos mientras Caridee y Beau observaban orgullosas a sus pupilos.

-Definitivamente, estamos muy a gusto. Consideramos a Fighter como un hermano -dijo Chad.

-Además, él siempre fue el cuarto miembro no oficial del grupo. A él le debemos nuestro primer gran éxito, que fue *Capricho*, y ahora estamos contentos de tomar un nuevo rumbo -completó Leo.

-Fighter, ¿quiénes son los pequeños que se proyectaron en las pantallas mientras estaban interpretando su nuevo sencillo?

Aidan se aclaró la garganta antes de contestar y miró hacia el techo, como si recibiera la aprobación de Alexis desde el cielo.

-Los gemelos que vieron somos mi hermano y yo.

-¿Qué?

-¿Cómo?

Los periodistas se miraban unos a otros y Aidan continuó tranquilo.

-Quiero anunciar oficialmente que esta canción, *Buscando Estrellas*, fue compuesta por mi hermano, Aidan Alexis y por mí, Aidan Alexander, Fighter, como me conocen. Y parte de las ganancias de las ventas del sencillo se destinarán a la fundación «Aidan Alexis McCarthy» para el estudio del glioblastoma, de los tumores en el cerebro. Mi hermano murió por ello y mi madre, Arabelle McCarthy, Shining Stars y yo queremos contribuir a que aquellas personas que padecen de ello tengan una mejor calidad de vida o puedan salvarse. Así que este concierto fue dedicado a su memoria.

-Beau, Caridee, ¿qué sienten de ver a este grupo que ustedes formaron tener un éxito tan arrollador como el de esta noche?

-Sin lugar a dudas, estamos muy orgullosos. -Caridee sonrió y algunos fotógrafos la tomaron en solitario.

-¿Acompañarán musicalmente alguna vez a la banda?

-Tal vez -contestó Beau-. Pero este éxito es solo de ellos. Y si nos permiten, los muchachos deben celebrar. Muchas gracias.

Beau y Caridee se llevaron a los chicos y Leo y Chad le hicieron un barullo terrible a Aidan.

-¡Uy! No te vamos a ver el resto de la noche, ¿verdad? Ya nos dijo Beau que Alexandria vino a buscarte -dijo Chad con un guiño.

-Si quieres, puedo presentarte a su amiga, Kahlen. No está nada mal para ti -exclamó con alegría Aidan mientras se quitaba el saco.

-Tal vez, pero me debo a mis admiradoras. ¿Y tú qué harás, Leo?

-Pensaba en invitar a cenar a Soph.

-¿A Sophie? -Chad se sorprendió.

-Sí, somos amigos, ¿no? Seguirá con nosotros y tal vez...

-Ya veo que el amor quiere rondar a mis muchachos. -Se acercó Beau.

-No, para nada. -Leo intentó negar las cosas y más cuando vio que Sophie venía detrás de ella.

-Sí. Acepto tu invitación a cenar.

-¿Qué?

-Que sí -dijo la pelirroja sonrojada-. Que acepto tu invitación a cenar.

-Uno menos -dijo Caridee-. Aidan, ya llegó tu novia con su amiga.

Aidan volteó lleno de amor a ver a su princesa, que trataba de contener a una Kahlen que luchaba porque le presentaran a Chad. Pero cuando Kahlen vio al platinado, se quedó muda.

-Chad, te presento a mi amiga, Kahlen. Chad...

-Mucho gusto. -Chad le extendió la mano y Kahlen se atragantó para después desvanecerse en los brazos del ojiverde.

-¡Oh, por Dios! ¿Qué hago? -Chad se puso nervioso y Alexandria volteó a ver a Kahlen para comprobar si era cierto que se había desmayado, pero vio que su amiga le estaba haciendo con la mano el signo de «Ok» y contuvo una risa. Aidan también-. ¿Qué? ¿De qué se ríen?

-¿Por qué no intentas despertarla con un beso?

-¡Hey! ¡No me dejen aquí, no sé qué hacer! -Chad estaba sudando frío, pero Kahlen abrió los ojos y sonrió ante la mirada atónita del platinado.

-Pero resulta que yo sí sé exactamente qué hacer...

Aidan tomó por la cintura a Alexandria, la metió en la limusina y le vendó los ojos. La rubia se dejó llevar alegre.

-¿A dónde me llevas?

-Te dije que te secuestraría.

Aidan no dijo nada en todo el trayecto, pero se dedicó a acariciar con sus dedos el rostro, las manos y el cuello de la rubia como tantas noches y días enteros había soñado. Alexandria, con los

ojos cerrados, solo contenía las ganas de abrazarlo, de poder dejar escapar algún gemido o alguna palabra, hasta saber que estaban absolutamente solos. El camino se le hizo eterno. Sobre todo, porque sentía el aliento de Aidan muy cerca de sus labios y, cuando creyó que ya la besaría, Aidan se hacía para atrás. Aquello era una tortura tan dulce como erótica. Al fin, llegaron a la mansión y Aidan la cargó en sus brazos y acercó su aliento a la oreja de Alexandria.

-Ya casi, ya casi...

Tomó su preciosa carga, recorrió la larga escalera y la llevó directo a su dormitorio. No al que ocupaba como Alexis, sino al suyo. La colocó sobre su colchón y, con una dulzura infinita, le quitó la venda de los ojos. Alexandria le sonrió y agradeció que la luz fuera muy tenue porque estaba segura de que estaba roja por los nervios.

-No sabes cuánto tiempo deseé y aguardé por esto, princesa. Y por saber que sabías que yo era Alexander y no Alexis. ¿Te he dicho ya cuánto te amo?

-Alexander, no sé cómo pasó. No sé si todo esto fue un plan de Alexis para que tú y yo fuéramos felices, pero tengo que agradecerle que hiciera ese juramento contigo. Te amo. Te amo demasiado. Ya no sé dónde empiezo yo y dónde terminas tú.

-Entonces ni siquiera nos molestemos en averiguarlo.

Aidan tomó entre sus manos el rostro de la rubia y la besó de una manera tierna, que se fue haciendo más intensa, primero saboreando sus labios dulcemente, después introduciendo su lengua en la boca femenina con el permiso de Alexandria, que se aferraba a él con miedo de que, si lo soltaba, él desaparecería.

-No temas, no me iré. Te amo.

-Y yo a ti.

Aidan siguió besando a Alexandria, deslizando sus manos por su cintura, besándole el cuello y susurrándole hermosas palabras de amor sincero mientras ella lo enloquecía retorciéndose entre sus brazos. Cuando ella le besó la oreja, Aidan sintió un escalofrío que prácticamente hizo que estuviera a punto de descontrolarse.

-Princesa, no tienes ni idea...

-Yo tampoco.

Ambos rodaron por la cama mientras las prendas iban cayendo una por una. Los besos, las caricias, los susurros. Ya no había mentiras, ya no había más que juramentos de amor, abrazos, piel contra piel, beso contra beso. La pasión se desbordaba y Aidan sintió cómo Alexandria temblaba entre sus brazos.

-¿Princesa?

-Soy tuya. Hazme tuya.

-Eres mía. solo mía.

Y entre gemidos y besos, caricias tiernas mezcladas con pasiones desbordadas de una primera vez, se hicieron uno solo. Una sola persona que no sería dividida jamás.

-Te amo. Te amo, Aidan -casi gritó Alexandria.

-Nunca me amarás de la manera en que yo te amo a ti -dejo escapar de sus labios Aidan mientras terminaba de hundirse en ella en un abrazo y una plenitud interminables.

Al día siguiente, todos partieron para Inglaterra.

Arabelle visitó el lugar donde descansarían los restos de Alexis y lloró delante de ellos. Al mismo tiempo, la mansión McCarthy de Inglaterra era exageradamente grande, así que les ofreció a Chad, Leo y Sophie que se mudaran con Aidan y Alexandria, para que ahí pusieran su propio estudio de grabación, lo que aceptaron encantados. Alisha permaneció en Nueva York, al frente del Corporativo McCarthy, con un poder firmado por Arabelle para informarle sobre todo. Ya no había de qué preocuparse. Caridee y Beau siguieron viviendo en su *penthouse* y siendo las jefas de Shining Stars. Al parecer, Leo y Sophie empezarán una relación y Kahlen visitará muy seguido a Alexandria en Inglaterra... o más bien a Chad. Y la carrera de Shining Stars ascenderá de manera meteórica, ahora con Aidan como vocalista. Pero la tarde que llegaron, Aidan tomó la mano de Alexandria y fueron a visitar el lugar donde descansarían las cenizas de Aidan Alexis.

-Princesa, te traje aquí porque iniciaremos una nueva vida. Todo lo malo ha quedado atrás. Aquí estamos enfrente de mi hermano, de Alexis, del primer hombre que te amó.

-Alexis -Alexandria acarició la copa con las cenizas del gemelo de Alexander-, nunca te olvidaré. Quiero darte las gracias por haberme mandado a tu hermano. Jamás olvidaré esto. Me mandaste a un ángel guardián. Siempre te llevaré en mi recuerdo.

-Hermano... -Aidan se puso serio. Tomó la copa y tomó también la mano de Alexandria-. Me hiciste jurarte en tu lecho de muerte que me haría pasar por ti para proteger lo que más querías. Y lo hice. Protegí a Alexandria. Protegí a mamá. E hice pagar a nuestro padre. Ahora ya todo está bien. Es por eso que aquí, frente a ti, quiero hacerte un nuevo juramento. Alexis, Aid, te juro, te juro por lo más sagrado que existe, por tu memoria, que haré feliz a Alexandria por el resto de mi vida, que cuidaré a mamá y que buscaré mi felicidad. Porque a través de ella, tú vivirás para siempre. Te lo juro. Te lo juro, Alexis.

Alexandria no pudo evitar derramar algunas lágrimas y también tocó la copa con las cenizas de Alexis.

-No solo él, Alexis. Te lo juramos. Por ti, en tu memoria, seremos felices.

-¿Es un juramento, princesa? -Aidan miró a Alexandria.

-Un nuevo juramento. -La rubia besó a Alexander mientras colocaba la copa en su lugar-. El juramento más hermoso que jamás pueda hacer. Te amaré y te haré feliz.

-¿Me lo juras?

-¡Te lo juro!

FIN

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias, primeramente, a Selecta, por haber creído en mi novela y a mi editora, Lola Gude. Hay muchas personas que estuvieron detrás de la creación de esta novela al brindarme su apoyo tanto intelectual como moral.

Agradezco enormemente a todos mis maestros, que me llevaron por el sendero de la literatura, entre ellos a Carlos Santibañez (Q.E.P.D.), Isaí Moreno, Claudia Guillén y Lucía Izquierdo. Sus conocimientos siempre los llevaré conmigo. También quisiera mencionar al maestro Luis Arceo Preciado (Q.E.P.D.) que me dio su apoyo incondicional para escribir y a quien le debo dos momentos grandes de mi vida. Alguna vez, no sé dónde, volveremos a encontrarnos...

A mi madre, Elvia Romo Vázquez, que desde que era niña me inculcó el amor por la lectura, y a mi abuelo, Salvador Romo Almanza (Q.E.P.D.) que seguramente se siente orgulloso, donde quiera que esté, de que haya logrado cumplir uno de mis sueños más anhelados. A mi familia, sobre todo a Adrián Tamayo Lira, que es un ángel que seguramente está revoloteando por ahí, a mis tíos Socorro Tamayo, Pedro Romo, Isabel Romo y Many Ruiz porque siempre estuvieron apoyando mis logros. Y una mención especial a Alberto De Lachica por escucharme y ayudarme a ver el lado agradable de la vida.

A todos mis amigos, que me escucharon mientras tomábamos café y les contaba sobre mis ideas locas. A los que se desvelaron conmigo o que intercambiaron conversaciones interminables en la computadora, saben que los aprecio. Todos ustedes saben quiénes son.

Si te ha gustado
El juramento
te recomendamos comenzar a leer
Invierno en mi corazón
de *K. F. Snowflake*



Nicole Rowein

¿Cuántas veces te has sentido en soledad a pesar de estar rodeada de gente?
Esa soledad tiene nombre.
Es alguien especial que se fue, que dejó un vacío en mi mente, en mis fuerzas y en mi corazón.
Es tan dolorosa su ausencia que no importa cuántas personas intenten animarme e imponer su consejo y opinión.

El vacío sigue aquí porque él completaba mis ansias, mis anhelos, mis metas, mis sueños más hermosos y más ocultos.

Pude sentir que moría segundo a segundo, pero seguía respirando, me carcomía el pecho cada latido que hacía mi corazón por su ausencia.

Sollozaba y gruñía al mismo tiempo por la dolencia, por el sufrimiento que implicaba aceptar su partida, hecho que hasta el día de hoy trato de aceptar.

Mi mente se hallaba divagando en recuerdos que luchaba por retener, sobre él, sobre mí junto a él, en su regazo, en su piel, en nuestra respiración al unísono.

Morí, pero no de amor, morí por desconsuelo, de angustia porque perdí el rumbo. Es lo que sucede cuando te vuelves dependiente de alguien que amas con todas tus fuerzas.

Lo amaba y ese sentimiento era correspondido, planeamos una vida juntos pero no fue posible.

Era mi vida, fuiste mi vida, pero los planes cambiaron y me vi obligada a tomar otro rumbo.

Capítulo 1

Normalmente solía caminar por la orilla del lago al atardecer en The Boston Common Park. Este parque era uno de mis lugares favoritos.

Ahí podía pensar con calma, respirar profundamente aire limpio, como si quisiera guardar reservas de oxígeno para cuando estuviera lejos de esta naturaleza que me rodeaba. Me preguntaba: ¿Cuántos sucesos importantes habrán ocurrido aquí? ¿Cuántos amores y desamores? Anhelos y deseos por cumplir de cada ser que soñaba con una vida mejor.

A decir verdad, ese parque es el más antiguo de Estados Unidos, por lo que tiene sus historias; me causaban cierta curiosidad todos los secretos que contenían las hojas de los árboles que me rodeaban, eran los grandes espectadores de todo lo que sucedía diariamente, incluso de mis sentimientos que, con el tiempo, se habían vuelto fríos, porque después de él ya no existía la magia entre nosotros. Mis noches se transformaron en el momento anhelado para llorar mientras empuñaba mi almohada entre mis manos y deseaba morir, porque todo dolía, respirar dolía, existir me aterraba. Pero este lugar, alejado del estrés, me llenaba de vida, era mi pequeño oasis, a donde podía escapar en esos días que me sentía angustiada. Todos tenemos un oasis en cierta forma, ya sea una persona, un lugar, una mascota o algo que nos haga sentir en paz y compartir nuestras inquietudes.

El mes de agosto estaba llegando a su fin, y de por sí estábamos a medio mes de terminar el verano, aunque el clima aquí es impredecible.

El atardecer trajo a mí una brisa que me hizo estremecer, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y sentí cómo una energía confluía hasta la punta de mis cabellos. Me rodeé con mis manos acariciando mis brazos y me regañé a mí misma por no haber traído una chaqueta. De donde vengo y nací, en Louisville, Kentucky, esto casi nunca sucede.

Increíble, llevaba casi ocho años aquí y se me olvidaba ese gran detalle.

Me distraje con las rabieta de un niño pequeño que le suplicaba a su madre no irse a casa todavía, medio sonreí por aquel acto y aun así me pareció tierno... me recordó a mi hermano.

Suspiré y a la vez volvíeron a mí recuerdos dolorosos, esos recuerdos que te hacen doler el pecho y sentir una punzada en el corazón. Me apoyé en la baranda del muelle y lo apreté con firmeza antes de ponerme a llorar. He tratado de no sentir lástima por mí para no desanimarme y ser positiva, no hacerme las típicas preguntas de: ¿Por qué a mí? ¿Por qué me suceden cosas malas? ¿Tengo mala suerte? Tal vez sí, mi vida se ha vuelto una inquietud constante. En mi caso entiendo que fueron solo coincidencias, no creo en el destino y dudo mucho que llegue a hacerlo algún día.

Las farolas del parque se encendieron, indicándome que estaba anocheciendo, tal vez me sentía como ese niño que no quería irse a casa, de hecho, si fuera pequeña, ya estaría en el suelo llorando, pero no por una rabieta, sino porque sentía el pecho comprimido.

Hoy se cumplían cuatro años desde que Marcos, mi novio, se había marchado, una forma sutil de decir que había fallecido. No existe una palabra suave para enfrentar esa frase para mí más que «se marchó», me hacía sentir que todavía estaba vivo, pero lejos, en un viaje sin fin y que en cualquier momento volveríamos a vernos.

Aún sentía que no podía olvidarlo, aprendí a vivir con el dolor, pero no cerré la herida, no había sido capaz de poder superarlo. Se había marchado de una forma extraña, inaudita. Estaba enfermo, lo sé, sabía que en algún momento no resistiría más y se marcharía, pero nunca pensé que de aquella forma y más aún con los efectos secundarios de su partida.

Cuatro años atrás en Louisville, Kentucky.

Estaba nerviosa, no recuerdo haberlo estado tanto en mi vida, esos exámenes médicos que tenía Marcos en sus manos eran todo de lo que dependían nuestras vidas. Estaba dispuesta a casarme con él a pesar de tener veintidós años, me consideraba muy joven para tomar esa decisión, especialmente porque recién comenzaba a cumplir mis metas en la vida, pero no dudaba porque yo lo amaba, algunos lo llamaban locura, pero lo estaba, quería que viviera conmigo en Boston para poder seguir con mis estudios en la universidad, no aguantaba estar lejos de Marcos viviendo a miles de kilómetros.

Teníamos todo planeado, todo listo.

Miré a Marcos y apreté su mano para darle ánimos, asentimos los dos, y él procedió a abrir el sobre, su rostro decayó y supe que mis oídos estaban a punto de escuchar una mala noticia.

«Tumor cerebral».

¿Una operación? ¿Lucha tras lucha? ¿Un milagro?

Hicimos todo lo debido, pero era un hecho: mi novio se estaba apagando poco a poco y lo único que podía hacer era animarlo, darle fuerzas, hacerlo feliz. ¿Cómo? No sé, pero sacaba fuerzas del amor que sentía por él, ese era el único milagro que podía presenciar por ahora.

Fue un año difícil, pero creí poder con ello, podía hacerlo, dejé todo de lado para cuidarlo.

No pudimos casarnos como lo planeamos, lo hicimos simbólicamente y no ante la ley, me convenció para hacerlo así, me regaló un anillo de compromiso y dijimos nuestros votos desde lo más profundo de nuestro corazón. Fue perfecto, esa noche fui completamente suya y jamás la olvidaré. No existía mayor placer que sentirme amada y correspondida por el hombre que yo amaba.

Tres meses después, luego de disfrutar un día juntos, al caer la noche en plena carretera mientras nos dirigimos a mi casa, Marcos me dijo:

-Te amo tanto, Nicole, que me odio por lo que voy hacer. -Apretó tan fuerte el volante que los nudillos de sus manos se volvieron blancos.

-¿Qué vas a hacer? -Lo miré, asustada, y su respiración se aceleró, detuvo poco a poco el auto en la orilla de la carretera-. Marcos, dime, ¿por qué te detienes?

Se bajó del auto sin decirme nada, me bajé también apresurándome, pero él no respondía, esta vez el silencio era amargo, doloroso.

-¡Marcos! ¿Qué estás haciendo? -Mi tono de voz se había vuelto desesperado.

Él miró su reloj, se paró al lado del maletero del auto hasta que por fin dijo.

-Si tuviera que elegir cuál fue el mejor día de mi vida, diría que fue el día en que te vi por primera vez entrar a la sala cuando te equivocaste de clase -hizo una pausa, sonrió con ese lapso de recuerdo y yo seguía sin entender, luego añadió-. En ese momento creí que había visto a la chica más hermosa del mundo, me enamoré de ti como no te imaginas y supe que serías mía, pero... ahora creo que...

Se quedó callado, sacó una maleta del auto y cerró la puerta.

-¿Creíste qué? -le dije, acercándome más a él, con un nudo en la garganta. Si me mencionaba ese recuerdo hermoso, no entendía a dónde quería llegar con todo eso.

-Creí que... podría hacerte feliz, formar una familia, realizar nuestros planes juntos, pero no quiero hacerte sufrir, tienes que volver a Boston, Nico, estás retrasando tus estudios, hoy... es nuestro último día juntos.

-¡¿Qué?! No, no, Marcos, pero ¿qué estás diciendo? Tú me haces feliz, sabes que te acompañaré pase lo que pase en esto, que lo superaremos juntos -le dije, mientras él intentaba interrumpirme.

-No, Nicole... no tengo remedio... el médico me llamó ayer en la tarde y me dijo que los exámenes salieron malos, el tumor es maligno y se ramificó, ni las quimioterapias ni la operación podrán salvarme, ¿entiendes? Tú sabes mejor de eso que yo.

-Pe... pero, ¿cómo que no tienes remedio? -le dije, tartamudeando, y tomé una de sus manos-. ¿Qué es esto? ¿Vas a dejar de luchar así como así? Marcos, por favor.

-No se trata de eso, todo se volvió más complicado y algún día entenderás por qué estoy haciendo esto. -Su voz era cortante, como si ni siquiera le afectara lo que estaba haciendo.

-No lo entenderé jamás, Marcos, no puedes hacerme esto, dejarme aquí como si nada, ¿acaso no sabes cuánto te amo?! ¿Ya olvidaste todo lo que hemos vivido juntos?

Marcos suspiró y, casi sollozando, respondió.

-¡No! Jamás lo olvidaré, nunca, pero no puedo permitir que sufras más aún viéndome cómo muero. Por favor, Nico, recuerda las cosas hermosas que vivimos, no quiero que te entristezcas, te mereces algo mejor, has aguantado demasiado en tu vida, la pérdida de tu hermano... Dios... no quiero hacerte pasar de nuevo por eso, sabes que te amaré en cada segundo y hallaré la forma de volver a encontrarnos.

Miré al lado cómo un autobús se detenía.

«Te amaré en cada segundo y hallaré la forma de volver a encontrarnos».

No podía entender el significado exacto de aquella frase, claro, en este mundo podría sonar demasiado irreal, ¿o era solo una frase sin sentido, algo que nunca sucedería? ¿Para calmarme?

-Te amo, Nico, muchísimo, te amo tanto que me duele el corazón. -Presionó mi mano y me besó en ella. Interrumpió mis pensamientos intentando descifrar esa frase, comprender qué acto tan nefasto estaba realizando.

-¡No, amor, por favor, no te vayas! ¡No te vayas! Te lo suplico -le dije desesperadamente.

Él se acercó a mí, me abrazó tan fuerte por varios segundos que deseé que fueran eternos y me besó en los labios, interrumpiendo mis súplicas y solo dijo nuevamente y por última vez:

-Te amo.

Volvió a besarme, apenas pude corresponderle, intenté detenerlo, sostener su suéter, se volvió una pelea querer retenerlo, pero fue inútil, quitó mis manos de encima y con sus ojos me pidió perdón.

Me quedé helada, perdida, mis piernas temblaban y no respondían a mi mente, que solo quería correr tras el bus viendo cómo se marchaba con el amor de mi vida. Lo intenté, corrí como pude con la vista borrosa, pero él no miró más y el bus desapareció entre los demás autos en la carretera.

Ese recuerdo tan doloroso de mi mente, esa sensación de vacío es increíblemente horrible, se vuelve a repetir otra vez.

Entré en un lapso de pánico, desesperada por seguir el bus, por fin me reaccionaban las piernas pero correr era inútil. Me subí al auto rápidamente, giré el vehículo con intención de seguir el bus y solo me di cuenta de lo que había sucedido cuando desperté en una cama del hospital, totalmente confundida y perdida en el tiempo, sin comprender qué estaba pasando.

Cuatro años después en Boston.

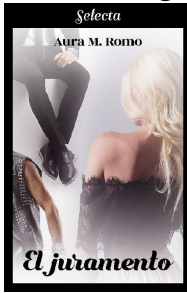
No había sido una pesadilla, sino algo que recién estaba comenzando en mi vida, tal vez una nueva forma de enfrentar el día a día. Después de todo, la frase que alguna vez dijimos, «Te amaré por siempre», ni siquiera nosotros mismos podemos sentirnos tan seguros de ello.

El sol se estaba despidiendo de mis ojos y ahora sí era de noche, los focos iluminaban perfectamente el lugar. Con mis manos acaricé mis mejillas, más bien las sequé porque habían rodado lagrimas por el recuerdo tan doloroso, respiré profundamente y abrí mi bolso, introduje mi mano y sentí la textura de un papel, la carta que Marcos me escribió antes de su partida, dije en voz alta sin importar que alguien me escuchase.

-Hoy será la última vez que leeré estas palabras.

La saqué de mi cartera y sentí mi celular vibrar, no le presté atención y me concentré en la carta. Quiero leer y sentir que me ama una vez más, quiero entender por qué se fue, quiero sentir que puedo cumplir su deseo, ese que aún no puedo realizar.

¿Hasta dónde llegarías por cumplir un juramento?



Dos hermanos gemelos a quienes sus padres decidieron ponerles el mismo nombre

son separados por un incidente familiar en su juventud.

Uno goza del bienestar de su familia y del amor de Alexandria Sumner, la más bella y hermosa mujer y el otro tiene que luchar por sobrevivir en lo que lo apasiona.

Pero ¿qué sucede si por azares del destino, uno de ellos necesita el juramento de su gemelo en un acto heroico para salvar todo lo que lo rodea, incluso el amor de su vida?

Aura M. Romo se licenció de Contaduría Pública, Filosofía e Idiomas. También se diplomó del INBA y CONACULTA de Creación Literaria. Publicó su primer libro junto con otros autores, "Ajedrez de Letras" en el 2014. Ganadora del Premio Sahuayo de Literatura de Cuento en 2013 y 2014 con "La Boda" y "Las Catrinas". Amante de la poesía, el romance y los sueños, cree firmemente que la imaginación todo lo puede. Incluso volar.

Edición en formato digital: septiembre de 2020

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El juramento

Los hermanos McCarthy

Las diferencias

La muerte de Alistair McCarthy

El destino de cada estrella

La princesa

La historia de Aidan Alexis

Capricho

El diagnóstico

Canción de despedida

Confusión y encuentro

La negación

El juramento

Lo último

Una estrella fugaz se va

El regreso

El inicio del juramento

Inician las sospechas

La primera discusión

Arriban los refuerzos

Arreglando desamores

La declaración de Sophie

La alocada y la cerebrita

Se descubre el secreto

Una canción y un corazón que se desgarran

Las presiones de Aidan

El desmoronamiento

La revelación

Ajustando cuentas

El fin es el inicio

Shining Stars

Un nuevo juramento

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Aura M. Romo

Créditos